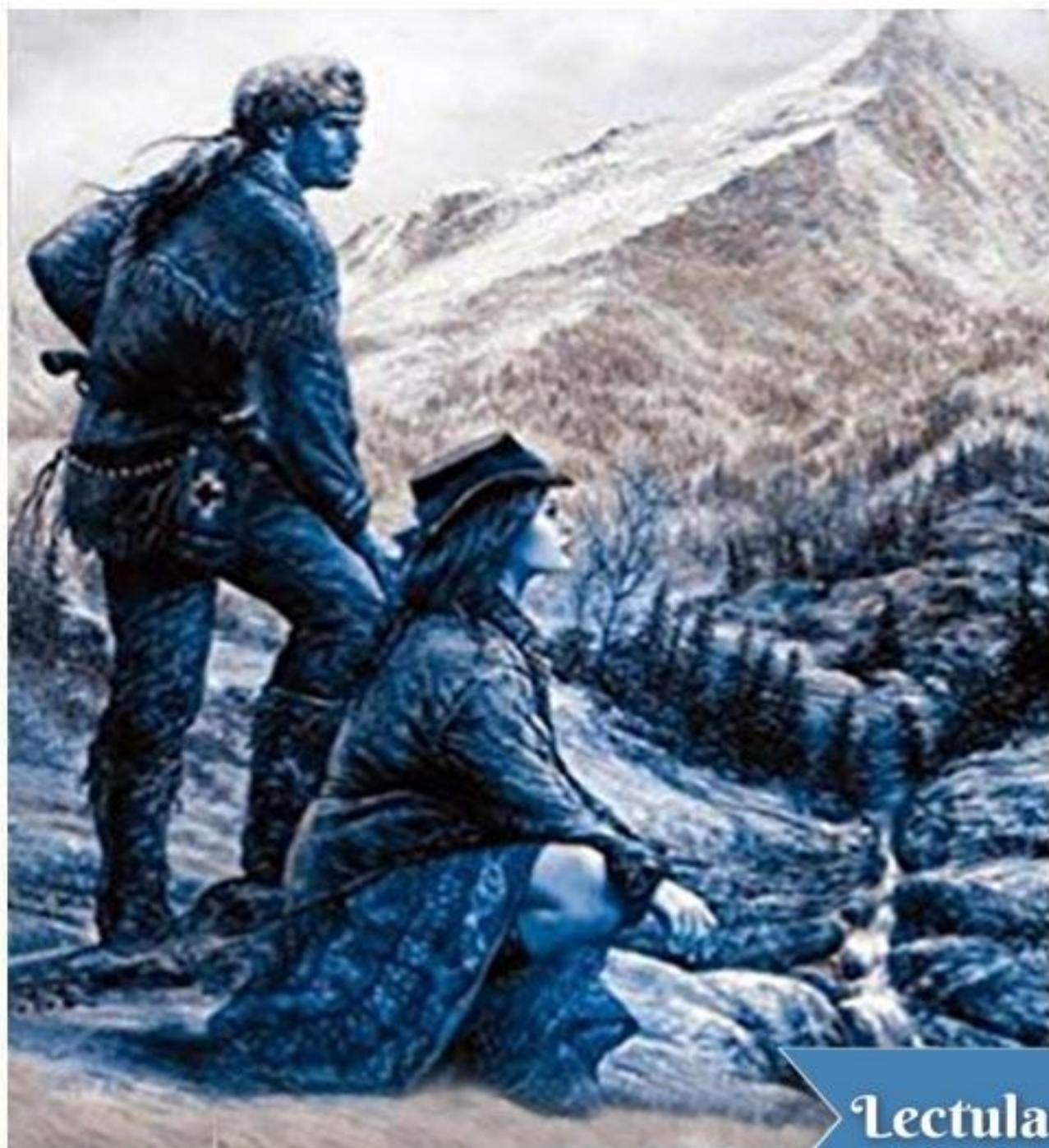


# JAMIES O. CURWOOD

## La mujer acorralada



Lectulandia

Joanne Gray es una joven que viaja a través de las partes salvajes y duras de Occidente. Cuando el tren se detiene por un tiempo, ella pide un lugar para quedarse y va a parar a un pueblo minero...

¡Otra gran historia de Curwood! Llena de aventura e intriga, con la lucha final a muerte entre los villanos sin corazón y los buenos chicos de corazón blando. La dulce historia de amor que lo une todo hace que esta sea una lectura excelente y agradable.

**Lectulandia**

James Oliver Curwood

# **La mujer acorralada**

ePub r1.0

Titivillus 23.08.2019

Título original: *The Hunted Woman*  
James Oliver Curwood, 1916  
Traducción: Editorial Juventud

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Capítulo I

---

## Donde termina el rail

---

Para la desconocida cuyo rostro ocultaba un velo gris Perla, el espectáculo era nuevo..., nuevo y en su mayoría singularmente dramático y atractivo. Durante las últimas dieciocho horas habíase convertido en un átomo humano de ojos desmesuradamente abiertos, como para mejor abarcar el confuso tropel de «la Horda». A sus espaldas, una voz la había calificado así: «la Horda» —una voz grave, profunda y hosca que, sin mirar, adivinaba filtrándose a través de una frondosa barba—. Era la Horda, la Horda que abrió siempre el paso a la civilización, asentando con su sangre y con sus huesos los cimientos de las naciones. Desde varios meses antes afluía incesantemente a las montañas, siempre entrando, para no volver a salir. Horda bullanguera y blasfemante, escandalosa, audaz, toda nervio y músculo endurecido por la ruda labor; toda, excepto los «ángeles caídos». Uno de éstos sentábase ante ella; una muchacha de ojos negros, labios excesivamente bermejos y facciones demacradas. Oyó al hombre barbudo decir a su compañero algo acerca de «muñecas vanas» y «el angelito del asiento de enfrente». La misma voz, que la barba hacía indistinta, anunció que «diez mil de la Horda» los precedían, añadiendo algo más que le hizo crispas sus manos y arrebolarse vívidamente sus mejillas. Se recogió el velo, levantándose lentamente de su sitio, y simuló arreglarse el vestido. Como al desgaire miró fijamente a los rostros del barbudo y su compañero del asiento posterior. Ellos la observaron con visible sobresalto. Después no volvió a oír referencia alguna a los «ángeles caídos»; tan sólo un misterioso discreto, del que las palabras «topo-

roquero» y «coyote» eran únicamente discernibles. «Topos», cosas distintas sobre el «término del carril», Aprendió que eran precisos quinientos bueyes semanales para nutrir a la Horda que se extendía a lo largo del Gran Trunk Pacific, entre el Campamento de Hogan y el mar, y que en Tête-Jaune-Cache, donde escasos meses antes reinara la paz de los siglos, sólo interrumpida por el indio y su comercio, se concentraban ahora dos mil almas. El tren se detuvo luego en la serpentina línea, y el hombre barbudo y su *a látère*<sup>[1]</sup> abandonaron el convoy. Al pasar la miraron de soslayo. El velo estaba en sitio, aunque un rizo había escapado a su prisión; es fue todo lo que vieron.

La tapada exhaló un profundo suspiro de alivio al verlos marchar. Casi todos los ocupantes del coche habían seguido su ejemplo, y quedó ella sola con la demacrada muchacha, en su sección; a pesar de su aislamiento, ni una ni otra se habían dirigido, hasta entonces la palabra. La tapada volvió a levantar el velo y su miradas se cruzaron. Por un instante, los grandes ojos, enfermizos del «ángel» reflejaron su sorpresa. Como el hombre barbudo y su compañero, la joven comprendió también y un rubor de azorada confusión se sobrepuso al falso carmín de sus mejillas. Las pupilas, que a distancia se habían clavado en las suyas, eran azules, profundas, reposadas, bellísimas. El recogido velo puso de relieve un rostro imposible de asociar con la Horda. Los labios le sonrieron y la sonrisa prestó a sus facciones antes de volver a desaparecer bajo el velo, un incontestable aire de comprensión.

—¿Va usted a Tête-Jaune? —preguntó.

—Sí. ¿Me permite sentarme a su lado unos minutos? Quisiera preguntarle algunas cosas..., ¡muchísimas!

La demacrada joven hizo sitio a su lado, en el asiento.

—¿Es usted nueva aquí?

—Completamente... a todo esto.

La frase, y sobre todo la forma en que fue dicha, hizo levantar la vista a su interlocutora.

—Tête-Jaune... es... un lugar muy distinto a los demás —dijo Y, para una mujer..., terrible.

—Pero ¿usted va?

—Tengo amistades. ¿Y usted?

—No.

La joven la miró atónita. Su voz y sus ojos adquirieron mayor audacia.

—Y sin amistades... ¿va usted... allí? —exclamó—. ¿No tiene su esposo..., un hermano...?

—¿Dónde estamos? —interrumpió la otra alzando de nuevo el velo para mejor ver a su compañera de viaje—, ¿quiere usted decirme...?

—En Miette —replicó la muchacha con acentuado sonrojo—. Es uno de los mayores campamentos ferroviarios de las Planicies. Mire por la ventanilla. El río que lo atraviesa es el Atabasca.

—¿Se detendrá mucho el tren?

El «ángel caído» se encogió de hombros, con ademán de desesperación.

—Lo bastante para hacerme llegar ya entrada la noche —dijo quejumbrosa—. Aquí estaremos parados un par de horas.

—Si pudiera indicarme adónde puedo ir con probabilidades de tomar un baño y encontrar algo comestible, le estaría muy reconocida. No tengo gran apetito, pero cine «me siento» cubierta de polvo y quisiera cambiar de ropa. ¿Hay algún hotel aquí?

Su interlocutora debió de hallar muy cómica la pregunta, porque soltó una franca carcajada.

—¡Sí que es usted forastera! —exclamó—. Por estos andurriales no gastamos tantos lujos de hoteles. Nos contentamos con *bed-houses*, *chuck-tents* y *bunk-hacks*<sup>[2]</sup>. Pregunte a cualquiera por el *shack*<sup>[3]</sup> de Bill, en las Planicies. No está mal. Por un dólar le darán una habitación, toda el agua que quiera y un espejo... Yo iría con usted, pero espero a un amigo y si me muevo el lugar de la cita le perderé. Todo el mundo sabe dónde está Bill. Es una tienda blanca y encarnada... muy decente.

La desconocida le dio las gracias y se dispuso a bajar con su maletín. Al abandonar el vagón, la mirada el «ángel caído» la siguió con un malicioso destello que daba a sus ojos apariencia de luminarias en alguna caverna sepulcral. Aunque no fuese un secreto para nadie la esfera social a que pertenecía, sintió un inexplicable antagonismo hacia aquella desconocida cuyos admirables ojos azules se habían atrevido a leer en ella y a reconocerla por lo que en realidad era. Con innegable envidia, no exenta de odio, contempló la figura que se alejaba, alta, esbelta, exquisitamente proporcionada. Su absorción era tal que no oyó los pasos de alguien acercándose a ella. Una mano se posó familiarmente sobre su hombro y una voz basta dijo a su oído algo que le hizo dar un brinco y lanzar un fingido grito de placer. El hombre señaló con la cabeza el extremo del vagón vacío.

—¿Quién era tu nueva amiga? —preguntó.

—No la conozco. Es otra de esas «Doñas Perfectas» que quieren salvar al mundo. Tan inocente, que se asombra de que Tête-Jaune no sea lugar

adecuado para mujeres sin escolta. Para educarla un poco, le di las señas de Bill. ¡Y le dije que era muy decente...!

Un acceso de risa la obligó a tenderse casi sobre el asiento, y su compañero aprovechó la oportunidad para mirar por la ventanilla.

La desconocida de ojos azules se detuvo un instante en el último peldaño del vagón para recoger su velo, dejando al descubierto el rostro. Luego saltó a tierra con ágil facilidad, de cara al sol y a las montañas. Aspiró lenta y profundamente el aire sutil de las alturas y, dando por el momento al olvido todo lo demás, miró a su alrededor con evidente admiración. Desde su entrada en las cordilleras era la primera vez que dejaba el tren, y al hacerlo comprendió por qué alguien en el vagón había calificado los Rasos de Miette de «charcos de sol». Por doquier que mirase las sierras la confortaban, con sus espléndidas laderas verdeantes, sus áridas cumbres de arcilla gris, rojizos peñascos o refulgentes picachos nevados. En aquel «charco», llanura entre montañas, el sol caía a raudales, estimulando su sangre como un tónico. Su respiración se aceleraba, el tinte rosado de sus mejillas adquiría mayor intensidad, el azul de sus ojos parecía más profundo, reflejando el del cielo. Un suave céfiro jugueteaba con los rebeldes ricinos que encuadraban su rostro. El hombre barbudo la contemplaba desde la ventanilla, y durante la hora siguiente su demacrada compañera no acertó a explicarse el extraño cambio que en él observaba. El tren se había detenido al borde del inmenso terraplén que dominaba los Rasos. Era un tren famoso, un tren que estaba colaborando a escribir historia... combinación de carga, pasaje y «ganado». Había ascendido al Yellowhead-Pass, terminal del riel, con un promedio de marcha de ocho millas. El «ganado» desembarcaba ya de sus fétidos departamentos, formando una ruidosa conglomeración humana. Los había de todas las nacionalidades, y la joven los miró, no con asco o desprecio, sino más bien con cierto estremecimiento, mezcla de admiración y orgullo. Era «la Horda», la masa confusa, cruda y primitiva, cuya fuerza y cuyas pasiones levantaban montañas, en su titánica lucha por unir el Grand Trunk Pacific con el puerto de mar del pacífico. Veía en aquella horda, que se fraccionaba en grupos, envolviéndola, dejándola atrás, algo tan omnipotente como las montañas mismas. No sabían lo que era la derrota. Aun sin conocerlos, sin haberlos visto nunca, los comprendía. Para ella, aquella muchedumbre estaba dotada de un corazón, de un alma. Era la vanguardia de los imperios, los «hombres-bestias», que hacían posible el avance sin peligro de la civilización, por nuevos caminos a nuevos mundos. Con curiosa emoción dedicó un

recuerdo a las dispersas cruces funerarias que desde la ventanilla del vagón había visto por el camino.

Emprendió la marcha hacia los Rasos. Para llegar a ellos había de cruzar una línea en vías de complemento; a la que faltaba el balasto. Cerca de ella pasó un furgón con grandes cartelones rojos en los costados que decían «Dinamita». La sola palabra compendiaba el espíritu de maravillosa energía que la rodeaba; En lontananza se oían sordos estruendos, detonaciones profundas del «gigante negro», tan inofensivo al parecer viéndolo en aquel furgón. Retumbaban una y otra vez como si las montañas alzasen su voz atronadora en son de desafío y de protesta; bajo sus plantas notaba el estremecimiento de la tierra herida en sus entrañas y una palpitación extraña, que era como un suspiro. Siguió cruzando vías, sorteando vagones vacíos, hasta un camino de tierra apisonada que conducía a los Rasos, y descendió por él.

En la planicie, a través de los árboles, veía albear las tiendas de campaña. Los topetazos de los vagones maniobrando se hicieron más distantes, a la par que se acentuaba el rumor de risas y conversaciones y el chirrido discordante de los gramófonos. Al pie de la rampa se detuvo para dejar pasar un tiro de mulas atalajado a una carreta, cargada de cajas, que el traqueteo del vehículo, al salvar los pedruscos y desigualdades del camino, zarandeaba entrechocándolas. El conductor ni la miró siquiera. Sofrenaba a sus bestias, con un violento esfuerzo de todo el cuerpo que congestionaba su rostro, dando a los ojos una apariencia de salirse de las órbitas. Gruesas gotas de sudor cubrían su frente, y su semblante era un poema de expresión que hizo sonreír a pesar suyo a la joven, hasta que atrajo su mirada el rótulo de una de las cajas: «¡Dinamita!».

Tras ella bajaban la pendiente dos hombres.

—¡Seis caballos, un carro y el viejo Fritz...! ¡Volaron más alto que la luna, sin quedar una mala astilla para contarlos! —decía uno de ellos—. ¡Tres minutos después de la explosión estuve allí y no hallé ni un clavo de herradura! La dinamita tiene bromas muy pesadas. ¡No sería «topo-roquero» por un millón de dólares!

—Preferiría ser un topo a estar en el pellejo de Joe conduciendo ese tiro cuesta abajo doce veces diarias —replicó el otro.

La joven se detuvo de nuevo y los dos hombres la miraron curiosamente al pasar. La súbita explosión de la dinamita de Joe no les habría causado más asombro que la vista del bellissimo rostro que se volvió hacia ellos con reposada expresión indagatoria.

—Busco un lugar llamado... el «*shack* de Bill» —dijo repitiendo las palabras del «ángel caído»—. ¿Podrían ustedes encaminarme a él?

El más joven de los dos miró a su acompañante en silencio. El otro, cuya edad se inclinaba a considerar la belleza femenil como un lazo y una ilusión, se apartó, para vaciar de su boca el tabaco que estaba masticando y luego señaló hacia la arboleda:

—No tiene pérdida... La tercera tienda a su derecha, la de la lona rayada. Ese fonógrafo que oye es el de Bill.

—Muchas gracias.

Siguió su camino.

Los dos hombres permanecieron en el mismo lugar donde se habían detenido. El más joven parecía como petrificado.

—¡El *shack* de Bill! —dijo—. Ganas me dan de decirle... Es increíble que...

—¡Bah! —interpuso el otro.

—¡No puede ser!... ¡No es de esas!... ¡Si parecía una *madona*!... ¡En mi vida he visto nada tan blanco tan hermoso! Llámame tonto si quieres, pero... ¡voy a de Bull!

Echó a andar, acelerado el corazón por su juvenil Instinto caballeresco.

En dos zancadas el otro se puso a su nivel, cogiéndole por un brazo.

—¡Ven acá, cabeza de chorlito! No eres ni lo bastante viejo, ni lo bastante «hombre», en este campamento, para meterte con Bill. Además —mintió al notar la vacilación de su compañero—, la conozco. Sabe adónde va, no lo dudes.

En el figón de Bill, la sorpresa había cortado el resuello a los presentes. No porque la presencia de una mujer fuera insólita para ellos, mas... una mujer calmosa e imperturbable como la que acababa de entrar era una experiencia nueva. Los congregados ascendían a una media docena, fumando y escuchando el gramófono que uno de ellos acababa de parar, a fin de oír mejor lo que se decía.

La joven irguió la cabeza. Empezaba a creer que acaso habría valido más pasar hambre y soportar el polvo a hallarse en tan embarazosa situación. Pero... estando ya allí, determinó ir hasta el final y obtener lo que deseaba... si era posible. Sobre la nivea blancura de su cutis, el rosado del rostro se acentuó al enfrentarse con Bill, apoyado en su mostrador. En su semblante halló todos los rasgos de la «humana bestia». Los pregonaban sus facciones, la procaz y ávida concupiscencia de sus ojos, las flácidas bolsas de malsana piel bajo los párpados, los repliegues adiposos del cuello y carrillos.

Acaso por vez primera en su vida Bill Quade perdió su aplomo.

—Según creo alquila usted habitaciones —dijo ella plácidamente—. ¿Puede retener una hasta que salga el tren para Tête-Jaune?

Los oyentes dieron un respingo, inclinándose hacia delante para no perder detalles. Uno de ellos guiñó un ojo a Quade. El ademán le devolvió la confianza precisa para afrontar la límpida mirada de la joven. Nadie pareció darse cuenta de la aparición en escena de un nuevo personaje. Quade salió de su guarida y se acercó a ella.

—¡Por aquí! —dijo yendo hacia las cortinas que cubrían una puerta.

Ella le siguió. Al caer tras ambos los cortinajes, una carcajada rompió el silencio del grupo. En el umbral, el recién llegado vació su pipa, antes de guardársela en el bolsillo de la camisa de franela. Iba sin nada a la cabeza, dejando ver su rubio cabello, entreverado de gris. Aparentaba unos treinta y ocho años, no más alto que la joven, esbelto, pero con una cuadratura de hombros que revelaba su atlética constitución. Sus ojos, al posarse en las cerradas cortinas, eran de un azul acerado y frío; el rostro, ascético y bronceado; la nariz, prominente. Distaba mucho de ser apuesto y, sin embargo, parecía difundir una indudable fascinación y una impresión de fuerza. No formaba parte de «la Horda», pero hubiera podido personificar la energía que la impulsaba; despectivo hacia el grupo de soeces espectadores, arrogante en su porte, al contemplar los cortinajes, esperando...

Lo que, por lo visto, esperaba, no tardó en acaecer. No fueron las usuales risas reprimidas, el habitual intercambio de palabrería y brutal flirteo: Quade, no reapareció frotándose las enormes manos, exultante el vulgar rostro de sensuales rasgos. Fue la muchacha quien le precedió, apartando violentamente los cortinajes y permaneciendo un instante encuadrada por ellos, encendido el rostro por la ira, relampagueando sus azules ojos. Después, bajó el único escalón seguida de Quade con la mano extendida.

—No te ofendas, chiquilla —decía persuasivamente—. Escucha... ¿no era natural suponer que...?

No pudo terminar la frase. El recién llegado se adelantó, situándose junto a la joven. Su voz era baja e inexpresiva.

—¿Se ha equivocado usted? —dijo.

Con una sola mirada le abarcó por entero: su atractivo rostro, su ceñudo aspecto, la serena y clara expresión de sus ojos.

—Sí, me he equivocado; una terrible equivocación.

—Ya le digo que no se ofenda —insistió Quade—. Escucha...

En la mano tenía un rollo de billetes de Banco. Hasta entonces no pudo suponer la joven que fuera posible dar un golpe con la rapidez con que el desconocido descargó el suyo. Fue un solo puñetazo, pero Quade se desplomó tan súbitamente que cuando ella quiso darse cuenta de lo ocurrido estaban ya en la calle.

—Por casualidad la vi entrar —explicó sin que le temblara la voz y cuando oí que pedía alojamiento supuse que cometía un error. Si quiere acompañarme la llevaré a casa de unos amigos míos.

—Si no es imponerle excesiva molestia, acepto —dijo—. Y se lo agradezco. Esto y... lo otro.

## Capítulo II

---

### John Aldous sirve de guía a Joanne

---

Tomaron por un acirate a cuyos lados las distintas arquitecturas y colorines del campamento se destacaban entre los altísimos árboles.

El poblado era casi totalmente de lona. Acá y acullá veíase alguna más sólida estructura de troncos, que prestaba mayor apariencia de estabilidad al todo. La joven comprendió que pasaba ante locales destinados bien a dormitorios, bien a las necesidades comerciales. Advirtió letreros anunciando «refrescos» y «cigarros». Siempre «refrescos», que llegaban al campamento facturados como «dinamita», o «tocino salado», o «harina». No podían pasarle inadvertidas las miradas de cuantos con ellos se cruzaban ni dejar de oír las exclamaciones de admiración y curiosidad de dos mujeres y una niña que estaban aireando unas mantas ante una tienda de campaña. Miró a su acompañante, apreciando en su justo valor su delicada cortesía al no intentar imponerle su amistad, y en la mirada había un tinte de diversión.

—Todo esto es tan nuevo y tan extraño para mí —dijo—. Vine preparada a todo y... voy hallando cuanto esperaba. ¿Por qué me miran así? ¿Soy acaso una rareza?

—Sí —replicó él francamente—. Es usted la mujer más hermosa que han visto en su vida.

Sus miradas se encontraron al hablar. Había contestado lealmente a su pregunta. Ni su porte ni su expresión revelaban audacia ni entrometimiento. Ella había solicitado información y él se la suministraba. A la joven le temblaron los labios a pesar suyo. Su color subió de punto. Sonrió.

—Perdóneme —suplicó—. No tengo especiales motivos para reír, pero casi estoy tentada de hacerlo. ¡He visto y he oído tantas cosas curiosas en las últimas veinticuatro horas! Por estas tierras no son ustedes muy dados a disimular sus pensamientos, ¿verdad?

—Me he guardado mucho de exponer «mis» pensamientos —corrigió él—. Me he limitado a decirle lo que «los demás» piensan.

—¡Oh!... ¡Perdóneme otra vez!

—De nada —contestó; y sus ojos respondían francamente a la animación de los de ella—. Además, no tengo inconveniente de que la mayor rareza que hallará usted entre los Rasos y el mar, «soy yo». No acostumbro actuar de caballero andante femenil. Dejo que las mujeres sigan su camino, sin la menor intromisión por mi parte. Pero supongo que le causará cierta satisfacción si le confieso que la seguí al *shack* de Bill, tanto por su más que ordinaria belleza, cuanto por mi deseo de que Bill se portase decentemente con usted. No tenía la menor duda de que iba usted equivocada y suponía lo que acaba de ocurrir.

Habían llegado al extremo de la calle y entraban en un pequeño desmonte cubierto de hierba, suave y aterciopelada bajo sus plantas. En su extremo más lejano veíanse dos o tres tiendas de campaña. Él la llevó hacia ellas.

—Claro es que —prosiguió con un dejo de ironía en su acento— he echado a perder mi quijotesca intervención. ¿No le parece a usted heroica mi entrada en escena? Probablemente está deseando decírmelo, pero no se atreve. Y... debería seguir desempeñando mi papel. Pero no puedo..., al menos de modo satisfactorio. En el fondo, estoy furioso conmigo mismo por haberme interesado tanto por usted. Me gano la vida escribiendo libros. Y me llamo John Aldous.

Su interlocutora se detuvo, lanzando un grito involuntario de sorpresa. Sin darse cuenta, su mano le oprimió el brazo.

—¡Es usted John Aldous...! ¡El que escribió Juego limpio y Mujeres! —dijo con voz entrecortada.

—Si —asintió sonriendo.

—He leído ambos libros... y conozco sus obras teatrales —prosiguió con extraño temblor en la voz ¡Desprecia usted a las mujeres!

—Con toda mi alma.

Lanzó un profundo suspiro y desasió la mano de su brazo.

—¡Tiene mucha, mucha gracia! —murmuró con la vista fija en los lejanos picachos bañados por el sol—. Ha desollado usted vivas a las mujeres, las ha

tratado en forma tal que la que más y la que menos siente alguna vez deseos de hacerle tiras, y sin embargo...

—Leen mis libros a millones —terminó él.

—Sí, todas ellas leen sus libros —replicó mirándole de hito en hito—. Y... me atrevo a decir que en ciertos casos ha sabido usted poner acertadamente el dedo en la llaga.

Le tocó el turno a él de sorprenderse.

—¿Cree usted eso?

—Sí. Más aún: he tenido siempre la pretensión de haber adivinado su secreto, el «algo» misterioso oculto bajo sus obras; lo que no se atreve a revelar por temor a que el mundo entero se ría. Y en consecuencia... «¡me desprecia usted!».

—Personalmente, no.

—Soy una mujer.

Se echó a reír. El curtido de sus mejillas adquirió tonalidades rojizas.

—Estamos perdiendo el tiempo —previno—. Le oí decir en casa de Bill que pensaba tomar el tren para Tête-Jaune. Antes se le presenta ocasión de poder cenar decentemente. Pero... me gustaría poder comunicar su nombre a la buena gente con cuya acogida cuento.

Por un instante, serena y sin vacilación, su mirada se detuvo en su rostro:

—Joanne. El mismo que usted ha hecho famoso dándoselo al personaje novelesco más abominable que pueda concebirse. Joanne Gray.

—Lo deploro —dijo inclinándose profundamente ¡Vamos! ¡O mucho me equivoco o huelo pan caliente!

Al reanudar la marcha, él le tocó súbitamente un brazo. Sintió el firme contacto de sus dedos. En sus ojos había una nueva fulgencia, un ardor de entusiasmo.

—¡Ya está! —exclamó—. ¡Acaba usted de darme la idea...! Me volvía loco buscando un nombre para «ella»... para la protagonista de mi próxima obra... Proyecto que sea una tremenda sorpresa y... no podía con un nombre adecuado... que le cuadrase... La llamaré Ladygrey<sup>[4]</sup>.

Notó que la joven se estremecía. Le sorprendió la repentina expresión de sobresalto de su mirada y el rápido aflujo de sangre a sus mejillas. Retiró la mano al notar el extraño cambio y la entrecortada respiración de Joanne, cuyas marfileñas manos se crisparon tensamente.

—¿Tiene usted algo que objetar? —preguntó.

—No lo bastante para impedir que lo use —replicó en voz baja—. Le debo demasiado. —Había logrado rehacerse con pasmosa prontitud. Su

cabeza parecía mas erguida. Mirando hacia las tiendas, añadió—. Tenía usted razón. ¡Huele a pan caliente!

—Daré especial énfasis a la segunda mitad: Ladygrey —dijo Aldous como hablando consigo mismo—, para acentuar el sentimentalismo que deseo imbuir en el personaje. Es fácil imaginar a un amante murmurando «¡Adorada Ladygrey!». No lo diría nunca con la misma entonación que si se refiriese a su título: *Lady Grey* ¿no es verdad?

—¡Pan caliente! ¡Pan caliente! —dijo Joanne como si no le hubiera oído—. El olor me abre el apetito. ¿Quiere usted ponerme cuanto antes a su alcance, John Aldous?

Se aproximaban a la primera de las tres tiendas de campaña, sobre la que en toscos caracteres había pintada una leyenda: «Otto Hermanos, guías y abastecedores». Era una tienda cuadrada, grande, de lona azul y roja, descolorida por los elementos y de la que procedía un alegre cascabeleo de risa femenil. Media docena de zorreros *Airedale* irguieron lánguidamente las orejas al verlos acercarse. Uno de ellos se levantó gruñendo.

—No le harán mal alguno —aseguró Aldous—. Son de Jack, Bruce y Clossen Otto... la mejor recova de las Rockies (Montañas Rocosas). —Un instante después una mujer apareció en Ja puerta—. Y ésa es la señora Jack Otto... —añadió en voz baja—. Si todas las mujeres fuesen como ella, no habría escrito yo gran parte de lo que usted ha leído.

Hubiera podido añadir que era escocesa, pero no lo juzgó necesario. La reciente risa animaba aún su rostro bonachón. Aldous miró a su acompañante y vio que, al encontrarse sus miradas, se sonreían.

Brevemente Aldous explicó lo ocurrido con Quade, y añadió que la joven pensaba marchar en el primer tren a Tête-Jaune. La sonrisa abandonó los labios de la señora Otto al oír mencionar a Quade.

—He dicho mil veces a Jack que me gustaría acabar con ese hombre como con un perro rabioso —exclamó—. Entre, querida, entre. Le prepararé una taza de té.

—Lo que, en este campamento, equivale a una cena cumplida —añadió Aldous.

—No tengo mucho apetito, pero en cambio... estoy rendida —oyó decir a la joven cuando entraba con la señora Otto. Y en su voz había un nuevo y patético acento—. Quiero descansar... hasta que marche el tren.

Las siguió y quedóse un instante a la puerta.

—Aquí tiene su habitación dijo la matrona, alzando una cortina Póngase cómoda y tiéndase en la cama hasta que el té esté a punto.

Cuando la cortina cayó tras ella, John interpeló voz baja a la mujer de Otto.

—¿Y querrá usted acompañarla hasta el tren? Marcha a las dos menos cuarto. Yo tengo que hacer...

Consideraba suficientemente cumplida su misión. Abandonó la tienda, se detuvo un instante a acariciar las enmarañadas cabezas de los zorreros y se alejó silbando. Apenas había dado doce pasos, le detuvo una voz. Volviéndose, vio a Joanne en el umbral.

La aparición le causó un efecto sorprendente, como si fuera la más maravillosa que hubiera visto en su vida. El sol, que una tenue bruma aureolaba, hacía refulgir las recogidas trenzas de un cabello castaño claro, ocultas hasta entonces por el sombrero y el velo. ¡Jamás recordaba haber visto tan maravilloso cabello encuadrando una frente de nívea blancura, ni tanta pureza de cutis y azulada profundidad de pupilas! En ella vio cuánto de espléndido y de fuerte puede condensarse en una mujer. No era dulzura juvenil, porque no era una niña. Era una mujer, gloriosa de aspecto, con el alma en los ojos y un quieto y extraño misterio en el rostro, que le estremeció a su pesar.

—Se marchaba usted sin decirme adiós —dijo—. ¿Me permite que una vez más le manifieste mi gratitud?

Su voz le volvió a la realidad. Se inclinó sobre su mano un momento y por un instante sintió entre las suyas la firme y cálida presión.

La sonrisa que apuntó en sus labios pasó inadvertida al humillar la cabeza.

—Perdóneme la omisión —se excusó—. ¡Adiós!, y ¡que la suerte la acompañe!

De nuevo se cruzaron sus miradas. Repitiendo el saludo, dio media vuelta y reanudó su camino. Desde la puerta, Joanne le contempló. Iba silbando, y su paso, fácil y ligero, parecía sugerir una libertad que era como el hálito mismo de la montaña y, extrañamente, ella también, al entrar en la tienda de campaña, sonreía.

## Capítulo III

---

### Aldous previene a sus enemigos

---

La capitulación espiritual de John Aldous no se había manifestado aún exteriormente, mas sus efectos comenzaban a dejarse notar.

Inevitablemente, desde un principio, sus escritos le atrajeron la ira de incontables mujeres y de no pocos hombres. A estos últimos les concedía apenas una indiferente tolerancia; mas... las primeras, las mujeres, eran su vida... las «frágiles e ineptas criaturas» que aliviaban la de otro modo, ineludible monotonía de sus días. Era, sin embargo, un perfecto caballero. En el fondo de su corazón —y eso constituía su secreto— distaba mucho de sentir por las mujeres el menosprecio que pregonaban sus obras. Pero habiendo sabido ver mejor, tal vez, que hombre alguno sus debilidades y sus flaquezas, pudo escribir acerca de ellas como nadie.

Su obra le valió la admiración de los menos y las censuras de los más. El antagonismo de que tanto alardeaba y con el que había conseguido deslumbrar a «su público» era puramente ficticio. Era, más bien, una especie de valla protectora de que se había rodeado en legítima defensa. Se calificaba a sí mismo de «explorador de los misterios femeninos» y para mantener con éxito su carácter aducía que habíale sido indispensable destruir o anular en su espíritu las sensaciones emotivas sexuales ordinariamente existentes en el hombre y en los animales inferiores.

Hasta qué punto lo consiguió, él mismo lo ignoraba en el instante de despedirse de Joanne Gray. Reconocía que la joven había sabido hallar el punto flaco de su armadura y experimentaba una extraña sensación de

inquietud. No le afectaba solamente su belleza. Tenía como norma el considerar a una mujer hermosa con el mismo desprendimiento con que hubiera podido considerar a una bella flor; seguro de que, profundizando, no encontraría sino hojarasca. Pero en aquélla hallaba algo más que belleza, algo que por brevísimo instante conmovió todas las fibras de su ser, haciéndole sentir el casi irrefrenable deseo de posar la mano sobre el fúlgido cabello.

Siguió una serpeante vereda que atravesaba el macizo de álamos, reprimiendo una tendencia a volver la cabeza hacia el campamento de los Otto. Sacó del bolsillo la pipa, la atacó de nuevo y la encendió. Al fumar, en sus labios se dibujó una peculiar sonrisa. Era lo bastante sincero para conceder a Joanne el crédito que su triunfo merecía. Había despertado en él un nuevo interés, interés momentáneo, desde luego, pero nuevo a pesar de todo. Aunque pocos lo adivinasen, tenía mucho de humorista y apreciaba en todo su valer el humor de la situación presente: que él, John Aldous, misógino de reputación mundial, hubiese de sofrenar un vehemente anhelo de volverse para ver una vez más entre los álamos la maravillosa cabeza dorada que el sol parecía aureolar.

Siguió más lentamente su camino, preguntándose con vivo interés qué dirían sus «amigas», las mujeres cuando leyesen su nueva obra. Se titularía Madres y esperaba que causase una tremenda sensación.

Súbitamente se ensombreció su rostro. Hasta él llegaba el chirrido de un distante fonógrafo. No era el del figón de Quade, sino el de un rival de otra de «refrescos» al cabo de la «calle». Aldous titubeó un instante. Luego marchó en dirección al campamento.

Cuando entró en el cafetín, Quade estaba sentado en un taburete, reclinándose en la endeble medianería. Su abotagado rostro evidenciaba aún los efectos del puñetazo y su corpulento torso estaba como desplomado en el asiento. En sus ojuelos de pesados párpados y flácidas bolsas, fruto del vicio y de la disipación, refulgía una rencorosa y vengativa llamarada. Sus compinche le rodeaban, aplicando uno de ellos compresas de agua fría sobre su frente. En el aposento de particiones de lona congregábanse una docena de rufianes, de espaldas a la puerta, fijos los ojos de todos en su caído y humillado jefe. Aldous se detuvo en el umbral. En sus labios, había reaparecido la sardónica e insolente sonrisa y en torno a sus ojos manifestábanse diminutas arrugas.

—¿Todavía duele, Bill? —preguntó. Todas las cabezas se volvieron hacia él. Bill Quade le miró boquiabierto y estupefacto. Tambaleándose por efecto del evidente vértigo, se puso trabajosamente en pie.

—¡Tú...! ¡Maldito seas...! —gritó con ronca voz.

Tres o cuatro de los presentes habían iniciado un movimiento hacia el recién llegado, crispados los puños, hoscos los ceñudos semblantes.

—Esperad un instante, muchachos —previno Aldous con absoluta calma—, quiero deciros cuatro palabras a vosotros y a Bill. Después, sí os quedan ganas, podéis desollarme vivo. ¿Llegará vuestra imparcialidad hasta el punto de escucharme?

Quade se había dejado caer sobre el taburete. Los demás se contuvieron, a la expectativa. La insolente y confiada sonrisa de Aldous aún seguía en sus labios.

—Pronto te encontrarás mejor, Bill —dijo consolándole—. Un puñetazo en la mandíbula tiene siempre cierta repercusión en la boca del estómago. Ese mareo se te pasará en seguida. Entre tanto, procederé ante vosotros a una demostración oral y gráfica para que sepáis que al tratar conmigo, no tratáis con ningún novato en el juego y, además, que lo mejor que podéis hacer respecto a cierta joven a la que recientemente habéis visto, es dejarla en paz. Va a Tête-Jaune. Sé, Quade, que tu socio está establecido allí, No tengo especial interés en inmiscuirme en vuestros asuntos ni en los de ese... manojito de pimpollos de que te rodeas; mas prefiero que estéis prevenidos. Si esa joven sufre la menor molestia en Tête-Jaune, tendréis que veros las caras conmigo.

En la voz de Aldous no había el más mínimo temblor de excitación. Mientras hablaba, ninguno de sus oyentes se fijó en sus labios, ni en sus manos, ni en el desparpajo de su postura, apoyado contra el quicio de la puerta; todos estaban mirándole a los ojos, extrañamente chispeantes y resueltos, En un hombre así, el tamaño era lo de menos.

—Y... basta de palabras —prosiguió—. Ahora la demostración práctica. Conozco tu juego, Bill. Estás ya planeando tu campaña. No jugarás limpio, porque no lo has hecho nunca. Has decidido ya que un buen día yo desapareceré o se me vendrá encima un desprendimiento de rocas o flotaré plácidamente Atabasca abajo. ¿Eh? Bueno. No tengo nada en la mano, ¿verdad?

Con ademán de prestidigitador extendió hacia ellos la mano con la palma hacia arriba.

—¿Y ahora?

Un rapidísimo gesto de la muñeca, un chasquido metálico, y el sobresaltado grupo se halló frente al ominoso cañón de una amenazadora pistola automática...

—Esto se llama el «truco de la manga», muchachos —explicó Aldous con su imperturbable sonrisa—. Es una reliquia de los antiguos tiempos, de aquella época en que la vida de un hombre dependía de su destreza. De aquí en adelante, especialmente por las noches, este «amiguito» me acompañará siempre bajo la bocamanga; es de once tiros... y no suelo errar la puntería. ¡Buenas tardes a todos!

Antes de que pudieran recobrase de su asombro había desaparecido.

En lugar de emprender el sendero que poco antes siguiera con Joanne, tomó el sinuoso camino que iba hacia el río a través de los álamos. Si hasta entonces su anómala conducta había sido motivo de diversión en él comenzaba ahora a sentirse enojado consigo mismo. A pesar de su reputación de ser el hombre más peligroso de la línea, no temía ni a Quade ni a la cuadrilla de jaques bravucones que utilizaba para sus manejos, mas no dejaba de comprender que, por una mujer cuya existencia ignoraba una hora escasa antes, se había granjeado su animadversión.

Eso era lo que venía a perturbar su ecuanimidad, el elemento «mujer» que había en todo ello y la naciente sospecha de que su intervención fuera tan quiijotesca como probablemente innecesaria.

Habiendo ido tan lejos, hallaba difícil restablecer su equilibrio moral. ¿Quién era Joanne Gray? Desde luego, no una hembra como las otras cien qué la precedieron a Tête-Jaune. De serlo, no habría tardado él en reintegrarse a su reducida cabaña lindante con el río, a seguir trabajando en su obra. Su labor para aquella tarde estaba ya planeada, y experimentó una profunda decepción al ver desvanecerse su entusiasmo por el proyectado desenlace de cierto momento culminante de la novela, En justicia no la inculpaba a ella, sino a sí mismo, estaba seguro de que, tarde o temprano, Quade y su taifa harían patente su encono.

El sendero le llevó a un semideseado álveo allende el cual había un escobo más denso, principalmente formado por abetos y cedros; tras él oíase el tumultuoso correr del agua.

Unos instantes después tenía la salvaje turbulencia del Atabasca a sus pies. Había elegido aquel lugar para su cabaña porque, fluyendo el río entre rocas, no podían distraer su atención o molestarle los numerosos equipos de porteo que lo vadeaban al dirigirse a las montañas del Sur. En la margen opuesta alzábanse los enriscados terraplenes que ocultaban a la vista Buffalo Prairie, y aún más allá las montañas, tan pobladas que los árboles parecían una masa por entre la cual los galayos apuntaban grises y la nieve de las cumbres centelleaba rozando con las nubes. La cabaña en que, desde hacía

muchas semanas, laboraba y vivía daba frente al río y a las distantes sierras, semioculta por un macizo de pinos. Abrió la puerta y entró. Desde su ventana, al Sur y al Este podía divisar la blancura de Mount Geikie y, cuarenta millas más allá, entre los incontables picachos, la sombría y ceñuda masa de Hardesty; el sol, entrando a raudales, bañaba su mesa de trabajo y su escritorio. La nítida cuartilla estaba aún en la máquina de escribir. Se sentó ante ella, dispuesto a reanudar su labor para tratar de la situación clave de su obra maestra.

Leyó y releyó las dos o tres últimas páginas del original a fin de volver a coger el hilo de la historia, pero a cada lectura se afirmaba más su convencimiento de que había perdido la tarde, en cuanto a continuar la obra, atañía. Y ¿por qué?, ¿por «quién»? Con cierta irritación atacó su pipa y, reclinándole en la silla, la encendió y se echó luego a reír. Cuanto más pasaba el tiempo, más se permitía a sí mismo la libertad de recrear la mente pensando en la extraña mujer cuya belleza y cuya personalidad se habían, por decirlo así, proyectado en su trabajo. Maravillándose de la crudeza de sus preguntas, persistía, sin embargo, en hacérselas. ¿Quién era?, ¿qué misión podía llevarla a Tête-Jaune? Le había repetido lo que dijera al «ángel caído», a saber, que en Tête-Jaune carecía de amistades. Esto y su nombre aparte, no había arrojado luz alguna más sobre su persona, En el breve transcurso de su relación con ella, Aldous había supuesto su edad alrededor de los veintiocho a lo sumo. Por su belleza, por la nítida hermosura de sus ojos, por la frescura de sus labios y la juvenil esbeltez de su figura, no habría calculado más de veinte. Pero a esos atributos se aunaba el maduro equilibrio de la mujer hecha. Había sido una impresión rapidísima pero de cuya exactitud estaba absolutamente cierto.

Durante la hora siguiente intentó varias veces reanudar su labor, hasta que renunció, convencido de lo inútil del intento. De una estaquilla de la pared descolgó un pequeño rifle. Hallaba muy en armonía con su género de vida cuidarse de la casa y cocinar, y no le repugnaba, en ocasión propicia, quebrantar algunas leyes. Las perdices aunque fuera de estación, eran tentadoramente tiernas y rollizas. Abandonó la cabaña con el proyecto de procurarse un par de perdigones para la cena, y siguió el estrecho sendero río arriba. Tardó más de media hora en levantar una nidada y conseguir cobrar dos piezas. Ocultando el arma y las aves entre la broza, en un punto determinado del sendero, prosiguió su camino hacia él una media milla más arriba, curioso por, saber si Stevens que debía cruzar aquel día, habría vadeado ya con su equipo. Miró su reloj y quedó atónito al ver que el tren

para Tête-Jaune debía haber salido hacía ya más de tres cuartos de hora. Por razón inexplicable se sintió mas tranquilo y continuó su camino silbando.

En el vado encontró a Stevens, junto a la margen del río, retorciéndose una punta de su largo mostacho rojizo con evidentes muestras de indecisión y de enojo.

—¡Maldito río! —gruñó al acercarse Aldous—. No se sabe nunca por dónde sacará las uñas. ¡Mírelo! ¿Intentaría usted cruzar?

—Yo no —replicó Aldous—. Está un pie mas crecido que ayer. No correría el riesgo.

—¿Ni aun teniendo dos guías, un cocinero y un desbravador a su cargo? ¿Y en perspectiva una factura de hospital mayor que el Geikie? —arguyó Stevens que había estado tres meses enfermo—. Apuesto a que correría el riesgo. Por lo menos eso pienso hacer yo.

—Yo no —repitió Aldous.

—Pero... sí he perdido ya dos días y esa pandilla de turistas me tiene contratado por un precio redondo, garantizándoles tantos días de pista. A esto no se le puede llamar propiamente «pista». No puedo hacerles pagar por esta demora, y el equipo que tengo en el bosque me cuesta treinta dólares diarios. Podremos cruzar nosotros y los trastos en la balsa. Nos costará descoyuntarnos los brazos, pero... es factible. Además, tengo veintisiete caballos. Tentado estoy de hacerlos cruzar a nado. No es de esperar que mañana tenga menos cauce el río.

—Pero tal vez usted tendrá algunos caballos más, esperando.

Stevens atarazó un trozo de tabaco, mirando al fangoso curso de agua con malévola expresión. Luego gruñó, con una mueca que quería ser una sonrisa.

—Hace media hora pasé por el campamento —añadió— y, según dicen, le dio usted lo suyo a Bill Quade.

—No cuanto se merece, pero en fin... —asintió Aldous.

Stevens cambió de carrillo su tabaco, expectorando en la corriente.

—Me parece haber visto a la interesada cuando bajó del tren —prosiguió—. Se le cayó una cosa. La recogí; pero estaba tan bonita, allí parada contemplando el espectáculo, que me faltó valor para acercarme a ella y devolvérsela. Si se hubiese tratado de algo importante... mas no era sino un trozo de papel. Si lo quiere usted como recuerdo de que apabulló a Quade por ella... —Al hablar, Stevens sacó del bolsillo un arrugado trozo de papel, tendiéndoselo a su interlocutor.

Aldous había tomado asiento junto a él. Alisó el documento sobre la rodilla. Constaba de multitud de cifras como si su autor hubiera intentado

resolver algún problema matemático. Lo que más le interesó fue que los símbolos monetarios indicaban siempre libras y no dólares y que el total de ciertas columnas era, hasta cierto punto, asombroso.

—Si era su propio dinero el que contaba, es millonaria —dijo Stevens—. ¡Fíjese en esa suma! —señaló con un índice en forma de porra—. Cerca de un millón. ¿Eh?

—¡Setecientos cincuenta mil! —dijo Aldous.

Pensaba en el signo de «libras». No le había dado la impresión de ser inglesa. Seguidamente plegó el papel y lo guardó.

—Antes de marchar hacia la región de Maligne Lake, pensaba ir a verle para darle un consejo —empezó—. ¡Váyase de aquí! Después de lo ocurrido, su presencia no será del todo grata a Quade. Además...

—¿Qué?

—Mi chico ha oído algo —continuó el porteador acercándose—. Cuando yo estaba en las últimas fue usted muy bueno para con mi pequeño, Aldous... Y creo que debe saberlo. Hace escasamente una hora, estando detrás de la tienda, oyó hablar a Quade con Slim Baker, Por lo que el chico dice... Quade ha perdido la cabeza por la muchacha. ¡Está desatinado! Le dijo a Slim que daría diez mil dólares por tenerla entre sus brazos. Pero lo que hizo que el rapaz me viniera con el cuento fue oír a Quade decir que «antes» quería «tenerle» «a usted» y ordenar a Slim que fuese a Tête-Jaune... siguiendo a la joven.

—¡Mil diablos! —exclamó Aldous agarrando al otro por un brazo—. ¿Se ha atrevido a hacer eso?

—Así lo cuenta mi chico.

El escritor se puso lentamente en pie. En sus labios reapareció la característica sonrisa. Algunos hombres habían tenido ocasión de aprender a su costa que, en tales momentos, Aldous era temible y peligroso.

—Y estoy seguro de que no se engaña —dijo mirando a Stevens—; mas no me cabe la menor duda de que la joven es perfectamente capaz de guardarse a sí misma. De todos modos, Quade demuestra tener considerable audacia enviando a Slim con semejante embajada. Podría topar en Tête-Jaune con algún hermano o con el marido...

—Stevens se encogió de hombros.

—No es la mujer quien me preocupa. Es usted. En su lugar, yo cambiaría de residencia.

—¿Y no sería más sencillo el dar parte a la policía de esta amenaza? —preguntó Aldous mirando hacia el río con cierta expresión maliciosa en la

mirada.

—¡Oh! ¡Infiernos! —fue el único comentario del porteador.

Poco a poco estiró sus largas piernas poniéndose a su vez de pie.

—Siga usted mi consejo... ¡Váyase! —dijo—. En cuanto a mí, ¡esta tarde cruzo ese maldito río o dejo de ser quién soy!

Masticando ferozmente su tabaco se alejó en dirección a su equipo. Aldous quedó indeciso algunos instantes. Le hubiera gustado unirse a la media docena de hombres que divisaba descansando a cierta distancia, allende los caballos que pacían. Pero Stevens había imbuido en él una nueva sensación del riesgo que corría. Pensaba en su cabaña y en el preciado fruto de los últimos meses de trabajo: su escrito... ¡Si Quade llegaba a destruirlo!

Crispó los puños y marchó a buen paso hacia su campamento. Uno de los medios favoritos de Quade de tomar represalias era «fogear» al enemigo. Así lo había oído decir, como también que los procedimientos del rufián eran tan arteros que la policía no lograba nunca hacerle responsable de ellos.

Desde un principio la posición de Quade había interesado a Aldous, al descubrir que él y Gulver Rann, su asociado en Tête-Jaune, eran factores dignos de ser tenidos en cuenta, incluso por las «potencias» que regían la línea. Eran los dos cabecillas del hampa, los hombres que controlaban el elemento más peligroso desde Miette a Fort-George. Había visto una vez a Culver Rann: un individuo inmaculadamente vestido, de penetrante mirada, frisando la cuarentena; era el bribón más inteligente de cuántos infestaban el Oeste canadiense. Según le habían dicho, Rann era, en realidad, el cerebro de la partida, y entre ambos, por medios casi siempre inconfesables, habían acumulado más de un cuarto de millón. Pero... ahora era con Quade con quién tendría que habérselas, y en el fondo agradecía a Stevens su aviso. Al llegar a la cabaña y hallarla intacta se sintió más aliviado. Había tenido por costumbre sacar copia de su trabajo y después de recogerlo todo, lo acondicionó en una caja de hojalata que ocultó después bajo un tronco de árbol, a corta distancia, entre la maleza.

—Y ahora... ¡cuándo quieras, Quade! —exclamó riendo para sus adentros con curioso y casi exultante acento—. Hace mucho tiempo que no me ha pasado nada excitante, y si empiezas el baile... ¡te aseguro que habrá música para rato!

Recogió sus perdices y, sentándose en el ribazo empezó a desplumarlas. Había casi terminado cuando oyó roncós gritos procedentes de la parte alta del cauce. Desde donde estaba podía divisar la corriente hasta unas cien yardas aquende el vado. Stevens había aballado sus caballos. Los distinguía,

franqueando la primera parte del río, engalladas las cabezas, luchando denodadamente, por ganar la orilla opuesta. Dejó las aves en el suelo se puso en pie.

—¡Santo Dios! ¡Qué locura! —exclamó.

Vio la tragedia apenas comenzada. A unas trescientas yardas de donde nadaban los caballos estaba la barra, de grava que debían alcanzar en la ribera opuesta. Notó la faja grisácea que indicaba el límite del remanso. Tres o cuatro de los más fuertes brutos forcejeaban hacia ella. Los restantes, agrupados, casi inmóviles en su tremenda y postrera lucha, se iban quedando atrás, hasta que llegó el fatal momento. Una yegua y su potro habían entrado en el agua con la manada. Aldous vio a este último con la cabeza y el cuello erguido muy fuera del agua, arrastrado por la impetuosa corriente. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al oír el agudo relincho de la madre, un relincho que para él encerraba la patética desesperación de, una criatura humana. Comprendió su significado. «¡Espera! ¡Voy en tu ayuda! ¡Voy...!», decía aquel grito. Y la yegua renunció a luchar, dejándose llevar por la corriente, fijos los ojos en el potro. Los restantes caballos titubearon y, un instante después, la manada entera se precipitaba hacia su inevitable destrucción.

Aldous sintió impulsos de desviar la vista, pero el espectáculo le fascinaba, a pesar suyo. De momento no pensó ni en Stevens ni en la pérdida que para él representaba. Lívido, crispados los puños, contemplando la embravecida corriente, murmurando imprecaciones, su impotencia le desesperaba. Llegaron hasta él los último alaridos de los agonizantes brutos, Cabeza tras cabeza, las vio desaparecer todas. Por entre la blanca espuma de una enorme roca, contra la que las aguas se estrellaban con la fuerza de un alud, vio a un caballo dar un salto en el aire, como impelido por titánica catapulta.

Había desaparecido el último de los animales, cuando quiso el azar que sus miradas se posasen en la parte arribeña de la corriente, cerca del ribazo, en un lugar en que las aguas fluían libres de rocas, y allí, con la cabeza y el cuello aún erguido, vio al potro. ¿Qué milagro había salvado hasta entonces al caballo? Aldous no se paró a considerar. Cincuenta yardas más allá encontraría como los demás la muerte. A mitad de esa distancia en dirección al *maëlstrom*<sup>[5]</sup> inferior, un álabe de un árbol caído sobresalía extendiéndose unos quince o veinte pies sobre la corriente. Como un relámpago, Aldous se precipitó en él, gateando por encima, abalanzándose hasta que su mano tocó la superficie del agua. Con la excitación del salvamento olvidó su propio

peligro. Había una probabilidad entre veinte de que el potro pasase a su alcance, pero... pasó y consiguió asirlo de una oreja. Por un instante se le encogió el corazón. Bajo la doble carga, el álabe cabeceó con un ominoso crujido, pero resistió y Aldous afianzó su asidero retrocediendo pie a pie hacia la orilla, hasta tener, por fin, al potro en tierra firme.

Tras él una voz que hubiera reconocido entre mil, se dejó oír, dulce, melodiosa, incitante.

—¡Es espléndido, John Aldous! —dijo—. ¡Si fuera hombre, quisiera ser un hombre como usted!

Se volvió. A pocos pasos estaba Joanne Gray, más blanca de rostro que los encajes que adornaban su cuello, exangües los labios, entrecortada la respiración. Comprendió que también ella había presenciado la tragedia. Y en los ojos que le miraban vio la gloria.

## Capítulo IV

---

### La cabaña

---

Para John Aldous, la aparición de Joanne en aquella coyuntura tuvo algo de cómico, poniendo de relieve la parte que consideraba más absurda de la situación. Se vio a sí mismo, gateando por la rama, con heroísmo de opereta, arrastrando por una oreja un potro medio ahogado. Un instante después, se desvaneció esta idea para preguntarse por qué razón Joanne Gray no estaba camino de Tête-Jaune.

—¡Espléndido! —repetía ella, mirándole con entusiasmo ¡Conozco a muchos hombres que no hubieran corrido semejante riesgo ni para salvar a su semejante!

—Y acaso habrían así demostrado su cordura —replicó Aldous.

Se dio cuenta de que empuñaba un renuevo largo y flexible que, una semana o dos antes, él había cortado con idea de convertirlo en aparejo de pesca. Señalándolo con un ademán, preguntó sonriendo:

—¿Pensaba usted pescarme a mí... o al potro?

—A usted —replicó—. Creí que corría peligro —y luego añadió—: No dudo de su profunda gratitud hacia el Destino, que le evitó pasar por el amargo trance de ser salvado por una mujer.

—Está usted equivocada. Si el abeto hubiera cedido me habría agarrado a la punta de su renuevo como cualquier rata... u hombre a punto de ahogarse. Permítame que le dé las gracias.

La joven había descendido al hocino, llano y arenoso, que bordeaba el río, en el cual el potro se debatía pugnando por ponerse en pie. Aún estaba pálida,

y su respirar entrecortado y jadeante revelaba la intensidad de su emoción. Sin sombrero, la espesa mata, trenzada, de cabello atraído irremisiblemente la mirada de Aldous cuando, por un instante, se inclinó hacia el animal. Levantando súbitamente la vista, sorprendió su escrutinio.

—Vine por pura casualidad —dijo con viveza—. Sentí vehementes deseos de estar sola, y la señora Otto me dijo que esta vereda me llevaría al río. Cuando le vi estaba a punto de retroceder. Luego... presencié lo demás... los caballos arrastrados por la corriente... Fue terrible. ¿Se han ahogado todos?

—Todos cuantos vio. No era un espectáculo agradable, ¿verdad? —En su acento había una disimulada interrogación al añadir—. Si hubiera usted marchado a Tête-Jaune se habría podido evitar el mal rato.

—No fue mía la culpa. Ha ocurrido no sé qué... un hundimiento o un alud... algo así. El caso es que hasta mañana no habrá tren.

—¿Y se queda usted con los Otto?

Ella asintió con la cabeza. Como un relámpago, pareció luego leer sus pensamientos.

—Lo lamento —dijo sin darle tiempo para hablar. Comprendo que le disgusta, Me he entrometido en su labor, a más de acarrearle toda clase de perjuicios. La señora Otto me ha hablado de ese Quade. Dice que es un individuo peligroso; y por mi causa, ha hecho usted de él un enemigo.

—Quade no me preocupa. El incidente no pasó de una agradable diversión en lo que iba siendo una monótona existencia. He tenido siempre la teoría de que conviene a nuestro mecanismo mental, de vez en cuando, una cierta sacudida física. Acaso debido a esa creencia me halló usted agarrado a la oreja del hermano potro.

En su acento había una nota de reprimida dureza; una sugestión de algo desagradable en su forzada risa. Comprendía que en aquellos momentos estaba llevándose la contraria a sí mismo... oponiéndose a su deseo de decirle cuánto se alegraba del contratiempo que la había obligado a diferir su marcha a Tête-Jaune, cuánto admiraba la maravilla de su cabello aureolado por el sol crepuscular. Pugnaba por mantenerse tras la reserva defensiva que él mismo había erigido y conservado en sus obras. Y, a pesar de su resistencia, notaba al mirarla que algo se desmoronaba en ruinas. La había ofendido. La dureza de sus palabras, la frialdad de su sonrisa, la total aparente indiferencia hacia ella, habían provocado una sensación que se reflejaba en sus ojos, similar a un dolor físico. Se acercó un paso más y admiró el suave contorno de su mejilla. Joanne Gray le oyó y dobló ligeramente la cabeza como queriendo ocultar

su rostro. Pero... fue tarde. Por la aterciopelada tez vio Aldous resbalar una perla... una lágrima...

Al instante estuvo junto a ella. Con rápido ademán enjugó la joven la delatora señal antes de afrontarle.

—La he agraviado —dijo mirándola directamente a los ojos—. La he agraviado y pongo a Dios por testigo de que considero brutal el haberlo hecho. La he tratado peor que Quade... aunque de diferente modo. Comprendo la impresión que ha debido causarle... la de que la considero un engorro que me ha traído perjuicios, y que mi único deseo es desentenderme de cuanto a usted atañe. ¿Fue eso lo que le hicieron pensar mis palabras?

—¿Por qué negarlo? Eso fue.

Tendió una mano y casi involuntariamente la de ella salió a su encuentro, al ver en su semblante un cambio... sentimiento, dolor, y luego, como reacia en aparecer, la típica y asombrosa sonrisa.

—Eso mismo me propuse que sintiera —confesó, estremecido por la cálida presión de su mano—. ¿Por qué no ser francos? Hasta que la conocí no tenía más que un anhelo, el de terminar mi libro. Había planeado para hoy un gran día de creación. Y usted desbarató mi plan. Me era imposible apartarla de mi mente. Y... eso me hizo ser perverso.

—¿Era eso todo? —murmuró ella con expectante mirada—. ¿No creyó usted...?

—¿Lo que creyó Quade? —interrumpió, y la presión de sus dedos se hizo más intensa—. No, eso no. ¡Santo Dios! ¿Llegó usted a pensar «eso»?

—Soy forastera... y, según dicen, a Tête-Jaune no van mujeres solas —contestó.

—Cierto; par lo general, así es, y menos mujeres como usted, solas, bellísimas y extrañas. No lo digo por adularla. Es usted bellísima e indudablemente lo sabe. Sería un crimen permitir que estuviese sola, sin protección, entre tres o cuatro mil hombres de la calaña de los que ya ha visto. Y las mujeres... los «ángeles caídos»... la vituperarían. Si tuviese marido, un hermano o un padre esperándola, sería distinto. Pero, según me dijo, no es así. Me ha hecho usted cambiar de actitud respecto a mi libro. De momento me interesa usted más, que él. ¿Quiere dar crédito a mis palabras? ¿Quiere permitirme ser su amigo, si necesita mi amistad?

Parecióle a Aldous que se erguía con cierta arrogancia, dándole la impresión de mayor estatura. Sus mejillas se tiñeron de vivo color rosado. Desasíó su mano de la suya. Mas, mirándola, pudo notar su alivio.

—Sí, le creo —dijo—. Pero no debo aceptar la oferta de su amistad. Ya ha hecho por, mí mucho más de lo que jamás podría pagarle. Amistad entraña servidumbre, y el servirme desbarataría sus proyectos... porque tiene usted prisa por acabar su obra. Si quiere usted dar a entender que necesita de mí, el libro puede esperar.

—No debí decir eso —interrumpió vivamente—. Es absurdo por mi parte el sugerir que pueda necesitar ayuda... que no sea capaz de cuidar de mí misma. Pero la amistad de John Aldous me enorgullecerá.

—Sí; es usted muy capaz de guardarse, Ladygrey —dijo suavemente Aldous mirándola a los ojos, aunque aparentemente hablando consigo mismo—. Precisamente por eso ha hecho tan curiosa irrupción en mi vida. Por «eso» y, no por su belleza. Las otras... eran simples mujeres, frágiles criaturas que cualquier esfuerzo habría quebrantado. Siempre he creído que en determinadas circunstancias tan sólo una entre cada diez mil se saldría de lo vulgar. Y ahora creo que usted es esa una. Usted puede ir a Tête-Jaune sola, puede ir a cualquier parte sola... y guardarse a sí misma.

La miraba de tan extraño modo que retenía el aliento en sus entreabiertos labios, acentuándose el colorido de sus mejillas...

—Y lo particular es que ya la conocía... con la imaginación —prosiguió—. Estaba usted allí... perturbándome a veces. No podía acabar de comprenderla. Es casi, inconcebible que lleve usted el mismo nombre... Joanne, —Joanne, de juego limpio.

—Joanne era... terrible —dijo—. Era perversa, perversa hasta en lo más profundo de su corazón y de su alma.

—Era espléndida —replicó Aldous sin alterar el tono de su voz—. Era espléndida, pero perversa. Me estrujé el cerebro en vano para darle un alma. Y así v todo era espléndida. Si careció de alma, fue culpa mia no suya. Habría sido mi ideal, pero la eché a perder, y haciéndolo vendí un millón de ejemplares de la obra, No fue adrede. Si hubiese podido dotarla de alma lo habría hecho. Así... siguió su camino.

—¿Y me compara usted con «ella»?

—Sí —replicó deliberadamente Aldous—. Es usted aquella Joanne. Pero posee lo que no puede hacer que ella poseyera. Joanne, la de Juego limpio, era espléndida, pero desalmada. Usted tiene lo que ella no tenía. Tal vez no me entienda si le digo que ha venido a completar lo que sólo supe concebir en parte.

Del rostro de Joanne reflujo la sangre, y sus ojos adquirieron un misterioso ensombrecimiento.

—Si no fuese usted John Aldous... le abofetearía —dijo—. Siendo quien es... solicito su amistad.

Le tendió la mano. De nuevo volvió a sentir su calor al aceptarla e inclinarse sobre ella. Sus ojos se posaron en la rubia cabeza y por segunda vez notó el gris prematuro que la salpicaba. Por segunda vez también sintió en forma casi avasalladora la misteriosa energía que emanaba de aquel hombre. Acaso John Aldous tardó tres segundos en incorporarse, pero en tan breve espacio de tiempo algo maravilloso y completo pasó entre ambos. Ni el uno ni el otro hubieran podido decir qué era, pero al encontrarse sus ojos, lo hallaron en sus semblantes.

—Había proyectado cenar esta noche en mi cabaña —dijo Aldous rompiendo la tensión de aquel primer momento—. ¿Quiere usted ser mi invitada, Ladygrey?

—La señora Otto... —empezó Joanne.

—Voy al punto a prevenirla de que compartirá conmigo mis perdices —interrumpió—. Venga... déjeme que le enseñe mi taller y mi hogar.

La llevó a la cabaña y entraron en su único aposento.

—Considérese como en su casa durante mi ausencia —dijo—. Y si cree que puede distraerla, pele algunas patatas. No tardaré ni cinco minutos en volver.

Y sin-esperar alguna posible protesta que hubiera querido formular, salió y se dirigió a la tienda de los Otto.

# Capítulo V

---

## La gran aventura

---

En cuanto salió del radio visual de la cabaña, Aldous aflojó el paso. Comprendía que tal vez nunca tanto como en aquel momento le era preciso restablecer su equilibrio moral. Quince minutos habían bastado para producir una milagrosa y completa revolución en su espíritu. Era una transformación tan inesperada y, aparentemente, tan imposible, que al pronto no consiguió hacerse cargo ni de la situación ni del hecho. Pero la verdad se le aparecía cada vez más patente y más vívida al ir avanzando por el sombrío y estrecho sendero que llevaba al Raso de Miette. Era algo que no solamente le había sorprendido y sobresaltado. Como en todas las cosas de su vida, lo primero que vio fue el humorismo que encerraba. Entre todos los hombres, él, John Aldous, había suprimido, eliminado totalmente su personalidad, «¡por una mujer!». Había llegado a ofrendar el sacrificio de su más importante obra. Francamente, había reconocido ante Joanne que ella le interesaba más que su libro. Se repetía una y mil veces que no había sido una derrota... sino una exclusión. Con aquellos admirables ojos fijos en él pasó la esponja, borrando cuánto había constituido su credo durante diez años, cuantas leyes morales promulgara para su propio uso. Al dar vista a la amplia tienda de los Otto se sorprendió riendo, mientras extrañas voces alegres cantaban en su corazón.

Se detuvo para cargar y encender la pipa antes de entrevistarse con la señora Otto, y luego se refugió tras una verdadera nube de humo que casi ocultaba su rostro, al explicarle que había, por decirlo así, obligado a Joanne a quedarse en la cabaña para gustar con él de sus perdices. Supo que el tren de

Tête-Jaune no podría salir hasta el día siguiente y, después de aceptar de la señora Otto un pan recién salido del horno y una lata de mermelada, como su contribución a la fiesta, retrocedió hacia la cabaña intentando silbar con su antigua despreocupación.

Las primeras preguntas que se hiciera a sí mismo respecto a Joanne volvían a formularse, presentándose a su mente con nuevos significados. Sin darse apenas cuenta se había delatado, poniendo ante sus ojos la página de su alma que con tanto celo ocultara al mundo, Poco le faltó para confesar abiertamente que su aparición le había transformado, al completar lo que sólo a medias creara. No obstante lo inconcebible y audaz de la confesión, tenía motivos para creer que le había comprendido, más aún, que había sabido leer en él, Conocía sus obras, y ahora conocía a John Aldous... al hombre.

En cambio, ¿qué sabía él de ella, salvo que se Harem Joanne Gray, y que «la Horda» invasora la había traído a su vida tan misteriosamente como una tormenta pudo traerle una brizna de flojel de cisne? ¿De dónde venía? ¿A qué iba a Tête-Jaune? Muy urgente debía de ser lo que la llevaba a lugar semejante, al «término del riel», al punto de congregación de millares de hombres, nervudos, recios, dominados por las siete pasiones humanas. Era un lugar imposible para una mujer joven, bella y sin protección. De haber conocido Joanne a alguien entre la turba de ingenieros o contratistas, o poseído cartas de presentación para ellos, tal vez no hubieran sido tan tensas y profundas las líneas que se formaban en las comisuras de los labios de Aldous. Pero aquellos hombres cuyos cerebros dirigían «la Horda», los ingenieros y contratistas, sabían lo que una mujer, sola y desamparada, representaba en Tête-Jaune. Mujeres tales eran inevitable adjunto a «la Horda» y... con «la Horda» había aparecido Joanne. En eso estribaba su riesgo... y su misterio.

Tan absorto estaba en sus pensamientos que se halló, sin darse cuenta, ante la puerta de la cabaña. La voz de Joanne le trajo a la realidad. En tono menor, dulce y agradable, estaba cantando una canción para él desconocida.

Se interrumpió al verle en el umbral y parecióle que el azul de sus pupilas era más intenso, más profundamente azul al mirarle, sonriendo. Habíase improvisado un delantal con una toalla y pelaba patatas.

—Pronto se verá en el trance de tener que dar explicaciones engorrosas —dijo al saludarle—. Durante su ausencia he tenido una visita. Estaba lavando las patatas, cuando, al levantar la vista, la puerta encuadraba el mas feroz par de mostachos pelirrojos que he visto en mi vida. Los ojos de su poseedor

parecían saltársele de las órbitas al verme. Desapareció con sorprendente rapidez y... con la prisa dejó algo tras de sí...

Con un ademán, Joanne señaló hacia el suelo, donde un enorme trozo de tabaco revelaba el azorado mutis de su exposeedor.

—¡Stevens! —exclamó Aldous—. ¡Que Dios me perdone!, pero regular debió de ser el susto que le causó su presencia, para abandonar así su más preciada «golosina». —Apartó con el pie el «recuerdo» y, dirigiéndose a Joanne—: La señora Otto le envía esto —dijo aludiendo al pan y la mermelada—. Y el tren no saldrá hasta mañana.

Entonces Aldous arrastró una silla, se sentó bien cerca de ella y clavó la punta de su cuchillo de monte en una de las dos patatas que quedaban.

—Y cuando salga, yo la acompañaré —añadió.

Suponía que ese aviso haría algún efecto sobre ella. Cuando Joanne se levantó, con las patatas en la sartén, dejando la que quedaba en la punta de su cuchillo, los ojos de él sólo alcanzaron el hechizo de una disimulada sonrisa.

—¿Pero se figura todavía usted que no me basto yo sola para librarme de los peligros de Tête-Jaune? —preguntó ella, encorvada por un momento sobre la mesa.

—No. Usted se basta sola para guardarse dondequiera le vaya, Ladygrey —repitió Aldous—. Pero estoy bien seguro que será menos molesto para mí el ver que nadie la insulta, que para usted el soportar esos insultos cuando lleguen. Tête-Jaune está lleno de Quades —añadió.

La sonrisa había desaparecido de su rostro cuando ella se volvió hacia él. Sus azules ojos estaban invadidos por tensa angustia.

—Ya casi ni me acordaba de aquel hombre —balbuceó—. Y, ¿quiere decir usted que lucharía por mi otra vez?

—Lucharía mil veces.

El rubor de sus mejillas se hizo más intenso.

—En cierta ocasión leí algo acerca de usted que no se me ha olvidado nunca, John Aldous —dijo—. Fue después que usted llegó del Tíbet... Decía aquello, que dos sentimientos le dominaban: el desprecio por las mujeres y la pasión por las aventuras; que era imposible para usted el ver una sin tacha, y que en cuanto a lo otro, excitación física, usted iría al confín del mundo. Tal vez sea su deseo de aventuras lo que le impulsa a ir conmigo a Tête-Jaune.

—Casi empiezo a creer que constituiría la mayor aventura de mi vida —contestó Aldous, y algo que se insinuaba en su serena voz la contuvo en silencio— sí, es ya la Gran Aventura —continuó—. Lo siento y yo soy quien ha de juzgarlo. Hasta hoy habría apostado mi vida a que ningún poder en la

tierra hubiera arrancado de mí la confesión que, voluntariamente, voy a hacerle. Siempre me he reído de la opinión que el mundo se ha formado, de mí. Lo he tomado todo por una chanza colosal. Los centenares de columnas que las mujeres me han dirigido desde la prensa me han divertido inmensamente. ¡Todas han preguntado lo mismo! «¿Por qué no escribe usted sobre lo bueno que tiene la mujer y no sobre lo malo?». Nunca les he contestado una palabra. Pero ahora contestaré a usted... aquí. No he escrito sobre las debilidades de las mujeres porque las detesto. Esas debilidades (las veleidades destructoras del sexo femenino) las he traído ásperamente sobre las páginas de mis obras, porque siempre he creído que la mujer es la única cosa que Dios estuvo más cerca de crear perfecta. Yo creo que debieran ser perfectas. Y porque creo que no han alcanzado aquella perfección que les corresponde, he tratado los hechos tan duramente como he podido. He sido un tonto y un iconoclasta, en vez de un constructor. Esta confesión que le hago, prueba que usted me ha traído ante la mayor aventura.

El color de las mejillas de Joanne se había centrado en dos vivísimas manchas. Sus labios emitían, lentamente, palabras extrañas.

—Comprendo —dijo—. Tal vez yo hubiera sido otra iconoclasta... si hubiese escrito en palabras las cosas que he pensado. —Respiró profundamente, y continuó, sus grandes ojos sobre él, hablando como si saliera de un sueño—: La Gran Aventura... para usted. Sí; ¡y tal vez para ambos!

Sus manos se crisparon sobre el pecho. Algo en su actitud atrajo a Aldous hacia ella, poniendo en su boca la pregunta:

—Dígame, Ladygrey, ¿a qué va a Tête-Jaune?

En la misma forma, como si sus labios enunciasen palabras que no estaba en su poder el dominar, contestó:

—Voy... a buscar... a mi marido.

## Capítulo VI

---

### Sendas que se cruzan

---

Al oír las últimas palabras de la joven, John Aldous quedó inmóvil, silencioso, con la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho. Un ruido que hubo afuera le dio pretexto para ir hacia la puerta. ¡Iba a Tête-Jaune... buscar a su marido! ¡Todo lo habría esperado menos eso! Mientras miraba al escobo sin ver, en su mente hervía extraña confusión. En múltiples ocasiones le había dado a entender que en la terminal del riel no la esperaba nadie, marido, hermano o padre. Habíale dicho que estaba sola, sin amistades, y de pronto, como una confesión tardía, sus labios pronunciaron aquellas asombrosas palabras. Uno de los *hateros*<sup>[6]</sup> de Otto, causante del ruido, pasó, camino del abrevadero. Aldous volvióse de nuevo hacia ella.

La joven seguía de espaldas a la puerta, apoyada contra la mesa. Llevándose una mano al pecho sacó de su seno un abultado sobre. Al abrirlo, Aldous vio que contenía billetes de Banco, de entre los que extrajo un papel que le ofreció.

—Esto le explicaré... en parte —dijo.

Era un recorte de periódico, deslucido y sobado, cuya fecha se remontaba a dos años atrás. Aparentemente provenía de un diario inglés y daba escueta cuenta del «fallecimiento de Mortimer Fitz Hugh» —hijo de una notable familia de Devonshire— durante una excursión cinegética en las selvas de la Colombia Inglesa.

—Era mi marido —explicó Joanne cuando Aldous terminó la lectura—. Hasta hace seis meses no tuve motivo alguno para creer que no fuera cierta la

noticia mas un amigo común que vino aquí, también a cazar, regresó a Inglaterra con un extraño relato: aseguraba haber visto a Fitz Hugh, vivo. Eso explica mi presencia. No tenía intención de decírselo, porque me hace aparecer con un aspecto que ahora no creo poder explicar... He venido a cerciorarme de la veracidad del aserto. Si aún vive...

Por vez primera exteriorizó la lucha interior que sostenía para reprimir alguna poderosa emoción que la agobiaba. Su rostro palideció. Se interrumpió, mordiéndose los labios como pesarosa de haber dicho ya más de lo que quisiera.

—Comprendo —dijo Aldous—. Por causas que ignoro, Ladygrey, su incertidumbre de encontrarle muerto es casi tanta como su temor de encontrarle vivo.

—Sí... sí... eso es... Pero... por favor, no insista. Sólo el reconocerlo es terrible. Pensará que soy una fiera y no una mujer... Además... soy su huésped; me ha ofrecido compartir su cena... Las patatas están peladas ¡y no hay lumbre!

A sus labios asomó una forzada sonrisa. Aldous se encaminó hacia la puerta.

—En dos segundos traeré las perdices —dijo—. Las dejé caer cuando... los caballos...

El primer efecto, opresivo y abrumador, de la mención del marido de Joanne se había desvanecido. No intentó siquiera analizar o razonar los dos repentinos cambios que sufría. Los aceptaba como hechos consumados, y en paz. Minutos antes había experimentado una como férrea constricción en el pecho, algo que parecía ahogarle físicamente; ahora recobraba el inexplicable contento que sintiera, yendo hacia la tienda de los Otto. Al acercarse al margen del río empezó a silbar Y silbando regresó a la cabaña con las dos aves en la mano. Joanne le esperaba en la puerta. Su semblante había recuperado su rosada apariencia de tranquila belleza, sus ojos volvían a ser como lagos maravillosos de azul en las soleadas montañas. Sonreía. Aldous se sorprendió, no de que hubiera reaccionado tan rápidamente de la excitación emotiva que la abrumaba, sino de que no demostrase huella alguna de pesar, ansiedad o inquietud. Minutos antes la había oído cantar, y estaba inclinado a creer que sus labios reanudarían sin dificultad y al momento la interrumpida canción.

Desde entonces hasta que el sol desapareció tras las montañas y las sombras grisáceas ocuparon el lugar de su luz, no volvió a hacer referencia a lo ocurrido o a lo que había dicho desde la llegada de Joanne. Por vez primera

en muchos años, Aldous relegó su trabajo totalmente al olvido. Estaba entregado por completo a Joanne. Con las tremendas modificaciones que su modo de ser experimentaba, su personalidad se le hacía más y más maravillosa por instantes. Y no intentó refrenarse. Su único esfuerzo fue por evitar que fuera demasiado aparente el cambio.

La forma en que Joanne aceptó su propuesta de cenar juntos era tan encantadora como nueva para él, Fue a la vez huésped y anfitrión. Arremangada hasta el codo, amasó una hornada de galletas. Él encendió fuego. Luego trajo agua y, al autorizarle ella, se puso a fumar mientras Joanne preparaba la cena. Traspuesto el sol, cerró la puerta de la cabaña para tener pretexto de encender antes de tiempo la lámpara central, imaginándose de antemano el maravilloso efecto de la espesa mata de fúlgido cabello a su cálido esplendor.

Al sentarse frente a ella, todas las fibras de su ser vibraban de viva y exquisita satisfacción. Durante la cena miró en cien ocasiones al sereno y aterciopelado azul de sus ojos, hallando especial deleite en poder hablarle y mirarlos a la vez. Fue más explícito acerca de sí mismo de lo que nunca había sido con nadie, si bien fue Joanne la que hizo la primera referencia al original que tenía entre manos, al mencionar Aldous ciertas aventuras que le llevaron a la concepción de uno de sus libros.

—Y este libro que está escribiendo ahora y que titularé Madres —dijo—, ¿será como Juego limpio?

—Mi idea era que constituyese el último de la trilogía. Mas... ya no lo será, Ladygrey. He cambiado de modo de pensar.

—¿No decía que estaba punto menos que concluido?

—Esta semana habría tocado a su fin. Estaba llevándolo a término febrilmente... cuando vino usted.

Viendo la turbada expresión de su mirar, se apresuró a añadir:

—No hablemos de lo escrito, Ladygrey. Algún día se lo dejaré leer y entonces comprenderá que no fue su llegada lo que le perjudicó. De momento me disgusté sin causa, únicamente porque había hecho cuestión de gabinete el terminarlo esta semana. Ahora pienso emprender una nueva... y extraña aventura, hacia el Norte.

—Eso quiere decir a los Yermos —interpuso ella—, porque el Norte... está deshabitado.

—Salvo algún indio transeúnte o un explorador, de vez en cuando dijo El año pasado, en ciento veintisiete días de marcha no vi más rostro humano que el del indio. Creo que me acompañaba.

Joanne, apoyada en la mesa, le miraba atentamente, chispeantes los ojos.

—¡Por eso le he comprendido y he sabido leer entre líneas en sus libros! —exclamó—. Si yo hubiera nacido hombre, habría sido como usted. Adoro esas cosas, la soledad, el vacío, los grandes espacios en los que sólo se oye el viento y el rumor de los propios pasos. ¡Oh! ¡Debí de nacer hombre! ¡Todo eso es innato en mí! ¡Es parte de mí misma! Y lo amaba... ¡lo amaba!

Acerba expresión de dolor asomó a sus ojos y su voz terminó casi en un sollozo. Atónito, él la observó en silencio.

—¿Ha vivido usted esa vida, Ladygrey? —preguntó—. ¿La conoce?

—Sí —asintió cruzando y descruzando nerviosamente las manos—. ¡Tal vez mejor que usted, John Aldous! Nací en ella. Y fue la mía durante años y años, hasta... que murió mi padre. —Hizo una pausa para dominar el temblor que la emoción imprimía a sus palabras—. Eramos inseparables —prosiguió, y su acento se hizo súbitamente reposado y extraño—. Para mí lo era todo, padre, madre... todo. ¡Era demasiado bello para perdurar! Juntos exploramos los misterios y las cosas extrañas de las más remotas regiones del mundo. Era su pasión, y yo nací con ella. Le acompañé siempre a todas partes, hasta que murió, poco después de su descubrimiento de la asombrosa ciudad sepultada de Mindano, en el corazón de África; acaso haya usted leído...

—¡Santo Dios! —murmuró Aldous tan bajo que era casi imperceptible ¡Joanne!... ¡Ladygrey!... ¿Habla usted de Daniel Gray... de *sir* Daniel Gray, el egiptólogo, el anticuario que sacó a la luz los secretos de una remota y maravillosa civilización existente en el centro de África?

—Sí.

—Y usted..., ¿es su hija?

Asintió con la cabeza. Como en sueños, Aldous se puso en pie, se acercó a ella, le cogió ambas manos y se puso frente a frente. La extraña y peculiar expresión de calma reapareció en sus ojos.

—Nuestras sendas se cruzan extrañamente, *lady* Joanne —dijo—. Y... hace años que se están cruzando. Cuando *sir* Daniel estaba en Murja, en vísperas de su gran descubrimiento, yo me hallaba en San Luis, en la costa del Senegal. Dormí en un hotelito de Cabo Verde, en el aposento enjalbegado que da al mar. El hostelero me dijo que *sir* Daniel lo había ocupado antes y encontré una pluma estilográfica rota, en el cajón de aquella destartada mesa-escritorio, con la cabeza de serpiente tallada en su testero. Y en otra ocasión estaba yo en Pampola, a punto de internarme en Ceilán, cuando supe que seguía de nuevo una de las pistas de *sir* Daniel. Y ¡usted le acompañaba!

—Siempre —repitió Joanne.

Se miraron durante unos instantes. Con inusitada y anómala rapidez se llenaba el abismo que había mediado entre ambos. Sus mentes se contrajeron tan veloces como el rayo en un cielo tempestuoso. Ya no eran extraños. Su amistad no databa de un día. La presión de las manos de Aldous se acentuó, cien palabras distintas acudieron a sus labios, pero antes de poder enunciarlas percibió una súbita y pavorosa transformación en el semblante de Joanne. Había ladeado la cabeza en forma que miraba la ventana. De sus labios se escapó un grito de espanto. Aldous se volvió sin poder distinguir nada, Joanne, lívida, temblaba, con las manos crispadas sobre el pecho. Sus ojos, dilatados por el terror, seguían fijos en la ventana.

—¡Ese hombre! —jadeó—. ¡Su rostro!... allí... pegado a los cristales... ¡cómo un demonio!...

—¿Quade?

—Sí.

Le cogió por un brazo al ir a abalanzarse hacia la puerta.

—¡Deténgase! —dijo Joanne—. ¡No debe salir...!

Se detuvo ante la puerta. Le vio cómo le había visto otra vez, en la tienda de Quade, impasible, con la extraña sonrisa en los labios. Sus ojos lanzaban acerados destellos.

—Cuando haya salido, cierre la puerta y eche la llave hasta que vuelva —dijo—. Es usted la primera mujer que ha honrado mi cabaña, Ladygrey. No puedo consentir que se la insulte.

Al salir, ella le vio guardarse algo en el bolsillo, algo que refulgió ominosamente a la luz de la lámpara.

## Capítulo VII

---

### *Stevens revela una maquinación*

---

John Aldous salió, resuelto a matar a Quade. Con rapidez de liebre dio la vuelta a la cabaña, allende la ventana, y luego se detuvo a escuchar, pistola en mano, esforzándose por discernir en las tinieblas alguna sombra delatora. Al concebir la idea no tuvo ni un instante de vacilación. Mataría a Quade, porque era imposible la menor duda acerca de los fines que le habían llevado a asomarse a la ventana. El hijo de Stevens estaba en lo cierto. Quade perseguía a Joanne. Individuo de perversos e innobles apetitos, ardía en deseos de poseerla, y Aldous no ignoraba que cuando alguna pasión hacía presa en él, era más fiera que hombre, fiera viscosa, traicionera, con argucias de cazador nocturno y contando con toda la fuerza de aquel mundo canallesco en que se movía, a más de su fortuna, para guardarle las espaldas. No lo consideraba un hombre, sino una alimaña dañina, y por eso no hubiera sentido la menor compunción al disparar sobre él. Pero... no vio nada. No oyó trisca alguna que pudiera atribuirse a una planta humana o a un cuerpo en movimiento. Una hora después la luna brillaría, pero en aquel momento la única claridad era la de las estrellas. A unas cien yardas oyó el grito de un búho. En el río chapoteó algo. De la espesura allende Buffalo Prairie le llegó el hipido de un coyote. Durante cinco minutos permaneció tan inmóvil como los peñascos que le rodeaban. Comprendía que hubiera sido locura lanzarse a ciegas en la oscuridad en persecución de Quade. Volvió a la cabaña y llamó a su puerta. Joanne le franqueó la entrada descorriendo el cerrojo.

Estaba aún pálida y sus ojos refulgían.

—Iba... a salir... —dijo—. Comenzaba a temer que...

—... ¿Que me hubiera atacado aprovechándose de las tinieblas? —terminó Aldous al ver que vacilaba—. Capaz sería de hacerlo, Joanne. —Inconscientemente su nombre le venía a los labios. Le pareció la cosa más natural del mundo llamarla Joanne—. ¿Será necesario que le diga qué es lo que ese individuo... por qué Quade atisba en la ventana?

Se enterneció.

—No... no... comprendo...

—Parcialmente —continuó Aldous—, blanco, pero resuelto. Es preciso que sepa más de lo que supone, en propio bien. Si fuera usted como la mayoría de las mujeres, en vez de decirle la verdad procuraría disimular. Siendo como es, vale más que la sepa. Tan sólo hay un hombre en las Montañas Rocosas al que pueda tenerse por más peligroso que Quade: Culver Rann, en Tête-Jaune. Son asociados, asociados en crímenes, en vicio, en cuanto haya de reprochable que sea productivo.

Su influencia entre el elemento más depravado de la línea es enorme. Están tan firmemente establecidos, que han llegado a obligar a determinados contratistas a levantar el campo, simplemente por no querer someterse a sus exacciones. La escasa policía de la vía es impotente contra ellos. Han amasado una considerable fortuna, especulando principalmente en tres cosas: difamación, *whisky* y mujeres. Quade es el más ruin de los dos. Es un monstruo horrible. Culver Rann me sugiere la idea de una serpiente, viscosa y ondulante. Pero ese Quade...

Con los ojos de Joanne serenamente fijos en los suyos le fue imposible continuar.

—De quien hemos hecho un enemigo —terminó ella.

—Sí, y más que eso —prosiguió desviando la vista No puede usted ir sola a Tête-Jaune, Joanne. No puede ir sola a parte alguna. Si lo hace...

—¿Qué ocurrirá?

—No lo sé. Acaso nada. Pero no puede ir sola. Ahora voy a acompañarla a casa de los Otto y mañana iré a Tête-Jaune con usted, Por fortuna, sé allí de un lugar al que puedo llevarla confiadamente y donde estará en seguro.

Disponiéndose a marchar, Joanne miró a la mesa.

—Me avergüenza marcharme dejando los platos en ese estado —dijo.

Él se echó a reír y, pasando un brazo por el suyo, salieron juntos. Al salir del pequeño desmonte, la tenebrosidad del inmenso arbolado los envolvió. Cogiéndola de la mano:

—En la oscuridad podría usted tropezar —dijo en son de excusa—. No se parece mucho a la plazoleta de Cabo Verde, ¿verdad?

—No. ¿Recogió usted algunas de aquellas conchas encarnadas, conchas de sangre, como las llaman los indígenas? Yo sí, y me daban escalofríos. ¡Están asociadas a tan extrañas historias!

Aldous comprendía que sus ojos esforzábanse por penetrar la oscuridad y que no era el recuerdo de las conchas de sangre lo que crispaba sus dedos contra su brazo. En la mano derecha llevaba la pistola automática. Todo su ser estaba alerta, y, sin embargo, su voz no revelaba en lo más mínimo su tensión.

—Las conchas no me impresionaron —dijo—. En cambio, no recuerdo nada que me afectase tanto como las serpientes. En cuanto se trata de algo que se arrastra sin pies, soy un cobarde. Un reptil, aunque sea más pequeño que un meñique, me hace correr como un loco. Tanto me repugna una serpiente boa como una inofensiva culebrilla. Es... «la cosa», no su tamaño, lo que me horroriza. Una vez me tiré al agua, a diez brazas de profundidad, sin vacilar, sencillamente porque mi compañero de embarcación pescó una anguila y persistía en su argumento de que era un pez. A Dios gracias, por aquí no tenemos serpientes. Con toda mi experiencia nortea sólo he visto dos o tres.

A pesar de la inquietud que la noche le inspiraba, Joanne rió suavemente.

—No puedo figurármelo asustado —dijo—. Y, sin embargo, comprendo que de estarlo sería de alguna pequeñez así. Mi padre era uno de los hombres más valientes del mundo y yo le vi cien veces aterrado ante una araña. Mas, si le asustan las serpientes, ¿cómo ascendió el Gampola, en Ceilán?

—Porque ignoraba que las hubiera —contestó francamente—. En aquel maldito río hay más reptiles que en el resto del mundo. Dormía de pie, calzado con botas de goma que me llegaban a la cintura y con recios guantes de cuero. En cuanto pude abandoné la comarca.

Cuando llegaron al linde del Raso de Miette y vieron sí el resplandor de las luces, Aldous percibió el súbito ademán de su compañera, que se reía.

—¡John Aldous! ¡Bondadoso y precavido John Aldous! —murmuró como para sus adentros—. ¡Cuán gentil ha sido de su parte el distraer mi mente con su conversación mientras cruzábamos ese lóbrego y hórrido pantano... con un Bill Quade acechando entre las sombras nuestros pasos!

Su risa brotó argentina haciéndole detener en seco, sin cuidarse de guardar el revólver. Al verlo, la sonrisa murió en sus labios. Se aferró a su brazo y con la otra mano cogió el frío acero de la pistola.

—¿Cree usted que... «se atrevería»? —preguntó.

—¡Quién sabe! —replicó él guardándose el arma— en todo caso, mala conversación elegí, ¿verdad, Lady-grey? No será la última vez que cometa pifias semejantes. —Señaló a la tienda Allí está la señora Otto mirando hacia nosotros y preguntándose con todo su generoso corazón si no haría mejor yéndose a acostar.

La puerta de los Otto estaba abierta de par en par y siluetada por la luz, veíase la matronil figura de la escocesa... Aldous silbó con el peculiar silbido que ella los suyos reconocían como señal, y se apresuró con Joanne.

Antes de llegar a la tienda, la joven le puso su mano sobre el brazo.

—Preferiría saber que no vuelve a su cabaña esta noche —dijo—. Aquel rostro en la ventana..., era terrible. Tengo miedo. No quisiera pensar que está solo...

Sus palabras le estremecieron.

—No pasará nada —aseguró—. Quade no volverá.

—No vaya a la cabaña —insistió—. ¿No tiene algún otro sitio dónde recogerse?

—Podría ir a consolar a Stevens y a que me prestase un par de mantas, si eso ha de tranquilizarla.

—¡Oh, sí! —contestó vivamente—. Si no va esta noche a la cabaña, le dejaré venir conmigo mañana a Tête-Jaune. ¿Trato hecho?

—¡Trato hecho! —aceptó prontamente—. No me hace mucha gracia el que me echen de casa, pero prometo no dormir esta noche en ella.

La señora Otto salía a su encuentro. En la puerta, Aldous dio las buenas noches a ambas mujeres y marchó en dirección a la iluminada avenida de tiendas y de *shacks* bajo los árboles. Al partir sorprendió en Joanne una postrera mirada llena de ansiedad y de temor. Volviendo la cabeza desde las tinieblas que le engolfaban, la vio posar un instante en el umbral mirando hacia él. Su corazón saltó de gozo en el pecho y una sonrisa de exaltación apuntó en sus labios. Era extrañamente nuevo y agradable el que alguien se preocupase en semejante forma. No había pensado cruzar abiertamente la avenida. Desde el instante en que saliera de la cabaña en persecución de Quade, se habían despertado todos sus instintos bélicos. Si bien los dominó en presencia de Joanne, su determinación de buscar a Quade y de ajustar cuentas con él era inquebrantable. Se decía a sí mismo que era una de las escasas personas de la línea sobre quien Quade carecía de influencia, salvo para importunarle en su persona... No tenía empresa o negocio que el rufián pudiera hacer fracasar valiéndose de sus solapados métodos, ni empleo alguno que perder. Jamás había odiado a un hombre con la intensidad con que, desde

que viera entrar a Joanne en el figón blanco y ojo, odiaba a Quade. Anteriormente le había sido repulsivo y había eludido todo encuentro con él, porque su sola vista le era desagradable; ahora anhelaba sentir sus manos ciñendo el vasto y fornido cuello, oprimiéndole hasta cerrar el paso al malsano aliento. Su primera idea había sido acercarse al fonducho de Quade por detrás; pero, cambiando de intención, prosiguió por el iluminado acirrate entre la doble fila de tiendas y *shacks*, con las manos despreocupadamente hundidas en los bolsillos. El nocturno carnaval de los obreros ferroviarios estaba en todo su apogeo. Risas soeces, frases sueltas de canciones burdas, el chasquido de las bolas de billar y el entrechocar de copas se mezclaban en la avenida con el rasgueo de dos o tres instrumentos musicales. El fonógrafo de Quade chirriaba incesantemente. Aldous hubo de detenerse media docena de veces para cambiar breves palabras con amigos diversos, y pudo apreciar que no había nada nuevo o distinto en su actitud hacia él. Si hubiesen oído algo de su encuentro con Quade, lo más natural, lo más probable es que hubieran hecho alguna alusión o, de algún modo, hubieran mostrado conocerla. Se detuvo durante algunos minutos para hablar con Mac Veigh, joven topógrafo escocés. Mac Veigh odiaba a Quade, pero tampoco le mencionó para nada. Adrede, pasó ante la tienda de aquél, siguiendo hasta el cabo de la calle, saludando acá y allá a sus conocidos. Se evidenciaba cada vez más que Quade y sus satélites habían acordado dar la menor publicidad posible al conflicto de la pasada tarde, Y, siendo así, se preguntaba cómo había llegado a oídos de Stevens.

Aldous volvió sobre sus pasos. Como si nada de particular hubiese ocurrido, entró en la tienda de Quade. Una docena de hombres la ocupaban y entre ellos reconoció a tres de los que por la tarde habían presenciado el suceso. Los saludó con la cabeza. Slim Baker ocupaba el lugar de Quade, tras el mostrador. Baker era el brazo derecho de Quade en Miette, y en sus ojuelos de rata fulgió un malicioso destello al ver a Aldous inclinarse sobre el escaparate, situado a un extremo, pidiendo cigarrillos. Tardó un momento en elegir los que deseaba y sus miradas se encontraron con las de Slim.

—¿Dónde está Quade? —preguntó como casualmente.

Baker se encogió de hombros.

—Ocupado —contestó—. ¿Quiere usted verle?

—No, no tengo interés. Era tan sólo por saber si aún me guarda rencor.

Baker volvió a colocar la caja de tabacos en el armario y se alejó. Después de encender un cigarrillo, Aldous hizo lo propio y salió del local. Estaba seguro de que Quade no había regresado de su jornada al río. ¿Estaría tal vez

esperando, acechando cerca de la cabaña? Sintió un estremecimiento al pensarlo, pero fue instantáneo. Díjose que con media docena de hombres dispuestos a hacer su voluntad, Quade no teñiría sus manos en sangre ni se colocaría en situación conspicua. Durante la hora siguiente visitó cuántos lugares solía frecuentar Quade, y estaba ya a punto de emprender la marcha hacia el campamento de los ingenieros, cuando una figurilla se abalanzó a él de entre los árboles. Era el hijo de Stevens.

—Papá quiere verle en el campamento —murmuró muy excitado—. Dice que cuanto antes... y que no le vea nadie ir. Dice que también yo tenga cuidado de que no me vean. Por eso le he esperado a usted aquí, en la oscuridad.

—Echa a correr y dile que voy en seguida —replicó vivamente Aldous—, y recuerda lo que te ha encargado..., ¡que no te vea nadie!

El rapaz desapareció como una ardilla. Aldous miró a su alrededor y, penetrando en las sombras, siguió tras él.

Un cuarto de hora más tarde llegaba al campamento de Stevens, próximo al río, divisando a aquél sentado junto a un fuego de ascuas, ante el cual secaba algunas prendas. El pequeño acurrucábase en desconsolada actitud cerca de él. Aldous llamó a media voz y Stevens se puso lentamente en pie, estirándose. El porteador se dirigió hacia un macizo de matojos tras el cual el otro se había resguardado. Una sola ojeada bastó a Aldous para convencerse de que Stevens había tenido justos motivos para exigir cautela. La luna había salido, iluminaba de lleno las facciones del porteador y ponía de relieve lívida palidez. Parecía más demacrado que cuando le viera horas antes, y toda su actitud indicaba desesperado abatimiento. Pero lo que más le sobresaltó fueron sus ojos. Chispeaban como ascuas, yendo de acá para allá, atisbando la espesura. Por un momento guardaron ambos silencio.

—Siéntese —dijo luego Stevens— y, sobre todo, salga del alcance de los rayos de la luna. Tengo algo que decirle.

Los dos hombres se agazaparon tras el matorral.

—Ya sabe usted lo ocurrido dijo Stevens con voz baja y sibilante He perdido todo mi equipo.

—Sí, Stevens. Lo presencié todo.

El porteador vaciló un instante. Una de sus manos aferró a Aldous por el brazo.

—Antes de proseguir, quiero preguntarle una cosa —murmuró—. No se ofenda... es necesario. Cuando la vi en el tren me pareció un ángel, pero...

usted «lo sabe». ¿Es... buena? ¿O...? Ya conoce usted cómo consideramos por aquí a las mujeres que vienen solas. Por eso lo pregunto.

—Es lo que usted creyó que era, Stevens —replicó Aldous—. Tan pura y tan noble como parece. Es... la clase de mujer por la que nos jugamos la vida.

—Así lo creí, Aldous. Por eso envié al chico en su busca. La vi en su cabaña... después de haberse ido al diablo mi equipo. Cuando volví al campamento, encontré a Quade. Yo... estaba anonadado. No hablé apenas con él. Pero... Quade sabía que acababa de perderlo todo. Luego fue a la cabaña de usted, según me explicó más tarde, aunque lo habría adivinado sólo con verle. Nunca le he visto así. Seré breve. Está loco, loco de remate por esa muchacha. Pensando en usted... y en ella... pretendí simpatizar con él. Insinuó un medio de ganar fácilmente dinero. Le di a entender que en el momento presente cualquier manera de hacer dinero me parecía de perlas y, que, además, no sentía especial afecto por usted. Y entonces... lo espetó. Me hizo una proposición.

Stevens bajó aún más la voz y recorrió con la vista la espesura.

—¿Qué más? —insistió Aldous—. Estamos solos.

Stevens se le acercó tanto que pudo percibir su aliento cargado de tabaco.

—Me dijo que si de aquí a pasado mañana le quitaba a usted de en medio, reemplazaría todo el equipo que he perdido.

—¿Matándome?

—Sí.

Reinó un tenso silencio, que sólo turbaba el entrecortado respirar de los hombres. Aldous, tomando en la oscuridad la mano del porteador, la estrechó fuertemente.

—Gracias, buen amigo —dijo—. Y Quade, ¿cree que usted se presta...?

—Le dije que pasado mañana... el Atabasca se llevaría su cadáver.

—¡Espléndido, Stevens! ¡Vale usted por cien Sherlock Holmes! Y ¿quiere hacerle representar a usted ese bonito papel simplemente porque le descolgué, una mandíbula?

—¡Nada de eso! —exclamó vivamente Stevens—. Sabe que la muchacha acaba de llegar y que está sola. Usted se ha interesado por ella. Si se le elimina... nadie le echará de menos. ¡Por mil diablos, Aldous! ¿No conoce usted ya su sistema? Si hay algo en el mundo que desee con toda su alma malvada, es la muchacha. El veneno que tiene por sangre se le ha vuelto fuego; aquí mismo parecía delirar hablando de ella. Será capaz de todo, de todo por conseguirla. Está tan loco que no dudo se jugaría hasta el último dólar. No hay más que una solución posible. Haga que la muchacha se vuelva

por donde ha venido. Y luego váyase usted también. En cuanto a mí... pienso emigrar. No tengo un centavo, así es que lo mismo me da ir hacia las praderas y buscarme empleo en un rancho. El invierno que viene, el chico y yo nos estableceremos en Parsnip River, a cazar con trampa.

—Está usted equivocado de medio a medio —dijo pausadamente Aldous—. Cuando vi desaparecer su equipo entre las peñas había ya resuelto ayudarle; de manera que cuanto acaba de decirme no ha influido en ello para nada. Igualmente lo habría hecho, Stevens. Tengo más dinero del que puedo emplear. Y sé que Ropes ha puesto en venta un equipo de treinta hateros. Cómprelo usted mañana. Yo lo pagaré, aunque no debe usted considerarse en deuda conmigo. Algún día organizará una larga jornada para mí y estaremos en paz. En cuanto a lo demás... la muchacha y yo... mañana vamos a Tête-Jaune.

Aldous pudo ver el indecible asombro del porteador.

—¿No pensará usted que me estoy vendiendo al mejor postor, Aldous? —preguntó con voz ronca—. No lo hace por eso, ¿verdad...? ¿Lo hace «por mí»? ¿Por el pequeño y por mí?

—Repito que lo había resuelto antes de verle esta noche, Stevens —asintió el otro—. Tengo más dinero del que puedo necesitar. Se acumula tan de prisa que a veces hasta me encocora. Además, he prometido aceptar el pago del equipo en jornada. Estas montañas se han adueñado de mí. Antes de morir quiero recorrerlas todas.

—No recorrerá muchas si va a Tête-Jaune —replicó Stevens atarazando un enorme trozo de tabaco negro.

Aldous se puso en pie, y su interlocutor le imitó.

—Si va a Tête-Jaune está usted más loco de lo que yo lo estuve intentando hacer vadear a mi equipo esta tarde —repitió—. Escuche —se inclinó hacia Aldous, chispeantes los ojos—. En los últimos seis meses han «pescado» cuarenta cadáveres del Franzer entre Tête-Jaune y Fort-George. Usted lo sabe tan bien como yo. Los diarios lo han calificado de «accidentes»... «el diezmo del ferrocarril»... Acaso para algunos de ellos sea cierto. Tal vez unos veinte murieron por accidente. Los otros no. Los otros se lo deben a Bill Quade y a Culver Rann. Cuando se va flotando por el Frazer cara al sol, ya no se pueden contestar preguntas. El primero que ve lo pesca, si es un mestizo o un indio, y lo entierra en la arena. Si es un blanco... hace lo propio. En estos yermos no hay tiempo para investigar detalladamente el porqué de las cosas. A más de que las rocas los dejan en un estado que no los reconocería ni su madre. Lo sé porque he trabajado tres meses en las lanchas, ayudando a enterrar a algunos.

Y «nunca», en ningún caso, encontramos la más mínima evidencia, el menor trozo de papel en sus bolsillos, y ¿no le parece raro? En el Frazer no se paga el ser hablador. Vale más cerrar la boca. Pero, que no se le olvide: Bill Quade y Culver Rann saben más de lo que parece.

—¿Y usted cree que me destinan al Frazer?

—Exactamente, Quade preferiría el Frazer al Atabasca. Y luego...

—¿Qué?

Stevens escupió encogiéndose de hombros.

—Esa bellísima joven, por la que usted se interesa, desaparecería, Aldous. Desaparecería de la faz del mundo como desapareció la mujer de Stimson. ¿Recuerda usted a Stimson?

—Le encontraron en el Frazer —dijo Aldous crispando los puños.

—Exactamente. Y su linda esposa desapareció poco después. Por acá andamos demasiado ocupados para preocuparnos por lo que hacen los demás, pero Culver Rann y Bill Quade «saben» lo que le pasó a Stimson y a su mujer. No vaya usted a Tête-Jaune. No la deje ir a ella tampoco. Sé lo que me digo porque...

Un instante de silencio. Aldous esperó. Stevens volvió a expectorar y terminó la frase en voz baja:

—Quade marchó a Tête-Jaune esta noche, en una vagoneta. Tiene algo importante que decir a Culver Rann, no se atreve a telegrafiar o a usar el teléfono y... quiere que lo sepa antes de que salga el tren mañana. ¿Me entiende?

## Capítulo VIII

---

### Aldous hace un descubrimiento

---

No obstante los esfuerzos de Stevens por convencerle de la conveniencia de renunciar al viaje a Tête-Jaune, John Aldous confesaba francamente su inhabilidad para comprenderlos. Multitud de cosas le perturbaban y sentía la necesidad de estar solo para aclarar su cerebro. Se despidió de Stevens, prometiéndole volver más tarde a compartir su alojamiento, decidido a no quebrantar la promesa hecha a Joanne; no volvió a su cabaña aun luego de saber que Quade no estaba ya en Miette. Siguió un sendero río abajo, que la luna iluminaba, hasta llegar a un campamento abandonado donde nadie vendría a importunarle, a más de poder contar con cuánto silencio y reposo juzgaba necesarios para poner una apariencia de orden en el caótico cúmulo de sucesos del día aunque ostensiblemente emplease cierta cautela, Aldous no creyó, hasta después de su entrevista con Stevens, que Quade, en su doble propósito de vengar la ofensa recibida y apoderarse de Joanne, recurriera a los extremos que el porteador le había comunicado; mas ahora su punto de vista era totalmente distinto. Creía a Stevens. Sabía que, lejos de ser impresionable, pasaba por uno de los hombres de mayor sangre fría de las montañas, a más de tener mucha fibra. El recuerdo de Stimson y su esposa encendía la sangre de sus venas. ¿Estaría Stevens en lo cierto? ¿Planeaba Quade un final semejante para Joanne y para él? ¿A qué obedecía aquel viaje tan precipitado a Tête-Jaune? ¿Por qué no esperaba al tren?

A pesar de su intención de ir a paso lento, Aldous, sin darse cuenta, encontróse recorriendo febrilmente el sendero. Mil ideas diversas hervían en

su cerebro. De pronto, una de ellas le hizo detenerse en seco, fijos los ojos en la negra sima del río. Bien considerada, ¿era tan comprensible la conducta de Quade? En su propia vida, Joanne había aparecido como una maravillosa criatura ensueño hecha mujer. Ya no eludía la imposibilidad manifiesta de no asociarla a sus pensamientos. Se había convertido en parte de sí mismo, haciéndole olvidar cuanto no tuviera relación con ella; breves horas habían bastado para reducir a escombros la valla de cinismos y soledad tras la que se había parapetado toda su vida. Si Joanne pudo causar semejante efecto en él, haciéndole prescindir de todo, incluso de su obra, llenándole de un vehemente anhelo de lucha por ella, ¿podía hallar insólito que, aun inspirado por otros sentimientos, una bestia humana como Quade se aprestara también a la lucha?

Crispados los puños, siguió por el sendero. No era ni el miedo a Quade ni a sus *nefarios*<sup>[7]</sup> designios lo que le inquietaba. Era Joanne misma, su extraña pesquisa, su resultado final. Recordando su propósito de buscar a aquel hombre, su marido, una garra de hierro parecía oprimirle el corazón. Intentó dominarse, pero había hecho presa en él como una potencia física. Aceptar que pudiese pertenecer a otro, que pudiera ser esposa de quienquiera, no siendo él, parecía equivalente a privar para siempre a sus ojos de la luz del sol. Y... ella lo había dicho; ella misma reconocía haber pertenecido a otro hombre; acaso pertenecerle aún. Ésa era la razón de sus pesquisas, saber si estaba vivo... o muerto.

¿Y si estuviese vivo? Aldous interrumpió de nuevo su paseo, mirando al sombrío abismo que se abría a cien pies por debajo del sendero. Las tumultuosas aguas, estrellándose contra los peñascos, formaban mil vórtices con sordo fragor de lejano trueno. Para Aldous era inexistente. No lo oía. Sus ojos no veían. Por un instante, la pregunta había anulado todo lo demás. Si encontraban al marido de Joanne en Tête-Jaune, ¿qué ocurriría? Volvió sobre sus pasos por el sendero, comenzando a sentir, en vez de la opresión primitiva, un inexplicable resentimiento hacia aquel hombre desconocido. Y súbitamente, como un relámpago, las palabras de Joanne cruzaron su cerebro, aquellas palabras con las que, lívida y temblorosa, había confesado que su ansiedad no era tanta por encontrarle muerto como por «encontrarle vivo». Un escalofrío de gozo le estremeció al recordarlas. Fuera quien fuese aquel hombre, supusiera lo que en otros tiempos hubiera supuesto para ella, Joanne ansiaba no encontrarle vivo. Aflojando el paso no pudo reprimir una sonrisa. La tensa crispatura de sus manos se relajó. Y era tal su exaltación que no se dio cuenta de que en lo más profundo de su alma estaba anhelando la muerte de un hombre.

En vez de volver directamente a la escena de las actividades de Quade, se dirigió hacia la estación, distante unos tres cuartos de milla. Allí, sin dar importancia a sus preguntas, comprobó por el rubicundo inglés que custodiaba el edificio por las noches, que la información de Stevens era exacta. Quade había marchado a Tête-Jaune. No obstante ser ya casi las once, Aldous se encaminó hacia el campamento de los ingenieros, situado un cuarto de milla al interior. Sentíase inquieto. Comprendía que todo sueño le estaba vedado aquella noche. Su sorpresa fue grande cuando en el campamento que contaba hallar sumido en la oscuridad, vio una viva luz en la caseta de Keller.

Keller era ingeniero ayudante de la división y entre él y Aldous existía una cordial amistad. Keller fue quien trazó la primera coordenada en Tête-Jaune, marcando aquel lugar como punto estratégico desde donde proseguir la fiera lucha contra montañas y yermos, por el río y por el riel. En parte, Tête-Jaune le debía la existencia, y sabía más del poblado que cualquier otro de los servidores del Gran Trunk Pacific. Por esa causa, Aldous se felicitaba de que Keller estuviese aún levantado. Llamó a su puerta y entró sin esperar invitación. El ingeniero estaba en mitad del aposento, en mangas de camisa, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, iluminado el rubicundo rostro y la glabra cabeza por la luz de la lámpara. Una extraña furia fulgía en su mirada al saludar al recién llegado. Nerviosamente iba de un lado a otro de la pieza, lanzando enormes bocanadas de humo. Con un ademán indicó a Aldous un asiento.

—¿Qué ocurre, Peter?

—Más de lo que debiera ocurrir... ¡maldito...! —gruñó Peter—. ¿Cree usted acaso que, de no ocurrir algo, estaría levantado a estas horas?

—Convencido —asintió John—. Estaría usted en su camita, durmiendo como un nene. No conozco a nadie que tenga un sueño más plácido que el suyo. Pero, volviendo a mi pregunta: ¿qué ocurre?

—Algo que no conseguirá hacerme tomar a broma. ¿No ha oído... lo de la osa?

—Ni palabra.

Keller sacó las manos de sus bolsillos, y la pipa, de espaciosa cazoleta, de la boca. Sabe usted de sobra lo que yo hice por aquella bestia —dijo—. Hace más de un año que la atrapé en el bosque y, en lugar de soltarle un tiro, conseguí irla amansando hasta lograr que comiese en mi mano. De julio a noviembre se zampó un barril de azúcar. La consideraba como un perro y jugábamos juntos. ¡Por mil diablos, Aldous! ¡Le aseguro que estimaba más a ese animal que a muchos de los bípedos de la comarca! Esta primavera,

después del cielo, me compareció con dos oseznos. Salían a esperarme a la vertiente y nos hicimos más amigos que nunca. Hice traer de Edmonton media barrica más de azúcar... Y ahora, ¿qué le parece que esa maldita chusma del C. N. R. (Canadian National Railway) ha hecho?

—¿Matarla?

—No; no han tenido las bastantes agallas para matarla. ¡Ojalá! ¡La han volado!

El ingeniero se dejó caer en una silla.

—¿Me oye? —gritó—. ¡La han volado! Pusieron un cartucho de dinamita bajo un montón de azúcar, conectaron la guía con una batería y cuando vieron que empezaba a comer, cerraron el circuito. ¡Y no puedo «meterme» con ellos! Los osos no están comprendidos en la ley de protección. El gobierno de esta provincia los llama «alimañas» y aconseja que se acabe con ellos. Y esos... granujas creen que nos han dado un bromazo, a mí... y a la osa.

Keller sudaba de excitación. Sus manos regordetas se crispaban de ira y todo su rechoncho cuerpo vibraba de reprimida cólera.

—Cuando fui a quejarme, se rieron de mí —prosiguió Les propuse pelear, uno tras otro por orden alfabético, si querían. Y eso que hace más de veinte años que no he boxeado con nadie. En vez de portarse como hombres, se echaron todos a la vez sobre mí y me mantearon por más de un cuarto de hora. ¿Qué le parece, Aldous? Yo, ingeniero ayudante del G. T. P. (Grand Trunk Pacific), yo... ¡manteado como un pelele!

Keller saltó de su silla y reanudó su febril paseo, pipa en mano.

—Si los tuviera a mis órdenes... pondría en la cochina calle a todos ellos... pero, no dependen de mí, sino del C. N. R. No puedo hacer nada. —Se detuvo frente a Aldous—. ¿Qué opina usted? ¿Qué haría?

—Nada —contestó Aldous—. Tarde o temprano tenía que ocurrir, Peter. Yo me lo esperaba. En veinte millas a la redonda era conocida su afición por esa osa. Despachó usted a Tibbits porque, a su modo de ver, tenía demasiada intimidad con Quade. Lo dijo asimismo ante Quade. Y Tibbits es ahora capataz de esa brigada de obreros. Dos y dos son cuatro, Peter. Quade... la osa... la dinamita... Quade no desperdicia ocasión alguna que se le presente de quedar en paz... por pequeña que sea. Él y Tibbits amañaron el asunto para vengarse. Podría dar parte de lo otro, de lo de la manta... a los contratistas de la otra línea. Seguramente no lo aprobarían.

Aldous había calculado bien cuál sería el efecto de asociar el nombre de Quade al suceso. Keller era uno de los peores enemigos de aquél. Se volvió a sentar junto al escritor, relampagueándole los ojos. Lo que más peligroso

hacía a Keller no era su físico, sino su cerebro y sobre todo su absoluta temeridad espiritual.

—Tiene usted razón, Aldous —dijo—. Pero llegará un día... en que Quade y yo ajustaremos cuentas para siempre. No será usted el único, Peter.

El ingeniero le miró fijamente.

—Usted...

El otro asintió con la cabeza.

—Quade marchó esta noche en una vagoneta a Tête-Jaune; mañana le seguiré yo, en tren. No puedo ser mas explícito, Peter, pero... sí le aseguro que es cuestión de vida o muerte para Quade y Culver Rann... y tal vez para mí. Lo digo literalmente. No veo manera de que salgamos todos con vida del conflicto. Antes de ir a Tête-Jaune quiero hacerle algunas preguntas. Usted seguramente conoce al dedillo las montañas y los caminos de la comarca. ¿Verdad?

—A pie o a caballo, los he recorrido todos.

—Entonces... tal vez pueda encaminarme hacia mi objetivo... hacia la tumba de un hombre.

Peter Keller pausó en el acto de encender su pipa, mirándole con evidente asombro.

—En Tête-Jaune abundan las tumbas —dijo al fin—. Y muchas de ellas... sin epitafio alguno. Si la que busca es... «obra de Quade», no tendrá epitafio.

—No; estoy cierto de que lo tiene o, por lo menos lo «ha tenido» —dijo Aldous—. Se trata de la sepultura de una persona cuyo nombre no era vulgar... Acaso lo recuerde usted, Peter... Mortimer Fitz Hugh.

—Fitz Hugh... Fitz Hugh... —repitió Keller, entre grandes bocanadas de humo Mortimer Fitz Hugh...

—Según tengo entendido, murió antes de que el riel llegase allá —añadió Aldous—. Formaba parte de una excursión cinegética y, a mi juicio, murió de muerte violenta.

Keller se puso en pie y reanudó su habitual paseo por el aposento; con este hábito había desgastado el entarimado del piso.

—Repito que abundan las sepulturas, aunque en su mayoría son posteriores a Tête-Jaune —comenzó En la ladera del White Kriot Mountain hay una... Es de un individuo despedazado por un grizzly (oso gris). Pero se llamaba Humphrey. Antes murió también el viejo Yellowhead John, conocido por «Tête-Jaune» y de quien tomó nombre el poblado, pero nadie sabe dónde está su tumba. Al llegar el riel tuvimos cinco muertos más; entre ellos no había ningún Fitz Hugh. Grabby... el viejo Grabby, el trampero, está

enterrado en la arena del Frazer... La última avenida se llevó su losa... En Glacier Canyon hay dos sepulturas sin nombre, pero deben tener más de diez años... Burns murió de un tiro... Yo era amigo suyo... Después del riel, han muerto muchos... pero antes... pero antes...

—Súbitamente se detuvo frente a Aldous dando un respingo.

—¡Ahora recuerdo! —gritó—. A doce millas de Tête-Jaune, en la Saw Tooth Range... hay una montaña con el valle más lindo que he visto en mi vida a su pie, con un lago no mayor que este campamento... y una cabaña que debió erigir el propio Yellowhead, lo menos hace cincuenta años... Del valle parte un gollizo sin salida, angosto y sombrío. Allí hallamos una tumba. No recuerdo el primer nombre de la estela... acaso estaba borrado... pero que ¡Dios me valga si el apellido no era Fitz Hugh!

Aldous se puso en pie, cogiendo vivamente a Keller un brazo.

—¿Está usted seguro, Peter?

—Absolutamente.

El joven no podía reprimir su excitación. El ingeniero observaba más atentamente que nunca.

—¿Qué tiene que ver con Quade esa sepultura? —preguntó—. Debió morir antes de que ese canalla infestase la comarca.

—Ahora no puedo decírselo, Peter —replicó Aldous pero no tardará en saberlo. De momento quisiera que me trazase un plano de la situación de esa tumba. ¿Pue hacerlo?

Sobre la mesa había lápices y papel. Keller se sentó.

—¡Que me maten si entiendo lo que Quade pinta en este enredo —dijo—, mas allá va el plano!

Durante algunos momentos ambos hombres se inclinaron sobre la mesa, describiendo Peter Keller el camino a seguir hasta Saw Tooth Mountain, a medida que lo iba dibujando paso a paso en un pliego de papel. Cuando terminó, Aldous lo dobló cuidadosamente y se lo guardó en la cartera.

—No tiene pérdida..., y muchas gracias, Peter.

Luego que Aldous se hubo marchado, Keller permaneció algún tiempo sumido en profunda meditación.

—¿Qué diantres puede haber en una sepultura que tanto le regocije? —gruñó.

Y Aldous, silbando alegremente al retroceder a los Rasos de Miette, solo, con la luna iluminando su camino, sentía, en efecto, que la noche era para él de las más placenteras que había conocido. Porque sabía a Peter Keller incapaz de afirmar nada de que no estuviese seguro. Mortimer Fitz Hugh

había muerto. Sus huesos descansaban bajo una losa en aquel gollizo sin salida, a la sombra de Saw Tooth Range. Al día siguiente se lo diría a Joanne Y... sin saber por qué en el fondo de su alma pensaba que se alegraría.

Siempre silbando pasó los lavaderos chinos junto al arroyo, cruzó las vías y se internó en la espesura. Quince minutos después llegaba calladamente al campamento de Stevens y se acostaba satisfecho.

## Capítulo IX

---

### Tête-Jaune-Cache

---

Con la obsesión constante de sus veinte caballos estrellándose contra los peñascos del cauce, Stevens durmió escasamente. Antes del amanecer estaba ya despierto, pero cuando salió de la tienda con la mayor cautela para no despertar a su pequeño, John Aldous, arrodillado ante una fogata, echaba ya delgadas tiras de tocino ahumado en la sartén. La magnitud de su pérdida se reflejaba en los cansados ojos del porteador y en el abrumado aspecto de sus hombros. Aldous, con tres horas de plácido reposo a su haber, estaba tan alegre como el crepitante fuego. Hacía más de media hora que deseaba silbar, y viendo a Stevens dio rienda suelta a su deseo.

—Pensaba no despertarle hasta tener listo el desayuno —dijo interrumpiéndose—. Le he oído gruñir, Stevens. Ha pasado usted mala noche. Y el pequeño también. Pero... estaba resuelto a despertarlos temprano, porque tengo mucho que hacer y hemos de dar con Curley Roger, sacarle de la cama y cerrar el trato de su equipo. ¿Dónde está el café? No he podido hallarlo.

Stevens permaneció un momento inmóvil.

—Escuche, Aldous. Eso que dijo anoche... no era en serio, ¿verdad? No tiene usted intención de... hacerlo.

—¡El diablo le confunda! ¡Claro que sí! ¿No entiende usted el inglés, Stevens? ¿No sabe usted creer a un hombre cuando habla con el corazón en la mano? ¡Compre ese equipo! ¡Tal como hoy me siento... compraría no uno, sino cincuenta!

Por primera vez en las últimas cuarenta y ocho horas, Stevens sonrió.

—Le aseguro que creí haberlo soñado —dijo—. Hace muchos años, muchos... sentí lo mismo que usted siente ahora. Con esta enigmática observación, se alejó en busca del café.

Aldous levantó la vista a tiempo de ver al pequeño salir tambaleándose de la tienda. Había tal sensación de patética orfandad en el cuadro, que vislumbró en parte lo que Stevens había querido expresar.

Una hora después, terminado el desayuno, marcharon en busca de Curly, al cual hallaron calzándose las botas mientras su consorte freía el inevitable tocino en la cocina.

—He oído decir que tiene usted algunos jacos en venta, Curly —dijo Aldous.

—Tengo.

—¿Cuántos?

—Veintinueve..., veintiocho, acaso veinte.

—¿A qué precio?

Curly suspendió la tarea de meterse la segunda bota.

—¿Compra usted caballos o hace simplemente preguntas?

—Compro y tengo prisa. ¿Cuánto por cabeza?

—Sesenta... eh... sesenta y...

—Veintiocho cabezas a sesenta dólares cada una. Y son diez dólares más de lo que valen —interrumpió Aldous sacando un talonario de cheques y una estilográfica del bolsillo—. ¿Hace o no hace?

Un tanto estupefacto por la inusitada premura, Curly te miró boquiabierto.

—¿Hace o no hace? —repitió Aldous—. En el precio van incluidas mantas, sillas, albardas, cordaje y lonas.

Curly asintió con la cabeza, mirando alternativamente a Aldous y a Stevens, tratando de adivinar si acabaría todo en un bromazo.

—Hace —dijo al fin.

Aldous le tendió un cheque por mil seiscientos ochenta dólares.

—La factura de venta a nombre de Stevens —dijo—. Pago yo, pero los caballos son suyos. Y otra cosa, Curly. Es condición esencial del trato el que no diga usted a nadie quién pagó por las bestias. ¿Accede?

Curly contemplaba alborozado el cheque.

—Venga una Biblia —dijo—. Y juraré sobre ella que Stevens pagó por ellos. Le doy mi palabra de caballero inglés.

Sin más comentarios, Aldous abrió la puerta y abandonó el recinto dejando a Stevens tan sorprendido como al inglés, a quien todos llamaban

Curly (rizado). Tal vez porque era calvo como un huevo.

El escritor fue directamente a la estación, donde se informó entonces por vez primera de la causa que motivaba la suspensión del servicio con Tête-Jaune. Le dijeron que un desprendimiento de tierras interceptaba la línea, por haberla sepultado bajo una masa de grava y rocas. Un centenar de hombres trabajaban por dejarla expedita y probablemente a mediodía darían, vía libre. Un capataz de brigada allí presente le dijo que a eso de las doce de la noche, Quade, camino de Tête-Jaune, había salvado la obstrucción haciendo transbordar su vagoneta a brazo por media docena de hombres. Eran las siete cuando Aldous se dirigió hacia el Raso de Miette, suponiendo que Joanne estaría ya levantada. Por lo general, en aquella época del año, los Otto se desayunaban al albeor el día, y el sol llevaba ya más de media hora luciendo en las cumbres de Pyramid Mountain. Anhelaba repetir lo que el ingeniero le había dicho y no podía reprimir una risa de contento al confesarse a sí mismo la vehemencia de su ansia de volverla a ver.

Siempre habíale gustado presentarse en el hogar de los Otto al amanecer o con el crepúsculo.

Con frecuencia experimentaba deseos de pararse fuera de la vasta tienda roja y blanca, a escuchar sin ser notado, En su interior reinaba siempre la más perfecta armonía. Por las noches, el crepitar del fuego, el cálido resplandor de la lámpara, la risa de la bondadosa escocesa y las inocentes bromas de aquel «hombretón montaraz» que tenía por marido y cuya apariencia de feroz bandolero desmentía la realidad, haciendo de él, acaso, el más dichoso y afortunado de los mortales, el más afortunado desde luego, exceptuando a su hermano Clossen, que valiéndose de una mágica y sorprendente estrategia, había logrado unir su vida a la de una dulce y aristocrática mujercita que conceptuaba su honrada fisonomía como la más adorable del mundo.

Aquella mañana, Aldous siguió un estrecho sendero que le condujo detrás de la tienda-habitación. No oyó voz alguna, pero a los pocos pasos apareció ante sus ojos un espectáculo que le hizo detenerse con el corazón en los labios.

A escasas yardas de él, la señora Otto y Joanne, dándole la espalda, miraban silenciosas y anhelantes hacia el escobo allende el desmonte contiguo a la vereda que conducía a su cabaña. Mas él no siguió la dirección de sus miradas. Sus ojos no se apartaron de Joanne, de su esbelta figura bañada en la radiante luz del sol naciente, pues sentía el influjo de una gozosa admiración al contemplarla. Por vez primera vio su cabello tal como se lo había representado. Tal como lo atribuyó a «la otra Joanne», de su obra Juego

limpio. Antes de su llegada debió estar peinándose, pero ahora permanecía inmóvil, tensa y expectante, mirando hacia el bosque con aquel maravilloso manto cubriéndole los hombros y espalda con *fúlgida*<sup>[8]</sup> capa de sedño material. No se habría movido ni pronunciado palabra, a no haber Joanne misma roto el encantamiento. Volviéndose, le vio y con un grito de sorpresa echó hacia atrás su cabellera, sin que pasara inadvertida para el joven la rápida expresión de alivio y de contento que cruzó, sus pupilas. Un instante después su rostro se arreboló vívidamente.

—Perdonen mi cautelosa aparición —dijo sonriendo Aldous—, mas supuse que las encontraría desayunándose.

La escocesa exhaló un profundo suspiro de desahogo:

—¡Santos benditos, cuánto me alegro de verle! —exclamó férvidamente ¡Jack y Bruce acaban de marchar en busca de su cadáver!

—Creímos que tal vez le habría ocurrido algo —dijo Joanne acercándose a la puerta—. Excúseme un momento... mi cabello...

Sin esperar respuesta, entró corriendo en la tienda. Apenas hubo desaparecido, el rostro de la señora Otto adquirió inusitada gravedad y en su acento hubo un tinte de alarma al decir:

—Anoche Jack y Bruce se fueron al pajar y «ella» durmió conmigo. Intentó fingirlo, pero me consta que no ha dormido gran cosa. Y lloró. No la vi, pero su almohada estaba húmeda. No quise preguntarle la causa. Esta mañana, durante el desayuno, nos contó cuánto ha ocurrido, lo de Quade y... su conflicto con usted. También dijo el incidente de la ventana y se puso tan nerviosa, pensando que podía haberle acontecido algo; la infeliz no tuvo ánimos ni para concluir su café la que Jack y Bruce salieron en su busca. Mas... no creo que llorase por eso.

—¡Ojalá! —exclamó Aldous—. La sola idea de que pudiera preocuparse por mí me colma de satisfacción.

—¡Dios nos bendiga! —tartajeó la buena señora.

Aldous la miró un instante a los ojos, en los poco a poco, fue reflejándose su comprensión asombro.

—¿Me guardará el secreto, señora Otto? —preguntó—. Tal vez le parezca extraño, al cabo de un solo día de conocerla, pero... es así. Confiando en usted me parece que es como si confiase en mi madre, mi hermana: Quiero que sepa por qué voy a Tête-Jaune con ella. Por eso es por lo que llora... por lo que te hallar allí. Y voy con ella... porque no debe ir sola.

Un rumor de voces los interrumpió y, volviéndose; vieron a Jack y a Bruce a corta distancia. Aldous deploraba que Joanne hubiese hecho

referencia a su altercado con Quade. No quería hablar de la situación ni perder tiempo en escuchar consejos inútiles. Deseaba estar a solas con ella para contarle cuánto Peter Keller le había dicho. Hubo de reprimir su impaciencia durante más de hora, hasta que los dos hermanos marcharon hacia las cuadras. Momentos después, Joanne y él emprendían el camino de su cabaña.

Pudo notar los cambios que una noche había aportado a sus facciones. Cernían sus ojos círculos violáceos y al mirarle, sus pupilas revelaban a pesar suyo algo que era evidente hacía desesperados esfuerzos por ocultar. No era temor. Era más bien congoja... tormento del alma y no del cuerpo. No obstante el vívido colorido de sus labios, su rostro estaba extrañamente pálido. El adorable rubor que tiñera sus mejillas al verle había desaparecido.

Empezó a narrar su entrevista con Peter Keller. Cuando aludió a la tumba con la losa inscrita «Fitz Hugh», su corazón latía desordenadamente en el pecho. Había supuesto que su descubrimiento le causaría cierta sensación y para atenuar la macabra historia fue gradualmente desarrollando el tema. La actitud de Joanne le dejó pasmado. La joven miraba directamente ante sí y, al volverse hacia él, en sus ojos no halló lo que esperaba hallar. Salvo por aquella sombra de interior tormento, parecían osados y plácidos.

—Entonces, ¿podremos ir mañana a ver esa tumba? —dijo simplemente.

Hizo un ademán de asentimiento.

—Emprenderemos la jornada al amanecer —dijo—. En Tête-Jaune tengo caballos propios y no habrá pretexto alguno que nos demore. Tenía proyectado partir hacia el Norte desde allí.

—¿Para la aventura de que me habló? —preguntó mirándole vivamente.

—Sí; el viejo Donald, mi compañero, lleva una semana esperándome. Por eso tenía tanto interés en acabar el libro esta semana. Donald se enerva por la dilación. Lo que nos lleva esta vez al Norte es una empresa de trascendencia y él no puede meterse en la cabeza que la retrase por el solo capricho de terminar un libro. Hace sesenta años que vive en las montañas. Su nombre completo era Donald MacDonald. A veces, le llamo Historia para mis adentros, porque me causa ese efecto... como si en vez de sólo sesenta años hubiese vivido siempre en las montañas y formase parte de ellas. ¡Si pudiera llevar al papel su vida...!, ¡o lo que me imagino que ha sido su vida! ¡Pero es imposible! Por tres veces lo he intentado inútilmente. Me lo represento como «el Último Espíritu», el fantasmagórico espectro de las grandiosas sierras... Su raza se extinguió hace un siglo. Cuando le conozca comprenderá usted...

Joanne posó delicadamente la mano sobre su brazo, y de esta guisa continuaron andando. El familiar fulgor había reaparecido en su mirada.

—Cuénteme usted algo de esa aventura —rogó—. Comprendo... lo demás. ¡Ha sido usted tan bueno conmigo...!, ¡tanto! Debería decirle... me hago cargo de que usted espera que explique... Sé lo que piensa y... le ruego que espere... hasta mañana. ¿Accederá? Entonces, cuando hayamos encontrado la tumba... lo sabrá todo.

Involuntariamente su mano buscó la de Joanne, y un estremecimiento le recorrió al sentir el calor de su contacto. Luego se desasió, sin mirarla, a la par que un vivo carmín arrebolaba las mejillas de la joven.

—¿Le seducen a usted las riquezas? —preguntó—. ¿Siente ansias de conquistar el vellocino de oro?

Hasta que sus miradas se encontraron no se dio cuenta de lo insólito de su pregunta.

—Porque si no es así —añadió sonriendo—, nuestra aventura le parecerá poco impresionante.

Ella se echó a reír.

—No; la riqueza no me fascina replicó Estoy segura de que de igual modo que una sólida educación pone de manifiesto lo poco que sabemos, una gran fortuna hace patente lo poco que se puede gozar con ella. Mi padre solía decir que el verdadero tesoro de la vida... es la felicidad, y el más inasequible. ¿A qué, pues, anhelar riquezas? Ahora bien, mis ideas particulares no han de ser obstáculo ni rémora para sus planes. Le prometo impresionarme debidamente cuando llegue el momento oportuno.

Observó su rostro animarse súbitamente.

—¡Es usted... todo un hombre, Joanne! —exclamó—. ¡Palabra! Y yo... y yo... —Llevándose la mano al bolsillo extrajo el trozo de papel que Stevens le había dado—. Al bajar del tren dejó usted caer esto y Stevens lo recogió —explicó entregándoselo—. Pensé que esas cifras pudieran representar su fortuna... o su renta. No me avergüenzo de decirle que las he comprobado y... hay un error en la tercera columna. Cinco y cuatro no son siete; son nueve. En la multiplicación final la corrección acrecienta en treinta y dos mil quinientos dólares su capital.

—Gracias —dijo Joanne bajando los ojos y haciendo pedazos el papel—. ¿Le causaría mucha decepción, señor John Aldous, el saber que esas cantidades representan la fortuna de otra persona? Y ¿me permite que le recuerde que nos hemos alejado considerablemente de nuestro punto de partida... de su excursión al Norte?

—Al contrario; estamos en camino —replicó Aldous con deliberado acento A usted no le interesan las riquezas. A mí tampoco. Me complace saber que vamos acordes en este punto, El dinero no me ha proporcionado jamás distracción alguna. No me atraen ni los yates suntuosos ni las joyas, y prefiero mil veces ir a pie, con mi rifle al hombro, a que me arrastre un coche. Generalmente, me guiso lo que como y hace un año que no me pongo una camisa almidonada. Sin embargo, mis editores persisten en abrumarme con más dinero del que puedo utilizar.

»Comprenda usted. El tabaco que fumo me cuesta diez centavos y lo demás de mi vida va en proporción. Alguien ha dicho algo respecto al Sumo Hacedor, sentado riéndose en el Cielo con los bromazos que da a los hombres. Yo estoy actualmente sentado en mi cabaña, riéndome al ver el perpetuo conflicto entre mis semejantes y el dinero. Si se detiene a considerarlo desapasionadamente, es en extremo pintoresca la forma en que hombres y mujeres luchan y hasta dan su vida por su adquisición. No hay en el conflicto nada que lo dramatice o lo haga heroico. Acaso yo sea una anomalía, mas, a mi juicio, pocas cosas hay tan cómicas como la desenfrenada carrera de la humanidad en pos del dólar. Y Donald, Historia Antigua, necesita el dinero aún menos que yo. Eso, más que nada, es lo que presta un cierto humorismo a nuestra expedición. Ni el uno ni el otro anhelamos particularmente la fortuna. Aunque fuera multimillonario, Donald no lograría gastar más de cuatro pares de botas al año. Y, sin embargo...

Se volvió hacia Joanne. La presión de su mano se acentuó sobre su brazo. Sus bellísimos ojos centelleaban y sus entreabiertos labios daban una expresión de expectante anhelo a sus facciones.

—Y, sin embargo —prosiguió—, vamos en busca de un lugar en el que se puede recoger el oro a paladas. Eso es lo más gracioso.

—No, no es gracioso, es... tremendo —exclamó con voz entrecortada Joanne—. Piense en todas las posibilidades que la posesión de ilimitadas riquezas ofrece para un hombre como usted..., el bien que puede hacer... las espléndidas fundaciones científicas..., benéficas... que puede organizar..., las dotaciones...

—Ya tengo hechas algunas —interrumpió Aldous—. Tengo la debilidad de creer que he contribuido a hacer felices a algunas personas, Ladygrey, a bastantes. Es un don especial mío. Todas las dotaciones que he hecho han sido un éxito.

—¿Puede saberse cuáles fueron?

—No las recuerdo todas, pero... han sido muchas. Se destacan entre ellas de modo conspicuo las tres donaciones que en distintas épocas hice a un grupo de respetables ciudadanos, para la explotación de siete minas espolvoreadas. Supongo que sabe lo que es una mina espolvoreada<sup>[9]</sup>, Ladygrey. En otras ocasiones he dotado compañías ferroviarias muy necesitadas de mi ayuda, dos empresas cupríferas, una organización cuyo pretexto era extraer asbestos puros de las entrañas del Popocatepelt y una sociedad naviera que no llegó a navegar jamás. Como ya le he dicho, todas fueron de un éxito indiscutible para sus promotores.

—Y... ¿cuántos de los otros? —preguntó afectuosamente—. Como el de Stevens, por ejemplo.

La miró sorprendido.

—¿Qué diantre...?

—¿Consiguió usted obtener lo que deseaba del señor... Curly?

—Sí. ¿Cómo lo supo?

Sonrió viendo su sorpresa. En sus ojos refulgió un rayo de contento.

—Al parecer, la señora Otto ha sido una segunda madre para ese pequeño —dijo—. Cuando Stevens y usted fueron a adquirir el equipo esta mañana, a Jimmy le faltó tiempo para venir corriendo aquí con la noticia. Estábamos todos reunidos..., desayunándonos. Tartajeaba de excitación, pero lo reveló todo y escapó antes de que usted llegase, por temor a disgustarle al saber que yo me había enterado. ¿Verdad que tiene gracia? Me lo dijo al marchar, cuando le acompañé un rato por el sendero.

—¡Qué diablejo! —exclamó Aldous—. Es mi mejor agente de publicidad. A serle franco, Ladygrey, mi deseo era que llegase a sus oídos precisamente en tal forma para no verme obligado a ensalzar yo mismo mi noble desinteresado proceder. Con toda mi alma anhelaba que, por mediación de quien fuese, usted lo supiera y se diese perfecta cuenta de la clase de bípedo tan generoso y espléndido que soy. Llegué hasta concebir la idea de sobornar con un dólar al rapazuelo de Stevens para que «inocentemente» descubriese el pastel. Y... lo ha hecho gratis. No lo habría podido hacer mejor por el dólar. ¡Oh! Ya estamos ante la cabaña. ¿Me permite que recoja algunos chismes indispensables que quisiera llevar a Tête-Jaune?

Entre dos árboles contiguos había erigido un rústico banquillo en el que dejó a Joanne. Cinco minutos después reaparecía con una pequeña mochila sobre los hombros; después de cerrar la puerta se reunió con ella.

—Como puede ver, el cambiar de residencia no supone gran cosa para mí —dijo mientras retrocedían en dirección a los Otto—. Cuando regrese, en

octubre, lavaré los platos.

—¡Cinco meses! —exclamó Joanne contando con los dedos—. ¡Se atreve usted a decir, John Aldous...!

—Me atrevo —dijo asintiendo enérgicamente con la cabeza—. No es la primera vez que dejo por lavar mi vajilla una temporada. Es la única parte desagradable de este género de vida... lavar platos. En invierno es más tolerable, pero en épocas de sequía... Cuando llueve, los pongo boca arriba y... la Providencia hace lo demás.

Miró a Joanne al hablar, reflejándose en su semblante el inefable contento que le embargaba. Media hora había bastado para transformar a la joven. Sus ojos no conservaban las huellas del pasado tormento ni del temor de antes, su pureza y su limpidez hacíanle pensar en el cristal de roca que se halla en las montañas. Un exquisito color rosado embellecía sus mejillas, y sus labios y el suave contacto de su mano, de nuevo posada sobre brazo, le estremecía y le llenaba de emoción y de gozo. Hasta llegar a la tienda de los Otto no hizo referencia alguna a Tête-Jaune, y entonces sólo para asegurarle que media hora antes de la partida del tren estaría a sus órdenes.

En cuanto le fue posible se encaminó a la estación y envió un extenso telegrama a MacDonald, en el que le decía, entre otras cosas, que acondicionase su cabaña para la recepción de una invitada. Suponía el efecto que su encargo causaría al veterano nómada montaraz, pero sabía también que, cualesquiera que fuesen sus ideas, seguiría al pie de la letra sus instrucciones. En Tête-Jaune podía haber llevado a Joanne a casa de otras personas, esposas de amigos suyos, que seguramente la habrían atendido solícitas, pero, dadas las circunstancias, pensaba que su propia cabaña sería, al menos por un par de días, el mejor refugio. Luego confiaría en alguien, probablemente en Blackton y su mujer. Cuanto más lo pensaba, más comprendía la necesidad de poner a los Blackton al corriente de los acontecimientos aquella misma noche.

Abandonó la estación, con creciente nerviosidad. ¿Era acertado el llevar a Joanne a su cabaña? Se sentía inclinado a hacerlo, principalmente por Quade. Estaba situada en plena espesura, a un cuarto de milla del poblado, y tenía la certeza de que con Joanne allí no tardaría en comparecer Quade y tal vez Culver Rann. Su presencia le daría ocasión de poner en práctica, con la colaboración de Donald, un plan que ya había ideado. Pero... aun dándole oportunidad de liquidar cuentas con Quade, ¿era justo y equitativo para Joanne?

Deteniéndose de pronto frente a la estación, le abrumó la súbita percepción de su ceguera y de lo a punto que había estado de cometer una imprudencia. Blackton era uno de los contratistas que estaban realizando verdaderos milagros de ingeniería en aquellas montañas, a más de ser un amigo capaz de arrostrarlo todo por él, si preciso fuera. Su esposa, que prefería estar, por decirlo así, en el campo de batalla al lado de su marido, a gozar de las comodidades de la vida urbana, era modelo de cuánto de decente y juvenil había en Tête-Jaune. ¿Por qué no solicitar la comparecencia de ambos en la estación y rogarles que se hiciesen cargo de Joanne?

Para la joven, tal público reconocimiento y tal amistad tendrían inmenso valor. En cambio, llevarla a su cabaña equivaldría a...

Se censuraba duramente pata sus adentros, al abandonar la estación, por su insensatez, y el sonrojo quemábale el rostro tan sólo al pensar en la oportunidad que tan desacertado paso de su parte habría proporcionado a Quade y a Culver Rann para poner en circulación las infamantes historias en que basaban principalmente su juego. Retrocedió y envió un segundo y más extenso telegrama, dirigido esta vez a Blackton. Comió con Stevens, que tenía ya su nuevo equipo a punto de marcha. Cuando llevó a Joanne a la estación eran cerca de las dos. La joven iba vestida como la vio a su entrada en el figón de Quade. Un velo cubría su rostro. A través del sutil tejido percibió el cálido resplandor de sus ojos y el reflejo dorado de los rebeldes rizos. Comprendió por qué llevaba el velo; y la idea hizo latir su corazón violentamente. Querría sin duda reservar para él, ocultándola a miradas extrañas o indiscretas, su belleza, tan pura y tan maravillosa, que el insolente examen de la Horda le producía verdadero desasosiego. La mano que sobre su brazo descansaba afianzó su asidero al llegar a la estación, causándole un gratísimo sentimiento de interior alegría. No desplegó los labios, ni, por su parte, Joanne miró en su dirección, después de la tácita prueba de amistad, hasta estar ya instalados en el vagón. Pero en el velado resplandor de sus ojos había algo que daba claramente a entender a Aldous que prendía... un destello maravillosamente dulce y amable. Con la sola expresión de su mirar le pedía que encerrase en su alma lo que, a pesar de sus esfuerzos, pugnaba por asomar a sus labios.

El tren se puso en marcha y el joven sintió vehementes deseos de poner de manifiesto, amparado por la homofonía de voces y ruidos que los rodeaban, la inmensa e inaudita transformación que en breves horas había sufrido el mundo para él. Pero las profundas pupilas azules le miraron de nuevo, como adivinando su intención, y comprendió que sería un sacrilegio el enunciar lo

que pensaba. Guardó silencio y contempló el selvático panorama de montaraz belleza que desfilaba ante la ventanilla. Una recia voz, dos asientos más allá, proclamó que estaban a punto de entrar en Templeton's Curve, El individuo hablaba con un compañero.

—Emplearon cien mil libras de pólvora negra y de dinamita para poder asentar los doscientos pies de acero de esa curva —explicó con un vozarrón que se oyó en todo o el coche—. Según dicen, el estruendo se oyó a cincuenta millas. Jack Templeton era corto de vista y no se dio cuenta de una galga casi tan grande como una casa, que venía sobre él derecha como una bala. Yo, ayudé a recoger lo que pudimos hallar de él y lo «plantamos» a la entrada de la curva. Por eso se llama así desde entonces. Ya verás la sepultura... ¡con losa y todo!

Casi coincidiendo con sus palabras la cruzaron, señalada por una cruz pintada de blanco y un círculo de piedras enjalbegadas. Aldous observó el escalofrío que sintió su acompañante. Desvió los ojos de la ventanilla y a través del velo vio cómo se apretaban sus labios, Hasta que media hora más tarde abandonó el carruaje, el individuo del asiento posterior continuó dando detalles de la tumba de Templeton y de otra media docena de monumentos similares, situados a lo largo de la vía. Era un «topo-roquero» y especialista en el asunto. Aldous le anatematizaba in mente y siguió acumulando anatemas sobre su cabeza hasta Tête-Jaune, atribuyéndole el cambio que de nuevo había experimentado Joanne.

El tupido velo lo disimulaba parcialmente. Le hizo mil preguntas sobre Tête-Jaune y los Blackton, esforzándose por demostrar interés en el paisaje. Pero era evidente que su nerviosidad aumentaba al irse acercando al final del trayecto. Su propia alegría sufrió con ella un descenso y reapareció la ya conocida sensación de agobio. Por dos veces levantó el velo por distintas causas y pudo apreciar la intensa palidez de su semblante y las profundas líneas que lo surcaban; en su mirada había algo de extravío.

Llegaron a Tête-Jaune al caer la tarde. Aldous esperó, antes de levantarse de su asiento, a que el vagón se desocupase totalmente. Joanne se aferró a su brazo al salir al pasillo del vagón y pudo percibir la vibración nerviosa de todo su cuerpo. Se detuvieron un instante en la portezuela, y la joven, desasiéndose de él, alzó el velo que cubría su rostro. Aparecía terriblemente pálida, mirando con indefinible expresión de anhelo, inquietud o temor, al confuso tropel que los rodeaba. Sus labios entreabiertos y exangües dejaban paso a la jadeante respiración. Aldous, momentáneamente sorprendido, se detuvo a su lado. Érale evidente que Joanne esperaba hallar entre aquel gentío

un rostro conocido. La verdad le dejó paralizado... inerte. Él también miró, como en un sueño.

Y, de pronto, vino la reacción y hasta el más mínimo nervio de su cuerpo volvió ferozmente a la vida. Bajo uno de los faroles de la estación, un grupo de hombres hablase congregado, Sus rostros se volvieron hacia él y de entre ellos reconoció a uno... abotagado... soez... procazmente sonriente al verle. ¡Quade!

De labios de Joanne se escapó un involuntario grito de terror. ¡Ella también le había visto! Pero no era Quade a quien buscaba; no era su fisonomía la que tal esperó divisar ni era por él por quién se había alzado el velo, ante la chusma.

Bajó la escalerilla del coche y le ofreció su mano. Joanne se asió convulsivamente a ella y sus dedos tenían la frialdad glacial de la muerte.

## Capítulo X

---

### El viejo Donald da la voz de alerta

---

Un instante después, dominando al barullo de la muchedumbre, se dejó oír una voz llamando a Aldous por su nombre. Era Blackton. Su genial y cenceña fisonomía, que un bigote puntiagudo caracterizaba, destacábase sobre el mar de cabezas, al acercarse con una salutación en los labios.

— ¡Qué asco de gente! —exclamó estrechando la mano de su amigo—. Lamento que Peggy no haya podido acercarse más...

Aldous se volvió hacia Joanne. Estaba aún como aletargado. La violencia de los latidos de su corazón causábale una especie de ahogo. Mientras presentaba Blackton a Joanne, una voz interior insinuábale que la joven temía hallar a «alguien» entre el gentío. Era como si la Joanne que él conocía se hubiese transformado en otra, remota y desconocida. Le había hablado de la sepultura, pero... ocultándole algo más. Un espasmo de cólera le sobrecogió reflejando su semblante su tensión oral. Observando a Joanne pudo notar que había recobrado su compostura. Blackton se dio únicamente cuenta de las profundas ojeras y de la palidez de su rostro y atribuyó ambas cosas al cansancio.

—Está usted fatigada, señorita Gray —dijo—. El trayecto de Miette aquí es capaz de derrengar a cualquiera. Si conseguimos salir de estas apreturas, dentro de un cuarto de hora podremos cenar. Con ayuda de Aldous empezó a abrirse paso. Por un instante, el rostro de Joanne se acercó tanto al de aquél, que pudo percibir su aliento, a la par que un ricillo suelto le rozaba los labios. Simultáneamente sus ojos se encontraron y sintió que le invadía una indecible

sensación de vergüenza. Era posible que buscara o esperara algo, pero no menos cierto que había depositado en él toda su confianza, colocándose en absoluto bajo su protección. Lo evidenciaba la inquietud de su mirar, la tácita súplica, la implícita fe en él. Y sentía un profundo alivio al pensar que, por fortuna, no había exteriorizado sus temores ni sus recelos. Siguiendo a Blackton, se cogió más fuertemente a él. Su delicada mano se crispaba sobre su brazo, como si temiese que alguien intentara separarlos. Y, al avanzar, continuaba a la misma misteriosa expectativa, escrutando los semblantes que la rodeaban. En los bordes de la masa humana, Blackton se puso a su lado. Pocos pasos después llegaron al extremo del andén, donde, junto a uno de los mortecinos faroles de la estación, esperaba un carruaje. Blackton presentó a Joanne, ayudándola a instalarse junto a su esposa.

—Mientras nos cuidamos del equipaje, pueden ustedes trabar amistad —dijo—. ¿Tiene usted los resguardos, Aldous?

Joanne le había entregado los suyos en el tren y se los transfirió a Blackton; fueron juntos hacia el depósito.

—Suponía que la señorita Gray traerla bultos y, a prevención, hice venir a uno de mis hombres con otro coche explicó —así no tendremos que esperar. Le daré los documentos.

Antes de volver a reunirse con las señoras, Aldous detuvo a su amigo.

—En mi telegrama no pude ser explícito —dijo—. Si la señorita Gray no estuviese cansada y, sobre todo, intranquila, dejaría a su cargo las explicaciones. ¿Querrá usted dar a entender a la señora Blackton que el motivo de su venida a Tête-Jaune es más bien desagradable? Nada menos que visitar la sepultura de un... pariente.

—Lo deploro... sinceramente —replicó Blackton arrojando la cerilla que había encendido para su cigarro—. Adiviné que ocurría algo excepcional. Ya sabe usted, Aldous, que puede quedarse con nosotros tanto como quiera... Tal vez yo conocía a ese pariente... Si puedo serle de alguna utilidad...

—Murió antes del advenimiento del riel —dijo Aldous—. Se llamaba Fitz Hugh. El viejo Donald y yo la acompañaremos. La señorita Gray —mintió— es una antigua amiga mía. Pensamos emprender la marcha al amanecer. ¿Será excesiva molestia para ustedes?

—En absoluto —declaró Blackton—. Tenemos un cocinero chino que es más búho que hombre. ¿Le parece que ordene el desayuno para las cuatro de la madrugada?

—¡Espléndido!

Ya en camino, Blackton prosiguió:

—Entregué su nota a MacDonald. Tuve que ir a buscarle al breñal. Está muy impaciente por verle. Me dijo que no vendría a la estación, pero que no falte usted. ¡Últimamente me ha parecido que se recataba más de lo necesario! ¡Qué tipo más pintoresco!

—¡El hombre más extraño de las montañas —asintió Aldous— y, cuando se le conoce, el más amable! Proyectamos ir juntos hacia el Norte.

Blackton se detuvo, poniendo una mano sobre el brazo de su compañero. A corta distancia de donde se hallaban, e iluminado por la luz del farol, divisaba el carruaje.

—¿Le ha escrito recientemente el viejo Donald? —preguntó.

—No; según dice, hace más de veinte años que no puesto pluma en papel. Blackton titubeó:

—Entonces... ¿no tiene usted noticia de... su accidente?

La singular expresión del rostro del contratista impresionó a Aldous.

—¿Qué quiere usted decir?

—Está herido. Me encontraba yo casualmente en el despacho del doctor Brady cuando llegó, ya entrada la noche, medio arrastrándose. El doctor extrajo la bala del hombro. No era una herida grave, mas... El veterano juró y perjuró que se trataba de un accidente y exigió absoluta reserva de nosotros. Como es natural, no he dicho una palabra a nadie, pero eso no me ha privado de cavilar mucho. Donald nos dijo que había cometido una imprudencia manejando su pistola. Quiero creerlo Aldous, mas... la bala le entró por la espalda.

—¿Qué me dice usted?

—La única perforación era por detrás. La bala, por causas que ignoro, le llegó ya muerta. De lo contrario el muerto habría sido él.

Aldous se le quedó mirando, mudo de sorpresa.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó al fin.

—Hace tres días. No he vuelto a ver a Donald hasta esta noche, en que tropecé con él en el bosque. Le entregué su telegrama y, luego que lo hubo leído, le enseñé el mío. Garrapateó algo en un trozo de papel que luego prendió con una púa de erizo. Confieso que me roe la curiosidad, pero... no he desclavado la púa. He aquí el documento.

Sacó la misiva y se la entregó a Aldous.

—La leeré más tarde —dijo éste—. Las señoras deben comenzar a impacientarse.

Guardándose el pliego en el bolsillo, expresó a Blackton su gratitud por sus buenos oficios al buscar a Donald. Al montar al carruaje, su mirada se

encontró con la de Joanne y pudo observar que había recobrado su ecuanimidad. Le sonrió al emprender la marcha, y en la trémula expresión de sus labios había algo inexplicable, que casi le hizo creer que imploraba su perdón por no haberse sabido dominar antes. Hablando con la señora Blackton, su voz le pareció más natural. La buena mujer, de rubio cabello y ojos azules, hacía esfuerzos por captarse sus simpatías. Inclinandose hacia su esposo, indicó:

—¿Por qué no atravesamos el pueblo para ir a casa, Pablo? La distancia es casi la misma y estoy, segura de que la señorita Gray hallará «nuestra capital» interesante Además, tengo verdadero interés en ver ese oso de que me has hablado.

La idea pareció excelente a Aldous. Estaba seguro de que Quade, siguiendo los usuales procedimientos de Culver Rann y suyos, habría puesto ya en circulación historias denigrantes acerca de Joanne y deseaba que no solamente sus secuaces, sino Tête-Jaune entero viese a la joven acompañada de la señora Blackton y de su esposo. Era una espléndida oportunidad, doblemente aceptable por comenzar entonces el diario bullicio nocturno.

—El oso es digno de verse dijo Blackton enfilando los caballos en dirección a la media milla de calle que constituía el Broadway de Tête-Jaune —y la mujer que lo monta no lo es menos —añadió guiñando un ojo—. Es una talluda imitación de Larry Godiva y cabalga su oso calle arriba y calle abajo con el cabello suelto, recogiendo donativos al pasar.

Un minuto después apareció la calle ante ellos. Probablemente no ha habido en el mundo nada comparable a aquel Broadway de Tête-Jaune, Meca de placeres de los cinco mil hombres que la construcción de la vía congregaba. Otras líneas habían dado ya origen a campamentos monstruosos, pero nunca al nacimiento de una ciudad en pleno erial, una ciudad surgida como por arte de magia y condenada inevitablemente a desaparecer a los pocos meses. Se extendía por más de media milla, profusamente alumbrada por las luminarias de la doble hilera de abigarrados edificios heterogéneos, *shacks*, tiendas de campaña, isbas y toscas estructuras de tablones.

Aquella noche, Tête-Jaune era como una inmensa conflagración, que contrastaba con la negrura de la selva y montañas que le servían de fondo. Centenares de crepitantes hachas emitían columnas de amarillentas llamas, ante locales cuyo vocerío y tumulto atronaban la noche. Millares de lámparas y farolillos de colores parpadeaban como gusanos de luz por el camino, y bajo ellos la chusma congregada iba de acá para allá, vocinglera y ruidosa. Era un

espectáculo fantástico y extraño el de aquella calle, destinada casi por completo a la diversión y a las pasiones del hombre.

Aldous se volvió hacia Joanne. Conocía el significado de Tête-Jaune. Era la primera de su clase y sería también la última. Su historia no se escribiría jamás. El mundo entero, allende las montañas, ignoraba su existencia. Como los hombres que la erigieron, sería pronto dada al olvido. Hasta las montañas la olvidarían pero más de una vez, formando él mismo parte de su vida, había sentido arder la sangre en sus venas al pensar en los secretos que encerraba, en cuanto moriría con ella, en el drama inmenso y humano que representaba, en sus ocultas tragedias, su salvaje romance, su accidental comedia. En los ojos de Joanne vio reflejados parte de sus propios pensamientos.

—Parece poca cosa —dijo pero si esta noche se hiciese un recuento, hallarían dieciocho o veinte nacionalidades distintas en esta calle.

—Y algo más —añadió Blackton—. Si fuera posible escribir la historia completa de cuantas infracciones ha sufrido la Ley en Tête-Jaune, Aldous, formaría un librote mayor que la Biblia de Peggy.

—Pero, bien mirado, es pintoresco —contribuyó Peggy Blackton—. ¿Qué me dicen de eso?

Estaban en pleno centro de luz y de algazara. Media docena de gramófonos tocaban sin cesar. De algún café vecino se oían los sonidos más melódicos de un piano y las notas agudas de una gaita escocesa. Peggy Blackton indicaba, al hablar, una tienda brillantemente iluminada, de lona negra, en cuyo frontispicio un gran letrero blanco proclamaba que en el interior podían obtenerse los servicios de «Señoritas barberas». Por una ventana veíanse dos de ellas ejercitando su arte. Eran muy agraciadas. El local estaba atestado de hombres, y afuera esperaban su turno otros tantos.

—Según dice Pablo, cobran un dólar por el corte de pelo y cincuenta centavos por afeitado —explicó Peggy Blackton—. Y en la acera de enfrente, el barbero «hombre» va camino de la ruina, porque no obstante haber rebajado el servicio a quince centavos no encuentra un cliente. Tiene gracia, ¿verdad?

Aldous atisbaba al pasar a derecha e izquierda, buscando a Quade, Varias veces se volvió hacia el asiento trasero y sorprendió a Joanne en la misma misteriosa búsqueda.

La señora Blackton iba señalando los lugares más dignos de mención; pero; no obstante su aparente interés, Aldous comprendía que la joven apenas se daba cuenta de las explicaciones de su acompañante. Entre aquel gentío

«esperaba» o «temía» hallar determinado rostro y nuevamente el escritor se reiteró que no era el de Quade.

Cerca del extremo de la calle congregábase un grupo, Y Blackton detuvo su tronco a pocos pasos del objeto de interés general. Una mujer esbelta, y exquisitamente formada, vestida de seda, estaba junto a un inmenso oso pardo. Su lustroso cabello negro y ensortijado caía sobre sus hombros. Sus pintados labios sonreían. Sus ojos, no obstante la distancia, veíanse chispear. Evidentemente acababa de hacer una colecta, pues anudaba el cierre de una bolsa de seda que llevaba colgando del cuello. Un momento después montó sobre su oso, el corro se abrió, y los espectadores prorrumpieron en vivas y aplausos, en tanto que la extraña pareja emprendía ponderosamente de nuevo la marcha.

—Una de las amigas de Culver Rann —dijo en voz baja Blackton, prosiguiendo su camino—. Lo menos recauda cien dólares diarios con tan sencillo pasatiempo.

La vivienda de Blackton, construida de troncos de árbol, estaba contigua al campamento de los ingenieros, a media milla de la iluminada calle y de los centenares de tiendas y *shacks* que constituían la parte residencial del pueblo. Hasta que hubieron entrado y Peggy Blackton hubo desaparecido con Joanne, no sacó Aldous del bolsillo la misiva del viejo Donald. Desclavó la púa, desplegó el trozo de papel y leyó las toscas líneas que la inhábil mano del campero le enviaba. Blackton le miró a tiempo de sorprender la expresión de su semblante. Estrujando la esquila en la mano, Aldous miró al otro con los labios apretados.

—Tendrá usted que hacerme quedar bien, amigo mío —dijo quietamente—. Parecerá extraño que no espere la cena, pero... es imposible. He de ver a Donald cuanto antes.

Su actitud, más que sus palabras, hizo que Blackton se abstuviese de todo comentario. El contratista le miró fijamente y adquirió su propia mirada una fría y directa resolución.

—Si se trata del atentado —dijo— y cree que yo puedo acompañarle...

—Gracias, Blackton, será innecesario.

Peggy y Joanne regresaban. Al entrar en el aposento, Aldous se dirigió hacia ellas. Con la nota de Donald en la mano repitió lo que acababa de decir a Blackton, a saber, que le era imprescindible entrevistarse con Mac-Donald lo antes posible. Se despidió de todos, prometiendo comparecer a tiempo para el desayuno de las cuatro.

Joanne le siguió hasta la puerta y salió con él a la veranda. Por un instante estuvieron a solas y, al estrechar entre las suyas la mano de la joven, vio sus ojos agrandados por el terror.

—Le he visto —murmuró apretando convulsivamente su mano—. He visto a ese hombre... Quade... en la estación. Nos siguió por la calle. Dos veces volví la cabeza y las dos le vi. Tengo miedo... me asusta la idea de dejarle salir... Estoy segura de que está al acecho... esperándole...

El pavor la estremecía, haciéndola temblar, y su temor por él, reflejado en sus pupilas, en su entrecortado aliento, en la contracción nerviosa de sus dedos, causaba en Aldous un contento que casi le llevó a desasirse de sus manos para estrecharla en sus brazos, llevado del éxtasis de aquel maravilloso momento. Mas Peggy Blackton y su esposo aparecieron en el umbral. Tras una postrera despedida, Aldous se alejó con las «buenas noches» de los Blackton en los oídos y las de Joanne en sus ojos, que le siguieron hasta desaparecer, impregnados de su temor y de su anhelo.

A unos cien pasos de distancia, donde el sendero se bifurcaba hacia el campamento de los ingenieros, veíase un farol en un poste. Aldous se detuvo, ya fuera de la vista de la morada de los Blackton, y a la tenue luz volvió a leer la nota de MacDonald.

Con letra casi ilegible, el veterano montañés había escrito:

*No vayas a la cabaña. Culver Rana al acecho. No te dejes ver en el pueblo. En cuanto puedas reúnete conmigo en la pista Norte del Loon Lake. Vigila y ten siempre el revólver a mano.*

DONALD MACDONALD

Aldous se guardó la esquila en el bolsillo y salió del área luminosa del farol para hundirse en la oscuridad. Durante algunos minutos permaneció inmóvil y silencioso, escuchando.

# Capítulo XI

---

## El campamento secreto

---

Las palabras de Joanne: «Estoy segura de que acecha... esperándole» resonaban aún en los oídos de Aldous, amparado por las sombras, escuchando en espera de oír algún ruido extraño o alarmante. Diríase que nada, le fuera tan grato en aquellos momentos como una comprobación fehaciente y tangible de los temores de la joven; sentía vehementes deseos de hallarse frente a Quade y dejar zanjadas para siempre las cuestiones pendientes con el repugnante individuo. El mero hecho de que Quade supiera a Joanne huésped de los Blackton robustecía su determinación. Quade no podría ya abrigar duda alguna respecto a ella. Sabía que contaba con amistades y que no era de aquellas «que de grado o por fuerza» se prestaban a hacer su juego o el de Culver Rann. Si así y todo continuaba hostigándola...

Aldous apretó los dientes, mirando en ambas direcciones del tenebroso sendero. Pasaron cinco minutos sin que oyera rumor alguno ni viese sombra sospechosa. Lentamente emprendió la marcha, hasta llegar a una angosta vereda de porteo que, atravesando la espesura de abetos y pinos resinosos, se dirigía al Nordeste, hacia el Loon Lake. Recordando la prevención de Donald, iba con la pistola en la mano. La luna comenzaba a apuntar sobre la cresta de una montaña y a poco fue iluminando los trechos menos poblados ante sí. De vez en vez se detenía a escuchar. Aunque su progreso era cauteloso y lento, su cerebro trabajaba rápidamente. Donald Mac-Donald era entre los hombres el menos capaz de enviar un mensaje como el que Blackton le había entregado, sin alguna poderosísima razón que lo justificase. Pero, ¿per qué se preguntaba

una y mil veces tenía Culver Rann designios sobre su vida? Rann ignoraba la existencia de Joanne. No la había visto. Seguramente Quade no tuvo tiempo material de concertar con su socio plan alguno, desde que Donald pergeñara su misiva. Además, el veterano campero había sido él mismo objeto de un atentado y no le prevenía contra Quade. Le recomendaba guardarse de Rann. ¿Qué motivos podía tener éste para desear hacerle su víctima?

De pronto, como un relámpago, la posible solución cruzó su mente.

—¿Habría descubierto Culver Rann la misión secreta que los llevaba hacia el Norte a Donald y a él? ¿Sabía la existencia del oro... y su situación? ¿Había de ser un doble asesinato el primer hilo de la trama conducente a apoderarse del tesoro?

La sangre corrió con rapidez por las venas de Aldous. Su mano crispóse sobre la culata de la pistola. Con mayor atención escudriñó a la luz de la luna el sendero. Creía haber adivinado el motivo del aviso de Donald. ¡Era el oro! La idea del amarillo tesoro, oculto allá en el Norte, le había estremecido con frecuencia, pero nunca tanto como ahora.

¿Volvería a repetirse la eterna tragedia? ¿Se reproduciría el terrible drama de vidas humanas que aconteció cuarenta años antes?

¡El oro! ¡El oro, que durante cerca de media centuria había yacido mezclado con los huesos de los muertos, únicos guardadores del terrible secreto, hasta que Donald MacDonald lo descubrió de nuevo! No había contado a Joanne la historia, ni la espantosa y casi increíble tragedia que llevaba aparejada, no obstante habérselo propuesto en un principio. Otras cosas se habían interpuesto. Su primera idea fue decirle que no era el oro en sí lo que le atraía hacia el Norte, que no era solamente el oro lo que llevaba a MacDonald de nuevo al lugar de su hallazgo, mas...

Al detenerse para escuchar el gemido de la brisa en las copas de los abetos, le pareció que la noche se poblaba de murmullos, de voces de aquel antaño... y reteniendo el aliento se estremeció. Una nube veló la luna. Durante algunos instantes la oscuridad fue completa. Sus dedos se crisparon en la tosca corteza de un abeto. Permaneció inmóvil. Y entonces fue cuando oyó algo distinto del ludir de las hojas acariciadas por el viento.

Le llegó muy apagado desde el corazón de la negra selva que descendía hasta el hocino del Frazer. Era el grito de un búho, de uno de esos búhos grises que en invierno se tornan blancos como la nieve. Mentalmente contó las notas. Una, dos, tres, «cuatro». Experimentó un intenso alivio. ¡Era MacDonald! En sus cacerías, cuando querían llamarse sin espantar la caza, usaban frecuentemente de aquel modo de comunicación. El grito del búho

gris consta siempre de tres notas. La cuarta era humana. Llevándose las manos a la boca lanzó la respuesta con especial énfasis en esa última nota. Había cedido el viento y Aldous oyó la repetición del campero, casi imperceptible a través de la arboleda. Siempre pistola en mano, reanudó la marcha a buen paso.

MacDonald no volvió a llamarle. La luna ascendía en su órbita, esclareciéndose la noche por momentos. Media milla más adelante repitió la llamada, a la cual contestó MacDonald tan cerca, que vio refulgir su pistola a la luz de la luna.

Aldous llegaba a un trecho en el que la pista, ensanchándose, formaba un pequeño raso. A seis pasos de él estaba MacDonald.

Todo contribuía a acrecentar la sensación de fantástica irrealidad. La noche, la pálida luz de la luna, las sombras circundantes, la tensa actitud expectante del veterano campero al aparecer ante Aldous. Debido, sin duda, a algún peculiar juego de luz, el ya tallado Mac-Donald parecía casi gigantesco, encuadrado por el diminuto anfiteatro. Su cabeza, ligeramente inclinada, y sus hombros, caídos hacia delante, acusaban su edad. Sobre su pecho extendíase como plateada filigrana una barba hirsuta y bien poblada, y su cabello, gris como el ala del búho cuyo grito imitaba, parecía querer escapar en confusa maraña bajo las alas de un viejo y deslucido sombrero. Vestía un chaquetón de piel de ante, muy corto de mangas, y las perneras del pantalón, cortadas a la altura de la rodilla, acrecentaban la impresión de exagerada estatura.

Bajo el brazo llevaba un rifle, de insólita apariencia, muy largo de cañón, del modelo en boga veinticinco años antes. Y MacDonald era como su arma: vetusto, gris, fantástico, como si hubiera surgido de alguna tumba del pasado a calentarse al gualdo resplandor de la luna. No obstante la vetustez de su apariencia, se desprendía de él algo más potente que la fuerza de la juventud. Estaba alerta. En el cayado de su brazo había caución. Sus ojos tenían la penetrante viveza de un animal selvático. Sus anchas espaldas acusaban un vigor que los años no habían mermado. La espectral barba gris, el gris cabello, el fantástico fulgor de sus ojos... todo se aunaba para dar mayor impresión de anomalía al hombre que estaba ante Aldous. Y en su voz vibraba la misma nota profunda y cavernosa del cuchichiar de la perdiz.

—Me alegro de que hayas venido, Aldous —dijo—. Desde que vi el tren te he estado esperando. Temía que fueses a la cabaña.

Aldous se adelantó y estrechó fuertemente la mano al veterano campero, en cuya mirada se reflejaba un profundo alivio.

—Estoy acampado en pleno escobo —prosiguió con un ademán hacia el río—. En los tiempos que corren es más seguro que la cabaña. ¿Estás cierto... de que no te ha seguido nadie?

—Absolutamente —afirmó Aldous—. Escucha, Mac-Donald, ¿qué diablos ha ocurrido? ¡No prolongues mi inquietud! ¿Quién te hirió? ¿Por qué me avisaste?

El viejo cazador soltó una sonora carcajada.

—El mismo individuo que te habría perforado a ti —contestó pero le salieron mal las cuentas, John, muy mal, aunque... en tu caso tal vez habrían encomendado la faena a un tirador de mejor puntería.

Al hablar iba empujando a Aldous hacia el matorral.

Durante más de diez minutos atravesaron una manigua no la que no había sendero alguno. Desviándose súbitamente, el campero fue bordeando una inmensa mole rocosa y se detuvo ante una pequeña hoguera. Contra la pared de un colosal peñasco había erigido un cobertizo de ramas de pino. Por el suelo veíanse algunos utensilios de cocina. Era evidente que MacDonald llevaba algunos días allí.

—¿Cualquiera diría que he cambiado de domicilio, verdad, John? —preguntó con su curiosa risa burlona—. Y... así ha sido, muchacho. En esta montaña estoy atisbando con mi catalejo... atisbando achantado, desde que el matasanos me sacó la bala. Acechaba al mestizo. Mi idea era hacerle creer que me había largado de por aquí. Estoy resuelto a dejarle seco de un tiro.

Agazapado ante el fuego, con el rifle sobre las rodillas, hablaba con la misma tranquilidad con que habría hablado de una perdiz o de una ardilla en lugar de un ser humano.

Metiéndose la mano en el bolsillo sacó un objeto pequeño y negruzco que tendió a Aldous. Éste sintió un estremecimiento al tocarlo.

Era una bala, disforme.

—El médico me dio el plomo —continuó plácidamente cortando de un taco de tabaco la cantidad necesaria para llenar su pipa—. Procede del arma de Joe. He cazado con él lo suficiente para conocer su artillería. Disparó a través de la ventana de la cabaña. A no ser el mango de la escoba que sobresalía un poco... se encogió de hombros atascando la pipa —ya estaría listo— terminó secamente.

—¿Acaso Joe...?

—Se ha vendido a Culver Rano —exclamó MacDonald poniéndose en pie. Por vez primera demostró excitación. Su mirada relampagueaba de cólera. Oprimía el cañón del rifle como si quisiera estrujarlo—. ¡Se ha

vendido a Culver Rann! —repitió—. ¡Le ha vendido nuestro secreto! ¡Le ha dicho dónde está el oro, John! ¡Ha prometido guiar a Rann y a su cuadrilla al escondrijo! Pero antes... ¡se propone matarnos!

Lanzando un silbido de sorpresa, Aldous se quitó el sombrero y se pasó la mano por el cabello. Luego volvió a cubrirse y sacó dos cigarros del bolsillo. MacDonald aceptó uno de ellos. Los ojos de Aldous chispeaban, en sus labios nacía la típica sonrisa.

—Se lo «proponen», ¿eh? ¿Van a matarnos, Donald?

—Por lo menos a intentarlo —corrigió el veterano—. Intentarlo, John. Por eso te previne que no fueras a la cabaña. No te esperaba en toda la semana, Hubiera ido a Miette en busca tuya. Como te he dicho, he estado atisbando con mi catalejo desde la montaña. Esta mañana vi llegar a Quade en una vagoneta. Luego, por dos veces, tuvo un conciliábulo con Rana. Después vi a Blackton encaminarse hacia el escobo. Estaba preocupado por ti y me pregunté si tendría alguna noticia. Por eso salí al encuentro... afortunadamente. No he conseguido echarle la vista encima a Joe, a pesar de pasarme las horas muertas con el catalejo pegado al ojo. Se ha marchado... a no ser que Culver Rann lo tenga escondido.

—Durante unos momentos, Aldous miró a su interlocutor en silencio. Luego dijo:

—¿Estás seguro de todo eso, Donald? ¿Tienes buena prueba de que Joe... nos ha hecho traición?

—Desde que volvimos del Norte sospechaba de él —enunció lentamente MacDonald—. Le observé noche y día. Abrigaba ya el temor de que consiguiera que alguien le fardase, marchando solo. Después, cuando le vi con Culver Rann, ¡ya era tarde! Le oí abandonar la cabaña y le seguí. Fue a casa de Rann... y éste le esperaba. Por tres veces le seguí al mismo sitio. Comprendí lo que tramaban y planeé llevármelo a las montañas pretextando una cacería y pegarle un tiro. Mas ya era tarde y el tiro lo recibí yo... por la ventana. Luego desapareció y Culver Rann está reuniendo un equipo. ¡Veinte cabezas y provisiones para tres meses!

—¡Hospa! ¿Y nuestro equipo?<sup>[10]</sup> ¿Está listo?

—Hasta la última lata de conservas.

—¿Y tu plan, MacDonald?

Los ojos del campero se animaron al acercarse a Aldous.

—¡Marchar de Tête-Jaune esta misma noche! —dijo con sibilante acento—. ¡Tomar la pista antes del amanecer! ¡Internarnos con nuestro equipo montañas adentro, muy adentro y... esperar!

—¿Esperar?

—Sí; esperar. Si nos siguen... «batirnos».

Lentamente le tendió Aldous la mano. El campero la estrechó, fijos los ojos en los de su camarada.

Luego habló John Aldous:

—Hace dos días habría asentido. Hoy... es completamente imposible.

Los dedos que oprimían los suyos relajaron su tensión. Poco a poco los hombros de Donald se abatieron. En su mirada apareció una ráfaga de decepción, casi de desesperanza. Al advertirlo, Aldous afianzó su mano.

—Eso no quiere decir que renuncie a batirnos —dijo vivamente—, mas... hay que hacer otros planes. Siéntate Donald. Me ha ocurrido algo inesperado... Voy a contártelo.

Se acomodaron a cierta distancia de la hoguera y Aldous narró todo lo referente a Joanne.

Comenzó por el principio, desde el momento en que la viera entrar en el *shack* de Quade, sin omitir detalle. Dijo como se había inmiscuido en su vida y su resolución de arriesgarlo todo con tal que no volviese a salir de ella. Confesó sus temores, sus esperanzas, el misterio de su llegada a Tête-Jaune... precedidos por Quade, dispuesto a consumir la ruina de la mujer amada. La describió tal como la había visto aquella mañana, diosa radiante bañada por el sol, y al llegar a ese punto se inclinó hacia Donald y le dijo lentamente:

—Cuando la vi, Donald, con el cabello suelto sobre los hombros... recordé lo que tú me dijiste en una ocasión, respecto a aquella otra mujer... la mujer de hace tantos años... y cómo solías recrearte en su hermosura mirándola, también bañada por el sol... loando a Dios por habértela concedido. Su espíritu te ha acompañado siempre desde entonces. Tú me has dicho haberlo llevado contigo desde hace cincuenta años por estas montañas. Pues bien, esta mujer supone otro tanto para mí. Si viniera a morir hoy, su espíritu viviría en mí del mismo modo. ¿Comprendes, Donald? No puedo internarme esta noche. Ahora... Dios sabe cuándo podré hacerlo Pero tú...

MacDonald se había puesto en pie, de cara a la impenetrable negrura de la selva. Le pareció a Aldous que un repentino estremecimiento sacudía los poderosos y abatidos hombros.

—Y yo —dijo lentamente— tendré los caballos dispuestos para ti al amanecer. ¡Dejaremos la otra contienda para más adelante!

## Capítulo XII

---

### Aldous y Culver Rann se encuentran

---

Una hora después de haberse comprometido Donald MacDonald a acompañar a Joanne y Aldous en su peregrinación a la sepultura del Saw Tooth Range, ambos hombres continuaban discutiendo las inesperadas complicaciones en que de pronto veíanse envueltos, preparando simultáneamente una frugal cena de tocino y café. Con una excepción, quedaron acordes respecto al plan. Aldous estaba resuelto a volver al campamento, arguyendo que era buena estrategia el exhibirse abiertamente y sin recelo. MacDonald, lleno de aprensiones indefinidas, se oponía a ello.

—Espera a que sea de día —impetraba—. Créeme, Johnny, créeme, haz lo que te digo. Tengo en el hombro «un presentimiento» de que no voy desacertado.

No obstante la insistencia del veterano cazador, Aldous se dispuso a marchar. Eran cerca de las diez cuando emprendió el camino de Tête-Jaune; acompañóle Donald hasta el pequeño anfiteatro bañado por la luna. Allí se separaron y Aldous prosiguió a solas su jornada. Suponía que tanto Joanne como los Blackton esperaban su regreso al pabellón después de su entrevista con Donald. Por lo menos Blackton contaría seguramente con él. La tentación de aprovechar su hospitalidad, sobre todo porque le aproximaba a Joanne, era poderosa. Y, además, tenía la certeza de que aquélla su primera noche en Tête-Jaune ofrecería posibilidades nada despreciables. Su innato instinto detectivesco despertaba a la par que su espíritu aventurero. Ante todo quería comprobar la exactitud de las aseveraciones de MacDonald. No dudaba ni por

un instante de que alguien había atentado contra la vida del veterano campero, mas ¿era cierta la traición del mestizo, de Joe DeBar? ¿Hablase, realmente, vendido a Culver Rann, poniendo en manos de éste la clave de la expedición que proyectaban hacia el Norte? De momento preferiría no ver a Rann, y resolvió que si, por azar, se encontraba con él, cambiaría algunas palabras indiferentes, como si nada hubiese oído capaz de excitar sus recelos. A quien ardía en deseos de ver era a DeBar y, luego, al propio Quade.

La nocturna francachela estaba en todo su apogeo cuando Aldous embocó la iluminada calle. De diez a once era la hora de mayor animación. Hasta los restaurantes y los figones estaban atestados. Lentamente barzoneó calle abajo hasta dar con un grupo congregado en torno a la muchacha del oso. El amplio salón de baile cercano habíale restado buen número de admiradores, y Aldous no tuvo, dificultad para situarse en primera fila, mirando a su alrededor en busca del mestizo. No hallándole, concentró su atención en la muchacha, que estaba a pocos pasos de él. Sus brillantes rizos parecían estar desgredados y la excitación de la noche acrecentaba el vívido colorido de sus labios y mejillas. El cuerpo era esbelto y sinuoso en su sedena vestidura, los brazos y hombros blancos: Y al mirar por casualidad a Aldous, sus ojos lanzaban destellos de diabólica atracción.

Durante un momento sus miradas se cruzaron. A no haber estado tan atento, tal vez no habría notado el rápido cambio que sufrió el juego de sirena de sus pupilas. Fue casi instantáneo. Se detuvieron en él y apreció la repentina contracción de sus labios, el sobresaltado y penetrante escrutinio de un par de ojos, de los que, entonces, había desaparecido todo rastro de lánguida coquetería profesional. En seguida desvió la vista, sonriente de nuevo, saludando acá y acullá, pasándose la mano por la rizada cabellera, mientras se asentaba en la ensilladura de su oso. Aunque llamativa, la muchacha poseía innegable belleza, y aquella noche, como las anteriores, su atributo habíale valido para llenar la bolsa de seda colgante de su cuello. Al verla alejarse, Aldous recordó las palabras de Blackton: «Es una amiga de Culver Rann», y se preguntaba si aquella amistad tendría relación alguna con la evidente singularidad de su mirada hacia él.

Penetró en el salón de baile. Estaba rebosante de público, hombres en su mayoría, viéndose diseminados entre ellos los «ángeles caídos», en absurda desproporción de uno por diez. Sus voces resonaban agudas y chillonas, dominando los tonos más graves de las masculinas. En un extremo de la pieza, un violín, un piano y un clarinete intentaban dominar el clamoreo. El salón olía fuertemente a *whisky*. Era su olor habitual, porque muchos de los

concurrentes en busca de distracción obtenían también alcohol, a despecho de las restricciones legales. Veíanse «topos-roqueros», hombres de todas las naciones y de todas las edades; faquines, portadores, zapadores, individuos cuya diaria tarea era jugar con dinamita y pólvora, prácticos en acero y en tendido de líneas, hombres que horadaban montañas... Más de una vez había contemplado Aldous la misma escena, escuchando la frenética algarabía, maravillándose de que a las pocas horas aquellos mismos hombres se convirtiesen en fundadores o arquitectos de un imperio. Los demacrados rostros, sonrientes y cubiertos de afeites, que con los otros se mezclaban, no eran bastante para restar, en su mente, vigor al cuadro. Eran mariposas nocturnas revoloteando en torno a la luz, compitiendo unas con otras para ser las primeras en consumir su propia destrucción.

Aldous siguió atisbando sin conseguir dar con el rostro que buscaba. DeBar no estaba en el salón. Volvió a salir y continuó pausadamente hasta llegar a la inmensa tienda blanca y negra que constituía el comedor económico de Lovak. De diez a doce estaba tan concurrido como el salón de baile. Aldous conocía a Lovak, su propietario, que era húngaro.

Por su mediación había hallado la clave de múltiples cosas interesantes y curiosas, referentes a lo que podría calificarse de brazo izquierdo de la falange asentadora de imperios... el eslavo. Excepto por algún alemán, escasos italianos y un griego o suizo, los habituales clientes de Lovak eran eslavos. Eslavos procedentes de todas las Rusias y de las naciones meridionales: polacos vivarachos e inquietos croatas de facciones bastas y recios corpachones, lituanos silenciosos y de peligroso mirar. Todos ellos acudían en busca de la succulenta sopa de Lovak, despachada en cuencos amarillos a diez centavos, sopa de cebada, arroz, coles, buey o carnero, en general de cuanto hubiera disponible y propio para hacer sopa, que exhalaba un aroma a ajos que ascendía hasta el cielo a través de la lona de la tienda.

Cuando Aldous entró, cincuenta hombres devoraban su ración con el completo abandono del eslavo, haciendo un ruido semejante al de cincuenta cerdos en cincuenta comederos. DeBar solía frecuentar aquel local y, en consecuencia, Aldous le buscó con la mirada. Estaba a punto de salir cuando se le acercó su amigo Lovak. No, Lovak no había visto a DeBar. Pero tenía noticias. Aquel día, las autoridades —la policía— habían confiscado veinte «cerdos en conserva» y habían hallado en los veinte despojos porcinos cuatro botellas de cuatro litros de *whisky*, artísticamente empotradas entre las hojas de tocino. El día antes las mismas inquisidoras autoridades habían confiscado

un barril de «petróleo». A juicio de Lovak empezaban a entrometerse demasiado.

Aldous prosiguió su busca en una docena de restaurantes y otros tantos «refrescos», en los cuales unos gramófonos incesantes martirizaban los tímpanos de la concurrencia. Entró en un estanco a comprar tabaco. Otro cliente le había precedido y estaba encendiendo su cigarro con una mano en cuyo meñique refulgía un anillo de brillantes. Se encontraron con los de Aldous sus ojos oscuros, ni garzos ni negros, pero vivos y fríamente penetrantes, con un extraño fulgor de serpiente. Usaba bigote pequeño y recortado y sus manos eran blancas y muy cuidadas; un hombre al que se podía suponer una sangre fría diabólica en cualquier emergencia. Titubeó momentáneamente en la operación de encender su cigarro al ver a Aldous y luego saludó con una inclinación de cabeza.

— Hola, John Aldous dijo.

— ¡Buenas noches, Culver Rann! —replicó el otro.

Por un momento se habían crispado sus nervios; mas eran de tal temple como resortes de acero. La sonrisa de Culver Rann hacía fulgir sus dientes; Aldous devolvió la sonrisa. Ambas fueron glaciales, aceradas, punzantes como estoques. Los dos hombres comprendían que su enemistad era mutua y a muerte, porque los enemigos de Quade eran los de Culver Rann. Sin afectación Aldous se acercó a la vitrina donde se guardaban los cigarros. Con un movimiento de sus manos, apenas perceptible, Rann le detuvo.

— ¿Quiere uno de los míos, Aldous? —invitó ofreciéndole una petaca de plata—. No hemos tenido nunca el placer de fumar juntos.

— Nunca —asintió Aldous tomando un cigarro Gracias.

Al encenderlo se encontraron de nuevo sus miradas.

Aldous se volvió hacia la vitrina.

— Media docena de *Noblemen*<sup>[11]</sup> —dijo al dependiente. Y luego a Rann—. ¿Aceptará uno de los míos?

— Encantado —dijo Rann, añadiendo con los ojos clavados en los del otro

—. ¿Qué hace usted aquí, Aldous? ¿Buscando ambiente local?

— Quizá. El lugar me interesa.

— Es una población muy animada.

— Decididamente. Y, si no me engaño, a usted debe en gran parte su animación —replicó Aldous sin inmutarse.

La fisonomía de Rann sufrió una alteración brevísima. Sus ojos se ensombrecieron y los apretados labios ocultaron sus dientes; pero fue un

instante. Se había dado cuenta de la insinuación, sin poder parar el golpe a tiempo.

—He intentado hacer mi modesta parte —admitió—. Si busca color local para sus libros, Aldous, acaso pudiera serle útil, si permanece algún tiempo en la población.

—Indudablemente podría —dijo Aldous—. Podría decirme infinidad de cosas que quisiera saber, pero la cuestión es: ¿querrá decírmelas?

Sus ojos, fríamente sonrientes, acusaban una directa provocación.

—Sí; tendré particular placer en ello —dijo Rann especialmente si permanece «algún tiempo» en Tête-Jaune.

Sus últimas palabras encerraban un extraño énfasis.

Se dirigió hacia la puerta.

—Y... si permanece «largo tiempo» aquí —añadió con peculiar entonación—, es posible que sus propias experiencias constituyan interesante lectura... si llegan a publicarse. Buenas noches, Aldous.

Cuando Rann se hubo marchado, Aldous esperó unos instantes en el estanco. Luego salió, al acudirle súbitamente a su cerebro la idea de que habría debido no perder de vista al socio de Quade. Debió ir en su seguimiento. Con esperanza de alcanzarle recorrió la calle. Eran las once cuando entró en la sala de billar de Big Ben. Cinco minutos después, se cruzó en el momento de salir con una joven que dejó tras de sí una estela de violento perfume. Era la Dama del Oso. Iba trajeada de calle, con la crespa cabellera aún sobre los hombros, probablemente con rumbo a su casa, después de la nocturna exhibición, Aldous pensó que se retiraba a muy temprana hora y que parecía tener bastante prisa.

La muchacha se dirigía al pabellón de Rann, edificado en las afueras de la ciudad, cerca del río. No divisó al escritor a la puerta de los billares, y él, tomando una rápida decisión, salió tras ella. Al camino conducente a la morada de Rann afluían múltiples senderos y «callejuelas», y en las tinieblas de alguna se sumió la joven; perdió Aldous su rastro por completo. Sin embargo, no sufrió especial decepción, al ver que había abandonado el camino principal.

Poco después se halló ante la casa de Rann, a oscuras por la parte desde donde había llegado. Lentamente dio la vuelta al edificio y se detuvo en el opuesto, donde, en una ventana, una espesa cortina dejaba pasar por una rendija un rayo de luz. Con cautela suma, Aldous fue siguiendo la pared de troncos hasta llegar a ella. Prendida o enganchada en algún objeto, la cortina

dejaba un claro de dos centímetros escasos, por el que pasaba la luz. El joven puso el rostro al nivel de la abertura.

Su campo visual abarcaba media habitación. Al frente, iluminada por una lámpara de hierro de curiosa forma colgante del techo, había una mesa-escritorio de caoba en uno de cuyos lados, de medio perfil a él, estaba Culver Rann. Y en el opuesto sentábase Quade.

Rann estaba hablando y Quade, con los fornidos hombros hacia delante y el rollizo y bermejo colodrillo cayendo en grasiento rollo sobre el cuello de la americana, se apoyaba en la mesa escuchando atentamente. Con los ojos pegados en la rendija, Aldous se esforzaba por oír lo que Rann decía, mas sólo consiguió percibir un ininteligible y apagado rumor confuso... Una sonrisa irónica acompañaba las palabras de Rann. Aquel macabro halcón, cuya presa eran vidas humanas, aparecía más inmaculado que nunca. Era, por todos conceptos, menos uno, la antítesis del granuja sentado ante él. En la mano, que, como al desgaire, jugueteaba con la leontina de su reloj, lucía un brillante. Otro refulgía en su corbata. Su negro cabello estaba pulcramente alisado y el diminuto bigote recortado a la más reciente usanza. Sus manos, accionando al hablar, eran de una femenil blancura. Casualmente, en la calle o en un tren, Aldous le habría tomado por un caballero. Mas ahora, mirándole a través de la angosta rendija entre la cortina y el antepecho, «sabía» que estaba frente a uno de los hombres más peligrosos de todo el Oeste. Quade era un canalla. Culver Rann, quieto, frío y suave, era infernal. Tras su depravación estaba el cerebro de que Quade carecía y una audacia que, no obstante la casi afeminada pulcritud, había sido descrita a Aldous como colosal.

De pronto, Quade se volvió y el joven pudo notar que estaba congestionado y nervioso. Descargó sobre la mesa un puñetazo. Culver Rann se repantigó en la silla sonriendo. Y John se apartó de la ventana.

Tenía, como suele decirse, los nervios de punta. Desabrochóse en la oscuridad el bolsillo donde llevaba la automática. A través de la rendija había visto, a espaldas de Rann, una puerta abierta y le hervía la sangre de excitación por la idea que acababa de concebir. Estaba, seguro de que los dos asociados en crímenes hablaban de él, de MacDonald... y de Joanne. Poder oír sus palabras, enterarse de lo que tramaban, equivaldría a adquirir sobre ellos extraordinaria ventaja, a tener casi ganada la batalla... si llegase a haberla. La abierta puerta fue una inspiración.

Rápida y silenciosamente fue a la puerta trasera de la casa. Tanteó la puerta; no estaba cerrada. Muy suavemente la abrió, pulgada a pulgada, conteniendo el aliento ale entrar. Se hallaba en plena oscuridad, pero a través

de una segunda puerta le llegaba rumor de voces. Para evitar que la corriente de aire traicionase su presencia, volvió a cerrar la primera cancela y, más cautelosamente que nunca, procedió a abrir la segunda. Una pulgada... dos... tres pulgadas... un pie... la abertura se iba agrandando. En el segundo aposento tampoco había luz. Se agazapó en el suelo del primero con la cabeza y los hombros dentro. Podía ver a Quade y a Rann por el hueco de la tercera puerta abierta. Rann encendía un cigarro sonriendo. Su voz plácida y reposada tenía un acento de burlona socarronería que evidentemente no apreciaba Quade.

—¡Me dejas atónito! —decía Rann—. Me dejas completamente atónito. Estás loco, Quade, más loco que una cabra. ¿Te atreves a decir que hablas en serio al ofrecirme la mitad de tu parte en el oro si te ayudo conseguir a esa mujer?

—Absolutamente en serio —replicó roncamente Quade—. ¡Eso mismo es lo que quiero decir! ¡Y si prefieres lo pondremos por escrito, ahora mismo!. Prepara los papeles como para cualquier otro trato y firmaré al punto.

Culver Rann guardó un momento de silencio. Echándose hacia atrás en su silla, metió los pulgares en las sisas del chaleco y lanzó una densa bocanada de humo al espacio. Luego miró a Quade con un destello de malicia.

—¡No hay nada como una mujer para que un hombre pierda la chaveta! —dijo—. ¡Nada en absoluto! ¡Palabra de honor, Quade! Primero fue DeBar. A no ser por María cabalgando su oso, no hubiéramos conseguido hacérselo nuestro. María y sus rizos, y sus sedas... ¡Santos me valgan! Quade, me habría asombrado menos el saber que te habías enamorado «de ella». Y estás tan chiflado por esa otra mujer como DeBar por María. En cuanto la vio, nos habría vendido hasta el alma por ella. Naturalmente... cerré el trato, Y ahora... tú estás no menos ansioso por ceder tu parte en lo que hemos comprado... ¡Por mil rayos, hombre, si se tratase de María...!

—¡Váyase María al diablo! —gruñó Quade—. Aún no se me ha olvidado que hubo un tiempo en que tú mismo estabas por ella, Rann. No hace mucho. Si entonces hubiera puesto los ojos...

—Desde luego; entonces... no —interrumpió Rann sonriendo—. Hubiera sido... una descortesía, Quade, en completa oposición al espíritu de nuestro fraternal convenio. Además, has de convenir en que María es una muchacha infernalmente hermosa. Luego que nos haya guiado al oro... el pobre idiota habrá sido ya lo bastante feliz para...

Se interrumpió con un sugestivo encogimiento de hombros.

—... para pasar a la refrigeradora terminó Quade.

—Exactamente. De nuevo se apoyó Quade sobre la mesa. Reinó un silencio durante el cual Aldous temió le delataran los latidos de su propio corazón, Yacía inmóvil en el suelo, Sus uñas se hundían en el entarimado. Bajo la palma de la mano derecha tenía su pistola.

Quade rompió el silencio. Su semblante debió expresar algo más de lo que sus palabras significaban, porque Culver Rann se quitó el cigarro de la boca a la par que sus ojos adquirirían una intensa expresión de seriedad.

—Rann, hablemos claro —la voz de Quade era áspera, profunda y vibrante—. Quiero a esa mujer. Acaso esté loco, pero... la conseguiré. Podría obrar por mi cuenta, mas siempre hemos ido los dos a una y... por eso te hago la proposición. No tiene nada de extraordinario. Sería una de las faenas más sencillas que hemos realizado. No tenemos en contra más que a ese simple de novelista y... en todo caso tendría que desaparecer... Hemos de deshacernos de él y de MacDonald por lo del oro. Ya estaba acordado. Y te he demostrado cómo podremos adueñarnos de la mujer sin que nadie se entere. ¿Cuento contigo?

—La respuesta de Culver Rann no se hizo esperar, rápida y concisa como un disparo:

—¡Sí!

De nuevo reinó un silencio que por segunda vez rompió Quade.

—¿Lo quieres por escrito, Rann?

—No; en este asunto no puede haber acuerdos escrito, porque... sería peligroso. Si bien la desaparición de MacDonald no preocupará, la de Aldous dará lugar a muchos comentarios. En cuanto a la mujer —Rann se encogió de hombros con siniestra sonrisa— desaparecerá como las otras —terminó— y nadie tendrá nada que decir. Si después no quiere entender las cosas como María...

Aldous le vio de nuevo encogerse de hombros.

Quade asintió con la cabeza.

—Claro que tienes razón, de momento. Pero... la mayoría de ellas... se han hecho cargo, ¿eh, Rann? —dijo soezmente—. Cuando la veas no me llamarás loco por haber perdido la cabeza, Culver. Y... cuando haya pasado por cuánto le tenemos dispuesto... se hará cargo. Yo me comprometo a hacerla de «los nuestros».

En aquel instante, oyendo el brutal acento de triunfo y la pasión de Quade, algo cedió en el cerebro de John Aldous. Algo que le llenó de un fuego que dio al traste con cuántos planes y proyectos había concebido, algo que en su locura tomó la forma de una sola idea, un solo anhelo... el deseo «de matar».

Y, sin embargo, al producirse en su alma tal conflagración, ni le excitó ni le cegó. No le hizo saltar con salvaje rabia. Fue más terrible. Se incorporó tan quietamente que los otros no le oyeron, como tampoco oyeron el metálico chasquido del seguro de su pistola.

Por espacio de un segundo permaneció inmóvil, mirándolos. Ya no oía las palabras que Quade pronunciaba. Con toda tranquilidad y absoluta calma iba a matarlos. La idea de disparar desde donde estaba le fue desagradable... No quería hacerlo en la oscuridad. Quería saborear la exquisita sensación de aquel primer momento en que, sobrecogidos por su aparición, verían en él la estampa de la muerte. Les concedería aquel momento de vida..., solamente aquél. Y después... mataría:

Pistola en mano, entró en el iluminado aposento.

—¡Buenas noches, señores! —dijo.

## Capítulo XIII

---

### Cogido en la trampa

---

Durante los veinte segundos siguientes a la inesperada aparición de Aldous y su saludo, ni Culver Rann ni Quade dieron señal alguna visible de vida. El primero parecía estupefacto. Ni el más leve estremecimiento interrumpía la pétrea inmovilidad de su actitud. Sus ojos, brillantes como ascuas, miraban con serpentina fijeza por encima de la humillada cabeza de Quade, quien, por su parte, parecía haber sufrido una repentina parálisis mientras le estaba dirigiendo la palabra. Una de sus manos quedó suspendida en el aire manteniendo el interrumpido ademán. Quade fue quien deshizo la tensión del inerte cuadro.

Lentamente, casi tan lentamente como Aldous había abierto la puerta, Quade volvió la cabeza hacia el sonriente rostro del hombre cuya muerte estaba conspirando y vio la ominosa pistola en su mano. Una peculiar expresión apareció en su semblante, expresión más bien de conmoción que de terror. Comprendía que Aldous le había oído. Evidentemente aceptaba el significado del arma. Culver Rann parecía de piedra. Su rostro era por completo inexpresivo. Ni durante una fracción de segundo denotó lo que en su interior pudiera estar experimentando. A pesar suyo, Aldous admiró el indomable valor del individuo.

—Buenas noches, señores —repitió.

Llevándose una mano al bigote, Rann se inclinó entonces lentamente sobre el escritorio. Fue la mano derecha. La otra continuó invisible. Quade, rehaciéndose, se situó al extremo de la mesa con las dos manos extendidas

ante sí, Aldous, siempre sonriendo, se enfrentó con la glacial mirada de Rann, encañonándole con la automática. Sin dejar de retorcerse la punta del bigote, su adversario le devolvió la sonrisa.

—¡Bien! —dijo—. ¡Al parecer, es jaque y mate!

—En efecto —replicó Aldous—, os he concedido un minuto de vida a los dos, y... se está agotando irremisiblemente el plazo.

Apenas pronunciadas las últimas palabras, la habitación quedó súbitamente a oscuras, con una oscuridad tan profunda y tan densa que por un instante hizo vacilar su mano; en este instante oyó el ruido de una silla y el baque de un cuerpo contra el suelo. Por dos veces su automática vomitó una lengua de fuego, que rasgó las tinieblas rápida como el rayo, en dirección al lugar ocupado por Culver Rann y por dos veces más hacia donde Quade debía estar. Sabía lo que acababa de ocurrir y el riesgo inmenso aparejado al fracaso de su talento. La lámpara cuya extraña forma llamara en un principio su atención, disimulaba una bombilla eléctrica y Culver Rann había oprimido un interruptor, probablemente colocado debajo de la mesa, y había cortado la corriente. Le faltó tiempo para hacer más deducciones... Rasgando las sombras, un objeto surcó los aires con terrorífica violencia y le hirió en el extendido brazo. La pistola se escapó de su mano. Desarmado, dio un salto hacia la puerta... ¡para caer en brazos de Quade!

Aldous adivinó instintivamente que era Quade y no Culver Rann y descargó una lluvia de golpes con toda la fuerza que la proximidad a su adversario le permitía. Quade recibió el primero en el pescuezo. Una y otra vez los puñetazos cayeron con extraordinaria velocidad sobre el enorme corpachón de su contrincante, hasta conseguir por fin que relajara su abrazo. Un momento más y habría conseguido ganar la puerta. Pero Culver Rann le cogió por la espalda, Aldous no había sentido jamás presión semejante a la de las femeniles manos de Culver Rann. Fue como si flexibles grapas de acero se empotraran en su carne. Para evitar que llegaran a su garganta se dejó caer hacia atrás y con un desesperado esfuerzo, consiguió libertarse. Tenía a Quade y a Rann entre él y la puerta, y podía oír la entrecortada y jadeante respiración del primero. Rann, en cambio, continuaba silencioso como la muerte. Luego... oyó cerrarse la puerta. En la cerradura una llave sonó con metálico chasquido.

¡Estaba cogido en la trampa!

—Enciende la luz, Bill —oyó decir a Rann con voz quieta y reposada—. Tenemos acorralado a este truhán y además ha perdido su arma. Enciende la luz y con un solo disparo le ajustaré las cuentas.

Aldous oyó moverse a Quade. Mas no en dirección a la mesa. En algún otro punto del aposento había, pues otro interruptor igualmente conectado con la lámpara. El joven sintió un peculiar escalofrío. Aun sin verlo, por la profunda tenebrosidad de la pieza, sentía que Culver Rann estaba de espaldas a la puerta con un revólver en la mano, como también que Quade, guiándose por el tacto a lo largo de la pared, iba no menos armado. Hombres de su calaña no dejan nunca su defensa en casa. En el instante en que se encendiese la luz, realizarían su propósito. Inmóvil como Culver Rann, comprendía que su plan había fracasado. En un momento de arrebató, ciego de ira al oír la triunfante afirmación de Quade de apoderarse de Joanne, hablase expuesto como un simple... Y ahora iba a pagar las consecuencias de su locura. Deliberadamente se había entregado a sus enemigos. Y éstos se cuidarían mucho de no imitar su simpleza dejándole salir de allí con vida.

Oyó detenerse a Quade. Su manaza tanteaba la pared, en busca, supuso Aldous, del interruptor. La intensidad de sus sensaciones era tal que, no obstante la oscuridad, casi creía ver a Rann encañonándole con su revólver. En aquel escalofriante momento su cerebro trabajaba con vertiginosa rapidez. Una de sus manos tocaba el borde de la mesa; sabía que se hallaba a unos seis pies escasos al frente de la ventana, por la rendija de cuyos cortinajes había atisbado en un principio. Si conseguía tirarse por esa ventana, las cortinas evitarían que los cristales, al romperse, le hirieran gravemente.

Apenas concebida la idea, la puso en práctica, Un raudal de luz iluminó la pieza en el instante en que su cuerpo hendía los aires, seguido de enorme estrépito de cristales rotos. Al volver a tocar el suelo oyó un solo grito... un disparo...

Rehaciéndose, echó a correr velozmente y se detuvo cincuenta yardas para mirar hacia atrás, Vio a Quade y a Culver Rann encuadrados por la destrozada ventana. Desaparecieron luego y al punto la habitación volvió a quedar sumida en tinieblas.

Aldous emprendió por segunda vez el camino del campamento de MacDonald. A pesar de la protección del cortinaje las agudas aristas del vidrio le habían herido. Sentíase correr la sangre por el rostro y llevándose a él las manos las retiró empapadas. El brazo en que recibió el golpe del indeterminado objeto en la oscuridad le dolía sobremanera y, al saltar por la ventana, hablase dislocado ligeramente un tobillo y por lo tanto cojeaba. Pero su lucidez era perfecta, tan perfecta que, no obstante las molestias físicas, se sorprendió riendo para sus adentros al avanzar por el sendero. Aldous no era un tipo de hombre vulgar. Apreciaba en grado superlativo, y por igual, el

triunfo y la derrota. En las aventuras, que formaban parte importante de su vida, no había conseguido salir siempre ganancioso; por eso, en su reciente empresa no vacilaba en reconocerse ridícula y totalmente vencido. Para él la tragedia era próxima compañera de la comedia. Aquella noche habíase echado al tiempo resuelto a matar o morir y, en vez de consumir su heroico propósito, había puesto pies en polvorosa como un conejo en busca de la seguridad de su madriguera. Rann y Quade, por su parte, también le consideraban como pieza cobrada cuando les dio la sorpresa tal vez mayor de sus vidas, al desaparecer como por encanto a través de la ventana.

En todo ello había cierta ridiculez... Algo que, a su modo de ver, convertía el posible drama en una tragicomedia.

—Aldous no dejaba por ello de comprender que, aparte de haberse puesto en absurda evidencia, las consecuencias de su indiscreción podían ser extremadamente serias. De haberse limitado a escuchar a ambos conspiradores sin revelar su presencia, poseería una inmensa ventaja sobre ellos. Hubiera sido relativamente fácil para MacDonald y para él, basándose en su conocimiento de la conversación de los dos bellacos, dar un golpe quizá vital a sus ambiciones a través del mestizo DeBar. Tal como ahora se presentaba la situación, Rann y Quade tenían, como vulgarmente se dice, la sartén por el mango. Sin perder un momento llevarían a la práctica lo que proyectaban, fuese lo que fuese. Aldous no temía por sí mismo ni por Joanne. Estaba dispuesto a verter hasta la última gota de sangre de sus venas en evitación de que Quade realizase cualquier designio que sobre la persona de la joven pudiera tener; por otra parte, salvo que consiguiesen apoderarse de DeBar, estaba convencido de que las probabilidades de alcanzar Culver Rann el oro antes que ellos aumentaban con cada minuto que pasaba. El proteger a Joanne contra Quade traía aparejado para él y para MacDonald una inevitable pérdida de tiempo; tiempo tanto más precioso cuanto que dejaba a Rann en libertad de ejecutar, con la colaboración de cuántos pillos de su jaez decidiese reunir, la segunda parte del plan que había urdido con su socio.

Pensando en el avispero que su imprudencia había levantado, Aldous se maldecía a sí mismo. Y, sin embargo, lo ocurrido, visto fríamente, era menos grave de lo que hubiera podido ser si llega a tener éxito su idea de matar a Quade y a Rann. Prosiguiendo en la oscuridad su camino hacia el campamento de MacDonald, reconoció mil veces su locura. La muerte de Rann o de Quade, en legítima defensa, o en franca lucha, hubiera apelado al espíritu más o menos equitativo de la ley de la montaña. Pero... había invadido el domicilio de Rann. De haberle dado muerte, su posición habría

sido, con escasa diferencia, la de un salteador vulgar o un esposo agraviado. Y Tête-Jaune no hubiese tolerado y menos condonado semejante proceder, aun siendo las víctimas gente maleante. Debió atenerse al consejo del veterano Mac-Donald y esperar a tenerlos en las montañas. Un escalofrío le recorrió de pies a cabeza al considerar lo a punto que había estado de comprometerse irremediabilmente en ambos casos.

En el campamento situado en el frondoso *galacho*<sup>[12]</sup>, John Aldous, con gran sorpresa suya, halló levantado aún a MacDonald, que se preparaba una taza de café sobre un chisporroteante fuego entre dos rocas. Aldous entró sin titubear en el área luminosa y el veterano campero alzó la vista; quedó por un instante con los ojos fijos en el ensangrentado rostro de su amigo. Luego, poniéndose en pie, le cogió por un brazo.

—En efecto, me la he ganado —asintió jovialmente Aldous—. Fue por ella, Mac, y... me la gané. Saca el botiquín. Me parece que no estarán de más unos cuantos parches.

Sin decir palabra, MacDonald fue hacia el cobertizo de ramaje y trajo una toalla y un saquito de goma. En una jofaina de lona vació un cubo de agua fría, y Aldous se arrodilló a su lado. Mientras le lavaba la sangre que cubría su rostro y sus manos, el cazador no despegó los labios. Aldous presentaba un corte superficial de unos cuantos centímetros en la frente, dos más profundos en la mejilla derecha y un desgarrón en la barba. Las manos estaban cubiertas de rasguños sin importancia. Cuando dio por terminada su labor, MacDonald había gastado en la cura más de dos terceras partes de un rollo de esparadrapo. Entonces habló:

—Mañana por la mañana puedes remojarlos y arrancártelos —dijo si no quieres que la joven te tome por un piel roja en pie de guerra. Y ahora, cabeza de chorlito, ¿qué has hecho?

Aldous confesó lo ocurrido y, antes de que MacDonald pudiese exteriorizar sus pensamientos, admitió ser un imperdonable idiota de primera categoría, afirmando, además, que nada de cuánto MacDonald pudiese decir lo haría más evidente.

—Si hubiese salido de estampía después de oír lo que dijeron, con tener a DeBar al alcance de una pistola habríamos resuelto en un momento el asunto —terminó—. Pero ahora... nos hemos metido en un mal enredo.

Mac Donald estiró su ceñuda figura ante el fuego, tomó su rifle y examinó el cerrojo.

—¿Crees que marcharán con DeBar?

—Sí, esta noche.

MacDonald abrió la recámara de su rifle y sacó un proyectil tan largo como su dedo. Volvió a colocarlo en su sitio y cerró el arma.

—Si te dijera que me apena lo ocurrido, mentiría —exclamó mirando de modo peculiar a Aldous—. Podríamos haber resuelto la cuestión sin excesivo trabajo, pero ahora... ahora será «peleando». Será cosa de balas y de pistolas, Johnny, allá en las montañas. Tú dice que Rann y ese mal bicho del mestizo nos tomarán la delantera. ¡Que nos la tomen! Han de hacer doscientas millas a la ida y doscientas a la vuelta, Y... no volverán.

Los ojos del veterano cazador relampaguearon mirando a Aldous.

—Mañana iremos a esa sepultura —añadió—. Tú estás curioso por saber qué pasará cuando encontremos esa tumba, Johnny. Yo también. Y espero...

—¿Qué esperas?

MacDonald sacudió su venerable cabeza gris.

—Vamos a acostarnos, Johnny —replicó evadiendo la respuesta—. Se hace tarde.

## Capítulo XIV

---

### Buscando una tumba

---

El poder dormir después de la excitación pasada y con todas las incertidumbres del mañana presentes en su cerebro, le pareció a Aldous físicamente imposible. Sin embargo, durmió profundamente. MacDonald hubo de despertarle tres horas más tarde y prepararon luego ambos un rápido desayuno sobre un pequeño fuego que en el que Aldous calentó después agua y remojóse el rostro hasta que las tiras de esparadrapo se desprendieron. Los rasguños presentaban lívida apariencia; mas, teniendo que escoger entre dos males, prefería que Joanne le viera así a ofrecerle el abominable espectáculo de un rostro desfigurado por tiras de tafetán.

Donald le miró de reojo con los párpados entornados.

—Diríase que has tenido una cuestión personal con un grizzly —observó—. ¿Quieres más esparadrapo?

—¿Para parecer el Tonino de un circo? ¡No! ¡Gracias! —replicó Aldous—. Estoy invitado a desayunarme con los Blackton, Mac. ¿Cómo diablos puedo zafarme de ello?

—Diles que estás enfermo —gruñó el veterano, que hallaba cómico el semblante de su amigo—. ¡Hospa!

¡Cómo me habría gustado verte salir por esa ventana... de día!

Aldous se dirigió hacia el sendero, seguido muy de cerca por MacDonald. Aún era de noche y reinaba esa lobreguez de la hora que precede al amanecer veraniego las montañas del Norte. La luna había traspuesto mucho antes hacia

el Oeste. Cuando, algunos minutos después, se detuvieron en el pequeño raso del camino, Aldous pudo apenas distinguir la tenebrosa figura del campero.

—Cuando salté, perdí mi pistola, Mac explicó. En la cuadra encontrarás otra automática del 38, en mi equipo. Tráela y tráete también el... 303 con abundantes municiones. Por tu parte, no harás nada de más si cargas con ese cañón de bolsillo del 44 que usas, y tu rifle. ¡Ojalá consiguiera civilizarte y que utilizases armas automáticas en lugar de esas culebrinas medievales que forman tu artillería!

MacDonald soltó un bufido equivalente al *whuff* de un oso.

—Casi cincuenta años llevan cumpliendo su cometido —gruñó de buen talante—. Y... que yo recuerde, nadie me ha hecho saltar nunca por una ventana, Johnny.

—¡Convenido! —dijo Aldous, estrechando la mano del otro en la oscuridad—. ¿Estarás allí, frente a casa de Blackton, al amanecer, Mac?

—Dentro de tres cuartos de hora, Johnny. Allí estaré. Tres caballos de silla y un hatero.

Se separaron en la bifurcación de senderos. Aldous fue directamente a casa de los Blackton. Como suponía, el pabellón estaba iluminado. En la cocina, Tom, el cocinero oriental, preparaba el desayuno. Blackton, confortablemente vestido con pantalón de dril y batín y fumando su pipa, le abrió la puerta. Al ver la lastimosa apariencia de su amigo, fue casi milagro que no le cayese aquella de los labios.

—¡Por todos los santos! ¿Fue...?

—Un accidente —replicó Aldous, encogiéndose significativamente de hombros—. Blackton, tiene que hacerme otro favor. Cuente a las señoras... lo primero que se le ocurra que sea verosímil. La verdad es que salí por una ventana... cerrada y al parecer con millones de cristales. Y... ¿cómo se justifica semejante manera de abandonar un aposento?

Blackton le contempló y se cruzó de brazos.

—No se justifica —asintió—. Pero creo que está usted equivocado; fue que resbaló al borde de un cantil y cayó sobre unas matas de zarzas. La zarza es tremenda por estas tierras.

Se estrecharon las manos.

—Continúo roído por la curiosidad —dijo Blackton— pero... le haré el juego, Aldous.

Minutos después, Joanne y Peggy Blackton se unieron a ellos. De nuevo pudo notar el vivo carmín del rostro de la joven al verle, carmín que se desvaneció al observar sus lesiones. Se acercó a él tendiéndole la mano. Le

temblaban los labios, mas no los desplegó. Blackton juzgó llegado el momento psicológico.

—¿Qué puede esperarse de un ciudadano que, pensando en las musarañas, se sale del sendero y se va cantil abajo hasta enredarse con un macizo de zarza? —preguntó riendo como si lo considerase excelente bromazo para Aldous—. Las púas de las zarzas son peores que navajas de afeitar, señorita Gray —aclaró—. Son... verdaderamente infernales.

—En efecto —concurrió Peggy Blackton en respuesta al guiño y al disimulado codazo de su cónyuge—. ¡Son horribles!

Mirándola directamente a los ojos, Aldous adivinó que Joanne ni creía ni escuchaba apenas a los Blackton.

—Tenía presentimientos de que iba a ocurrir algo —dijo sonriéndole—. ¡Me alegro de que no haya sido más que eso!

Soltando su mano se acercó a Peggy Blackton. John vio con deleite que se había trenzado el maravilloso y refulgente cabello en una espesa y sinuosa trenza castaño y oro que le caía por la espalda, hasta más allá de la cintura. Peggy Blackton había conseguido equiparla con un traje de montar típico de las montañas: falda corta y abierta por en medio, blusa y *leggings*<sup>[13]</sup>. Jamás habíala visto tan hermosa. La noche de reposo volvió el colorido a su cutis y a los adorables labios, y en sus ojos, al mirarle, había una extraña y cálida luz que le hizo estremecer.

En la media hora siguiente se olvidó casi de los comprometedores rasguños, y, durante el desayuno, Pablo y Peggy Blackton parecieron encantadoramente ajenos a su presencia. Una o dos veces creyó ver en las pupilas de Joanne una expresión que le hizo creer que estaba muy a punto de adivinar la verdad.

MacDonald fue en extremo puntual. El nuevo día comenzaba a tender sus haces de rosada luz por una de las crestas de las montañas del Este, cuando llegó al pabellón. Al salir Aldous con Joanne, el veterano campero estaba junto al caballo que destinaban para ella. La joven le saludó y, por un momento, MacDonald inclinó la cabeza sobre su mano. Cinco minutos después seguían el abrupto camino carretero, MacDonald a la cabeza y Joanne y Aldous detrás, con el único hatero en medio.

En varias millas de extensión, el camino iba desarrollándose a través del frondoso arbolado que poblaba el *gollizo*<sup>[14]</sup> entre las dos sierras. Llevaban poco rato de jornada cuando Joanne acercó su caballo al de Aldous.

—¿Podría saberse qué ocurrió anoche? —dijo—. ¿Quiere usted decírmelo?

Aldous revolvió francamente su mirada. Estaba convencido de que sólo conseguiría hacerle creer la verdad y había resuelto decírsela, en parte. Achacaría la culpa de todo al oro. Apoyándose en la perilla de su silla refirió sus aventuras, comenzando por las pesquisas para dar con Quade y con el mestizo y su experiencia con la amazona del oso... No calló nada... salvo lo que a ella se refería. Describió el evento por encima, pero sin omitir aquellos aspectos que le parecieron tener mayor apariencia cómica.

No obstante sus esfuerzos por quitar a la narración cuanto pudiera prestarle gravedad, su relato causó un positivo efecto en Joanne. Aun después de haberlo terminado, una de sus manos se crispaba sobre el pomo de la silla, su respiración era acelerada y mantenía los ojos fijos al frente, evitando cruzar con las suyas sus miradas.

Aldous empezaba a temer que la joven, convencida por alguna secreta intuición de que no le había revelado toda la verdad, estuviese disgustada con él, cuando de nuevo volvió en su dirección la vista. Su semblante tenso y pálido evidenciaba el terror que había intentado ocultarle.

—¿Y le habrían asesinado? —exclamó.

—Tal vez no hubieran hecho más que darme un buen susto —replicó Aldous—. En todo caso preferí no esperar a comprobarlo. Tenía interés en volver a ver a Mac-Donald cuanto antes y... salí por la ventana.

—No. Le habrían matado —dijo Joanne—. Acaso hice mal, señor Aldous, pero anoche le conté algo..., no todo a Peggy Blackton. Me parece como si fuera una hermana y... necesitaba confiarme a alguien... a una mujer como ella. La quiero mucho. Le conté lo ocurrido en Miette... lo de usted y Quade... cómo le vi en la estación y mas tarde... siguiéndonos. Entonces... ella me lo dijo. Probablemente no se dio cuenta de mi espanto... y me habló de esos hombres... Quade y Culver Rann. Y ahora temo más a Culver Rann que a Quade, a pesar de no haberle visto nunca. A mí no pueden hacerme mal alguno. Pero... ¡temo por usted!

Sus palabras provocaron en Aldous un ardor que fue como fuego en su cerebro.

—¿Por mí? —repitió—. ¿Teme usted por mí?

—Sí. ¿Cómo no he de temer sabiendo que está en peligro? —preguntó quietamente—. Y ahora, desde que sé lo de anoche y el descubrimiento de su secreto por esos hombres... estoy aterrada. Quade le ha seguido a usted aquí. La señora Blackton dice que Culver e cien veces más peligroso que Quade. No hace mucho usted aseveraba no ambicionar las riquezas; entonces ¿por qué va en pos de ese oro?, ¿por qué corre ese riesgo?, ¿por qué...?

Aldous esperó, mirándola. Un excitado y febril colorido iba arrebolando sus mejillas. Los bellísimos ojos azules se ensombrecían como nubes de tormenta, por efecto de su vehemencia.

—¿No comprende usted? —prosiguió—. Por mi causa ¡se atrajo la terrible animosidad de Quade! Si algo le acontece... ¡me consideraré yo la responsable!

—¡No! ¡Usted no lo será! —replicó Aldous procurando disimular el temblor de su voz—. Además no ha de ocurrir nada. ¡No sabe usted lo feliz que me ha hecho tomándose tanto interés por mí! ¡Es... es delicioso! —terminó riendo.

Refrenó su caballo para colocarse detrás de ella. Las gigantes ramas de los árboles a ambos lados del acirrate dejaban apenas holladero bastante para uno. Después de cabalgar así un buen trecho se situó de nuevo a su lado.

—Quiero hablarle de ese oro —dijo—. En realidad no es eso lo que buscamos.

Se inclinó en forma que su mano descansaba en el arzón de su silla.

— Mire al frente —prosiguió con suave entonación—. Mire a MacDonald.

Los primeros rayos de sol trasponían las montañas y su resplandor se reflejaba en el valle. Donald MacDonald había levantado la cabeza como para saludar al nuevo día; la brisa matutina azotaba su curtido rostro, extendiendo sobre su pecho la lengua barba gris; con los hombros ligeramente echados hacia delante, miraba al Este.

No es el oro, sino MacDonald lo que me lleva al Norte, Ladygrey —dijo Aldous mirándola—. Como tampoco es el oro lo que lleva a MacDonald. Lo que voy a decirle es extraño... casi increíblemente extraño. Hoy buscamos una tumba para usted. Y por allá... a doscientas millas al Norte... otra tumba atrae a MacDonald. Y yo le acompaño. Da la casualidad de que el oro se encuentra allí. ¿Podría usted creer que ese bendito viejo vagabundo que nos precede lleva cuarenta años amando a una muerta? ¿Podría usted creer que, desde hace casi media centuria, año tras año, invierno o verano, ha recorrido las montañas norteadas, espíritu errante con una sola aspiración en la vida, para hallar, al fin, el lugar donde descansa su amada? Pues así es, Ladygrey. Me atrevo a decir que soy la única persona a quien Mac-Donald ha abierto su corazón desde hace muchos años. Al amor de la hoguera de nuestros campamentos le he oído referir la historia tantas veces, que ya la considero en parte como mía. Acaso esté algo loco. Pero es una bellísima locura.

Hizo una pausa.

— Si —murmuró Joanne—. Siga usted... John Aldous.

—Es... difícil de contar —prosiguió—. No puedo poner en mis palabras el sentimiento, el espíritu, la maravilla que encierra. He intentado inútilmente escribirlo. Se llamaba Jane. Nunca la ha llamado de otro modo, ni yo le he preguntado su apellido. Cuando las dos familias emprendieron viaje rumbo al Oeste cruzando las inmensas praderas en carromatos, ambos eran niños. Luego pasaron a ser enamorados. Los padres de ella y la madre de él murieron antes de su enlace. Algo después murió su padre y quedaron solos. Me imagino lo que debió ser su amor. Lo he visto aún vivo en sus ojos y lo he visto en las extrañas horas de arrobamiento en que cae después de hablar de ella. Estaban siempre juntos. Me ha contado cómo recorrían ambos las montañas cogidos de la mano, yendo de caza, como ella era su compañero y su amigo cuando iba buscando mineral. Me ha abierto su corazón... de par en par. Me ha dicho que solían pasar meses y meses solos en las sierras y lo que hacían y lo que ella solía cantar, por las noches, junto a la hoguera del campamento para su recreo. «Tenía una voz de ángel», recuerdo que me dijo una vez. Luego, hace más de cuarenta años, vino la época de la fiebre del oro en la comarca de Stikine River y el loco tropel de buscadores. Ellos los siguieron, uniéndose a una partida de doce, diez hombres y dos mujeres que se habían separado del camino que seguían los demás. Y, por fin, encontraron oro.

Frente a ellos, Donald MacDonald, volviéndose en la silla, miraba hacia atrás, Aldous dejó de hablar por un momento.

—Siga usted —dijo Joanne.

—Encontraron oro —repitió Aldous—. Encontraron tal cantidad de oro, Ladygrey, que algunos de ellos enloquecieron... enloquecieron como bestias. Era oro nativo... y MacDonald dice que un día Jane y él se llenaron los bolsillos de pepitas. Luego aconteció algo. Se desencadenó una tempestad, una terrible tormenta que cubrió las montañas de nieve de un espesor tal que nade, hombre o caballo, podía abrirse paso. Los sorprendió un mes antes de lo que esperaban y desde el primer momento se consideraron perdidos. Las provisiones tocaban a su fin.

»No puedo describirle los horrores de las semanas y meses sucesivos como MacDonald me los describió a mí, Joanne. Imagíneselos usted. En las montañas, cuando llega la nieve, uno está como un ratón en la ratonera. Así estaban ellos, los once hombres y las tres mujeres. ¡Podían haber hecho sus yacijas sobre capas de oro y no tenían ni un pedazo de pan que llevarse a la boca! Durante la tormenta perdieron los caballos. Más tarde hallaron dos de

ellos y sus congelados cuerpos les sirvieron de alimento. Dos de los hombres partieron con raquetas de nieve y debieron de morir por el camino.

»Entonces ocurrió el primer horrible evento. Dos de los restantes hombres se querellaron por una lata de judías y uno de ellos recibió la muerte de manos del otro. Era el marido de una de las mujeres. El siguiente terrible suceso le aconteció a ella... y también hubo lucha. Por una parte, el joven Donald y el marido de la mujer restante; por la otra... las bestias. El marido fue muerto, y Jane y Donald buscaron refugio en la cabaña de troncos que habían erigido. Aquella noche huyeron, llevándose las escasas provisiones con que contaban y las mantas que pudieron cargar.

»Sabían que iban a afrontar la muerte, pero... fueron a afrontarla juntos, de la mano.

»Durante tres días lucharon denodadamente, afanándose por ganar las sierras, hasta que Donald halló una gran cueva en la ladera de una montaña. Tengo grabada en el cerebro esa cueva... profunda, cálida, con un piso de arena blanca, mullida y suave, cueva en la cual los fugitivos cayeron exhaustos, cogidos aún de la mano, y e fue un hogar para ellos. Pero... la hallaron demasiado tarde. Tres días después moría Jane en ella. Y en mi cerebro hay otro cuadro, desgarrador, terrible... Donald en esa cueva, con el yerto cuerpo inanimado de la única criatura a quien amó en el mundo, entre sus brazos, gimiendo y llorando sobre ella, llamándola en su desesperación, implorándole que abriese los ojos, que volviera a la vida, que le hablase... hasta que, por fin, misericordiosamente para él, su mente cedió a la tensión y perdió el juicio. Eso es lo que ocurrió. Que perdió el juicio.

Joanne respiraba entrecortada y convulsivamente. Sin darse cuenta de lo que hacía, su mano se crispó sobre la de Aldous, aún en el arzón de su silla.

—¿Cuánto tiempo permaneció en la cabaña con el cadáver? Donald no ha podido precisarlo nunca... —continuó—. No recuerda si dio sepultura a su esposa o si la dejó yacente en el suelo de la cueva, sobre la blanca arena. Ni sabe tampoco cómo ni cuándo salió de rlas montañas. Pero lo hizo y su mente fue recobrando poco a poco el equilibrio. Y desde entonces, Joanne, desde hace cuarenta años, su vida se resume en una perpetua búsqueda de esa cueva. Durante mucho tiempo sus pesquisas fueron estériles. No podía hallar rastro alguno del pequeño valle oculto entre las sierras donde los buscadores dieron con el aurífero tesoro. Nadie había oído hablar de él; no hubo quien lo encontrase de nuevo.

»Año tras año, Donald siguió internándose hacia el Norte; año tras año, al llegar el invierno, abandonaba la busca, pero no la esperanza.

»Luego comenzó a pasar los inviernos, como los veranos, en aquel mundo olvidado de todos, olvidado porque la fiebre del oro había disminuido y las pistas servían más para los lobos que para los hombres. Y siempre, siempre, según me ha contado, el espíritu de su adorada Jane acompañaba a Donald en sus errabundas jornadas por las montañas, guiándole, sosteniéndole, acompañándole durante las terribles soledades de las interminables noches. ¡Piense usted, Joanne! ¡Cuarenta años de extraña y bellísima locura! ¡Cuarenta años de inextinguible amor, de fe inagotable, de tan constante como inútil búsqueda! Hasta que esta primavera, Donald llegó casi al final de su tarea. Ahora... ya lo sabe. Ya sabe dónde está el valle oculto entre las sierras... ¡ya sabe dónde encontrar la cueva!

—Las uñas de Joanne se incrustaban en su carne.

—¿La encontró...? ¿Encontró a su Jane? —alentó casi sollozando—. Después de tantos años... ¿logró encontrarla?

—Casi —dijo suavemente Aldous—. Aún falta el gran final de la tragedia de la vida de Donald MacDonald, Ladygrey. Llegará cuándo se vea de nuevo hollando la blanca y mullida arena del suelo de la cueva, y tiemblo tan sólo de pensar que, cuando llegue ese instante, yo estaré a su lado. Para mí será terrible. Para él... ¿quién puede decir lo que será? Aún no ha llegado la hora. Mas oiga lo que ocurrió. Donald venía del Norte con el primer deshielo primaveral, cuando dio con un *shack* en el que un hombre yacía moribundo, atacado de viruela. Era DeBar, el mestizo.

»Heroicamente, MacDonald le cuidó. Según dice, fue Dios quien dirigió sus pasos hacia aquel *shack*, porque Bar, en uno de sus momentos de delirio febril, reveló haber hallado el pequeño Valle de Oro que MacDonald buscaba desde hacía cuarenta años. Donald lo reconoció porque el mestizo, en su desvarío, hablaba de cadáveres, de sacos de piel de ante carcomidos por los elementos llenos de pepitas de oro, de cabañas de troncos desmoronándose y de mil otras cosas cuyo recuerdo era como un acerado puñal en el corazón de Mac.

»¡Cómo luchó por la vida de aquel hombre! ¡Por fin salió triunfante de la lucha!

«Dirigiéronse hacia el Sur y proyectaron equiparse y marchar en busca del oro. Hubieran emprendido al punto la jornada, pero carecían de caballos y de provisiones, En las semanas siguientes, DeBar fue describiendo paso a paso el camino del valle perdido, hasta que MacDonald llegó a sabérselo tan al detalle que hubiera podido ir a él como el águila a su nido. En Tête-Jaune, Mac vino en busca mía y yo le prometí acompañarle, Ladygrey, acompañarle

al Valle de Oro. Así lo llama él, pero para mí es el “Valle de los Hombres Silenciosos”.

»No es el oro, sino la cueva con su piso de arena mullida y blanca lo que nos atrae.

Joanne se había erguido en su silla, con la cabeza echada hacia atrás, los labios entreabiertos y un brillo en la mirada como el que sin duda debió tener Juana de Arco el día en que se puso al frente de sus huestes.

—Y ese hombre, el mestizo, ¿se ha vendido... por una mujer? —dijo mirando fijamente hacia delante, sobre los humillados hombros de MacDonald.

—Sí; por una mujer. ¿Me pregunta usted aún por qué voy? ¿Por qué combatiré si hay que combatir?

Se volvió hacia él. Su rostro era la faz de la gloria.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó—. ¡Oh, John Aldous!

¡Lo que daría por ser hombre y poder acompañarles! ¡Por entrar con los dos en esa tumba glorificada por el amor imperecedero de un hombre... en la Cueva!, y si lo fuera... iría y combatiría... ¡hasta la última gota de mi sangre!

Donald MacDonald, volviéndose hacia ellos, los vio estrechándose las manos. Un momento después desvió su caballo del camino carretero para emprender la senda que conducía a las sierras.

## Capítulo XV

---

### El secreto de la tumba

---

Desde el momento en que conoció la historia de Mac-Donald, una transformación pareció operarse en Joanne. Fue como si hubiese conseguido escapar de sí misma, libertarse del terror o del pesar que hasta entonces embargó su corazón. Aldous comprendía que su visita a la tumba de Saw Tooth Mountain era de extraordinaria y profunda significación para ella y que, desde un principio, había estado bajo el peso de una tremenda tensión física y moral. Pensaba que aquel día sería por todos conceptos terrible para la joven, y en más de una ocasión pudo notar sus esfuerzos para fortalecerse contra la crisis que se aproximaba. Al acercarse el fin de la jornada, su inquietud y su incertidumbre, el temor que procuraba disimular, se hacían más patentes.

Por tales razones el cambio que notó en ella era no tan sólo inesperado, sino en extremo intrigante... Parecía hallarse bajo la influencia de alguna emoción nueva y dominadora. El color de sus mejillas hablase acentuado. En todo su porte advertíase una diferencia e incluso su voz tenía entonaciones hasta entonces desconocidas.

Era una nueva Joanne; una Joanne que por de pronto, al menos, había roto las cadenas de opresión y terror que la esclavizaban. En el angosto sendero montaraz cabalgaba detrás de ella, con un placer casi superior al de ir a su lado, porque únicamente cuando se sabía seguro de escapar a su escrutinio permitíase dar rienda suelta a los sentimientos que habían transformado su alma. Siguiéndola, podía mirarla, recrearse en ella, adorarla sin temor a ser

descubierto. Sus más leves ademanes, los más insignificantes movimientos del esbelto y grácil busto le producían exquisita sensación y los fúlgidos reflejos del maravilloso cabello acrecentaban un contento que ya no podía aminorar recelo o aprensión una. Tan sólo en aquellos instantes en que, siendo tan cercana su presencia, sus ojos no le veían, podía abismarse por completo en la contemplación de lo que representaba para él y también en lo que él suponía para ella.

Durante la primera hora de ascensión por la quebrada que conducía al valle fue escasa la oportunidad de conversar. El sendero era un antiguo camino indio abandonado, angosto y en ciertos trechos extremadamente abrupto. Por dos veces, Aldous hubo de ayudarla a echar pie a tierra para poder franquear con mayor facilidad parajes a su juicio peligrosos. Al ponerla de nuevo a caballo, tras una penosa marcha de cien empinadas yardas, jadeaba de fatiga y sintió la dulce caricia de su aliento en el rostro. De momento su dicha anuló en su mente a otra idea. Fue MacDonald quien le volvió a la realidad.

Habían llegado al límite de la quebrada y el veterano oteaba con su catalejo el valle por donde habían venido. A sus plantas divisábase Tête-Jaune bañada por el sol. Súbitamente, Aldous tuvo la intuición de que aquél era él, punto desde el que MacDonald espiaba a sus enemigos. Miró a Joanne, que respiraba aceleradamente. Al notar su escrutinio preguntó:

—¿Podría ser que... nos siguieran?

Sacudió la cabeza.

—No hay peligro —dijo.

MacDonald había desmontado y se había agazapado tras de un peñasco en el que cayó su telescopio. Tenía el rifle al alcance de la mano, y el enorme 44, reliquia de los antiguos tiempos de luchas contra los indios, colgaba en su pistolera. Al notar tan evidentes signos de prevención, Joanne miró de nuevo hacia Aldous. Su 303 colgaba del arzón de su silla y la pistola automática ocupaba en su cinto lugar prominente. Sonrió. Sus ojos revelaban su comprensión y también algo parecido a un reto. No hizo ninguna otra pregunta. Aldous se sonrojó al examinarle Joanne.

Poco después Donald cerró su catalejo y montó a caballo sin decir palabra. Al comenzar el descenso al segundo valle se detuvo. Hacia el Norte, velados por la calina del sol naciente, albeaban los picachos nevados de Saw Tooth Range. A una distancia aparente de menos de una hora de marcha erguía un enorme galayo de arenisca que parecía cerrar el extremo del valle. Mac-Donald extendió un brazo en aquella dirección.

—Lo que buscamos está detrás de esa montaña —dijo—. A diez millas de aquí. —Se volvió hacia la joven—. ¿Cojea usted, señorita Gray?

Aldous notó sus labios apretados.

—No. Sigamos adelante.

Fijos los ojos en la rojiza mole de la montaña, parecía no advertir la magnificencia del valle que se extendía a sus pies, ni las nevadas cúspides al frente. Su mirada tenía algo poco natural y extraviado. Aldous se retrasó al comenzar el gradual descenso desde la cresta de la quebrada y su propio corazón aceleró sus latidos; los antiguos enigmas reaparecían en su mente y la ya familiar opresión le atenazaba de nuevo. Sus ojos no se apartaban de Joanne. Y ella continuaba con los suyos clavados en la montaña a cuya sombra yacía la justificación de su jornada. Su rostro no se había demudado. Su colorido era el del arbol de la fiebre. Pero sus ojos la traicionaban; su extraña intensidad, la casi dolorosa fijeza con que contemplaban la lejana mole... un inexplicable temor a lo por venir le sobrecogió. Nuevamente se sorprendió haciéndose preguntas a las cuales no hallaba respuesta posible. ¿Por qué no fue Joanne del todo franca con él? ¿Qué otro significado, más profundo, tenía aquella visita a la tumba y su misión en las montañas?

Siguiendo el angosto sendero indio entraron en la espesura de abetos y media hora después desembocaron en la verdeante arroyada que constituía el fondo del valle. Durante el trayecto, Joanne no desvió ni un instante la vista, ni Aldous desplegó los labios. MacDonald se dirigió hacia el Norte, y el galayo de arenisca apareció directamente ante ellos. No era como las demás montañas. Su aspecto tenía algo de tétrico y siniestro. Era abrupto y quebrado, sin el menor rastro de vegetación, a través de la calina solar los estériles y surcados flancos refulgían húmedos aún por el matinal rocío, con un tinte rojizo oscuro que los hacía aparecer recientemente ensangrentados. Aldous adivinó el efecto que causaba a Joanne y se resolvió a contrarrestarlo. Puso su caballo al nivel del de la joven.

—Quisiera que conociese mejor a Donald —dijo—. Hasta ahora, Ladygrey, le hemos dejado, por decirlo así, en segundo término. ¿Me permite que le diga que retroceda y acompañe a usted un rato?

—Yo misma iba a pedírselo —replicó—. Si es tan amable...

—Encantado —interrumpió vivamente—. Le hallará usted digno de su afecto, Ladygrey. Y si lo juzga oportuno, no hay razón para que no le diga que yo he enterado a usted de... Jane. Que sepa que usted lo sabe.

Asintió y con voz ligeramente agitada dijo:

—Así lo haré.

Un momento después, Aldous llamaba a MacDonald en nombre de Joanne. El veterano campero le miró asombrado. Se quitó la pipa de entre los dientes y vació su contenido antes de guardársela en el bolsillo.

—¿Quiere verme? —preguntó—. ¡Dios la bendiga...! ¿Por qué?

—Porque cree que estás demasiado solo, Mac. Además, atiende. —Aldous se inclinó hacia él—. Tiene los nervios a punto de saltar. Se lo conozco. Por razones especiales, yo soy el menos indicado para aliviar su agobio. Pero tú puedes hacerlo. Continuamente está pensando en esa montaña y en lo que hay detrás... Ve a su lado y... «habla». Cuéntale cuando viniste por vez rimara a estos valles..., con Jane. ¿Lo harás, Mac? ¿Le tirarás eso?

MacDonald no contestó, pero refrenando su caballo dejó que Aldous le tomase la delantera. Algunos minutos después volvió la cabeza y sonrió. Joanne y el veterano cazador cabalgaban juntos por la arroyada y la joven hablaba animadamente. Miró a su reloj. No lo consultó de nuevo hasta que las primeras escarpaduras de la rojiza montaña empezaron a asomar sobre ellos. Había pasado una hora desde que se separó de Joanne, Frente a él, a una milla de distancia, velase el enriscado espolón allende el cual según el croquis que Keller le había trazado en su entrevista estaba el angosto gollizo que conducía al pequeño valle de la parte arribaña de la montaña. Al llegar a sus cercanías, MacDonald se reunió con él.

—Ahora te toca a ti, Johnny —dijo con una curiosa nota de dulzura en su bronca voz Ya estamos llegando a nuestro destino.

Paseó la vista por los picachos occidentales, sobre los cuales se acumulaban densos nubarrones, y añadió:

—Lluvia tendremos. Me adelantaré trotando con Pinto y montaré la tienda para cuando lleguéis. Calculo que no puede haber más de una milla, cañón arriba.

—¿Y la tumba, Mac?

—Está cerca del lugar donde levantaré la tienda —dijo MacDonald colocándose detrás del hatero Pinto y obligándole a tomar el trote—. No pierdas más tiempo del necesario, Johnny.

Aldous galopó hacia Joanne.

—Tememos que llueva —dijo—. Estos chaparrones del Pacífico se desencadenan sin previo aviso en esta parte de la divisoria y en un minuto le dejan a uno calado hasta los huesos. Donald va delante de nosotros para levantar la tienda.

Cuando llegaron a la embocadura del cañón, Mac se había perdido de vista. Del desfiladero fluía un insignificante arroyuelo que en tiempos de

avenida debía de convertirse en impetuoso torrente. Su álveo era una caótica confusión de peñascos areniscos y pizarra desintegrada, a través de la cual Aldous fue sorteando obstáculos, seguido de cerca por Joanne. El cielo continuaba encapotándose sobre sus cabezas, hasta que el sol desapareció totalmente y una densa y casi palpable cerrazón comenzó a envolverlos. En la lejanía retumbaba el sordo fragor del trueno en las montañas. Miró a Joanne y se sorprendió al ver que sus ojos chispeaban y que sonreía al devolverle su mirada.

—Me recuerda a Henrik Hudson<sup>[15]</sup> y sus jugadores de bolos —dijo por lo bajo—. Y ante nosotros está... Rip Van Winkle.

Al salir al raso empezaban a caer gruesas gotas de lluvia. El desfiladero o gollizo torcía a la derecha; a su izquierda, las rocas terminaban en una pradera ondulante cubierta de *buffalograss* (hierba muy alta). Aldous comprendió que habían llegado al valle. A unas cien yardas, en la falda de la montaña, divisábase un friso de árboles de entre los cuales se alzaba una columna de humo. Hasta ellos llegaba el hachear de MacDonald. Volviéndose hacia Joanne, su semblante le hizo comprender que la joven «sabía». ¡Estaban al final de la jornada! Acaso los dedos que sostenían las riendas se crisparon obre ellas; acaso fue su imaginación la que le hizo creer que en su voz había un ligero temblor cuando dijo:

—¿Es..., es éste el lugar?

—Sí. Debe de estar situado por encima del arbolado, Si no me engaño, desde aquí veo la escotadura en el diminuto gollizo de que me habló Keller.

Sin añadir palabra cabalgaron hacia el bosque y llegaron a tiempo justo de salvarse del chubasco. Al ayudarla a echar pie a tierra, las nubes descargaron con toda violencia un verdadero diluvio. Al entrar en la tienda, su cabello chorreaba. Mac Donald había desaparecido, dejando en el suelo buena cantidad de mantas extendidas. Joanne se dejó caer sobre ellas con evidente satisfacción. En la semioscuridad, sus ojos, al mirar a Aldous, refulgían extrañamente. Sobre sus cabezas los truenos se dejaban oír casi sin interrupción. Durante algunos minutos el estruendo fue ensordecedor, acrecentado por la repercusión en las montañas. Parecía la simultánea descarga de gigantescos cañones. Aldous tuvo que afianzar el suelto faldón de la tienda contra los embates de la lluvia y del viento. Por dos veces observó que Joanne, a punto de hablar, se contenía. Por fin le oyó decir:

—¿Dónde está Donald?

—Probablemente en el raso contemplando la tempestad y calándose hasta los huesos —dijo—. No recuerdo haber visto nunca a Donald guarecerse de la

lluvia, salvo que hiciera mucho frío. Cuando entramos le vi estacar los caballos.

Le pareció que Joanne temblaba, aunque no de frío. Ardía en deseos, aprovechando la penumbra, de acercarse a ella y estrechar su mano.

La violencia del temporal no amainó en algunos minutos. La lluvia caía a torrentes y los truenos se sucedían sin cesar. Luego, casi con la misma rapidez con que había comenzado, cesó la conflagración. Aldous se puso en pie y levantó el faldón de la tienda.

—Ya pasó —dijo—, pero mejor será que permanezca un rato más aquí, Ladygrey. Voy a ver si MacDonald se ha salido con la suya de ahogarse.

Joanne no contestó y Aldous salió. Sabía dónde encontrar al veterano campero. Había ido a las lindes del bosque; en aquellos momentos estaba en el desfiladero buscando la tumba. El alcanzar la parte arribeña del arbolado fue cuestión de minutos, y cuando salió de la espesura se halló en la cúspide del herbazal que separaba del gollizo el pequeño lago descrito por Keller. Estaba a menos de un tiro de fusil y en su extremo opuesto veíase a MacDonald de regreso de su expedición. Aldous se precipitó a su encuentro. Al reunirse ambos hombres no despegaron los labios, contestando el uno con una mirada a la tácita pregunta del otro. El agua escurríase a chorros por la cabellera y la barba del campero.

—Allí está —dijo señalando—. Detrás de esa roca negra. Sobre ella hay una losa. Y... el nombre es el mismo. Mortimer Fitz Hugh.

En el cielo se rasgaban las nubes, que dejaron pasar un rayo de sol que fue ensanchándose hasta bañar triunfalmente glorioso toda la montaña. MacDonald sacudió su chambergo contra la rodilla y con la otra mano se retorció las barbas.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

Aldous miró hacia el bosque. Joanne en persona contestó a su pregunta... Comenzaba a ascender la ladera. Momentos después estuvo junto a ellos. Primero miró hacia el lago. Luego a Aldous. Las palabras eran innecesarias. Tendió la mano y, sin vacilar, ella le dio la suya. MacDonald comprendió y abrió la marcha delante de ellos hacia la roca negra, y, deteniéndose a su lado, Joanne y Aldous prosiguieron, soltando el joven su mano.

Se encontraron ante la tumba con inesperada prontitud. De los labios de Joanne no se escapó sonido alguno. Apenas se percibía su respiración. A diez pasos de ellos aparecía la tumba, protegida por un túmulo de piedras, sobre las cuales se alzaba una tosca losa de madera. Tras una ojeada al fúnebre monumento, Aldous volvió la vista hacia la joven, Permanecía inmóvil, como

si hasta el aliento hubiese abandonado su cuerpo. Luego fue avanzando lentamente. La siguió a corta distancia, paso a paso, sin ver su rostro. Al llegar junto a la tumba se inclinó sobre la losa y deletreó el nombre, con las dos manos convulsivamente cruzadas y el cuerpo doblado hacia delante. Con mayor lentitud de la que había avanzado retrocedió hacia Aldous y MacDonald. Su semblante estaba lívido. Llevóse las manos al pecho y las crispó.

—Es su nombre —dijo, y en su voz había una entonación de algo reprimido y terrible—. Es su nombre.

Tenía clavados los ojos en Aldous, quien comprendió que pugnaba por decir lo que hasta entonces había callado. Súbitamente se acercó aún más a él y le cogió un brazo con las dos manos.

—¡Lo que voy a pedirles es terrible... terrible! —dijo—. Creerán que soy una hiena... pero... necesito más pruebas... las necesito...

Le miraba con ojos extraviados. Por la mente de Aldous cruzó como un relámpago la idea de su verdadero intento... En aquella losa, toscamente labrada a fuego... había un nombre, pero... ¿y bajo el montón de piedras...?

MacDonald también oyó y se acercó a ellos; dominólos su gigantesca estatura. Con una potente y rugosa mano atrajo a Joanne hacia sí y su voz adquirió una extraña dulzura al decir:

—Usted y Johnny váyanse y enciendan una hoguera... Señorita Joanne, yo le llevaré más pruebas.

—Vamos —dijo Aldous, tendiéndole la mano.

MacDonald los precedió. Al llegar al campamento ya no le encontraron, por lo que Joanne no pudo darse cuenta de que había cogido un pico y una pala. Entró en la tienda y Aldous encendió una hoguera sobre la primitiva de Donald, que el chaparrón había inundado. En realidad no era necesaria, mas así y todo la estuvo alimentando durante quince minutos hasta que las llamas se elevaron en el tranquilo ambiente. Sentía vehementemente deseos de volver a la tumba y ayudar a MacDonald en su macabra tarea, pero comprendía la intención de éste al hacerle permanecer junto a la joven. Si él volvía sobre sus pasos, lo probable es que ella le siguiese.

Le sorprendió la presteza con que Donald realizó su labor. Había transcurrido escasamente media hora cuando un peculiar silbido le hizo levantar la vista hacia el macizo de pinos enanos de las lindes del bosque. El campero se siluetaaba ante ellos con algo en las manos. Cerciorándose con una ojeada de que Joanne no había salido de la tienda, Aldous fue hacia él. El semblante de MacDonald le pareció de una lividez inexplicable. Su mirada,

vacua y vidriosa, daba la impresión de una persona que acaba de recibir una inesperada y extraña sacudida. Quiso hablar y sus labios sólo pudieron emitir incoherentes sonidos. En la mano llevaba su descolorido pañuelo del cuello, que entregó a Aldous.

—Era poco profunda —dijo al fin—. Muy poco honda, Johnny... muy poco... apenas había más que las piedras...

Su acento era ronco y contranatural.

En el pañuelo llevaba algo pesado. Un escalofrío estremeció a Aldous al colocarlo sobre la palma de la mano y descubrir su contenido. Viendo lo que MacDonald traía no pudo reprimir una exclamación. En su mano, separados únicamente por el mojado pañuelo del contacto con su piel, tenía un reloj y una sortija. El primero era de oro y en su tapa posterior, aunque empañadas por la acción del tiempo, distinguíanse iniciales grabadas que no pudo leer. La sortija, igualmente de oro, era uno de los más extraordinarios ornamentos que Aldous había visto en su vida. Figuraba una serpiente enroscada, de amplitud bastante para cubrir la falange entera del anular. Las miradas de ambos hombres se encontraron de nuevo y Aldous pudo ver que la del campero aún tenía la misma expresión de aturdimiento. Dando media vuelta se encaminó hacia la tienda seguido del veterano cazador, anonadado, cabizbajo y sombrío.

Joanne salió al oírlos y de sus labios se escapó un grito al ver a MacDonald. Con una mano se asió a la lona tambaleándose, fijos los ojos en lo que Aldous llevaba. En aquel terrible lance, pensó que el espíritu de la joven sería incapaz de sostenerla para resistir la espantosa emoción. Luego, llevándose ambas manos al rostro, como si quisiera ocultar el horror que a sus ojos asomaba, rehuyendo la vista de los fatales objetos, se apartó y un ahogado sollozo salió de su garganta.

—¡Oh! ¡Dios! —exclamó—. ¡No quiero verlos! ¡No quiero!

Bamboleándose entró en la tienda, con la cara siempre oculta. Aldous entregó al campero las reliquias. Un instante después estaba solo, fijos los ojos en la cercana tienda, latándole el corazón con espantosa violencia.

Porque Joanne, en el momento de entrar, se había descubierto el rostro y en él vio reflejarse, no el terror que esperaba ver, sino el alma triunfante de una mujer rediviva. Y su propia alma respondió con una frenética alegría, mientras MacDonald, ascendiendo la loma hacia el gollizo, murmuraba trágicamente:

—¡Dios tenga compasión de mí! ¡Lo hago por ella por Johnny... y porque se parece a mi Jane!

## Capítulo XVI

---

### Joanne cuenta su historia

---

John Aldous, pasando del más extremo agobio a otra excitación no menos violenta, por ser de naturaleza opuesta, quedó con los ojos fijos en el faldón, que Joanne había dejado caer al entrar. Aunque tan sólo entrevió rapidísimamente su rostro, fue bastante para notar la gloriosa y vibrante dicha de vivir que sustituía al horror y al pánico que previamente la embargaran. Como avergonzada de su propia revelación, había huido a refugiarse en la tienda. Mil veces más categórica y concluyentemente de lo que habría podido hacerlo de palabra, contestaba así a su pregunta; las pruebas que MacDonald aportara eran suficientes, la tumba del gollizo no la había defraudado en sus esperanzas. La vista de aquellos objetos provocó en ella un horror, como si temiera que el áspid se animase súbitamente para herir.

No obstante los casi sobrehumanos esfuerzos que sin duda debió hacer para dominarse, Aldous vio en su semblante, tenso y torturado, algo más que emoción o temor... repugnancia y odio. Y todo esto hablase borrado como por encanto al entreverla por última vez, cuando entró en la tienda para ocultar el extraño contento que la embargaba. No le pareció odioso que la muerte o las macabras reliquias de la tumba aportasen aquella expresión a sus ojos. Había llegado a aceptar que, para Joanne, la sepultura tenía que guardar sus muertos; que el hecho de la muerte en sí, de la Muerte que la losa con el nombre de Fitz Hugh personificaba, era vida para ella, como era vida, y cuánto la vida representaba, para él mismo. Su corazón lo había anhelado con vehemencia; había, incluso, temido que por algún inexplicable azar no fuera

así. Todos sus sentimientos, todas sus ideas quedaban supeditadas a una sola... a la frenética alegría de saber que Joanne era libre y que la tumba había hallado la llave de su libertad. Se sintió invadido por una profunda calma, en singular contraste con la perturbada condición de su espíritu minutos antes. A partir de entonces podría luchar por Joanne, aspirar a conquistarla. Y, al pensarlo, su alma se elevaba triunfal sobre su primitiva exaltación física, teniendo que reprimir un violento deseo de penetrar en la tienda, abrir su corazón a Joanne y decirle lo que aquel día significaba para él. Y seguidamente pensó en lo que había significado «para ella»... la incertidumbre, la espantosa tensión... el choque final con el escalofriante horror que le acompañó. Sin verla, estaba seguro de que se había desplomado sobre las mantas. Acababa de pasar una ordalía que para muchos hombres hubiera resultado intolerable, y el representársela luchando sola, para recobrar su compostura, le hizo alejarse, tomando la determinación de fomentar en ella la creencia de que los acontecimientos de aquella mañana habían pasado, por lo que a MacDonald, y a él se refería al más completo olvido.

Empezó a silbar, mientras quitaba la empapada lona que resguardaba la fardería que habían descargado de Pinto. En una de las dos enjalmas de cuero de vaca vio que el precavido MacDonald había almacenado provisiones de boca, así como los útiles precisos para su preparación. Almorzarían en el valle, lo más lejos posible del galayo rojizo. Comenzó a rehacer el fardo, y aún silbaba cuando regresó MacDonald; se interrumpió al ver su semblante.

—¿Qué te ocurre, Mac? —preguntó—. ¿Enfermo?

—No fue agradable, Johnny.

Aldous señaló la tienda con un ademán.

—Fue... repugnante —murmuró—. Mas no hemos de demostrarle que nos lo parece, Mac. ¡Anímate...!, y vámonos cuanto antes. Comeremos en cualquier otra parte..., en el valle.

Prosiguieron con la fardería hasta que no quedó por cargar sobre Pinto más que la tienda. Aldous reanudó su ruidoso silbido, apretando las cinchas de las sillas y matando el tiempo de cuantas maneras pudo imaginar. Pasó un cuarto de hora. Joanne seguía sin aparecer. Aldous se rascó, perplejo, la cabeza.

—No quisiera molestarla, Mac —dijo en voz baja—. Sigamos fingiendo estar muy atareados. ¡Voy a apagar la hoguera!

Diez minutos después, sudoroso y considerablemente tizado, Aldous volvió a mirar hacia la tienda.

—Podríamos talar algunos árboles —sugirió Mac-Donald.

—O jugar al salto —añadió Aldous.

—Lo de los árboles parecerá más natural —dijo Mac-Donald—. Podremos decirle...

Oyeron la trisca de una rama y ambos se volvieron simultáneamente. Joanne estaba frente a ellos, a diez pies escasos de distancia.

—¡Válgame Dios, Joanne! —exclamó Aldous—. ¡Y creíamos que estaba en la tienda!

La extraordinaria expresión de calma del rostro de la joven le pasmó. Se quedó mirándola, sin recordar cómo se había propuesto saludarla cuando hiciese su aparición.

—Salí por detrás, levantando la lona y arrastrándome como un chico travieso explicó —y he andado tanto que tengo los pies encharcados.

—¡Y yo he apagado la hoguera!

—La humedad no me molesta aseguró vivamente.

Donald estaba ya arrancando las estacas de la tienda. Joanne se acercó a Aldous y vio de nuevo en sus ojos el profundo y maravilloso resplandor que, en esta ocasión, comprendió no estaba en su ánimo ocultar. Y las palabras que se había propuesto no decir acudieron a sus labios.

—¿Está usted tranquila, Ladygrey? ¿Aquello temía...?

—Ya no existe —dijo—. ¿Y usted, John Aldous? Sin conocerme, viendo... lo que de mí ha visto, ¿me cree un monstruo?

—No; me es imposible creerlo.

La mano de la joven se posó en su brazo.

—¿Quiere usted acompañarme hasta un lugar desde el que a pleno sol podamos ver el lago? —preguntó—. Hasta hoy me había propuesto que nadie supiera, la verdad más que yo. Pero... ha sido usted tan bueno conmigo... que debo hablarle... de mí... y de «él».

No halló respuesta posible. Sin prevenir a MacDonald emprendieron la marcha. Hasta hallarse en el herbazal, con el lago rutilando a sus pies, no pronunciaron palabra. Mas una vez allí, Joanne empezó a hablar con un ligero ademán hacia el valle.

—Tal vez crea que ese espectáculo es terrible para mí. No es así. Recordaré siempre este lago casi con la misma intensidad con que Donald recuerda su cueva... no porque marque el lugar de algo adorado, sino por el punto en que yace el que, de haber vivido, habría consumado mi perdición. Comprendo lo que debe usted sentir, John Aldous, comprendo que en lo más profundo de su corazón se asombre de que una mujer pueda alegrarse de la muerte de otra criatura humana, y, sin embargo, la muerte, y sólo ella, ha

podido ser, en infinitos casos, la llave que libertase de la esclavitud a millones de almas como la mía. Y no sólo nosotras. Ha habido muchos hombres cuyas existencias se vieron amargadas, destruidas, únicamente porque la muerte no llegó a tiempo para salvarlos. Mi padre fue uno de ellos. Si la muerte, le hubiera venido a servir oportunamente llevándose a mi madre... lo que representa ese montón de piedras del valle no me habría ocurrido... a mí.

Pronunció las terribles palabras tan quieta, tan reposadamente que le fue imposible disimular del todo el efecto que le causaron. En su sonrisa hubo un asomo de trágica mueca.

—Mi madre empujó a mi padre a la locura —prosiguió con sencilla franqueza, que pareció a Aldous increíble en labios humanos—. El mundo no supo jamás que estaba loco. Pasaba por excéntrico, pero... estaba loco... loco, y su perturbación tuvo siempre un peculiar aspecto. Cuando ocurrió, yo tenía nueve años y puedo recordar aún vívidamente nuestra casa. Era un hogar maravilloso. ¡Y mi padre! ¿Será preciso decir que yo le veneraba, que para mí era... el rey de los hombres?, y tan profunda como mi adoración por él era la suya hacia mi madre. Era una mujer bellísima. A veces, con infantil fantasía, me asombraba de que una criatura humana pudiera ser tan hermosa. Era morena... probablemente por la rama de origen francés en su sangre inglesa.

»Cierta día oí a mi padre decir que si llegaba a faltarle, se mataría. No era uno de esos hombres apasionados, sentimentales, vehementes: era un filósofo, un científico, reposado y hermético... y más tarde, cuando dejé de ser una niña, recordé aquellas palabras, como una de las mil pruebas de su devoción por ella. Era más que amor... Era... adoración... idolatría. Como dije, tenía yo nueve años cuando ocurrió... el caso... Otro hombre... un divorcio... Y en el mismo día en que ese divorcio se confirmaba, aquella mujer, mi madre, contrajo matrimonio con su amante. En el cerebro de mi padre, alguna fibra por demás sensible debió ceder... y desde entonces... estuvo loco, loco salvo en un punto, y tan intensa y tan honda fue su demencia que al pasar los años llegó a constituir parte de mí misma, a imbuirse en mi sangre, hasta que yo también quedé contagiada de su desvarío. Y... es la cosa del mundo de que estoy más orgullosa, John Aldous.

Su voz no reveló excitación alguna durante el relato. Su tono fue uniforme, sin estridencias, de una normalidad absoluta, y sus ojos, cuando los desviaba del lago para mirar a Aldous, tenían ta plácida tranquilidad de los de un niño.

—Esa locura —prosiguió fue la vesania de un hombre consagrado en cuerpo y alma a un odio colosal e inextinguible... el odio al divorcio y a las

leyes que lo consentían y sancionaban. Bastó un día para encenderlo en él y hacerlo imperecedero. Se apartó del comercio de los hombres, lo que nos convirtió en nómadas, y recorrimos inquietos la faz del mundo. Dos años después de consumada la ruina de nuestro hogar, mi madre y el hombre a quien tomó por esposo perdieron la vida en un naufragio. El suceso no tuvo influencia alguna sobre mi padre. Acaso no pueda usted comprender lo que fue nuestra vida durante los años sucesivos. Hasta el fin de sus días fue un hombre de ciencia, un investigador de lo desconocido, y mi educación un conjunto de enseñanzas recogidas en las cinco partes del mundo. Éramos más que padre e hija; éramos amigos, camaradas... él lo era todo para mí, como yo lo era todo para él.

«Recuerdo, con el decurso del tiempo, cómo fue acrecentándose en mi alma aquel odio contra lo que había destrozado nuestro hogar. Su mente era titánica. Mil y mil veces le imploré para que la pusiese al servicio de la causa del divorcio. Ahora sé por qué jamás pude conseguirlo. Pensaba en mí. Me pidió una sola cosa. Más que una petición, fue una orden. Y esa orden, y mi aquiescencia, fueron que, mientras yo viviese, ocurriera en mi vida lo que ocurriera, me sacrificaría en cuerpo y alma antes que consentir que el negro monstruo del divorcio clavase en mí sus garras... Es inútil contarle estas cosas, Aldous... es imposible que comprenda... no “puede” comprender...».

—Sí puedo —replicó con voz escasamente perceptible—. Joanne... empiezo a comprender...

Sin emoción, con voz tan plácida como la superficie del lago, ella continuó:

—Fue tomando incremento. Hoy mismo es parte de mí. Odio el divorcio como podría odiar el más horrendo de los pecados que nos cierran las puertas del cielo. Es mi único odio. Y por ese odio me resigné a continuar siendo la esposa de aquél cuyo nombre está en esa losa... Mortimer Fitz Hugh. Lo que voy a referirle fue muy extraño. Se asombrará. Creerá que entonces perdí el juicio yo. Pero recuerde, John Aldous, que el mundo no contenía para mí más que un amigo, un camarada... mi padre. Fue... después de Mindano. Le atacó la fiebre y estaba moribundo.

Por vez primera se ahogó la voz en su garganta un instante. Rehaciéndose al punto, continuó:

—En el mundo que mi padre había voluntariamente abandonado conservaba un solo amigo, Ricardo Fitz Hugh; ese hombre, con su hijo, nos acompañaba durante aquellos terribles días de fiebre. Conocí a Mortimer como había conocido antes a otros cien hombres. Tenía a su padre por la

esencia del honor y acepté como tal al hijo. En aquellas dos semanas de desesperación para mí, estuvimos muy en contacto y me pareció solícito y amable. Luego... vino el desenlace fatal. Mi padre se moría, y yo... estaba a punto de morir también. En sus últimos instantes no tuvo más idea que yo. Me dejaba sola y el pensarlo le horrorizaba. Estoy segura de que no se hizo cargo de la magnitud y alcance de su exigencia. Me suplicó que aceptase al hijo de su antiguo amigo por esposo, antes de su muerte. Y yo, John Aldous, yo no tuve valor para oponerme a su postrer deseo, viéndole moribundo. Nos casamos junto a su lecho de muerte. Él mismo unió nuestras manos. Y las últimas palabras que murmuró a mi oído fueron: «Recuerda, Joanne... tu promesa y tu honor».

Por un instante guardó silencio, contemplando el diminuto lago, y al reanudar su interrumpido discurso hubo en su acento una expresión de gratitud, de subyugado triunfo.

—Antes de terminar aquel día, entre Mortimer Fitz Hugh y yo ocurrió el primer choque —prosiguió crispando las manos Le dije que no consentiría en hacer vida común con él hasta después de transcurrido un mes. Mi resolución le disgustó. ¡Y mi padre estaba aún sobre la tierra! Sentí profunda repugnancia. Mi alma se rebeló.

»Marchamos a Londres y fui recibida con los brazos abiertos en el hogar de los Fitz Hugh. La prensa habló de nuestro enlace y dos días después compareció, procedente de Devonshire, una mujer... una mujer de dulce rostro y enfermizo mirar... llevando un niño en brazos; y ese niño ¡era el hijo de Mortimer Fitz Hugh!

»Nos pusimos frente a frente, la madre, el niño y yo, y entonces comprendí que era un infame, y su padre no menos malvado. Propusieron sobornar a la infeliz mujer, dándole un puñado de oro para su manutención y la de su hijo. Me aseguraron que eran deslices frecuentes entre la nobleza inglesa... que carecían de importancia... Mortimer Fitz Hugh no me había tocado nunca con sus labios, y ahora, cuando quiso poner sobre mí sus manos, le crucé el rostro. Aquella casa era un nido de serpientes..., y la abandoné.

»Mi padre me había dejado una regular fortuna. Me instalé por mi cuenta. Día tras día vinieron a importunarme, mas no quise ceder, y en los seis meses siguientes aprendí otras cosas del hombre que la ley había hecho mi marido. Era... un perfecto canalla. Abiertamente se exhibía en lugares públicos con mujeres de mala nota, mientras yo ocultaba un rostro que la vergüenza encendía. Falleció su padre, y durante algún tiempo Mortimer Fitz Hugh fue uno de los manirroto calaveras que más dieron que hablar en Londres.

Rápidamente disipó su fortuna y quedó reducido a una relativa pobreza. Y al saber que yo no accedía a un divorcio, dio en considerarme como una esclava encadenada. Recuerdo que en cierta ocasión consiguió ponerme las manos encima y su contacto me produjo el mismo efecto que el de un reptil viscoso y repugnante. Se mofó de mi revulsión y exigió dinero, que le entregué por verme libre de su presencia. Una y otra vez apeló a mí en demanda de lo mismo...; sufrí... lo indecible, pero jamás, ni aun en las horas de mayor agonía, flaqueó mi resolución de cumplir la promesa hecha a mi padre y a mí misma. Hasta que al fin... huí.

»Marché a Egipto y de Egipto a la India. Un año después supe que Mortimer Fitz Hugh estaba en América y regresé a Londres. Aunque durante dos años no tuve noticia alguna de él; vivía en continuo sobresalto. Luego, como vio usted en el recorte de diario, se hizo pública su muerte. ¡Estaba libre...! Así lo creí por más de un año... y entonces..., como un rayo caído a mis plantas para aniquilarme, cayó sobre mí la nueva de que no había muerto, que vivía en un lugar llamado Tête-Jaune, en la Colombia Inglesa. Consideré imposible seguir viviendo en semejante incertidumbre y resolví averiguar personalmente si estaba vivo o muerto. Por eso vine, John Aldous. ¡Y está muerto! Está allí... ¡Muerto! Y yo... ¡yo me alegro de saber que ha muerto!

—Y si no hubiese muerto —dijo Aldous—, yo le mataría.

No halló nada más que decir, porque no se atrevía a expresar sus pensamientos. En silencio, tendió las manos a Joanne y ésta, por un momento, le abandonó las suyas. Luego las retiró y con un ligero ademán y la sonrisa que él tanto amaba en los labios, dijo:

—¡Donald pensará que nuestra conducta es escandalosa! ¡Tenemos que ir a presentarle toda clase de excusas!

Le precedió al descender la ladera, y su rostro, al acercarse a Donald y pedirle que la ayudase a montar, tenía el colorido de la rosa silvestre. John Aldous iba como en un sueño, mientras retrocedían hacia el valle; cada minuto que pasaba afirmábase la impresión que Joanne le producía de un bellissimo pájaro escapado por fin de su jaula, y su corazón y su alma entera estaban absortos de admirada sorpresa y alegría. ¡Era libre, y feliz con su recién adquirida libertad!

¡Libre! ¡La palabra repercutía en su cerebro sin cesar! Se olvidó de Quade, de Culver Rann, del oro; olvidó su propio riesgo, su trabajo, casi su existencia. Repentinamente su mundo se había empequeñecido hasta quedar concentrado en el maravilloso cabello de Joanne refulgiendo al sol, el inefable éxtasis de su rostro, el intensamente profundo azul de sus ojos..., no oía sino

el dulcísimo trino de su voz cuando le hablaba a él o a Donald, o cuando, a veces, el suave cascabeleo de su risa se desgranaba en sus labios por la fuerza del goce de la vida que como nueva aurora comenzaba aquel día para ella.

Hicieron alto para almorzar; franquearon después la sierra y descendieron al valle de Tête-Jaune. Y durante la jornada hubo de contener el vehemente anhelo de su corazón, el casi irrefrenable impulso de acercarse a Joanne, decirle que la amaba con un amor tal como hasta entonces creyó imposible que pudiera existir en el mundo. Sabía que el ceder a su impulso sería en semejante momento un sacrilegio. No pudo adivinar que Joanne se daba cuenta de su interior exaltación y hasta el mismo MacDonald mascullaba, mirándole, palabras incoherentes entre sus barbas. Cuando llegaron al pabellón de Blackton, Aldous estaba convencido de haber logrado ocultar sus sentimientos y no vio ni habría entendido aun viéndolo el misterioso y fúlgido resplandor de los ojos de Joanne al abrazar a Peggy Blackton.

Jubiloso y polvoriento del trabajo, Blackton los recibió con muestras de alegría.

—¡Celebro que hayan ustedes vuelto hoy! —dijo sonriendo de entusiasmo Tenemos cargada hasta la última roca y esta noche haremos temblar la tierra. Vamos a volar «Coyote 27» y... será un espectáculo inolvidable.

Aldous no recobró su habitual compostura hasta que Joanne hubo desaparecido con Peggy. MacDonald esperaba con los caballos, y Blackton, señalando hacia las obras, decía algo acerca de diez mil libras de pólvora y dinamita y una montaña que después de un millón de años de existencia volaría aquella noche como una cometa.

—Es lo mejor que he hecho en esta línea, Aldous, eso y «Coyote 28». Habíamos designado a Peggy para apretar el botón<sup>[16]</sup> esta noche, mas luego hemos decidido que sea la señorita Gray quien lo haga. Peggy volará el «28» mañana. Ya está casi listo. Si le parece bien iremos todos a visitar las obras mañana por la mañana. Quizá interese a la señorita Gray aprender que un «coyote» no es solamente un animal de frondoso rabo, sino también una caverna excavada en la roca y rellena de explosivos en cantidad bastante para convertir en aeroplanos todos los acorazados del mundo si estuvieran a su alcance. ¿Qué opina?

— ¡Excelente idea! —dijo Aldous.

—Además, Peggy me ha encargado le diga que la más elemental educación la obliga a ser nuestro huésped durante el tiempo de su permanencia aquí —añadió el contratista atacando su pipa—. Tenemos

habitaciones de sobra, lo suficiente de comer y una cama para usted siempre a punto. Le supongo lo bastante cortés para aceptar.

—¡De todo corazón! —exclamó Aldous, encantado ante la idea de estar cerca de Joanne Tengo algunos asuntos que resolver con MacDonald y, en cuanto los haya terminado, aquí me instalaré con armas y bagaje. ¡Es usted todo un hombre, Blackton! Ya sabe...

—¡Naturalmente que lo sé! —rezongó el otro encendiendo su pipa. ¿Cree usted que soy «ciego», Aldous? Lo mismo me pasaba a mí con Peggy antes de casarme con ella. Y a decir verdad... todavía me sigue pasando. Vengo cuatro veces diarias del tajo solamente por el placer de verla, y si no puedo venir le envío recado de que no ocurre novedad. Peggy fue la primera en notarlo. Dijo que era cruel dejarle a usted ir a la cabaña estando la señorita Gray aquí. No quisiera meter las narices donde no me llaman, amigo, pero... ¡le felicito! ¡Es la mujer más hermosa que he visto... después de Peggy!

Tendió la mano y sacudió violentamente el brazo de su amigo, quien se sintió enrojecer bajo el escrutinio.

—¡Por amor de Dios, no diga nada... ni haga nada...! —suplicó—. ¡Es únicamente... una esperanza mía...!

Blackton asintió con prodigiosa comprensión en la mirada.

—Vuelva en cuanto termine con MacDonald —dijo—. Voy a prepararme para los fuegos artificiales de esta noche.

Una pregunta apuntó en la mente de Aldous, pero se abstuvo de formularla. Quería noticias de Culver Rann y de Quade.

—Blackton tiene una memoria tan deplorable que no quisiera despertar su alarma —dijo a MacDonald cuando iban juntos momentos después hacia las cuadras—. Sería capaz de contárselo todo a su esposa o a Joanne... y tengo motivos, poderosos motivos, Mac, para desear que ese asunto quede en la mayor reserva. Tendremos que averiguar por nosotros mismos lo que hacen Quade y Rann.

MacDonald aproximó su caballo al de su amigo:

—Escucha, Johnny, muchacho... ¿qué pasa?

Aldous miró al afectuoso rostro, y en los ojos del veterano campero halló algo que le hizo pensar en la solicitud de un padre.

—Ya lo sabes, Mac.

El anciano asintió:

—¡Sí, creo saberlo Johnny! —dijo en voz baja—. Piensas en la señorita Joanne como yo solía pensar en... ella. Ya lo sé. Pero... ¿qué proyectas hacer?

Aldous sacudió la cabeza y, por vez primera en aquella tarde, sus facciones adquirieron una expresión de inquietud y desaliento.

—No lo sé, Mac. No me avergüenzo de reconocer que la amo... Si mañana la perdiese pediría algo de su pertenencia, y su espíritu viviría en mientras yo viviese. Así es como la amo, Mac. Pero... ¡hace tan poco que la conozco! ¡No puedo decírselo! No procedería bien. Y, sin embargo, ahora su estancia en Tête-Jaune será breve. Ya ha cumplido su misión. Y si... si se marcha... puedo seguirla... ¿verdad, Mac?

Donald guardó un momento de silencio. Luego dijo:

—¿Lo haces por mí, Johnny? ¿Y por lo que teníamos planeado?

—En parte, sí.

—Pues... no lo hagas. Yo te ayudaré. Mas...

—¿Qué?

—Si pudieses lograr que Peggy Blackton...

—¿Quieres decir que...? —empezó Aldous, anhelante.

—Que Peggy Blackton la hiciese quedar una semana o tal vez diez días más..., como su invitada... entonces... entonces ya no estaría tan mal que se lo dijeras, ¿no te parece, Johnny?

—¡Claro que no!

—Y creo...

—¿Sí?

—Siendo ya viejo y viendo lo que tú acaso no ves.

—¿Sí?

— ¡Que no dirá que no, Johnny!

El corazón de Aldous dio un brinco en su pecho que pareció ahogarle, y Donald prosiguió:

—Lo he visto ya otra vez... en otro par de ojos como los suyos... Johnny..., profundos y dulces... como el cielo al iluminarle el sol... Lo he visto cuando íbamos cabalgando detrás y ella miraba al frente... a ti, Johnny, Lo he visto... como lo vi... entonces... y creo...

Aldous esperó, sin atreverse casi a respirar.

—Y creo... ¡qué le gustas bastante, Johnny!

El otro le estrechó la mano fuertemente.

—¡Dios te bendiga, Donald! ¡Seguiremos juntos! Y en cuanto a Quade y a Culver Rann...

—He estado pensando en ellos —dijo Donald—. Tú no tienes tiempo que perder, Johnny. Déjalos por mi cuenta. No te queda más que una semana para arreglar tus cosas con la señorita Joanne. Me enteraré de lo que hacen Rann y

Quede y, sobre todo, de lo que piensan hacer. Tengo un plan... ¿los dejarás de mi cuenta?

Aldous asintió y comunicó luego a Donald la invitación de Blackton. El cazador sonrió exultante. Detuvo su caballo y el otro le imitó.

—¡Todo sale a las mil maravillas! —exclamó—. No es preciso que vengas más lejos. Ya estamos de acuerdo y no se te ha perdido nada en las cuadras. Apéate y vuelve al pabellón. Si te necesito iré a buscarte a casa de Blackton o te enviaré recado y, si quieres verme, en las cuadras o en el campamento del galacho me encontrarás. ¡Adiós, Johnny!

Sin mayor resistencia, Aldous echó pie a tierra. Se estrecharon las manos y MacDonald prosiguió su camino aballando ante sí su caballo y el hatero, y, mientras su amigo desaparecía en dirección a la morada de los Blackton, el veterano campero murmuraba:

—¡Dios me perdone y tenga compasión de mí, pero... lo hago por ella y por Johnny... por ella y por Johnny!

## Capítulo XVII

---

### La voladura del «Coyote».

---

Media hora después, Blackton enseñaba a Aldous su aposento y su baño. Serían las cuatro cuando, recién bañado y afeitado, se volvió a reunir con el contratista en una habitación de la planta baja. No había visto a Joanne, pero repetidas veces habíalas oído, a ella y a Peggy Blackton, reír y hablar en el vasto dormitorio de éste que daba a la escalera, como las oía ahora mientras fumaba con Blackton su cigarro. El contratista estaba, entusiasmado por el éxito de su última empresa, y Aldous hubo de esforzarse para no hacer demasiado ostensible que los minutos sin Joanne pasaban para él con desesperada lentitud. Ansiaba verla. Su corazón latía, con juvenil impaciencia. Oía sus pasos sobre su cabeza, su dulce risa, la adorable voz... y tenía algo del suplicio de Tántalo su proximidad y su deliberada abstención de asomarse ni una sola vez al rellano de la escalera. Blackton continuaba hablando de «coyotes» y de dinamita cuando, una hora después, levantando la vista, Aldous sintió invadirle una oleada de alegría.

Peggy Blackton, regordeta y pelirrubia estampa de la felicidad, estaba a media escalera y Joanne se había detenido un instante, durante el cual sus ojos se encontraron con los del joven. Estaba sonriente. No la había visto jamás mirarle de aquel modo, ni recordaba haber tenido ocasión de admirar tan perfecta encarnación de la belleza. Era tal su embeleso, que no hubiera podido describir de su atavío más que una especie de gorguera de encaje blanco que, rodeando su cuello, realzaba, si cabía, la hermosura del perfecto rostro. Atraído al punto sus miradas la nueva forma en que había dispuesto su cabello. Entre

las espesas trenzas cobrizas se perdían bucles deliciosos y a ambos lados del rostro encantadores rizos sueltos acariciaban la aterciopelada tez.

Un instante, mientras Peggy Blackton iba hacia su esposo, permaneció muy cerca de Joanne, de Joanne que se miraba en sus ojos, sonriéndole, temblorosos los labios de excitación, desvanecido hasta el último rasgo de la pasada incertidumbre y del pasado temor, con una nueva y sorprendente belleza. No hubiera supuesto entonces que tenía veintiocho años, ni le habría atribuido más de veinte.

— ¡Joanne! —murmuró—. Es usted maravillosa. ¡Y su cabello... espléndido!

—¡Siempre... mi cabello! —replicó en voz tan baja que solamente él pudo percibirla—. ¿No ve nada más en mí, John Aldous?

—No quiero ver más. Y me maravillo. ¡Es espléndido!

—¡Otra vez! —Su cutis adquirió un tinte rosado—. ¡Si vuelve usted a repetirlo no me rizo en su honor en lo que me queda de vida!

—¡En mi honor...!

El corazón le estallaba de gozo. Pero se había apartado de él y bromeaba con Peggy Blackton, que reprochaba a su marido un trecho en el carrillo al que la navaja de afeitar no había llegado. Sus miradas se cruzaron y de nuevo el vivísimo arrebol apareció en sus mejillas. Cuando Peggy se llevó a Blackton, arrastrándole casi, por las escaleras para obligarle a rasurar el ofensivo trecho, Joanne aprovechó la oportunidad para murmurar:

—¡Es usted impertinente, John Aldous! ¡No debe quedarse mirándome de esa manera!

Y al hablar, el carmín de la rebeldía seguía en su semblante, a pesar de la incitadora curva de sus labios y del chispear de sus ojos.

—¡No lo puedo remediar! —afirmó Es usted... ¡soberbia!

Durante la hora siguiente y mientras cenaban, pudo observar que evitaba deliberadamente sus ojos y que se dirigía a Pablo Blackton con mayor frecuencia que a él, demostrando, al menos en apariencia, un vivísimo interés por la entusiástica descripción que su amigo le hacía de sus ciclópeas labores. Y como para la linda Peggy Blackton no había mayor felicidad que la de escuchar a su esposo, tuvo que contentarse con mirar a Joanne sin obtener ni una sola sonrisa en respuesta.

Transponía el sol las montañas del Oeste cuando Peggy y Joanne, cediendo a la insistencia de Blackton, que no cesaba de mirar su reloj, abandonaron la mesa para prepararse al solemne suceso de aquella noche.

—Quiero que estemos allí antes de que anochezca explicó —de modo que... ¡vivo!

A los cinco minutos estaban de regreso. Joanne se había envuelto en su amplio abrigo gris y se cubría la cabeza con un velo que le llegaba por detrás hasta la cintura. No había dejado en libertad ni el más diminuto rizo, ni casi una hebra de cabello. Y en sus ojos relampagueaba una traviesa expresión de triunfo al mirar a Aldous.

Un momento después se dirigían, precediendo a Blackton, hacia el carruaje que los esperaba, y Aldous dijo:

—¿Se ha puesto usted este velo para castigarme, Ladygrey?

—Es precioso.

—Sí, mas... su cabello le gana.

—Me azoró usted sobremanera mirándome como lo hizo, John Aldous.

—Perdóneme. Es que... quiero decir que... ¡es usted tan bella...!

—¡Y usted a veces tan... desagradable! —replicó ella ¡Su franqueza es sorprendente!

—Perdóneme, repito.

—No hace más que dos días que me conoce —añadió seguidamente.

—Dos días pueden ser mucho tiempo —arguyó—. En dos días se puede nacer, vivir y volver a la nada... A más de que nuestras sendas se cruzaron hace ya años.

—Así y todo... me desagrada.

—¿Lo que he dicho?

—Sí.

—¿Y la forma en que la he mirado?

— Sí.

Hablaba en voz baja, con seria expresión, sin sonreír.

—Lo sé... lo sé... —reconoció con profunda emoción en la voz—. ¡No hace más que dos días, Ladygrey!, ¡y parece una eternidad! ¡No quisiera que formase una mala impresión de mí, se lo aseguro!

—¡No! ¡Eso no! —dijo rápida y dulcemente Es usted... ¡el más perfecto caballero que he conocido, John Aldous! Es tan sólo que... me perturba.

—¡Me cortaré la lengua... me sacaré los ojos...!

—¡Nada tan radical! —dijo riendo—. ¿Quiere usted ayudarme a subir al coche? Ya llegan los Blackton.

Le tendió la mano, suave y marfileña, y Blackton se instaló en el asiento entre Peggy y ella; tuvo el inefable placer de sentirla descansar sobre su brazo durante toda la jornada hasta la montaña cuya voladura iban a presenciar, y se

decía a sí mismo que sería un insensato no apreciando su completa felicidad. Se detuvo el carruaje y la ayudó a bajar. Cuando le miró de nuevo, volvía a ser el John Aldous de siempre, sereno, sonriente, seguro de sí mismo, hermético. El inesperado cambio le causó al pronto indecible sorpresa, que se trocó luego en el ya familiar fulgor que iluminaba sus pupilas siempre que algún acto suyo la enorgullecía y la complacía. Al indicar Blackton la montaña, se desató el velo y lo dejó caer sobre los hombros, en tal forma que los últimos rayos del día besaron aún los trémulos rizos y las espesas trenzas de su cabello.

«Ésa es mi recompensa», dijo Aldous para sus adentros.

Se habían detenido junto a un enorme peñasco plano, en el cual varios hombres conectaban cables a una especie de caja con una palanquilla blanca. Pablo Blackton la indicó y su rostro aparecía encendido por la excitación.

—Eso es lo que provocará la explosión, señorita Gray..., simplemente poniendo su mano sobre esa palanca. ¿Ve usted aquella base negra en la montaña? ¿Allí donde se mueve un grupo de hombres? Está a media milla de aquí y en su ladería hemos excavado el «Coyote».

Su voz vibraba de entusiasmo al proseguir señalando:

—¡Fíjese usted bien! Hemos invertido cien mil dólares en la perforación de esa roca, únicamente para que los que viajen por el Gran Trunk Pacific en lo porvenir, se ahorren siete minutos en su jornada de costa a costa. Cien mil dólares aquí y millones en toda la línea para conseguir que sea la más llana del mundo y el lazo de unión más rápido entre los dos mares. Parece despilfarro, pero no lo es. ¡Es cálculo! ¡Es... la lucha de la competencia! Es la determinación que mueve las fuerzas... la determinación de hacer de esta línea la más grande y la mejor del mundo. ¡Escuche!

La penumbra se acentuaba rápidamente. La cima iba perdiendo nitidez en sus contornos, y a través de las sombras llegaban hasta ellos voces humanas multiplicadas en intensidad por los megáfonos.

—¡Despejad! ¡Despejad! ¡Despejad! —decían. Y el valle y las montañas recogieron los ecos hasta parecer que eran centenares de voces las que anunciaban prevención. Luego siguió un extraño y fantástico silencio y murieron poco a poco los ecos, hasta no oírse más que el lejano ladrido de un coyote contestando a los misteriosos espíritus de la noche. Joanne estaba junto a la roca. Los operarios que habían estado conectando la batería se apartaron lentamente.

—¡Listo! —dijo uno.

— ¡Espera! —repuso Blackton—. Escuchad.

Durante cinco minutos reinó un profundo silencio. Después rasgó las tinieblas un solo megáfono.

—¡Fuego!

—Todo está a punto dijo el ingeniero con un profundo suspiro No tiene usted sino cambiar de posición esa palanca llevándola al lado opuesto al que ahora ocupa. Señorita Gray, ¿está usted dispuesta?

En la obscuridad, la mano izquierda de Joanne buscó la de Aldous y se aferró a ella fuertemente. Sintió con el contacto el escalofrío que sacudió a la joven...

—Sí —murmuró.

—Entonces... haga el favor de mover la palanca.

Joanne adelantó lentamente la mano derecha, mientras su izquierda se asía convulsivamente a Aldous. Empuñó la palanca... la pasó de un lado al otro; el involuntario grito que escapó de sus labios anunció a los presentes que había cumplido su misión. Un silencio tan profundo como el de la muerte reinó sobre el expectante grupo.

Medio minuto... tal vez cuarenta y cinco segundos: una especie de estremecimiento se dejó sentir bajo sus plantas, sin ruido alguno... luego un inmenso palio negro, más negro que la noche, pareció alzarse de la montaña, y con él, un segundo después, la explosión. Primero un rumor sordo y una sacudida, como si la tierra sufriese titánica convulsión: densas masas de humo negro se elevaron sombrías y adquirieron luego tonalidades rojizas; un estruendo similar a la explosión de mil cañones atronó el ambiente. Con vertiginosa rapidez se fueron sucediendo las llamaradas, destacándose entre las nubes de humo, cada vez más alta, hasta que entre unas y otras parecía haber más de un cuarto de milla de distancia. Explosión siguió a explosión, las unas como sordos estruendos reverberantes, las otras secas como descargas. El espacio se pobló de fragmentos de la montaña; sólidas masas de granito volaban por los aires a inconcebibles distancias, galgas de peso superior a una tonelada parecían simples guijarros arrojados por las ciclópeas manos de invisibles gigantes; moles que por su peso habrían podido atravesar un rascacielos, del tejado a los sótanos, fueron proyectadas a centenares de yardas de distancia. La espantosa conflagración siguió durante tres minutos al resplandor de las rojizas llamaradas. Luego el estruendo se fue aminorando, los resplandores fueron perdiendo intensidad... hasta volver a reinar el silencio.

Durante aquellos tremendos momentos, inconsciente de su acción, Joanne se había estrechado contra Aldous, quien sentía la suave caricia de su cabello

y el agitado movimiento de su seno. La voz de Blackton los volvió a la realidad.

Mas que voz fue risa, la risa del hombre que ha alcanzado la satisfacción de ver su obra negar a término feliz.

—Ha hecho efecto —dijo—. Mañana lo veremos. He cambiado de plan respecto al «Coyote 28». El superintendente Hutchins ha de pasar por aquí por la tarde y quiero que lo vea. —Interpeló a un obrero que salía de a oscuridad—: Gregg, «Veintiocho» ha de estar listo mañana a las cuatro en punto... ¡en punto!

Luego prosiguió:

—En seguida comenzará a asentarse el polvo y nos pondremos como nuevos. Vale más que nos vayamos.

Y durante el regreso en el carruaje, John Aldous continuó con la mano de Joanne entre las suyas, sin que ella hiciera esfuerzo alguno por desasirse.

## Capítulo XVIII

---

### ¡Sepultados en vida!

---

A la mañana siguiente, cuando Aldous bajó al comedor con Blackton, sufrió una decepción al ver la mesa del desayuno dispuesta para dos en vez de para cuatro. Era evidente que Peggy Blackton y Joanne no pensaban acortar sus horas de reposo en su beneficio.

Blackton notó la mirada de su amigo y rezongó:

—Tendremos que componémoslas sin ellas por ahora, amigo. ¡Dios me valga! ¿Las oyó usted anoche... después de acostarse?

—No.

—Su aposento está demasiado lejos, en efecto —dijo Blackton—. Yo estoy enfrente. El caso es que Peggy, para quien esto es un desierto, tiene verdadera «hambre» de compañía y cuando logra dar con alguien de su clase... Anoche no se acostaron hasta pasadas las doce, Acaso estaban acostadas, pero las oía zumbar como dos abejas, con alguna risita intercalada entre zumbidos. ¡No pararon ni un segundo! Cuando acababa la una, comenzaba la otra, y en ocasiones... ¡hablaban las dos a la vez! En consecuencia... ahora duermen como marmotas.

Al acabar el desayuno consultó Blackton su reloj.

—Las siete —dijo—. Dejaremos recado a las muchachas de que las esperamos a las nueve. ¿Qué piensa usted hacer entre tanto, Aldous?

—Buscar a MacDonald, probablemente.

—Yo voy a dar instrucciones a mi brigada.

Al abandonar el pabellón, el ingeniero hizo un ademán. MacDonald se acercaba calle abajo.

—Le ha ahorrado un paseo —dijo—. Recuerde, Aldous... a las nueve en punto.

Un momento después, Aldous salía al encuentro del veterano.

—Se fueron, Johnny —dijo sin otra forma de salutación.

—¿Se fueron?

—Sí; la cuadrilla entera. Quade, Culver Rann, DeBar y la del oso. Se han marchado sin dejar rastro y nadie parece saber adónde han ido.

Aldous le miraba atónito.

—Además —resumió lentamente MacDonald—, el equipo de Culver Rann también va de porteo. Veinte caballos, seis de silla. Con él han salido otros... y no puedo averiguar quiénes son.

—¡Se han marchado! —repitió Aldous.

MacDonald asintió con la cabeza.

—¿Y eso significa...?

—Que Culver Rann no ha perdido ni un minuto para ponerse en camino hacia el oro —dijo Donald—. DeBar va con él y probablemente la mujer. Las otras tres sillas las deben ocupar tres de sus matones... Van preparados a todo, por lo visto.

—¿Y Quade?

Donald se encogió de hombros y súbitamente el semblante de John se endureció y se ensombreció.

—Comprendo —dijo a media voz—. Quade ha desaparecido, pero no está con Culver Rann. Quiere hacernos creer que sí, para cogernos desprevenidos. Pero está al acecho, esperando... en alguna parte... como un halcón para abatirse sobre Joanne... Está...

—¡Eso es! —interrumpió roncamente MacDonald—. ¡Eso es, Johnny! ¡Es su antigua artimaña... su modo de proceder cuando se trata de mujeres! Tiene un centenar de hombres a su disposición, hombres que se verían obligados a cumplir su mandato, so pena de tener que marcharse de las montañas..., y hemos de custodiar a Joanne. Es imprescindible, Johnny. Si llega a desaparecer... —Aldous esperó a que terminase— puedes darla por perdida para siempre, Johnny; ¡tan fijo como el sol que nos alumbra!

—La custodiaremos —dijo quietamente Aldous—. Hoy estaré todo el día a su lado y por la noche iré a tu campamento del galacho a cambiar impresiones. Durante mi ausencia no creo que intenten llevársela de casa de Blackton.

Luego que MacDonald se hubo separado de él, Aldous paseó, fumando, por los alrededores del pabellón más de una hora y no entró hasta que vio llegar el faetón del ingeniero. Joanne y Peggy fueron más que puntuales. Ambas lo esperaban ya. En opinión de Aldous, la joven estaba, a ser posible, más bella que la noche anterior. Para él su belleza iba en aumento cuanto más la miraba. Pero se abstuvo de dar expresión a sus sentimientos, cuando, por un instante, tuvo la mano de la joven entre las suyas y la miró a los ojos.

—Buenos días, Ladygrey. ¿Ha usado usted esta mañana...?

—Sí —sonrió pero ha sido Potterdam y no el otro<sup>[17]</sup>. Y usted no se ha afeitado, John Aldous.

—¡Santos benditos! ¡Es verdad! —exclamó restregándose la barba Pero... me afeité ayer tarde, Ladygrey.

—Y lo repetirá hoy —ordenó—. Me horripilan los erizos.

—En estos yermos...

—Es tan fácil como rizarse el pelo —insinuó desviando la vista hacia Pablo Blackton, en tanto que un adorable hoyuelo acentuaba la comisura de sus labios. Aldous se alegró de que el ingeniero y su esposa llevaran aquella mañana el peso de la conversación. Pasaron media hora en el lugar de la voladura de la noche anterior y luego se dirigieron hacia «Coyote 28». Estaba situado en la ladería de un acantilado de arenisca, y lo único que notaron de particular al acercarse fue una huida o agujero negro en la superficie roqueña. No se veía a nadie por los alrededores y Blackton se frotó las manos satisfecho.

—Todo está preparado —dijo—. Esta mañana Gregg ha puesto la última carga, y no esperamos más que las cuatro de esta tarde.

El horado de la montaña tenía unos cuatro pies cuadrados. El ingeniero se detuvo a unos diez pasos y señaló hacia el suelo. De tierra salían dos cables procedentes de la boca de la caverna.

—Esos cables van a parar a los explosivos —explicó—. Son de las baterías, que están media milla distantes. No las conectamos hasta el último momento, como vieron ustedes anoche, en evitación de posibles accidentes.

Doblegando su talludo cuerpo entró en la cueva, llevando a su esposa de la mano. Al observar que Joanne había notado esa atención de parte del contratista, Aldous le ofreció la suya, que la joven aceptó. Siguieron a los Blackton unos veinte pasos con las cabezas gachas. Parecían haber entrado en un tenebroso y glacial pozo ligeramente inclinado hacia abajo y podían apenas distinguir a Blackton cuando se irguió.

Su voz les llegó extraña y sepulcral.

—Ya pueden incorporarse. Estamos en la cámara. No se muevan, si no quieren tropezar con algo. Por aquí debe haber una linterna.

Encendió una cerilla y, mientras se perdía en la oscuridad buscando el artefacto, prosiguió animadamente:

—Están ustedes sobre diez toneladas de dinamita y cinco de pólvora negra.

Un grito de Peggy Blackton le interrumpió y le hizo soltar la cerilla.

—En nombre del cielo, ¿qué pasa? —preguntó ansiosamente—. ¿Peggy...?

—¿Cómo se te ocurre encender una cerilla, estando nosotros sobre tanta dinamita? —preguntó Peggy—. Pablo Blackton... eres...

La carcajada del ingeniero retumbó en la caverna y Joanne dio un respingo. Peggy se cogió temblando del brazo de Aldous.

—¡Ya encontré la linterna! —exclamó Blackton No hay el menor peligro, en absoluto. Esperen un momento y les contaré... —Encendió la mecha y a su luz los rostros de Peggy y de Joanne aparecieron pálidos y sobresaltados—. Pero... ¡Por todos los santos...! ¡No tuve intención de asustarlos...! —dijo consternado—. Estaba sencillamente dándoles detalles. Fíjense. El piso es de cemento y roca apisonada. La dinamita y la pólvora están debajo. Esto es una cámara... un horado... una cueva artificial. Tiene cuarenta pies de profundidad por veinte de ancho y siete de alto.

Elevó la linterna a la altura de sus hombros, internándose mientras hablaba. Los demás le siguieron. Pasaron junto a un barril sobre el cual había una vela a medio consumir. Cerca del barril vieron un cajón. Salvo por esos objetos, la cueva parecía vacía.

—Yo creí que estaba llena de explosivos —se disculpó Peggy.

—No —empezó Blackton—. Colocamos la dinamita y la pólvora debajo y extendimos encima una sólida capa de cemento y roca. Si no dejásemos esta cámara de aire, no se produciría más que una explosión y probablemente dos terceras partes de los explosivos no detonarían y se malgastarían. La cámara evita que eso ocurra. Anoche oyeron ustedes una docena de explosiones y hoy oirán otras tantas. Generalmente la más violenta es la cuarta o la quinta. Un «coyote» no es un barreno ordinario. Es algo más caro y, como ven ustedes, supone bastante más trabajo. Si alguien conectase estos explosivos con la batería... ¿Qué te ocurre, Peggy? ¿Tienes frío? ¿Estás temblando!

—S... i... i... i... í... —castañeó Peggy.

Aldous notó que Joanne le tiraba de la manga.

—Hay que sacar de aquí a la señora Blackton le dijo por lo bajo Me... parece que... se va a enfriar...

Cuando salieron del túnel, Aldous no pudo, a pesar de sus esfuerzos, contener la risa. Ya al aire libre, miró a Joanne, asida aún de su mano. La joven la retiró, con expresión de reproche en la mirada.

—¡Dios me bendiga! —exclamó Blackton dándose por fin cuenta de lo que ocurría—. No hay el menor peligro... en absoluto...

—Así y todo, prefiero verlo desde fuera, Pablo —dijo la señora Blackton.

—Pero..., Peggy... si estallase ahora... estarías tan en peligro como ahí dentro...

—No lo creo... de verdad, Pablo...

—¡Dios me bendiga! —Además... aquí... podrían encontrar «algo» de nos-otros...— añadió.

—¡Ni un botón, Peggy!

—Razón de más para que nos vayamos —y uniendo la acción a la palabra, Peggy se encaminó hacia el faetón. Llegada junto al vehículo, tomó una de las recias manos de su esposo entre las suyas—. Es maravilloso, Pablo —dijo—. Y estoy orgullosa de ti. Pero, francamente, querido, disfrutarás mucho más del espectáculo esta tarde, a las cuatro.

Sonriendo, Blackton la instaló en el carruaje.

—Por eso hubiera querido que Pablo fuese predicador o cosa parecida —confió a Joanne, camino del pabellón—. Sólo de pensar en él, trabajando entre dinamita y pólvora... envejezco. No pasa día sin que ocurra un accidente...

—Si fuera hombre —interpuso Joanne—, me gustaría una profesión como la suya. Querría ser «hombre»... No es que los pastores y predicadores no lo sean, querida Peggy, pero... preferiría «hacer cosas», volar montañas, por ejemplo, o descubrir ciudades sepultadas o —terminó en voz baja— escribir libros, como John Aldous.

El aludido oyó las últimas palabras y Joanne, que iba sentada entre ambos, dejó escapar un agudo grito; mas cuando Peggy le preguntó su causa, se guardó de decirle que John Aldous había oprimido su mano justa estrujarla, por el otro lado.

—Me quedará inútil para toda la vida —le dijo media hora después cuando se despedía de ella antes de acompañar a Blackton a las obras—. Y me está bien empleado, por intentar ser amable con usted. Algunos escritores son, a mi juicio, perfectamente intolerables.

— ¿Querrá usted dar un paseo conmigo después de comer? —preguntaba él por vigésima vez.

—Lo dudo muchísimo.

—Tal vez cambie de opinión más tarde...

Se separaron sin que ella volviese la cabeza al entrar con Peggy Blackton. Pero al alejarse vio dos rostros tras una ventana que daba al camino y dos manos que le decían adiós.

Y... ¡ambas manos no debían ser de Peggy Blackton!.

—Joanne y yo saldremos de paseo esta tarde, Blackton —dijo Aldous—, y quiero prevenirle para que no se alarme si no comparecemos a las cuatro. No nos esperen. Lo más probable es que contemplemos el espectáculo desde la cúspide de alguna montaña.

—No le censuro —dijo—. Desde el punto de vista de un observador imparcial, John, opino que no tardará mucho en poder contar con algo más que esperanzas en su activo.

—¡Dios le oiga!

—Cuando yo cortejaba a Peggy no habría cambiado un paseo a solas con ella, como el que usted proyectó, por un asiento de preferencia para la voladura de las Montañas Rocosas en masa.

—Y... ¿recordará decirle a la señora Blackton que tal vez no estemos de regreso a las cuatro?

—Lo recordaré. Y... —Blackton tiró fuertemente de su pipa— y... por si no lo sabe..., John..., el pastor de Tête-Jaune es nuestro más próximo vecino.

Desde entonces hasta la hora de comer, John Aldous vivió en un ambiente que no era del todo real, sino más bien de ensueño. Sus esperanzas y su felicidad habían llegado a un punto culminante. Sabía que Joanne saldría con él de paseo aquella tarde y, no obstante sus sinceros esfuerzos por persuadirse de lo contrario, no podía evadir la sensación de que el hecho tendría inmensa importancia para él. Se interesó con febril empeño en los trabajos de Blackton y cuando ambos regresaron al pabellón subió a su aposento y se afeitó y se preparó en general para el almuerzo.

Joanne y los Blackton le esperaban ya cuando bajó al comedor.

Su primera mirada fue para la joven, cuya apariencia le tranquilizó. Vestía traje gris de calle. Jamás le parecieron más insoportablemente lentos y tediosos los preparativos de una comida y varias veces se sorprendió anatematizando in mente a Tom, el cocinero chino. Era más de la una cuando se sentaron a la mesa, y las dos cuando la abandonaron. A las dos y cuarto, Joanne y él salían del pabellón.

—¿Ascendemos la montaña? —propuso Sería magnífico ver la explosión desde arriba.

—He notado que en algunas cosas es usted muy observador —dijo Joanne sin contestar a su pregunta—. En materia de rizos, por ejemplo, es usted una autoridad. En otras... padece de ceguera o por lo menos de miopía, John Aldous.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó perplejo.

—He perdido mi chal esta mañana y... ni se ha dado cuenta de ello, a pesar de ser una prenda excepcional. Lo compré en El Cairo. No quisiera que corriese la suerte de la montaña.

—¿Es decir que...?

—Que debo haberlo dejado caer en la cueva. Estoy segura de que lo llevaba cuando entramos.

—Volvamos por él —ofreció—. Tenemos tiempo sobrado para escalar luego las alturas antes de la explosión. Veinte minutos después estaban en la boca del túnel. No había nadie a la vista y Aldous se palpó un momento los bolsillos, buscando cerillas.

—Espere un minuto —dijo—. No tardaré en volver.

Entró y una vez en la cámara encendió una cerilla. Sobre el cajón vio la linterna. La encendió y empezó a buscar el chal. De pronto oyó un ruido. Volviéndose, halló a Joanne a su lado, iluminada por la luz del farol.

—¿Lo ha encontrado? —preguntó.

—No. Todavía no.

Se inclinaron hacia el roquizo suelo y un instante después Joanne lanzó una exclamación de contento al hallar la prenda. En el mismo momento, al incorporarse y quedar frente a frente, John Aldous creyó sentir paralizarse los latidos de su corazón, a la par que Joanne palidecía como una muerta. El pétreo recinto se estremecía; oyeron un lejano y sordo estruendo que, al coger Aldous de la mano a la joven para llevársela hacia la boca del túnel, fue acrecentándose, mientras un verdadero huracán les azotaba el rostro; dominó su bu-fido un penetrante y desgarrador grito de Joanne. Al final del túnel no se veía ya el brillante resplandor del día... sino negrura, negrura impenetrable, y por el mismo túnel entró un diluvio de polvo, tierra y fragmentos de roca que los empujó de nuevo hacia la lobreguez del pozo y los separó.

—¡John! ¡John Aldous...!

—¡Aquí estoy, Joanne! ¡Voy a encender la linterna!

Tanteando con las manos, halló la linterna y la encendió de nuevo. Joanne se acercó a él, lívida. Levantando en alto la luz contemplaron ambos el lugar donde había estado el túnel. Una masa de rocas lo substituía. El pasadizo estaba cegado. Lentamente se volvieron y miraron; cada uno vio en los ojos del otro la comprensión... de que la muerte se cernía sobre ellos en el confinado ambiente de la roqueña sepultura... una muerte horrible. Y sus labios no se atrevieron a pronunciar palabra alguna que confirmase el fatal y silencioso acuerdo de sus miradas.

## Capítulo XIX

---

### ¶rente a la muerte

---

Joanne fue quien primero desplegó los labios.

—¡El túnel está obstruido! —murmuró.

Su voz era extraña. No era la suya habitual. Parecía irreal, terrible, tan terrible como los ojos que miraban fijamente a los de Aldous. Éste no pudo contestar. Tenía un nudo en la garganta y la sangre se helaba en sus venas al ver el lívido rostro de Joanne y la comprensión en sus pupilas. Por un momento no pudo ni moverse hasta que, con tanta celeridad como le había sobrecogido, el efecto del choque se desvaneció.

Sonriendo le tendió la mano.

—Ha ocurrido algún desprendimiento de tierras en la boca del túnel —dijo esforzándose por dar a su voz una entonación natural—. Sostenga la linterna mientras yo trabajo.

—¡Un desprendimiento de tierras! —repitió ella, anonadada.

Tomó la linterna, sin dejar de mirarle, y Aldous comenzó a laborar sin más ayuda que sus manos. A los cinco minutos comprendió que sería locura continuar. Sin elementos adecuados era imposible despejar el túnel. No obstante, se obstinó y quitó rocas y pizarra con salvaje frenesí, retirando pequeños peñascos, encarnizándose con los de mayor tamaño, hasta que los músculos de sus brazos parecían a punto de estallar y sus venas se dilataban hasta el límite. Durante algunos minutos perdió la razón. Su tendones crujían, su respiración, entrecortada y jadeante, era cada vez más difícil, sus manos sangraban desgarrándose, crispadas, sobre las rocas, contra las cuales

malgastaba su inútil esfuerzo mientras su mente repetía una y mil veces las postreras palabras de Blackton:

«¡Las cuatro de esta tarde...! ¡Las cuatro de esta tarde!».

Por fin alcanzó lo que sabía que tarde o temprano encontraría, ¡una sólida pared! Las rocas y la pizarra formaban una masa tan compacta como hecha por una apisonadora. Antes de enfrentarse con Joanne, se esforzó por recobrar su compostura. Le invadió la acerba realidad de que su última lucha sería por ella. Rehaciéndose, enjugó el sudor y el polvo de su rostro con el pañuelo. Con un supremo esfuerzo deshizo el nudo que oprimía su garganta. Su alma sintió una especie de gozosa exultación al afrontar la batalla definitiva y se volvió a Joanne, John Aldous... el superhombre. En su rostro no había la menor sombra de pánico. A la fantástica luz de la linterna, sonreía.

—Es ruda la faena, Joanne.

Ella pareció no haber oído sus palabras. Miraba a sus manos. Acercó la luz.

—¡Sangran sus manos, John!

Era la primera vez que pronunciaba así su nombre y le estremeció la calma de su voz, la firme suavidad de su mano al tocar las suyas. Levantó los ojos hacia él y ya no eran los ojos aterrados y ciegos que un cuarto de hora antes viera. Su asombro le hizo enmudecer y el momento adquirió mayor solemnidad con el silencio. ¡Ambos le oyeron a la vez...! ¡El tictac de su reloj de bolsillo!

Sin dejar de mirarle, ella preguntó:

—¿Qué hora es, John?

—Joanne...

—No tengo miedo —murmuró—. Lo tuve esta tarde. Ahora no. ¿Qué hora es, John?

—¡Santo Dios...! ¡Nos sacarán de aquí! —gritó frenéticamente— y, Joanne, ¿cree usted que no harán lo imposible por desenterrarnos? ¡Qué locura! El desprendimiento ha cubierto los cables. ¡Nos han de sacar de aquí! No hay peligro ¡en absoluto! ¡Es desagradable... y frío... y poco confortable... tal vez pesque un resfriado...!

—¿Qué hora es? —repitió suavemente.

La miró de hito en hito y su corazón dio un brinco en el pecho al ver que ella debía creerle, ya que, no obstante la marfileña palidez, de su rostro, sonreía, ¡sí!, sonreía en la semioscuridad de la trágica cueva:

Sacó el reloj y lo consultó con ayuda de la linterna...

—Las tres y cuarto —dijo.

A las cuatro, Blackton y sus hombres pondrán manos a la obra. Y a la hora de cenar estaremos libres.

—Las tres y cuarto repitió Joanne, y las palabras salieron serenamente de sus labios De manera...

Aldous esperó.

—... que nos quedan cuarenta y cinco minutos de vida —terminó ella.

Antes de que pudiera hablar puso la linterna en su mano, tomándole la otra entre las suyas.

—Si nos quedan cuarenta y cinco minutos, seamos francos el uno con el otro —dijo—. Sé lo que hace usted por mí, John Aldous. En estos dos días en que «se puede nacer, vivir y volver a la nada» ha hecho usted mucho por mí. Mas en estos últimos minutos no quiero que finja lo que sé que no puede ser cierto. Usted lo sabe... y yo también. Los cables están tendidos hasta la roca donde está la batería. No hay esperanza. A las cuatro... ambos sabemos lo que ocurrirá... Y yo... no lo temo.

Le oyó pugnar por decir algo.

—Hay más linternas, Joanne. Las vi cuando buscaba el chal. Las encenderé todas.

Contra la pared de roca encontró dos más. Las encendió, así como la semiconsumida vela.

—Es más... agradable —dijo ella.

Cuando se volvió hacia ella, la vio iluminada por el rojizo resplandor, alta, esbelta, erguida, bella como un ángel. Tenía los labios exangües. Hasta la última gota de sangre parecía haber huido de su rostro, pero en su continente, en la gallarda actitud de su cabeza, había algo glorioso, que se reflejaba también en la melancólica dulzura de su boca y en la luz de sus ojos. Y entonces, lentamente, al verse ante la agonía y el dolor de Aldous le tendió los brazos.

—¡John! ¡John Aldous!

—¡Joanne! ¡Oh! ¡Dios mío...! ¡Joanne...!

Al abalanzarse hacia ella la vio tambalear, pero sonriendo... sonriendo con aquella nueva y maravillosa expresión, tendiéndole los brazos... y las palabras que le oyó pronunciar fueron casi imperceptibles y sollozantes.

—¡John...! ¡John, si quieres... puedes decirme ahora que mi cabello te encanta...!

La estrujó contra su pecho y sintió el cálido y adorable cuerpo junto al suyo, cerca, muy cerca, con el rostro elevado hacia él, acariciándole con sus divinas manos, repitiendo una y mil veces su nombre, mientras en el alma de

Aldous se abrían las compuertas que retuvieron hasta entonces el impetuoso torrente de su amor; y la mantuvo así, olvidándose del tiempo, del espacio, de la muerte misma, besó sus divinos labios, su cabello, sus ojos, únicamente consciente de que a la hora de morir había hallado la vida, de que sus manos le acariciaban el rostro, el cabello y, sobre todo, de que, en una especie de amoroso desvarío, no cesaba de repetir entre sollozos su nombre, confesando entrecortadamente su amor. La presión de las manos de Joanne contra su pecho le hizo libertarla de su abrazo, ¡y entonces sí que la vio gloriosa! Porque el triunfo de la pasión había dominado la desesperación de la muerte y su semblante reflejaba tan sólo su color y su gloria. Y... mientras, separados por un paso, se miraban frente a frente, les llegó, como nota de bendición de una campana... el tenue tintineo del reloj de Aldous al tocar la media hora.

Su efecto fue el de un rayo que cayese a sus plantas. Se envaró, rígido, convulsivamente rígido, y sus laceradas manos se crisparon.

—¡Joanne...! ¡Joanne...! ¡Es imposible...! —gritó roncamente, abrazándola de nuevo al observar la palidez de su semblante—. He vivido por ti... te he esperado... durante muchos años te esperaba y... ahora que eres mía... mía... ¡es imposible...! ¡No puede, no debe suceder...!

Cogiendo una de las linternas examinó minuciosamente el obstruido túnel. La masa de rocas formaba una sólida pared, sin la menor grieta ni hendidura por la cual pudiera pasar el sonido de la voz humana o el estampido de una detonación. No gritó, sabiendo que era inútil y que su voz retumbaría sepulcral en el confinado ambiente. ¿Habría, acaso, algún otro modo de escapar, alguna posible salida en la inmensa mole? Con la linterna exploró el recinto. No halló solución de continuidad alguna. Volvió al lado de Joanne, inmóvil en el mismo lugar que la dejara. Y súbitamente, al mirarla, le abandonó todo temor; dejando en el suelo la linterna, fue hacia ella.

—Joanne —murmuró, cogiéndole ambas manos y estrechándolas contra su pecho—. ¿Tienes miedo?

—No; no tengo miedo.

—Sí; lo sé. —Se inclinó hacia delante en forma que su cabeza se apoyaba en parte sobre las manos y sobre el pecho.

—¿Me amas, Joanne?

—Como no creí pudiera amar jamás a un hombre, John Aldous.

—Y, sin embargo... ¡fueron sólo dos días...!

—En ellos viví toda una vida —dijeron sus labios quedamente.

—¿Querías ser mi esposa?

—Sí.

—¿Mañana?

—Si mañana me quisieras, John.

—¡Doy gracias a Dios! —murmuró—. Y ¿vendrías a mí sin reserva, Joanne, confiando y creyendo en mí..., vendrías en cuerpo y alma y corazón a mí?

—Sin reserva alguna. Sí.

—¡Doy gracias a Dios! —repitió.

Elevó su rostro y la miró a los ojos; viendo asomar a ellos toda la gloria de su nuevo amor, sus labios temblaban al ofrecerlos a los suyos.

—¡Oh! ¡Era feliz...! ¡Tan feliz! —exclamó llevando ambas manos al rostro de Aldous John, sabía que me amabas y, ¡ah...!, tenía que hacer un tremendo esfuerzo para dominarme y no demostrarte lo feliz que me hacía tu amor. Y... ya aquí... temía que no lo confesaras antes de que ocurriese... Y... ¡John! ¡John!

Se apartó de él, y con un rápido e inesperado ademán dejó en libertad la maravillosa catarata de su cabello, de su portentoso cabello, que se extendió como un manto de realeza sobre sus hombros, sobre su espalda, hasta más allá de la cintura. Y luego, recogéndolo con sus manos, le envolvió en ella hasta que su rostro, su cabeza, sus hombros quedaron sepultados en la perfumada y refulgente mata.

La estrechó aún más contra sí; a través de las amadas hebras de seda fina, sus labios se juntaron hasta que parecieron no respirar. Y a sus oídos, dominándolo todo, llegó el inexorable tictac del fatídico reloj.

—Joanne —murmuró.

—¿John?

—¿No temes... a la muerte?

—No; y menos si me encuentra en tus brazos.

—Entonces... escucha —dijo—. Es probable, muy probable... que pronto... ocurra algo, Y quisiera... quisiera que al ocurrir fueses mi esposa, Joanne. Aquí, ahora. Aún nos queda tiempo.

Su corazón perdió un latido.

—Aún nos queda tiempo —repitió él. Contra su pecho notó que volvía a latir con apresurada violencia.

—Aún hay tiempo, adorada dijo Hay un rito en la Iglesia Episcopal según el cual no se precisa, para hacer efectivo el matrimonio, la presencia de testigos. Basta la de Dios. Lo recuerdo perfectamente. ¿Quieres hincarte de hinojos y ser mi esposa?

—¡Ante Dios! —le oyó decir.

—Sí; ante Dios.

Silencio. Silencio que sólo rompía el tictac de un reloj cuyo latido corría parejas con el de sus corazones. Los brazos de Joanne se ciñeron a su cuello.

—¿Quieres ser mi esposa? —repitió él.

Estrechó su brazo, con el rostro hundido en su pecho. Suavemente se desasíó, apartándola de sí. Dábase cuenta de que en aquellos instantes de olvido el tiempo pasaba con implacable rapidez y que no tenían ni un segundo que perder. Joanne no afrontaba la muerte en aquel momento. En su semblante, mirando a John Aldous, llevaba impreso, sin pretender ocultarlo, el sello de un amor como sólo aparece, si acaso, una vez en la vida de una mujer. Sujetándola por las manos, él se arrodilló, y Joanne imitó su acción; quedaron ambos de hinojos y mirándose con las manos enlazadas.

—Yo diré las palabras, Joanne —dijo Aldous—, y tú las repetirás. No recuerdo el oficio entero, mas sé lo suficiente.

Inclinó la cabeza y sus labios enunciaron clara y distintamente:

—Yo, John Aldous, creyéndome de todo corazón en presencia de Dios, te acepto, Joanne Gray, por legítima esposa, por ahora y siempre, hasta el día de nuestra muerte. Amén.

Silencio. Un silencio que sólo quebró un sollozo, un suspiro. Y después, lenta, pero vibrante y dulcísima, la voz de Joanne respondió:

—Y yo, Joanne Gray, tomando a mi adorado Dios por testigo, te acepto, John Aldous, por legítimo esposo, ahora y siempre, hasta el día de nuestra muerte. Amén.

Aldous levantó lentamente la mano; pero Joanne no se movió. La miró y comprendió que a las palabras rituales hacía seguir una plegaria. Cuando hubo terminado, alzó las pupilas a él, claras, serenas, bellísimas y sin temor.

—¡Joanne! ¡Esposa mía!

—¡John! ¡Mi esposo!

Seguían asidos de la mano y una dulce sonrisa asomó a sus labios.

—¡Eres espléndido! —dijo. ¡Ah! ¡Siempre te quisiera así, mi John!

Se acercaron a la incierta luz de las linternas.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Sacó su reloj y la sangre se le heló en las venas.

—¡Doce minutos! —murmuró con segura voz—. Sentémonos, John, tú en esta caja, y yo en el suelo, a tus pies... así.

Unieron la acción a la palabra, y Joanne se acurrucó contra él y le cogió las manos.

—¿Qué frecuentemente habríamos hecho esto, John! —dijo con dulzura —. Tú y yo... por las noches...

Un nudo en la garganta le impidió contestar.

—Yo me habría sentado así..., a tus pies... contemplándote...

—Sí..., sí..., mi amada.

—Y tú me repetirías cuánto te había gustado mi cabello..., siempre... ¿No se te habría olvidado, John? ¿No te cansarías?

— ¡No...! ¡No...! ¡Nunca...!

Sus brazos la rodeaban, atrayéndola hacia sí.

—Habríamos pasado horas de felicidad insuperable... juntos, John... escribiendo... recorriendo el mundo... y... y...

Sintió su temblor y la más acentuada presión de su brazo. A través de la espesa cortina de su cabello, el siniestro tictac parecía llamarlos...

Con una mano, ella sacó del bolsillo de Aldous el reloj y lo consultaron ambos a la luz de las linternas.

—Faltan tres minutos para las cuatro, John —dijo, y sus dedos inertes no tuvieron fuerzas para seguir sosteniéndolo. Dejólo en el suelo y se irguió, con los brazos echados a su cuello, tocándose sus rostros.

—John, ¿me amas?

—Tanto, que aun ahora mismo, frente a la muerte, soy feliz. Joanne, amor mío, no nos separaremos. Vamos... juntos. Siempre... toda la eternidad será lo mismo... tú y yo... juntos. Mujercita mía... ciñeme con tu cabello.

—¡Así...!, ¡así...! ¡así...! John... Te he unido a mí y estás enterrado en mí misma... Bésame... John... esposo mío...

Súbitamente le invadió un indecible horror a la soledad. La voz de Joanne había ido menguando hasta convertirse en un suspirado murmullo, los labios que besaba no devolvían sus besos y el flexible cuerpo yacía inerte, inanimado, en sus brazos. A pesar de todo, su corazón elevó a Dios una plegaria de gratitud por haber concedido a Joanne la inmensa merced de la inconsciencia en aquellos postreros momentos. Con el rostro hundido en su cabello, esperó. Sabía que ya no era cuestión de minutos, sino de segundos, y durante ellos oró hasta que con la nítida y cristalina claridad de una campana, la repetición de su reloj desgranó ¡las cuatro!

En el espacio, otros mundos pudieron convertirse en ruinas; sobre la tierra, las historias de cien imperios podían escribirse, y hombres jóvenes envejecer en el decurso de aquellos primeros segundos, largos como centurias, en los que Aldous, conteniendo el aliento, esperó después de oír tocar las horas en la cueva. ¿Cuánto tiempo esperó? Jamás lo supo. Como

tampoco supo la vehemencia con que estrechaba a Joanne contra su pecho. Segundos... minutos... otros minutos... en los que, en su cerebro entumecido, la locura iba lentamente haciendo presa. ¡Y el reloj! ¡Tictac! ¡Tictac! ¡Tictac! ¡Cómo un martillo!

En un principio el sonido le llegó a través del cabello de Joanne. Después... por doquier... ya no era un tictac, sino una palpitación constante, intensa, penetrante. Se fue acentuando hasta retumbar en la cámara. Levantó la cabeza y miró a su alrededor con ojos extraviados... escuchando. Sus brazos se relajaron y Joanne resbaló; se desplomó, montón informe y sin vida, en el suelo. Desmesuradamente abiertos los ojos, concentró toda su atención en aquel rítmico tictac... cien veces más potente que el de un reloj... que atronaba su mente. ¿Per día acaso la razón? Tambaleándose, fue a la embocadura del túnel y de sus labios salió un ronco alarido... y otro hasta que, fuera de sí, se precipitó sobre Joanne, abrazándola, gritando su nombre... sollozando... interrumpiendo sus frenéticas súplicas para gritar... para gritar y repetir su nombre. La vio moverse, abrir los ojos, para mirar, como quien mira a un espectro, al rostro de John Aldous... rostro de loco, que la rojiza claridad de la linterna hacía aún más fantástico.

—¡John...! ¡John...!

Tendió los brazos y con un grito inarticulado la levantó y corrió con ella hacia la boca del túnel.

—¡Escucha! ¡Escucha! —gritó desatinadamente—. ¡Dios del Cielo, Joanne...! ¿No los oyes...? ¡Escucha...! ¿No oyes las perforadoras automáticas...? ¡Joanne! ¡Joanne! ¡Estamos salvados...!

No se hizo cargo de sus palabras. Medio en sus brazos, medio en el suelo, se tambaleó al ir recobrando el conocimiento y la razón. Como aturdida llevó las manos al rostro de Aldous y le acarició, mientras él observaba los esfuerzos que hacía por comprender... y besó los trémulos labios dominando la excitación que le impulsaba a elevar la voz en un alegre y exultante grito.

—¡Es Blackton! —repitió—. ¡Blackton y su brigada...! ¡Escucha...! ¡Se oye perfectamente el martilleo de las perforadoras y de los picos!

Por fin comprendió Joanne que la explosión no era de temer y que Blackton, ayudado por sus hombres, se afanaba por libertarlos. Y al escuchar con él, su respiración entrecortada empezó a convertirse en un verdadero sollozo de excitada impaciencia... porque el regular y rítmico tictac era inconfundible y parecía evocar extraños ecos en el ambiente que los rodeaba. Durante algunos minutos permanecieron inmóviles, estupefactos, como si todavía no hubiese penetrado en sus cerebros la idea de que habían escapado a

la muerte y que al otro lado de la obstrucción sus amigos pugnaban por rescatarlos. No pretendieron resolver el enigma... ¿Por qué no habían hecho saltar el «Coyote»? ¿Cómo sabían sus salvadores que estaban en la caverna...? A sus oídos llegó el sonido de una voz humana... tenue... tan tenue que parecía un murmullo a través de millas y millas de espacio... mas... ¡era una voz humana!

—Están gritando —dijo tensamente Aldous—. Joanne, amor mío, ponte de cara a la pared, para que no te hiera alguna lasca, y dispararé mi pistola...

Luego de situarla en lugar donde no pudiera alcanzarla fragmento alguno de roca, sacó su automática y, acercándose al túnel, disparó cinco veces, a intervalos regulares, contando hasta tres entre cada disparo. Después pegó el oído a la masa de roca y tierras. Joanne se aproximó a él como una sombra. Su mano buscó la de Aldous y ambos, así unidos, retuvieron el aliento. No se oía ruido alguno, nada, salvo el de la tierra y guijarros que aún caían, removidos por sus cinco disparos. El tableteo de las perforadoras había cesado.

La presión de los dedos de Joanne se hizo convulsiva y una terrible sospecha cruzó por la mente de Aldous. ¡Tal vez, al ocurrir el desprendimiento que los sepultó, habría caído algún peñasco sobre un cable... y al notarlo lo habían hecho saltar para repararlo...! ¿Pensaba lo mismo Joanne? Las uñas de sus dedos se le incrustaban en las carnes. La miró. Tenía los ojos cerrados y los labios apretados y grisáceos. Mas, de pronto, los abrió desmesuradamente... ¡Aunque muy remotos... ambos oyeron... uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco..., disparos de pistola!

John Aldous se irguió lanzando un profundo suspiro.

—¡Cinco! —dijo—. Es una respuesta. No hay duda posible.

—Le tendió los brazos y con un grito Joanne se precipitó en ellos, sollozando sobre su pecho como una criatura desconsolada; durante algún tiempo la mantuvo así, besando el rostro húmedo de lágrimas, el extendido cabello y los trémulos labios mientras el reanudado martilleo de picos y perforadoras se iba haciendo más perceptible al acercarse.

Una veintena de hombres manejaban esos picos y esas perforadoras con febril actividad; Blackton, con los brazos arremangados hasta el codo; Gregg, sudando a chorros y animando a sus hombres; y entre ellos —descuajando peñascos y arrancando obstáculos como un energúmeno—. Donald MacDonald, con el pecho al aire, las poderosas manos ensangrentadas y el cabello y la barba encrespados por el viento. Tras ellos, con las manos crispadas sobre el pecho, incitándolos, suplicándoles que se apresurasen,

estaba Peggy Blackton. Cada par de brazos tenía la fuerza de cinco hombres, Enormes peñas se apartaban como pajas. Los hombres atacaban la tierra y la pizarra con las manos; los martillos neumáticos caían sobre la obstrucción con golpe capaz de hendir el corazón de un obelisco de granito. Media hora... cuarenta y cinco minutos... y Blackton se acercó a Peggy, polvoriento, cubiertos los brazos de rasguños y erosiones, pero con los ojos chispeantes.

—Ya casi estamos en contacto, Peggy —dijo—. Cinco minutos más y...

Un alarido le interrumpió. De la boca del túnel salió una densa nube de polvo a través de la cual pasaron media docena de hombres capitaneados por Donald. Aún no se había asentado la polvareda cuando empezaron a reaparecer y, lanzando un agudo chillido, Peggy Blackton se precipitó hacia ellos y echó los brazos al cuello de Joanne, envuelta todavía en el glorioso manto de su cabellera y riendo y llorando a la vez, al recibir la bendita caricia de un sol que no creyó volver a ver. Y Donald, abrazando a Aldous, gritaba con voz entrecortada:

—¡Oh! ¡Johnny!, ¡Johnny!... Un presentimiento hizo que te siguiera... y llegué justo a tiempo... ¡justo a tiempo de veros entrar en el «Coyote»!

—¡Dios te bendiga, Mac! —dijo Aldous, estrechando a la vez las manos a Blackton—. Después, uno tras otro fueron desfilando, felicitándole todos por su liberación, en tanto que Peggy Blackton, hecha una Magdalena, no cesaba de abrazar a Joanne.

—MacDonald llegó a tiempo justo —explicó Blackton esforzándose por dar una entonación natural a sus palabras—. Si tarda diez minutos más... — Estaba completamente lívido.

—Ahora que ha pasado, doy gracias a Dios de que ocurriera —dijo Aldous aparte al ingeniero—, porque... creíamos estar afrontando a la muerte y... se lo dije. Y allí, de rodillas ante nuestro Creador, nos juramos fe eterna, como marido y mujer. Quisiera ver a ese Pastor... lo antes posible. No diga nada a Joanne, pero llévelo a su pabellón, se lo ruego.

—Dentro de media hora estará a sus órdenes —replicó Blackton—. Aquí llega Tonny con el faetón. En un salto estamos en casa y luego no tardaré en comparecer con el predicador.

Al encaminarse hacia el carruaje, Aldous buscó con la vista a MacDonald. Había desaparecido. Encargando a Gregg que procurase dar con él y enviarlo al pabellón, se acomodó en el asiento trasero con Joanne entre Peggy y él. Sus manos se juntaron. El cabello ocultaba el rostro y a su otro lado Peggy Blackton reía, hablaba y lloraba simultáneamente.

Entrando en el pabellón, Aldous murmuró al oído de Joanne:

—¿Quieres ir directamente a tu aposento, querida? He de decirte algo... a ti sola.

Cuando iba a subir la escalera, Peggy notó una seña de su marido. Aldous permaneció con ellos. Momentos después puso a la perpleja y finalmente entusiasmada Peggy al tanto de lo que iba a ocurrir y, aprovechando la ausencia de Blackton en busca del Pastor, siguió a Joanne. Su puerta estaba cerrada. Tabaleó con los nudillos. Lentamente le abrió.

—¡John...!

—Se lo he dicho, querida —murmuré gozoso—. Y... comprendes, Joanne, dentro de diez minutos Pablo Blackton estará de regreso... con un Pastor. ¿Estás contenta?

Había abierto la puerta de par en par y le tendió los brazos. De momento ella no se movió; continuaba inmóvil, ligeramente trémula, y se acentuaba el colorido de su tez y la ternura de su mirada.

—He de ordenar mi cabello —dijo como si no encontrase otras palabras—. Y... he de vestirme...

Riendo jubiloso se acercó a ella; recogió a puñados la masa cobriza de sus trenzas y colocólas en pintoresco desorden sobre su cabeza.

—Joanne... ¡eres mi esposa!

—Si no ha sido todo una pesadilla, John Aldous..., así es.

—Por los siglos de los siglos.

—Sí. Por ahora y siempre.

—Y, porque queremos que lo sepa el mundo entero, vamos a casarnos de nuevo, ante un Pastor.

Guardó silencio.

—Pero... ahora, eres ya mi esposa —insistió.

No desplegó los labios, pero en sus ojos había algo más expresivo que todas las palabras.

—Y... como tal —prosiguió él— has de obedecerme en todo.

—Así pienso hacerlo, John.

—Entonces, no te arregles el cabello, ni te preocupes por el vestido, ni te quites el polvo de encima, especialmente ese interesante tiznajo de la nariz ordenó. —Y acercándose, murmuró con acento de ternura—: Joanne, amor mío, te quiero tal como estabas y como eras «allí»..., cuando nos creímos a las puertas de la muerte. Allí fuiste mi esposa y así es como quiero que seas cuando... llegue el Pastor.

—John, me parece que oigo subir por la escalinata...

Escucharon. Se abrió la puerta de entrada. Oyeron rumor de voces, la de Blackton..., la de Peggy..., y otra..., masculina.

Blackton decía claramente:

—... muy afortunado, Peggy. Encontré al señor Wollaver en la misma puerta de su casa... ¿Dónde está...?

—¡Chiss...! —Era el murmullo sibilante de Peggy Blackton.

Las manos de Joanne acariciaron el rostro de Aldous.

—John —dijo—. Me parece... que ha llegado el Pastor.

Besó los labios que se le ofrecían.

—Vamos, Joanne. Vamos.

Cogidos de la mano bajaron la escalera y cuando el Pastor vio a Joanne envuelta en el manto de gloria de su cabello, y a Aldous, desnudo de brazos y tiznado el rostro, y, conjuntamente, vio la maravillosa alegría que asomaba a sus pupilas, quedó atónito, estupefacto, como si presenciase un milagro del Cielo. Porque jamás había estado Joanne tan hermosa como en aquel momento, ni jamás hombre alguno había parecido más a punto de alcanzar el paraíso que John Aldous.

Breve y conciso fue el oficio celebrado por el Pastor, y luego que lo hubo terminado estrechó las manos de los cónyuges: los contempló, absorto aún, cuando marcharon, siempre cogidos de la mano, escalera arriba. Ante la puerta de Joanne se detuvieron. Las palabras eran en aquel momento ociosas, y sus corazones y sus labios se juntaron en silencio. Y pasado el primer instante de arrebató, ella se apartó jugando en su boca la sonrisa al decir:

—Y ahora, señor esposo, ¿puedo poner en orden mi cabello?

—Mi cabello —corrigió él, resignándose a que abandonase sus brazos.

Cerró la puerta tras de sí, y Aldous, un poco aturdido, se dirigió a su aposento. Al poner la mano en el tirador le oyó pronunciar su nombre. Había vuelto a abrir la puerta y en la mano llevaba algo que parecía ofrecerle. Retrocedió y ella le dio una fotografía.

—John, destruye esto —murmuró—. Es su retrato... el de Mortimer Fitz Hugh. Lo traje con idea de enseñarlo, si era preciso, para identificarle...

Volvió a su habitación después de dejar la fotografía sobre la mesa. Estaba envuelta en papel de seda. De pronto experimentó un urgente deseo de ver cómo había sido en vida Mortimer Fitz Hugh.

Joanne no le reprocharía su curiosidad y acaso era preferible que lo viese.

Deshizo el envoltorio y, al mirarle, la sangre se congeló en sus venas, con los ojos fijos, desmesuradamente abiertos, como si se creyera juguete de alguna trágica y fantástica alucinación. De sus labios escapó un grito ronco,

que terminó en una especie de gemido, y por un instante le pareció que, no ya el aposento, sino el mundo entero se desmoronaba a su alrededor.

¡Porque el retrato que tenía en la mano era el de Culver Rann!

## Capítulo XX

---

### David se apresta a la lucha

---

Con la fotografía en la mano, Aldous, por espacio de más de un minuto, pareció anonadado. ¡Era el retrato de Culver Rann! Ni remotamente se le ocurrió ponerlo en duda o suponer que pudiera tratarse de un caso más o menos extraordinario de semejanza entre dos hombres. ¡No podía ser sino Culver Rann! Dejó sobre la mesa el retrato y se dirigió a la puerta. Su primer impulso le llevaba hacia Joanne, pero al llegar al umbral cerró con llave y cayó desplomado sobre una silla, frente al espejo de su tocador.

El reflejo de su propia fisonomía le sobresaltó. El polvo y la suciedad que aún cubrían su rostro disimulaban su palidez, mas los ojos que en el espejo le miraban eran extraviados, grotesca y ferozmente extraviados. Con acerba sonrisa lo desvió y volvió a acercarse a la mesa. Rompió en mil pedazos el fatídico cartón, los apiló luego en un cenicero y prendióles fuego hasta dejarlos convertidos en pavesas. Para disipar el humo y el olor a papel quemado abrió su ventana. El aire, puro y fresco, azotó su rostro, En la menguada claridad crepuscular podía distinguir aún la montaña en cuyo flanco «Coyote 28» debió haber hecho su obra y, al verla, sus manos se crisparon con tanta violencia en el barandal que se le quebraron las uñas contra la madera. Su cerebro no tenía más que una idea: una sola idea que se repetía incesantemente: ¡Mortimer Fitz Hugh no había muerto! ¡Vivía! ¡Era Culver Rann! Y Joanne no era su esposa... ¡sino la de Mortimer Fitz Hugh, es decir, la de Culver Rann!

Se volvió hacia el espejo con nueva expresión en el semblante, acerba, ferozmente acerba... y sonriente. No experimentaba la excitación, la pasión, la especie de locura con que había afrontado a Quade y a Rann la noche antes. Una amarga risa brotó de sus labios y sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos, como antes en la madera de la ventana.

«¡Cobarde! ¡Pobre idiota sentimental!, —se dijo a sí mismo ante el espejo—. ¿Te atreves a decir..., te atreves a “pensar” que no es tu mujer?».

Como en respuesta a sus palabras, se oyó un repiqueteo en la puerta y la voz de Blackton diciendo:

—¡Aquí está MacDonald, Aldous! Quiere verle.

Aldous abrió la puerta y dio paso al veterano cazador.

—Si no llego en mal momento, Johnny...

—Eres, precisamente, la persona que más interés tenía en ver, Mac... No; me desdigo. Hay otra que me interesa más; Culver Rann.

La extraña expresión de su semblante intrigó a Donald.

—Siéntate dijo acercando un par de sillas a la mesa Tenemos que hablar. Escapamos por milagro, ¿eh?

—No lo sabes bien, Johnny. Por un pelo.

Donald seguía mirando a su amigo como quien no puede dar crédito a sus ojos.

—Me alegro de que ocurriese —dijo Aldous con dulcificado acento—. Me ama, Mac. Cuando nos creíamos a punto de morir, abrimos nuestros corazones mutuamente. Aún no hace diez minutos que marchó de aquí el Pastor, después de ratificar y bendecir nuestro enlace.

Las frases de congratulación y de alegría que subieron a los labios del veterano quedaron sin pronunciar al ver el aspecto tenso, frío y extraño de Aldous.

—Y... aún no hace cinco minutos prosiguió éste —he sabido que Mortimer Fitz Hugh, su primer esposo, no ha muerto. En semejante trance, ¿es de extrañar que no te parezca particularmente alborozado? Si hubieses venido unos minutos antes, Mac...

—¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¡Johnny!

MacDonald se dejó caer de bruces sobre la mesa y se cogió la cabeza con ambas manos. Al hablar, sus poderosas espaldas parecían sacudidas por extraordinaria emoción, y su voz era entrecortada y jadeante.

—¡Es culpa mía, Johnny! ¡Lo hice por ti... y por ella...! No pude... No pude confesarle la verdad viendo que te amaba, que tú estabas loco por ella... y que se le hubiera partido el corazón. Creí que sería lo mejor que podía

hacerse... que os marcharais juntos y que vivierais felices... sin que nadie supiera... No mentí, Johnny. No dije nada. Pero... ¡en aquella fosa no encontré ningún esqueleto!

—¡Dios! —exclamó Aldous.

—No había más que ropa prosiguió MacDonald con el reloj y la sortija encima. En aquella sepultura, Johnny, no hubo nunca nadie sepultado... y yo tengo la culpa...

—Lo hiciste por nosotros —gritó Aldous cogiendo entre las suyas las manos de su amigo—. No fue una mala acción, Mac. Doy férvidas gracias a Dios que te inspiró tu silencio. Si le hubieras dicho que la tumba estaba vacía, que era un engaño... no sé lo que habría sucedido. Y ahora... es mía. Si hubiese visto a Culver Rann, si hubiese descubierto que ese granuja, ese desalmado, ese asesino, es Mortimer Fitz Hugh, su esposo...

—¡Johnny! ¡John Aldous!

La voz de MacDonald parecía el ronco y profundo gruñido de un oso. Al gritar el nombre del otro se puso en pie y sus ojos refulgían en sus cuencas como ascuas al rojo blanco.

— ¡Johnny!

Aldous se puso igualmente en pie, sonriendo y asintiendo con la cabeza.

—Ya lo has oído. Mortimer Fitz Hugh es Culver Rann.

—Y... ¿tú lo sabes?

—Sin duda posible. Joanne me entregó un retrato de Fitz Hugh para que lo destruyera. Deploro haberlo quemado antes de enseñártelo. Pero... no hay error posible. Mortimer Fitz Hugh y Culver Rann son una misma persona.

Lentamente el anciano campero se dirigió hacia la puerta, mas Aldous se le anticipó y puso la mano en el tirador.

—No te vayas aún, Mac dijo.

—Te... te volveré a ver Más tarde —contestó evasivamente el otro.

—¡Donald!

—¡Johnny!

Se miraron fijamente.

—¡Una semana, Johnny! —insistió MacDonald Dentro de una semana estaré de vuelta.

—¿Qué piensas hacer? ¿Matarle?

—No dejarle volver. ¡Lo juro, Johnny!

Con la misma dulzura con que habría acompañado a Joanne, llevó al veterano de nuevo a su asiento.

—Sería un asesinato dijo —y potencialmente me consideraría yo el asesino. No puedo consentir que obres por mí, Mac. Equivaldría a emplear un matón de oficio. ¿No comprendes que es imposible? Algún día, muy pronto, te contaré cómo ese miserable de Fitz Hugh amargó la vida a Joanne, haciendo lo posible por acabar con ella. A quien ha de dar cuenta es a mí, Donald. Y ¡por Dios que me la dará! Estoy resuelto a matarle. Pero... no será un asesinato. Desde tu entrada en este aposento he formado un plan, plan definitivo que pondré en ejecución deliberada y serenamente. Jugaré limpio y jugaré gozoso, porque Joanne no se enterará y porque su amor me prestará mayores bríos.

»Quade buscó mi vida. Quiso comprar a Stevens, en Miette, para que me asesinase. Culver Rann también quiere mi vida; dentro de poco constituirá el más vehemente deseo de su existencia el quitarme de en medio. Le proporcionaré ocasión de conseguirlo y no dejará de aprovecharla. Quizá tenga alguna ventaja sobre mí, pero estoy absolutamente seguro de matarle como lo estoy de que el sol está trasponiendo esas montañas. Si se inmiscuyen otros en nuestro pleito, si me hallo con más que Culver Rann entre las manos, entonces... puedes tomar parte en el juego, Donald. Es posible que seamos más de uno contra uno.

—Seguro —gruñó Donald—. Esta tarde he averiguado muchas cosas, Johnny. Quade no se quedó rezagado. Fue con Rann y DeBar, la mujer y otros dos hombres van con ellos. Cruzaron por el Lone Cache Pass y en estos momentos se encaminan a marchas forzadas hacia el hontanar de Parsnip. Son cinco... cinco hombres.

—Y nosotros, dos —sonrió Aldous—. De manera que la ventaja es suya, ¿eh, Donald? Y por lo tanto el juego será eminentemente limpio, ¿no te parece?

—¡Valemos por los cinco, Johnny! —gritó el veterano Donald—. Si emprendemos la marcha en seguida...

—¿Puedes tenerlo todo a punto al amanecer?

—El equipo está listo.

—Entonces marcharemos al clarear el día. Esta noche iré al galacho y determinaremos los detalles. Ahora..., a serte franco, estoy como atontado. Déjame que aclare las ideas, Además he de adecentarme para la cena. Sobre todo, Joanne no ha de sospechar nada, absolutamente nada.

—Nada —repitió MacDonald encaminándose hacia la puerta.

Antes de salir se detuvo y, titubeando un instante, se acercó a Aldous diciendo en voz baja:

—Johnny, varias veces me he preguntado la razón de estar vacía esa fosa. ¿Por qué no pusieron algunos huesos, fuesen de quién fuesen, para darle la apariencia de lo que querían que representase? ¿Por qué colocaron las ropas tan cuidadosamente, con el reloj y la sortija encima?

Cerró la puerta al decir las últimas palabras y Aldous volvió a echar la llave.

Lavándose y arreglándose para cenar, el joven se asombraba de su propia compostura. Lo ocurrido le dejó momentáneamente embotado, llegando, incluso, a aterrarle al pronto. Ahora se sentía en absoluto dueño de sí. Se proponía preguntas y las contestaba con nítida concisión, que no dejaba lugar a dudas acerca de sus futuras acciones. Un hecho daba por inconcuso. Joanne le pertenecía. Era su esposa. Aun después de saber que Fitz Hugh vivía la consideraba como tal: ante Dios y ante los hombres Mortimer carecía ya de derechos sobre ella. Aquel individuo conocido por Culver Rann era peor que Quade, un bribón redomado, un miserable, un asesino, aunque hubiese logrado hasta el momento evadir los flácidos e ineficaces tentáculos de la ley de la montaña.

Ni por un instante pensó en Joanne como la esposa de Culver Rann. Era la suya. Entre ambos y la felicidad que los esperaba había surgido simplemente un tecnicismo que Joanne podía romper con un ademán. Y precisamente eso era el mayor obstáculo en su camino, porque estaba cierto de que Joanne no rompería jamás aquel último eslabón de la cadena de su esclavitud. Viviendo Mortimer Fitz Hugh, su convenio en el «Coyote» y la ceremonia nupcial posterior quedaban automáticamente desvirtuados. Legalmente no eran el uno para el otro, ni más ni menos de lo que habían sido el día antes. Y, aun sabiendo que le iba en ello la felicidad y tal vez la vida, Joanne le abandonaría. Su convencimiento era absoluto. Había soportado año tras año el lento martirio únicamente en virtud de aquel «rapto de locura» que formaba parte de ella misma. Aldous aceptaba la consecuencia sin argüir un posible cambio en su modo de pensar, influido por su amor hacia él. Estaba cierto de que decir la verdad a Joanne equivalía a perderla. Cada minuto que pasaba robustecía su determinación de no decírsela, de no revelar el secreto de la tumba y el hecho de que Mortimer Fitz Hugh no había muerto. En su opinión, era lo procedente, lo único digno y honorable que podía hacer. Pasado el primer momento de estupor, no tenía la sensación de haber perdido a Joanne o de estar en grave riesgo de perderla. Se le ocurrió por un segundo la idea de echar todo el peso de la Ley sobre Rann, pero lo desechó en seguida, riéndose de su absurdidad. ¿Qué ayuda podía prestarle la Ley? Su salvación y la de

Joanne dependían exclusivamente de él. Y lo que hubiese de acontecer, tendría que acontecer pronto... allá en las montañas. Una vez terminado, y él de vuelta, pondría a Joanne al corriente de todo.

Cuando acabó de vestirse, su corazón latía con más violencia. Dentro de breves instantes estaría con Joanne, y a despecho de lo ocurrido y de lo que pudiera ocurrir, era feliz. Ayer fue un sueño. Hoy era una realidad... una gloriosa realidad. Joanne le pertenecía. Le amaba. Era su esposa y al ir a su encuentro fue con la sola sensación de que en la senda de su paraíso se había atravesado una serpiente... una serpiente que estaba resuelto a aniquilar con tan escaso remordimiento como el áspid la habría aniquilado a ella. Su resolución era absoluta e implacable.

Los Blackton cenaban a las cinco y media. Cuando tabaleó a la puerta de Joanne, llevaba un cuarto de hora de retraso. Sintió el ardor de un extraño y delicioso sofoco encenderle el rostro al abrirle y presentarse ella ante él. Su semblante acusaba sus emociones quizá más vívidamente, por no disimularlo el curtido del sol, como en su caso.

—Me... me he retrasado un poco, ¿verdad, Joanne? —preguntó.

—Efectivamente, caballero. Si le ha sido preciso todo este tiempo para acicalarse... es peor que una mujer. Llevo quince minutos esperándole.

—Vino a verme Donald —se excusó—. Joanne...

—¡No, John! —murmuró—. ¡Me siento arder las mejillas...! No puedes besarme... ¡hasta después de cenar!

—¡Una sola vez! —imploró.

—¡Si prometes que será una sola...!

Un instante después jadeó:

—¡Cinco! John Aldous, ¡no volveré a creerte!

Juntos bajaron a reunirse con los Blackton, y Peggy y Pablo, que estaban absortos en unos geranios del antepecho de la ventana del comedor, se volvieron hacia ellos al oírlos, con la forzada e incongruente apariencia de haber olvidado cuánto en las últimas veinticuatro horas había acontecido. Aldous notó los adorables hoyuelos que realzaban las comisuras de su boca pugnar por desvanecerse, y luego miró a Peggy. Blackton no pudo reprimirse por más tiempo e hizo un malicioso guiño.

—¡Por amor de Dios, Peggy, no te contengas, o revientas! —dijo sonriendo.

Y un momento después las dos mujeres se abrazaban en tanto que ellos se estrecharon la mano con efusión.

—Nos hacemos cargo perfectamente trató de explicar Blackton —porque a nosotros nos pasó lo mismo, con la diferencia de que hubimos de afrontar veinte personas en lugar de dos. Y apuesto lo que quieran a que no tienen ustedes apetito. No se sienten capaces de probar bocado. Por la menos, ese efecto nos causó a nosotros, ¿eh, Peggy?

—Yo... casi me atraganté corroboró Peggy mientras ocupaban sus respectivos asientos De veras lo digo. Parecía tener algo así como un nudo en la garganta, Joanne. Tosí y tosí y carraspeé ante toda la concurrencia, hasta desear con toda mi alma que se me tragase la tierra. Y yo me pregunto...

—¿Si me atragantaré yo también? —sonrió Joanne—. Te aseguro que no, Peggy. Tengo un hambre de lobo.

Sentada frente a Aldous a aquella mesita de cabida justa para cuatro, le pareció más adorable y dueña de sí misma que nunca. No pudo abstenerse, cuando fueron hacia el gabinete después del almuerzo, de decírselo así.

Blackton debía estar aleccionado por Peggy en cuanto a su colaboración en algún misterioso complot urdido por su esposa, porque, no obstante el negativo ademán de ésta ademán que significaba que podía esperar un rato — sacó su reloj y dijo:

—No me sorprende que hayan ustedes olvidado que mañana es domingo. Peggy y yo solemos hacer nuestras compras los sábados por la noche, de manera que, si no se oponen, les dejaremos al cuidado de la casa hasta nuestro regreso. No tardaremos más de una hora.

Minutos después, cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos, Aldous llevó a Joanne a un diván y sentóse a su lado.

—No lo hubiera combinado mejor yo mismo —exclamó Me preguntaba qué podía hacer para conseguir hablar un rato a solas contigo y decirte lo que ocurre, antes de volver a ver a MacDonald esta noche... No sé cómo empezar, Joanne..., y... por otra parte, es completamente imprescindible.

Viendo la seriedad con que hablaba, asomó a sus ojos un destello de inquietud.

—¿Es, acaso, que teméis nuevas complicaciones por parte de Quade y de Culver Rann?

—No, no; nada de eso denegó riendo como si la cuestión fuese absurda Según Donald, han abandonado el país, Joanne. No se trata de ellos. Lo que me preocupa ahora eres tú y lo que podrás pensar de mí dentro de un instante. Joanne, he dado mi palabra a Donald. Mi promesa le ha sostenido. He de cumplirla... he de acompañarle en su expedición al Norte.

Había tomado una de sus manos, se la había puesto en el regazo y la acariciaba con las suyas.

—¡Naturalmente, John! ¡Debes ir! Yo misma estimo en mucho a Donald...

—Es que... debería ir... pronto —añadió.

—En justicia hacia él, cuanto antes mejor asintió.

—Ha resuelto..., marchar... mañana por la mañana —terminó clavando en ella sus pupilas.

Joanne guardó un momento de silencio, entrelazó sus dedos con los de Aldous y acarició la rugosa mano con su aterciopelada palma. Luego dijo lentamente:

—¿Y por qué supusiste que me contrariaría, John? Estaré a punto.

—¡Tú!

Su mirada, profunda, fúlgida, ardiente, en la que el amor centelleaba, se posó en Aldous.

—¡Pobre John! ¡Pobre inocente! —exclamó riendo—. ¿Por qué no vas derecho al asunto y me dices que «me quede en casa» en lugar de tanto circunloquio? Lo malo es que aún no sabes que tu mujer es la más testaruda del mundo. De veras, John. Por lo tanto... ni una palabra más. De madrugada emprenderás la marcha... ¡y yo te acompañaré!

John Aldous vio cómo se derrumbaba en un instante todo el edificio de sus maquinaciones.

—¡Es imposible...! ¡En absoluto imposible!

—¿Por qué en absoluto? —preguntó ella acercándose hasta tocarle el rostro con el cabello—. ¿Acaso has olvidado ya lo que dijimos cuando estábamos en aquella terrible caverna, John? ¿Lo que habríamos hecho si hubiésemos vivido? Nos proponíamos correr las mismas aventuras, ¿verdad? Y... no hemos muerto. ¡Estamos vivos! ¡Vivos para poder realizar esta espléndida jornada! ¿Eres ciego, John? ¿No ves que será..., nuestro viaje de luna de miel?

—Será largo... penoso... —arguyó—. Sobre todo penoso..., para una mujer.

Con alegre carcajada, Joanne se puso en pie y plantóse ante él, flexible, esbelta y adorable, con inconfundible expresión de desafío, no exenta de triunfo, en la mirada.

—Y seguramente arriesgado, ¿verdad? ¿Eso es lo que piensas añadir?

—Sí; será también arriesgado.

Acercándose a él, puso la mano sobre su cabeza, enmarañóle el cabello, y le obligó a mirar en su dirección.

—¿Habrá algo más que fiebres y miserias y pantanos cenagosos y maniguas pobladas de alimañas? —preguntó—. ¿Encontraremos peores adversarios que fieras, serpientes ponzoñosas y salvajes traidores? ¿Padeceremos más que hambre y sed? Durante muchos años, John, mi padre y yo afrontamos todo eso. ¿Serán menos hospitalarias estas bellísimas montañas norteñas que las maniguas de Ceilán, de las cuales tú mismo, John Aldous, te espantaste? ¿Peores que el gran desierto africano? ¿Son más feroces los osos canadienses que los tigres? ¿Los lobos, más carniceros que los leones? Pues si pude afrontar con mi padre los segundos, ¿no crees que podré afrontar los primeros con mi esposo?

Le pareció tan dulce, tan maravilloso el sonido de esa última palabra en sus labios, que dio al olvido, en su gozo, cuantas resoluciones había formado; tendió, pues, los brazos y la estrechó contra su pecho. Los últimos restos del edificio que ya había empezado a desmoronarse quedaron hechos un montón de ruinas.

No obstante, hizo un postrer esfuerzo.

—Donald querrá ir a marchas forzadas... muy forzadas, Joanne. Le debo muchos favores. Incluso... le debo el tenerte, ya que él fue quien nos salvó del «Coyote».

—Iré contigo, John.

—Si fuéramos solos, podríamos volver muy pronto.

—Voy contigo.

—Y algunas de las montañas... son inasequibles para una mujer.

—Te permitiré que me lleves a cuestras, John. ¡Eres tan robusto!

Lanzó un gemido desesperanzado.

—¡Joanne! ¿No querrás quedarte con los Blackton por complacerme?

—No. No tengo el menor interés en complacerte.

Sus dedos acariciaban su mejilla.

—¡John!

—¿Sí?

—Mi padre me enseñó a tirar y cuando nos conozcamos mejor, durante la luna de miel, te contaré algunas de mis aventuras cinegéticas. No me gusta matar animales salvajes porque los admiro demasiado, mas... sé tirar. ¡Y quiero un rifle!

—¡Santos benditos!

—No un rifle de juguete, sino un arma de veras —continuó—. Como las tuyas, y así, si por casualidad tuviésemos algún encuentro... Culver Rann, por ejemplo...

Notó su sobresalto y sus manos acentuaron la suave caricia.

—¡Te has delatado! —murmuró—. Me lo figuré desde un principio. Me dijiste que Culver Rann y su cuadrilla iban también en pos del oro. Ya marcharon y su marcha no ha sido exactamente por «abandonar el país» como pretendías hacerme creer, John Aldous. No discutamos más. Acabaríamos riñendo y..., eso sería terrible. Y además, quiero que seas amable conmigo, porque será «nuestro» viaje. Nuestra luna de miel... a pesar de sus incomodidades.

Selló sus labios con un beso y redujo a la nada sus argumentos.

Dos horas después, yendo hacia el galacho, su apariencia era la de un hombre que acababa de salir de un extraño, perturbador y delicioso sueño. Había dicho a Joanne y a los Blackton que le era indispensable ver a Donald aquella noche. Aún conservaba en los labios el dulce calor de los besos de Joanne, su piel se estremecía al recuerdo del contacto de sus amadas manos y el embriagador perfume de su cabello le perseguía aún. La inmensa felicidad que Dios le deparaba henchía su corazón de gozo, no exento, sin embargo, de temor..., un temor nuevo y creciente que le hizo ver con satisfacción la hoguera del campamento cuando llegó a ella y estrechó la mano de MacDonald.

No creyó oportuno comunicarle al pronto su aprensión. Empezó narrando la historia de Mortimer Fitz Hugh, sin omitir detalle; pudo observar cómo las poderosas manos del campero se crispaban y sus ojos centelleaban a la luz de la fogata. Refirió después lo ocurrido durante la ausencia de los Blackton y, cuando terminó y se puso en pie desalentado junto al fuego, Donald hizo lo propio y exclamó con una especie de éxtasis:

—¡Mi Jane habría hecho igual! ¡Igual, Johnny! ¡Estoy seguro!

—Mas..., ¡ahora es distinto! —protestó Aldous—. ¿Qué hago, Mac? ¿Qué puedo hacer? ¿No ves tú lo imposible que es? ¡Mac, Mac... no es mi esposa...! ¡No lo es absoluta, enteramente, en el diáfano y vital sentido que la Ley exige para una esposa! ¡Si supiese la verdad, no se consideraría unida a mí; me abandonaría! ¡Y por esa causa no puedo consentir que venga con nosotros! No puedo. ¡Piensa en lo que ha de entrañar...!

El viejo Donald se le había acercado y la expresión de su rostro hizo callar a Aldous. Lentamente le puso las manos sobre los hombros.

—Johnny —le dijo a media voz—, Johnny, ¿estás seguro de ti mismo? ¿Eres un hombre, Johnny?

—¡Gran Dios, Donald! Sus miradas se encontraron.

—Yo, en tu caso —prosiguió—, la llevaría conmigo, y si no lo hiciera... abandonaré esta noche las montañas y no volveré a poner en Joanne los ojos mientras viviese.

—¿La llevarías contigo? —preguntó ávidamente Aldous.

—Desde luego. Esta noche he cavilado mucho, y algo me dice que no debemos correr el albur de dejarla aquí sola. Hay dos soluciones. O quedarte tú con ella y marchar yo... o bien que venga con nosotros.

Aldous sacudió lentamente la cabeza. Consultó su reloj. Eran más de las diez.

—Si consiguiese convencerme de que no es prudente el dejarla aquí, la llevaría sin vacilar dijo Pero... no acabo de creerlo, Mac. Con los Blackton está segura. Preveniré a Pablo; Joanne está resuelta a ir y tomará muy a mal el que le diga que ha de quedarse. Mas... así ha de ser. No veo...

Una interrupción en el silencio de la noche cortó su discurso tan súbitamente como hubiera podido hacerlo una bala en la frente. Fue un chillido... un chillido de mujer al que siguieron otros, hasta que la selva retembló con el terror y la agonía de los gritos y John Aldous quedó como privado de la facultad de moverse o de obrar. Donald MacDonald le trajo a la vida. Con rugido salvaje se hundió entre las sombras, y Aldous le siguió con un indecible horror, que substituyó a su primera impresión de sorpresa. Porque Donald había pronunciado el nombre de Joanne en su rugido y de sus propios labios escapó un grito de respuesta al seguir la gigantesca figura del campero que corría con la salvaje furia de un oso herido, a través de la noche.

# Capítulo XXI

---

## El rescate

---

Hasta que salieron del galacho y llegaron al sendero no cesó la espantosa gritería. MacDonald se detuvo un instante y reanudó su carrera con una celeridad que puso a dura prueba las facultades de Aldous. Al ganar el pequeño anfiteatro en la selva, Donald volvió a detenerse. Los corazones de ambos latían con extremada violencia y la voz del campero era ronca y jadeante:

—No... era... lejos... de aquí... —dijo.

Apenas pronunciadas estas palabras, echó a correr de nuevo. Tres minutos después llegaban a un punto en el que la senda seguía el lindero de un reducido claro sembrado de rocas y, con un repentino empuje, Aldous adelantó a Donald y fue el primero en entrar en el raso, donde ante sus ojos aparecieron dos figuras a la luz de la luna. Se detuvo con un grito de horror a seis pasos de ellas. ¡Eran Pablo y Peggy Blackton! Peggy, desmelenada, sollozando, se abrazaba convulsivamente a su esposo. Mas fue Blackton quien arrancó aquel grito a sus labios. El contratista se tambaleaba. Sin sombrero, con el rostro cubierto de sangre y los ojos medio cerrados, parecía hacer un violentísimo esfuerzo para recobrar el conocimiento después de recibir un tremendo golpe. Peggy, con el cabello suelto, desgarrado el vestido por el cuello, jadeaba de tal forma que de momento le fue imposible articular palabra.

— ¡Se... han... llevado... a... Joanne...! —gritó al fin—. Marcharon... por... allí...

Aldous se precipitó hacia el lugar que indicaba, en la selva, en la parte arribeña del pequeño raso; Mac-Donald le cogió por un brazo.

—Tú ve en derechura —dijo—. Yo daré un rodeo... hacia el río...

Durante dos minutos corrió Aldous en línea recta. Luego se detuvo un instante. No necesitaba preguntarse quiénes podían ser los autores del secuestro de Joanne. Eran satélites de Quade, obrando por cuenta de éste. Y no podían estar muy lejos, puesto que habían transcurrido escasamente diez minutos desde que oyeron el primer grito. Prestó atención, conteniendo el aliento, para evitar que el frenético latir de su corazón superase a cualquiera trisca del ramaje. De pronto un feroz rugido le heló la sangre en las venas. Era MacDonald, a unas doscientas yardas a su derecha. Y tras el primer grito oyó su nombre repetidamente:

—¡Johnny! ¡Johnny! ¡Oh, Johnny!

Se precipitó hacia donde partía la voz y momentos después oyó ruido de lucha entre la maleza. Cincuenta segundos le bastaron para llegar a la escena. MacDonald combatía contra tres hombres en un trecho en el que la vegetación era relativamente poco frondosa. La luna iluminaba la masa confusa, y al lanzarse Aldous sobre ellos, uno de los tres cayó de espaldas como herido por un rayo. Simultáneamente, MacDonald se fue al suelo y Johnny descargó al azar un terrible golpe con la culata de su automática, pero erró y el impulso le hizo perder el equilibrio y cayó también encima de Mac. Al conseguir incorporarse, los dos forajidos se internaban en la negra espesura de la selva. Aldous se abalanzó hacia el lugar donde estaba el que cayó primero, mas también había desaparecido. Trabajosamente, Donald se puso en pie sonriendo.

—¿Qué te parece, Johnny?

—¿Dónde está? ¿Dónde está Joanne? —preguntó a su amigo.

—A veinte pasos de ti, Johnny, amordazada y hecha un fardo. Si no se llegan a detener para esa faena... ya les podías echar un galgo a estas horas, Johnny... Iban hacia el río y una vez en el Frazer y en un bote... ¡jamás hubieses vuelto a saber de ella!

Se interrumpió para guiar a Aldous a un macizo de pinos enanos detrás del cual, lívida y con los ojos des-mesuradamente abiertos por el terror, yacía Joanne. Estaba atada de pies y manos, con un enorme pañuelo anudado en forma de mordaza. Unos instantes después, Aldous, sollozando y riendo histéricamente, se postraba a su lado y la abrazaba, mientras la voz de Donald atraía al lugar a Peggy Blackton y a su esposo. Éste, que había conseguido rehacerse de la conmoción causada por el golpe que recibió al principio de la

refriega, miró a Aldous por encima de la cabeza de Joanne, y Donald le miró a él. Sus ojos chispeaban sombríamente.

—Todo ha salido bien dijo pero no era el momento más a propósito para llevar de paseo a dos mujeres por estos parajes.

Blackton seguía mirando a Aldous, con Peggy aferrada a su brazo como si tuviera miedo de perderla, y ella fue quien contestó al campero:

—Casi tan apropiado como el que usted eligió para enviarnos recado de que trajésemos a Joanne al sendero dijo con voz temblona.

—¡Nosotros...! —empezó Aldous interrumpiéndose al darse cuenta de un ademán de prevención de Mac-Donald—. Acompañemos a las señoras al pabellón cuanto antes —dijo.

Con Joanne del brazo, abrió la marcha. A retaguardia Donald gruñía entre sus barbas:

—Habrà que hacer algo con esos malos bichos de extranjeros. Se están poniendo las cosas de un modo que una mujer no está ya segura si sale por la noche. Veinte minutos después llegaban a la morada de Blackton. Dejaron a Joanne y a Peggy excitadas como dos cotorras; y luego de haber accedido al deseo de la primera de que Aldous pasase la noche en casa del ingeniero, los dos hombres retrocedieron para acompañar a MacDonald parte del camino de su campamento.

Apenas fuera del alcance de sus oídos, Blackton empezó a mascullar imprecaciones.

—¿Entonces no envió usted el maldito recado? —preguntó—. Aunque no lo ha dicho, me lo figuro.

—No, no enviamos mensaje alguno.

—Y... ¿tenían ustedes, ambos, una razón para que las muchachas no supieran la verdad?

—Una razón poderosa —dijo Aldous—. He de agradecer a Mac el que me tapase la boca en momento oportuno. Por poco lo descubro todo. Y ahora, Blackton, he de hacerle una confidencia, pero antes desearía obtener su palabra de honor de que no repetirá ni una sílaba de cuanto le diga, a nadie... ni a su esposa.

Blackton asintió con la cabeza.

—Hable usted —dijo—. Ya tengo mis sospechas... Le doy palabra de honor de callar. Hable.

Lo más concisamente posible y sin entrar en detalles, Aldous le refirió su cuestión con Quade y los planes de éste para apoderarse de Joanne.

—Esto es obra suya concluyó Le he puesto al corriente, Pablo, para que no se preocupe por Peggy. Los acontecimientos de esta noche le prueban que no iban tras ella, sino de Joanne, que debe ignorar la verdad. Y su esposa también. Voy a ajustarle las cuentas a Quade; cómo y dónde... prefiero no decirlo ahora. Pero... se las ajustaré. Y pronto.

Blackton dejó oír un silbido.

—Trajo la esquila un muchacho —dijo—. Al dármele permaneció fuera, en la oscuridad. No he reconocido a ninguno de los tres hombres que cayeron sobre nosotros, ni tuve ocasión de poder defenderme adecuadamente. Pero, en cambio, Peggy se lleva la palma por su facilidad para dar alaridos. Joanne no pudo ni abrir la boca; a Peggy no la tocaron hasta que empezó a chillar y uno de los individuos la cogió por el cuello. Me habían medio atontado de un garrotazo, dejándome desvanecido. ¡Gran Dios...!

Se estremeció.

—Eran ribereños —dijo MacDonald—. Probablemente algunos de los bateleros de Tomman. Huyeron hacia el río.

Minutos después, cuando Aldous se despedía del campero, éste le repitió en voz baja:

—¿Qué te parece, Johnny?

—¡Qué tienes razón, Mac! —replicó en el mismo tono—. Que no hay más que un camino posible. Joanne, ha de acompañarnos. ¿Vendrás temprano?

—Con el alba, Johnny.

Regresó con Blackton al pabellón, que hasta medianoche estuvo profusamente iluminado, mientras los dos hombres contestaban a un sinfín de preguntas relativas al suceso y Aldous exponía el plan de Joanne y suyo de efectuar un viaje de novios hacia el Norte, viaje que comenzaría al amanecer. Eran más de las doce y media cuando cerraba la puerta de su aposento y sentábase a pensar en el porvenir.

## Capítulo XXII

---

### Hacia el norte

---

En el espíritu de Aldous ya no cabía duda alguna. El atentado que afortunadamente habían conseguido frustrar no le dejaba sino un camino a seguir: no obstante las monumentales objeciones que él mismo había presentado horas antes, debía llevarse a Joanne consigo en su expedición. Comprendía el conflicto que para él representaba, y el ingenio y la habilidad con que tendría que desempeñar su papel. Joanne no imponía a su enlace las restricciones que impusiera a Fitz Hugh.

En el «Coyote», en aquellos instantes que suponían ser los últimos de su existencia, le dijo que «de haber un mañana para ellos» sería suya plena e incondicionalmente, sin reservas. Y... el mañana se convertía en hoy. Era el presente. Joanne, su esposa, yendo a él tal como había prometido. En sus pupilas asomaban el amor y la fe... y una indecible felicidad que ni por un momento pretendió ocultarle. Llenándole de inefable gozo, le daba a la par a entender lo ardua que sería su lucha. Era su esposa: mil detalles, al parecer nimios, le demostraban cuán orgullosa estaba de serlo. Se repetía una y mil veces que Joanne depositaba en él para su custodia cuánto podía dar... ¡y no era su mujer!

La idea le arrancó un gemido y sus uñas se incrustaron en su carne. ¿Podría ocultarle la terrible verdad? ¿No la adivinaría yendo con él al Norte? Y aun dando por supuesto que consiguiera ocultársela hasta la muerte de Fitz Hugh, ¿sería proceder lealmente con ella? Su convicción de que Joanne le abandonaría, tal vez para siempre, en cuanto le dijera que Fitz Hugh vivía, era

absoluta. La ley era inútil en su caso porque tan sólo la muerte —nunca el divorcio— podría devolverle su libertad. Por última vez tomó una determinación para sus adentros. Estaba a punto de hacer lo único, a su juicio, factible. Lo único, además, honorable, porque suponía libertad para ella y felicidad para ambos. Donald MacDonald, que, por su género de vida, tenía una clara percepción del bien y del mal, le había aconsejado que la llevase consigo. Para él era la mejor prueba de lo acertado de su propósito.

Mas, ¿podría evitar que Joanne sospechase? ¿Podría apartar de ella la verdad hasta que fuera llegado el momento de saberla? Precisamente en la necesidad de evitarle toda sospecha de anormalidad estribaba su mayor conflicto. Comparado con él, la importancia de su postrer encuentro con Quade y Fitz Hugh pasaba a segundo término. Entonces sabía lo que pasaría. Mas Joanne... Joanne en las pistas... como su esposa...

Empezó a pasear febrilmente por la estancia, envolviéndose en el humo de su pipa. En varias ocasiones, la rapidez de percepción y la casi mágica facultad de intuir de Joanne habíanle asombrado; y ahora comprendía que en estos mismos atributos y en la agudeza de su penetración femenil estaba su mayor amenaza. Si bien ostensiblemente había dado por buena la explicación de Blackton de la nocturna emboscada, como obra de irresponsables y embriagados bateleros, estaba cierto de que en su fuero interno había interpretado su verdadera significación correctamente, adivinando que el responsable era Quade.

Se acostó, embargado por un no injustificado temor de los enigmas y nuevas complicaciones que podría traer el mañana. Y cuando al fin llegó, su sorpresa y su gozo no tuvieron límites. A juzgar por la apariencia de Joanne, la casi tragedia de la noche antes podía haber sido un sueño. Cuando salió de su aposento para reunirse con él, sus ojos, bajo el resplandor de la lámpara del *hall*, eran estrellas por su timidez, y el colorido de sus mejillas, el de la rosa bañada por el rocío matutino.

—¡Soy tan feliz que lo de anoche me parece una pesadilla! —murmuró devolviéndole su abrazo antes de bajar juntos—. Peggy me preocupará mucho, John. Te lo aseguro. No me explico cómo su marido se atreve a tenerla aquí, entre salvajes de esa calaña. Tú no lo harías nunca, ¿verdad? —y no obstante preguntárselo sellando sus labios con los de él, John siguió creyendo que en el fondo sabía la verdad del ataque de la noche anterior.

Si así era, guardó el secreto durante todo el día. Abandonaron Tête-Jaune antes de la salida del sol con un equipo que MacDonald había reducido a seis caballos. Su exigüidad provocó la primera pregunta de Joanne, porque John le

había hablado de veinte cabezas. Explicó que un equipo mayor haría el viaje más difícil y más lento, pero no le dijo que con seis caballos en lugar de veinte sería menos conspicua la jornada y tendrían mayores facilidades para ocultarse de sus enemigos o rehuirlos, y, si preciso fuera, para huir o perseguir con mayor rapidez.

Se detuvieron y acamparon para pasar la noche en una hoya que arrancó a Joanne exclamaciones de admiración y de contento. Habían llegado a la parte arribeña de la selva y en tres de sus lados la hoya estaba circundada por las áridas y estériles laderas de las montañas. En el centro de la hondonada había un lago alimentado por un arroyuelo que caía en una serie de diminutas cataratas desde los nevados picachos que los rodeaban, a mil pies sobre ellos. Macizos de abetos salpicaban el valle en miniatura sobre el que se extendía un cielo azul esmeralda, y a sus plantas una hierba suave y mullida formaba una alfombra que tachonaban nomeolvides azules y llautes silvestres.

—¡En mi vida he visto nada parecido a esto! —exclamó Joanne saltando de su silla con ayuda de Aldous.

Al tocar sus pies al suelo lanzó un grito y se desplomó en sus brazos.

—¡Estoy derrengada...!, ¡derrengada para siempre! —se lamentó riendo—. ¡John! No puedo tenerme en pie. Lo digo de veras.

El viejo Donald rezongaba en voz baja acercándose:

—Mucho más derrengada estará mañana dijo para consolarla —y pasado mañana aún será peor, y luego... empezará a acostumbrarse, señorita Joanne.

—Señora Aldous, Donald —reprendió suavemente—. O si lo prefiere... Joanne a secas.

Sin darse cuenta, Aldous la estrechó contra sí con tal violencia que le hizo dar un respingo.

—¡Por favor! —protestó—. ¡Tienes brazos de hierro, John!

MacDonald dio media vuelta con una maliciosa mueca y comenzó a desenfardar. Joanne le miró con el rabillo del ojo y ofreció luego sus labios a John, quien no solamente los aceptó, sino que habría repetido una y mil veces, a no escapar ella de entre sus brazos para correr hacia Pinto, el hatero, y empezar a desatar el lebrillo que coronaba el fardo.

—¡Manos a la obra, John Aldous! —ordenó.

MacDonald había acampado anteriormente en la hoya y encontró mástiles ya cortados, a propósito para la tienda de campaña, secos y ligeros. Joanne los contempló mientras la erigían; asomóse a su interior una vez terminada y gritó llena de alborozo:

—¡Es el hogar más simpático que he tenido, John!

Luego se abismó en faenas domésticas con un entusiasmo que era fuente constante de admiración para él. «Tomó posesión» de ollas, sartenes y escalfadores y no tardó en hacer patente a Donald y a John que si durante la marcha era su más dócil subordinada, al acampar tomaba el mando en absoluto. Mientras ellos ponían el equipo en orden, apeaban los caballos y encendían la hoguera, ella rebuscaba en las enjalmas y hacía inventario de sus provisiones. Hacía ir al veterano Donald de la Ceca a la Meca con una perentoria, autoridad que deleitaba al campero. Arremangándose hasta el codo los niveos brazos amasó galleta en lugar del habitual pan sin levadura a que estaban acostumbrados; reclamó de Aldous agua del lago y leña seca a Donald. Tenía las mejillas arreboladas y los ojos chispeantes de alegría. El cazador sentíase rejuvenecido y obedecía como un chiquillo; Aldous le sorprendió en cierto momento mirándola con peculiar intensidad, que le hizo pensar en otros ya remotos tiempos, otros campamentos, otra mujer... como Joanne.

Pensando en que era su primera acampada, MacDonald se había procurado unos filetes de solomillo conservados en hielo dentro de un escalfador. Cuando se instalaron para cenar, Joanne daba frente a una lejana sierra coronada de nieve que se destacaba nítida en el horizonte, y los postreros rayos del sol reflejados por las laderas de las montañas del Este encendían con destellos cobrizos y dorados sus cabellos. En el transcurso del yantar, sus miradas se detuvieron en los lejanos heleros. Aldous observó que concentraba en ellos su atención; de pronto señaló con un ademán.

—Sobre la nieve de aquella montaña veo algo en movimiento —gritó con cierta excitación Algo que se dirige apresuradamente hacia la cresta... casi tocándola... ¿Qué es?

Aldous y MacDonald miraron en la indicada dirección. A más de una milla, destacándose en la línea del horizonte, algo pequeño y oscuro se movía sobre la superficie nevada.

—No es una cabra dijo MacDonald —porque las cabras de por aquí son blancas y no podríamos distinguirla sobre la nieve. No es una bicerra, porque es demasiado oscura y va muy lentamente. Debe de ser un oso, pero ¿qué diablos busca un oso por esas alturas? No me lo explico.

De pronto se precipitó hacia los fardos y sacó su catalejo.

—Un grizzly —murmuró Joanne, muy excitada—. ¿Será acaso un grizzly, John?

—Es muy posible —contestó—. En estos parajes es lo más probable, por ser tierra de *grizzlies*<sup>[18]</sup>. Si nos damos prisa, aún podrás verlo con el antejojo

de Mac.

Éste estudiaba ya el objeto de su interés con el instrumento.

—Es un oso declaró.

—¡Oh! ¡Por favor! ¡Déjeme verlo! —suplicó Joanne.

El negruzco semoviente rebasaba ya la línea del horizonte. Unos segundos más y se perdería de vista. Mac-Donald continuaba con el ojo pegado al catalejo, como si ni hubiese oído a Joanne. Hasta que desapareció el presunto oso no desplegó los labios.

—La luz es, pésima y no habría visto nada —dijo—. Ya tendrá ocasión de satisfacer su capricho y ver *grizzlys* en abundancia más adelante.

Cambió con Aldous una significativa mirada y durante el resto del yantar pareció desasosegado e inquieto, comiendo con inusitada celeridad. Al terminar, se puso en pie y tomó su anticuado rifle.

—Por los alrededores de esta hoya hay caza, Johnny —dijo y Joanne nos armaría un escándalo si no la surtimos de carne fresca. Voy a intentarlo. Probablemente no estaré de vuelta hasta ya anochecido.

Aldous comprendió que no lo había dicho todo y, con el pretexto de acompañarle, se alejó algunos pasos del campamento.

—¡Cuidado, John, cuidado! —advirtió en efecto Mac-Donald en voz baja—. Voy a echar una ojeada al valle contiguo y no regresaré hasta ya entrada la noche. No era ni una cabra, ni una bicerra, ni un oso. ¡Era un bípedo...! ¡Era un bípedo...! ¡Era un hombre, Johnny, y estaba allí vigilando esta pista o dejo de ser quién soy! Quizá se nos adelantó anoche, quizás estaba aquí cuando ocurrió todo. Sea como quiera, abre el ojo, mientras yo exploro estas cercanías.

Sin más, emprendió la marcha en dirección a las nevadas crestas, y durante algunos instantes Aldous quedó contemplando la talluda y pintoresca figura hasta verla desaparecer tras un macizo de abetos. In mente se decía que estaban en tiempo de veda y que no era, por lo tanto... un cazador o un trampero lo que habían visto en los heleros. Dadas las circunstancias, no cabía más que una conclusión posible. Aquel individuo estaba allí por orden de Quade o de Fitz Hugh o de ambos, e inadvertidamente se había delatado a sí mismo.

Fue hacia Joanne, que ya recogía los útiles de la cena. La oía cantar alegremente y al verle se llevó la mano a los labios y le envió un beso. Su corazón se encogió en el pecho al sonreír devolviéndole el cariñoso ademán. Luego se acercó a ella. ¡Qué esbelta y grácil aparecía, aureolada por el sol poniente! —pensó—. Y ¡qué desvalida...! ¡Qué absolutamente desvalida se

hallaría en caso de acaecerle algo a él o a MacDonald! Con un esfuerzo desechó la idea de su mente. Poniéndose de rodillas, ayudó a Joanne a secar platos, cazuelas y demás utensilios de menaje y después, armándose de una segur, le enseñó la forma de improvisar una yacija. Fue una experiencia nueva y deleitosa para Joanne.

—Cuando las hay, lo mejor son las ramas de balsamina —explicó deteniéndose ante dos arbustos—. Mira, esto es cedro, y esto balsamina. Fíjate en que las ramas del primero son espinosas y agudas como agujas por todos sus lados. En cambio, las de balsamina están aplanadas y son blandas. Constituyen el mejor lecho que puede desearse en el Norte, salvo el musgo. Y... aun así, esto tiene que secarse antes.

Durante quince minutos fue cortando los brotes tiernos de las ramas de balsamina y Joanne, cogiéndolos en un brazado, los llevó a la tienda. Acompañóla John y le enseñó la forma de hacer la yacija, estrecha, pero blanda y mullida. Cuando hubo remetido la última manta, dijo:

—Estarás todo lo cómoda posible.

—¿Y tú, John? —preguntó arrebolándose deliciosamente—. No he visto que hayáis traído otra tienda para Donald y para ti.

—En verano solemos dormir al raso —dijo—. Envueltos en las mantas.

—Pero... ¿y si llueve?

—Nos resguardaremos bajo las balsaminas o los abetos o un cedro frondoso.

Algo después se acomodaron junto a la fogata. La noche caía rápidamente. Las distantes crestas nevadas se convertían en fantasmagóricas alburas, destacándose en la oscuridad. Por aquellas sierras. Donald MacDonald debía de estar al acecho.

Joanne puso ambas manos sobre sus hombros.

—¿Sientes mucho... mucho... el haberme dejado venir, John?

—No te dejé venir —replicó él riendo y atrayéndola hacia sí—. Viniste tú.

—Bueno, pero ¿ro sientes?

—No.

Era deliciosamente grato el sentir sus exquisitos labios contra los suyos, el estremecerse bajo la caricia de sus delicadas manos, ver sus pupilas proclamando su amor y su ventura. Muy juntas las cabezas, Aldous pasaba suavemente su mano por el cabello, mientras sus ojos, por encima de ella, escudriñaban la creciente negrura de los macizos de cedros y pinos. Joanne había apilado leña en la hoguera y su resplandor los hacía destacar peligrosamente. Con una de sus manos seguía Joanne acariciando su mejilla.

—¿Cuándo volverá Donald? —preguntó.

—Ya será tarde replicó, preguntándose qué sería lo que acababa de hacer rodar una galga por la vecina ladera Habrá cazado hasta el crepúsculo y tal vez espere la salida de la luna para emprender el regreso.

—¡John!

—¡Querida! —Mentalmente midió la distancia a que estaban del grupo de árboles más próximos, entre ellos y la montaña.

—Vamos a armar una gran fogata y a sentarnos en las lonas de las enjalmas.

Aldous continuaba con la vista clavada en los árboles, calculando lo que un hombre armado de un rifle o un revólver podía hacer a tan corto alcance. Presentaban un blanco excelente. ¡Y MacDonald a varias millas de ellos!

—A propósito de la fogata —dijo deberíamos apagarla, Joanne. Hay varias razones que lo hacen recomendable. Entre ellas, que el humo espantará la caza que pueda haber en los alrededores.

—Comprendo, John —replicó brevemente con un leve temblor en la voz—. No me acordaba... apaguémosla.

Minutos después no quedaban más que algunas mortecinas ascuas de la llameante hoguera. Aldous había extendido en tierra las lonas que servían para recubrir los fardos y se sentó, apoyado de espaldas en un árbol. Joanne se arrebujó a su lado.

—Se está mucho mejor a oscuras —murmuró; luego echó los brazos al cuello y besó una mano—. ¿No te avergüenzas un poquito de mí, John?

—¡Avergonzarme! ¡Gran Dios...!

—Porque —interrumpió— haciendo tan poco tiempo que nos tratamos me he comportado contigo como si nos hubiésemos conocido siempre. Ha sido todo tan encantadoramente repentino y extraño... y me siento todo lo feliz que una mujer puede sentirse. ¿No me crees descocada por decir estas cosas a mi marido, John, aun cuando haga tan sólo tres días que le conozco?

Su respuesta fue estrujarla con tanta violencia que, por un instante, quedó sin aliento contra su pecho, La sangre hervía en sus venas. La completa, la absoluta rendición de Joanne le infundía un valor extraordinario, un valor que le impulsaba a levantarse y lanzar un reto a todos los Quade y Culver Rann que pudieran estar al acecho en las tinieblas. Durante un buen rato la tuvo entre sus brazos, en completo mutismo, escuchando ambos el alegre tumulto de sus corazones y los diversos ruidos de la plácida noche.

Era su primer momento de soledad, de total renunciación de cuanto no fuese ellos mismos; para Joanne, la hora sacramental de su consorcio; para él,

la primera de completa posesión y conocimiento. En aquella hora sus almas se fundieron en una y cuando, al fin, se pusieron en pie y la luna asomó por una escotadura de la montaña bañándolos con su argentina luz, el rostro de Joanne tenía una expresión de ternura y de triunfo que hizo pensar a Aldous en los ángeles.

La acompañó a la tienda y encendió su vela; se despidió luego de ella con un beso final.

Cuando hubo anudado el faldón, empuñó el rifle y se sentó con él sobre las rodillas, a la sombra de un abeto, a esperar, alerta, el regreso de Donald MacDonald.

## Capítulo XXIII

---

### ¿Realidad o sueño?

---

Una hora después de haberse recluido Joanne en la tienda, Aldous proseguía su silenciosa y alerta vigilia. Desde su apostadero dominaba parte de la hoya iluminada por la luna y el trecho descubierto entre el campamento y el grupo de abetos situado entre ésta y la montaña más próxima. Luego que Joanne hubo apagado su vela, le pareció que se acrecentaba su soledad. Los apeados caballos se habían alejado un centenar de yardas y solamente a intervalos le llegaba el ruido de una patada o el chocar de las herraduras contra alguna piedra. Parecíale imposible que pudiera acercarse nadie sin que la vista o el oído le diera un aviso inmediato; causóle, en consecuencia, un violento sobresalto MacDonald al presentarse ante él a veinte pasos de distancia. Con una exclamación de asombro se puso en pie y acercóse.

—¿Cómo diantre has venido? —preguntó.

—¿Dormías, Johnny?

—Estaba despierto y alerta.

El veterano campero rezongó:

—Cuando llegué a ese macizo de árboles parecía todo tan quieto, que temí hubiese ocurrido algo —explicó Por eso me escurrí, Johnny.

—¿Viste algo sospechoso en la sierra? —interrogó ansiosamente Aldous.

—Hallé huellas de pasos sobre la nieve y, al llegar a la cima, noté olor de humo, pero no pude ver fogata alguna. Ya era de noche. —MacDonald señaló con la cabeza la tienda—. ¿Duerme, Johnny?

—Así lo creo. Debe de estar muy cansada.

Se retiraron a la sombra de los abetos. Fue un movimiento simultáneo de cautela, y ambos, sin enunciar sus pensamientos, comprendieron el significado de la acción. Era la primera oportunidad, desde la noche anterior, que tenían de poder hablar a solas; MacDonald lo hizo en voz baja y apagada.

—Quede y Culver Rann no han omitido detalle, Johnny —dijo Dejaron gente en Tête-Jaune y destacaron a alguien para vigilarnos. En vista de ello he concebido un plan... un plan simple y de muy escaso sentido común tal vez, pero... de excelentes resultados en ciertos casos.

—¿De qué se trata?

—Cuando veas algo que no sea un oso, ni una cabra, ni una bicerra... no esperes a averiguar qué es. ¡Dispara! —dijo Mac.

Aldous sonrió fríamente.

—Si tenía alguna idea de caballerosidad o de nobleza, la perdí anoche, Mac dijo Estoy resuelto a disparar a quemarropa.

MacDonald gruñó satisfecho.

—Procediendo así, no podrán con nosotros, Johnny. No son vulgares matones, sino ruines por añadidura, y si pudiesen presentarse en nuestro campamento sonrientes y amistosos y acogotamos por la espalda, lo harían sin la menor compunción. No sabemos quién va con ellos, por lo que si alguien se presenta inopinadamente, suéltale un tiro. Al fin y al cabo, en estas montañas no puede andar nadie más, de manera que no hay temor de equivocarnos. ¿Ves ese macizo de abetos?

El campero señaló hacia un grupo de árboles situado a cincuenta yardas allende la tienda, en dirección al lago. Aldous asintió.

—Me instalaré allí —prosiguió—. Tú quédate donde estabas y pondremos la tienda entre los dos. ¿Comprendes el sistema, Johnny? Si nos hacen una visita durante la noche, los cogeremos entre dos fuegos, y al amanecer... unas fosas están pronto excavadas.

Bajo las estoras de los abetos enanos, Aldous tendió sus mantas minutos después. Se había propuesto no dormir y durante varias horas permaneció alerta y vigilante, fumando a intervalos con el rostro casi pegado al suelo para que el olor del tabaco, quedando adherido a la tierra, no le delatase. La luna fue elevándose hasta quedar casi directamente sobre su cabeza; inundaba el valle de un dorado esplendor que Joanne habría visto con deleite. Luego empezó a declinar hacia el Oeste, lentamente en un principio, más aprisa después, atenuándose su brillantez. Antes de que se ocultase consultó su reloj. Eran las dos menos cuarto.

Al acentuarse la oscuridad, le fue más penoso permanecer despierto. Sus párpados se cerraban a su pesar. Cedía al sueño por breves momentos y luego reaccionaba, pero cada vez se hacían más largos los intervalos de sopor hasta que, finalmente, se quedó dormido. No obstante, su conciencia seguía en guardia, y una hora después pugnaba por penetrar las brumas de su cerebro y despejarlas, urgiéndole a que se despertase. Se incorporó bruscamente empuñando el rifle. Un búho ayeaba en tono menor y gritó cuatro veces. Contestó, y segundos después MacDonald salió, como una sombra más de entre las sombras. Aldous fue a su encuentro y notó que sobre las montañas del Este el cielo comenzaba a adquirir tintes grisáceos.

—Son más de las tres, Johnny —dijo MacDonald—. Enciende fuego y prepara el desayuno. Si Joanne pregunta por mí, dile que he marchado rastreando otra bicerra. Hasta que sea de día voy a atisbar desde ese grupo de árboles de acá arriba. Dentro de media hora amanecerá.

Se encaminó al lugar que indicaba y Aldous recogió material para la fogata, cuidando de no despertar a Joanne. Cuando fue al lago a buscar agua, el fuego chisporroteaba alegremente. A su regreso observó que Joanne había encendido la vela. Cinco minutos después apareció y disipó con sólo su presencia las fatigas e incomodidades de su noche de vigilia. Nublaba aún sus ojos un resto de sueño al tomarla en brazos y besarla, mas estaba deliciosamente activa y contenta y feliz. En una mano traía un peine y un cepillo en la otra.

—Has dormido como un leño —díjole riendo—. ¿Tuviste malos sueños, mujercita?

—Al contrario, uno solo y agradabilísimo, John —replicó tiñéndose de un vivo carmín sus mejillas.

Destrenzó las tupidas matas de cabello y peinólas a la luz de la hoguera, mientras Aldous cortaba las tiras de tocino ahumado. Algunas de ellas fueron de extrema delgadez en tanto que otras parecían tarugos, porque resultaba imposible concentrar su atención en la tarea teniendo tan cerca a Joanne, casi envuelta en el maravilloso manto de sedeña contextura. Sin darse cuenta, reapareció su antigua costumbre de silbar, mientras ella se trenzaba de nuevo las guedejas; bañóse luego el rostro en el agua glacial que le había traído del lago y emergió del baño como una esplendorosa náyade, de ojos chispeantes, mejillas encendidas y purpurinos labios. Húmedos mechones se adherían a su cara y cuello. Aldous, al detenerse embelesado en sus labores, se preguntaba si MacDonald los estaría observando desde su puesto. El tocino amenazaba

carbonizarse cuando su crepitar llamó la atención de Joanne, quien corrió a salvarlo.

A los primeros fulgores matutinos sucedió un rápido amanecer por el Este, pero MacDonald no volvió al campamento hasta que la visibilidad fue completa. El desayuno estaba a punto y, una vez consumido, el veterano campero fue a preparar los caballos. Eran las cinco y comenzaban los primeros rayos de sol a trasponer las cimas de las sierras, cuando montaron y emprendieron la marcha de nuevo.

Aldous fue a la cabeza del equipo, en su jornada valle arriba, casi todo el día. So pretexto de otear posible caza, MacDonald se había adelantado, tanto que sólo dos veces en toda la tarde estuvo a la vista. Cuando hicieron alto para la nocturna acampada, su caballo parecía exhausto y él mismo presentaba inequívocas señales de tremendo esfuerzo físico. Aldous no podía interrogarle ante Joanne. Esperó. Y MacDonald, por su parte, se encerró en extraño mutismo.

En aquella segunda noche se confirmó la predicción de Mac respecto a Joanne. Le dolían todos y cada uno de los huesos de su cuerpo y estaba tan cansada que no opuso la menor resistencia a acostarse en cuanto anocheció.

—Siempre ocurre lo mismo —la consoló MacDonald al despedirse—. Mañana empezará a estar entrenada, y dentro de un par de días ni se acordará de que tiene huesos.

Fue cojeando hacia la tienda mientras John la sujetaba por la cintura. Mac esperó pacientemente su regreso, y, ya reunidos, sentáronse juntos y encendieron sus pipas antes de empezar la conversación.

—Esta noche no podemos dormir los dos a la vez, Johnny —dijo—. Tendremos que turnar montando guardia.

—¿Has descubierto algo hoy?

—No. Es precisamente lo que no he descubierto lo que importa. En el valle, de montaña a montaña, no había una sola huella, Johnny. No han cruzado por aquí. Y, por lo tanto, quedan dos alternativas. O están detrás de nosotros o DeBar ha tomado otra pista hacia el Norte. De momento no hay gran peligro al frente, porque entramos en el mayor sistema de cordilleras existente hasta el Yukón. Si Quade y Rann estuviesen en el valle contiguo no podrían salvar las montañas para alcanzarnos. Quade, con toda su corpulenta humanidad, necesita tres días para escalar la cordillera a nuestro oeste, si consigue escalarla. Van derechos al oro por otra pista o están detrás de nosotros... O acaso ambas cosas.

—¿Cómo ambas cosas? —preguntó Aldous.

—Dos partidas —aclaró MacDonald aspirando fuertemente su pipa—. Si tenemos un equipo detrás es que estaba oculto en la selva, allende los heleros, y nos pisa los talones en estos momentos. Entre tanto, Culver Rann o Fitz Hugh, como tú quieras llamarle, adelanta terreno con DeBar. Quade quizá va con ellos y quizá no. Sea como fuere, lo más probable es que en nuestro seguimiento haya un equipo con órdenes terminantes tuyas de rebanamos el pescuezo y apoderarse de Joanne.

Durante todo aquel día una idea había estado inquietando a Aldous. Se decidió a enunciarla.

—Mac, ¿estás seguro de poder ir al Valle del Oro sin DeBar?

Donald le miró fijamente por más de medio minuto y su voz salió exultante de entre la enmarañada espesura de su barba.

—¡Johnny! —dijo—. Soy capaz de ir más en línea recta y más aprisa que DeBar. Ahora sé por qué no conseguí encontrarlo antes. El mestizo no hizo nada más que completar mis informes. Tengo el camino grabado en el cerebro con la claridad y exactitud de un plano, Johnny. Hace cinco años estuve a diez millas escasas de la caverna... ¡y lo supe!

—Y ¿podríamos llegar al Valle antes que ellos?

—Podríamos... a no ser por Joanne. Ahora promediamos veinte millas diarias. Solos cubriríamos treinta.

—¡Si consiguiésemos aventajarlos! —exclamó Aldous apretando los puños—. ¡Si lo consiguiésemos, Donald, lo demás sería fácil!

Mac Donald puso una pesada mano sobre su rodilla.

—¿Recuerdas lo que me dijiste, Johnny que querías jugar limpio y no aprovechar ventajas? Ahora no piensas lo mismo, ¿eh?

—No, ahora pienso como tú, Donald. Es cuestión de...

—¿Disparar a quema ropa?

—Sí.

Aldous se levantó de su asiento.

—Acuéstate, Mac —dijo—. Después del día que has llevado debes de estar rendido. Yo montaré la primera guardia. Me emboscaré a unas cincuenta o sesenta yardas del campamento y si recibimos alguna visita antes de las doce..., el gusto será mío.

Quince minutos escasos después de ocupar su puesto, MacDonald estaba ya dormido, Aldous, no obstante la vigilia de la noche anterior, sentíase singularmente despierto. Invadía un curioso presentimiento de la inminencia de algún suceso. Mas pasaron las horas, la luna iluminó de nuevo el valle, los caballos pacieron sin alarma y no ocurrió nada. Había proyectado no

despertar a Donald a las doce, pero éste se despertó por sí mismo y vino a relevarlo antes de la hora. Desde entonces hasta las cuatro, Aldous durmió el sueño de la muerte. Al abrir los ojos notablemente descansado, vio en la tienda el resplandor de la vela de Joanne y que Donald encendía la fogata. Esperó a la joven y acompañóla al arroyuelo contiguo al campamento, en el cual ambos bañaron el rostro en el agua de las nieves montaraces. Joanne había dormido profundamente ocho horas y estaba fresca y alegre como un pájaro. Apenas cojeaba y su impaciencia por reanudar la marcha era pueril.

Al comenzar la jornada por el valle, con el sol matutino transformando las altísimas sierras coronadas de nieve en un paraíso de cálidos colores, Aldous se preguntaba si era en realidad posible que los amenazasen tan serios peligros. No comunicó a MacDonald su pensamiento. No confesó que estaba a punto de creer que el individuo que había divisado en la cresta nevada era simplemente un cazador o un trampero de regreso a su campamento en otro valle y que la celada de Tête-Jaune sería el primero y único esfuerzo de Quade por apoderarse de Joanne. Si unas horas antes, inexplicablemente, esperaba un casi inmediato ataque, ahora iba acrecentándose por momentos su creencia de que Quade, hasta cierto punto, se eliminaba de la situación. Sin que esto quisiera decir que no estuviese con Mortimer Fitz Hugh y que no fuese un formidable y peligroso enemigo al que había que tener en cuenta en el cómputo final.

Mas, como inmediata amenaza para Joanne, Aldous se inclinaba a temerle menos cuanto más tiempo pasaba. La joven y el día mismo eran suficientes para desvanecer sus sospechas. En ciertos trechos podían dominar millas de terreno al frente y detrás, y Joanne era un portento cada vez que le miraba. Sin cesar iba indicándoles a MacDonald y a él las maravillas de la Naturaleza. Cada loma y cada valle contenían una nueva sorpresa para ella; en los anfractuosos riscos veía almenas y torreones y fortalezas de fantásticos príncipes y reyes. Su mente era una asombrosa orgía de imaginación, sorpresa y contento. Y a pesar de la gravedad de la empresa, hasta MacDonald se sorprendió regodeándose en su espíritu y riendo y charlando con ellos al internarse hacia el Norte.

Estaban entrando en un verdadero paraíso del cazador. Por vez primera vio Joanne los puntitos blancos semovientes en las altas mesetas y laderas, que Mac le dijo ser cabras monteses. Por la tarde vieron *bicerras*<sup>[19]</sup> paciando en una ladería, a media milla de distancia, y Joanne las contempló con el catalejo durante más de diez excitados minutos. Dos veces cruzó la pista ante ellos el caribú, en los abertales. Pero hasta que el sol comenzó a declinar

hacia el Oeste no consiguió Joanne ver lo que durante todo el día estuvo buscando en vano por los flancos de las montañas. MacDonald se había detenido súbitamente haciéndoles indicación de avanzar. Cuando llegaron a su nivel señaló hacia un verdeante declive, a doscientas yardas al frente.

—Ahí tiene usted su grizzly, Joanne —dijo.

Un animal enorme, de pelaje cobrizo, iba amblando lentamente a lo largo de la cima, y a su vista Joanne dejó escapar un grito de excitación.

—Está buscando *gophers*<sup>[20]</sup> —explicó MacDonald—. Por eso parece no tener prisa. Los osos son cortos de vista y no pueden vernos, mas si el viento fuese favorable nos olfatearía a media milla de distancia.

Al hablar descolgaba su rifle del arzón. Joanne se le acercó y le puso una mano sobre el brazo.

—¡No tire...! ¡Por favor, no tire! —suplicó—. He visto leones y he visto tigres... y son traidores. Pero los osos tienen un no sé qué, como los perros, que los hace simpáticos. Comparado con ellos, el león no es el rey de las selvas. ¡No tire!

—No tiraré —rezongó el campero—. No hago sino prepararme para saludarle como se merece, caso de que venga a visitarnos, Joanne. No sé si usted sabe que el grizzly es el animal más temerario del mundo; no le asusta absolutamente nada y cuando se enfurece es peor que una explosión de dinamita. ¡Vea...! ¡Cruza la divisoria...!

—Nos habrá venteado —dijo Aldous.

Prosiguieron su camino. El rostro de Joanne tenía el colorido del sol poniente. Acamparon dos horas antes del crepúsculo y MacDonald anunció que, según su cálculo, habían cubierto más de veinte millas en la jornada. Se tomaron las mismas precauciones que en anteriores acampadas y las largas horas de vigilia pasaron con igual monotonía. El siguiente día vino a confirmar aún más la sensación de inmunidad de Aldous respecto a posibles agresiones de Quade, y aquella noche, cuarta de su expedición, confesé, a MacDonald sus pensamientos.

El campero guardó absoluto silencio durante su relato, así como después, fumando tranquilamente. Luego dijo:

—Tal vez tengas razón, Johnny. Si nos vinieran a la zaga, lo más probable es que hubiesen intentado algo antes de ahora. Pero no es buena norma en las montañas el ser incauto. Hemos de seguir alerta.

—De acuerdo, Mac —asintió Aldous—. No podemos permitirnos relajar nuestra vigilancia ni un minuto. Así y todo, me siento más tranquilo. ¡Si consiguiésemos llegar antes que ellos!

—Si Quade es de la partida, tenemos probabilidades de lograrlo —dijo, pensativo, MacDonald—. Es ponderoso, Johnny, con esa clase de pesadez que no resiste a la montaña, carne de *whisky*, la llamo yo; Culver Rann no pesa ni la mitad y es de acero. Quade les resultará una rémora. Joanne..., ¡Dios la bendiga...!, está portándose como una heroína, Johnny.

—Y estamos a más de la mitad de la jornada.

—Hoy es el cuarto día. Si no me equivoco, podremos efectuada a lo sumo en diez, acaso en nueve —dijo Donald Hemos entrado en la parte de las Rocosas que son realmente montañas, y las cordilleras no están muy quebradas. Tenemos buen camino hasta el final.

Aldous durmió aquella noche de ocho a doce. En la siguiente, la quinta, su vigilancia fue de medianoche al amanecer. La creencia de que no tenían enemigos zagueros fue convirtiéndose en certidumbre al pasar la sexta y séptima noches sin novedad alguna. Mas no por eso relajaron los dos hombres su vigilancia.

Amaneció el octavo día y nueva excitación se apoderó de Donald MacDonald. Joanne y Aldous notaron sus esfuerzos por reprimirla, mas no escapó a su perspicacia. Sé aproximaba al teatro de las trágicas escenas de antaño y el veterano estaba a punto de obtener el premio de una búsqueda proseguida incansable y fielmente durante los veranos e inviernos de cuarenta años. Su mutismo fue casi absoluto. En sus ojos brillaban extraños fulgores, y su voz, en las escasas ocasiones en que habló a Aldous, era ronca y tensa.

—Mañana llegaremos, Johnny —dijo una vez—. Probablemente al ponerse el sol.

Acamparon temprano y Aldous se envolvió en su manta cuando Joanne apagó la vela en la tienda. Viendo que no conseguía conciliar el sueño, relevó a Donald a las once.

—Aprovecha para descansar todo lo posible —le dijo—. Mañana será un día de prueba para ti... al ponerse el sol.

Había muy poca luna, pero las estrellas fulgían rutilantes. Encendió su pipa y con el rifle bajo el brazo empezó a pasear lentamente por las cien yardas de meseta en que estaba asentado el campo. Al instalarse habían encendido la fogata junto a un tronco seco que se convirtió pronto en una verdadera ascua, sin llamear. Finalmente se sentó de espaldas a una roca a cincuenta pasos de la tienda de Joanne. La noche era deliciosa: el aire puro y fresco. Se echó hacia atrás, hasta tocar con la cabeza el peñasco, y se dejó vencer por la fatal tentación de cerrar un minuto los ojos: cedió al sueño que se le había evadido durante las primeras horas de la noche. Estaba sumido en

un sopor que le insensibilizaba contra los ruidos y movimientos de la noche, cuando un penetrante grito rasgó la semiinconsciencia de su cerebro como la punta de una daga. Un segundo después estaba de pie.

Iluminada por el resplandor del encendido tronco, Joanne apareció ante él, envuelta en una blanca bata. Le pareció al verla que se tambaleaba, con las manos crispadas sobre el pecho, y los ojos desmesuradamente abiertos, mirando hacia las sombras con inconfundible terror. Se abalanzó a ella en tanto que MacDonald salía también de la oscuridad. Con un agudo grito, la joven se precipitó en brazos de Aldous, temblando y sollozando convulsivamente.

Lívido el semblante, chispeantes los ojos como ascuas de la cercana hoguera, Donald quedó un paso detrás de ellos empuñando el rifle.

—¿Qué pasa, Joanne? —gritó Aldous—. ¿Qué te ha sobresaltado?

—Es... ha debido de ser... una pesadilla... —balbuceó—. Me... espanté... porque era terrible... Lo siento mucho, John... No sabía ni lo que estaba haciendo...

—Mas... ¿qué fue, querida? —insistió Aldous.

MacDonald se había acercado a ellos. Joanne levantó la cabeza.

—Déjame volver a la tienda, John. No ha sido sino un sueño; mañana te lo contaré... de día... cuando haga sol.

La tensa y alerta actitud de Donald intrigó profundamente a Aldous.

—¿Cuál fue ese sueño? —apremió.

Con un escalofrío de terror miró a ambos hombres y dijo lentamente:

—El faldón de la tienda estaba levantado. Creí no dormir. Me parecía ver el resplandor de la fogata... pero fue un sueño... un sueño terrible, porque al mirar afuera... vi un rostro... un rostro iluminado por las ascuas... lívido..., siniestro... y, ¡oh terrible aparición!, ¡era su rostro!

—¿El de quién?

—El de Mortimer Fitz Hugh —balbuceó.

Solícitamente, Aldous la llevó hacia la tienda.

—En efecto, fue una pesadilla desagradable, querida —dijo consolándola. Intenta reanudar el sueño. Has de estar lo más descansada posible mañana para proseguir nuestro camino.

Cerró el faldón tras ella y volvió junto a MacDonald. Mas el veterano campero había desaparecido. Transcurrieron diez minutos antes de que saliese de nuevo de la oscuridad. Se encaró con Aldous.

—¡Johnny! ¡Te quedaste dormido!

—Me temo que sí, Mac... unos instantes.

La mano de MacDonald estrujó su brazo.

—Unos instantes, Johnny... en los que perdiste la mejor oportunidad de tu vida.

—¿Qué quieres decir?

—Que no fue un sueño, Johnny —replicó el campero con acento gutural y temblón que Aldous jamás había oído en sus labios—. ¡Mortimer Fitz Hugh ha estado en el campamento esta noche!

## Capítulo XXIV

---

### La entrada del valle

---

El positivo aserto de Donald MacDonald de la presencia de Fitz Hugh en el campo y de que la visión de Joanne no había sido sueño sino realidad, arrancó a Aldous un respingo de asombro y de duda. Antes de que se rehiciera del sobresalto, Mac contestó a su no formulada pregunta:

—Desperté más aprisa que tú, Johnny —dijo—, cuando ella acababa de salir de la tienda y oí algo que corría por entre la maleza. Pensé que tal vez fuese algún oso y no me moví hasta oírle gritar tu nombre y tú te incorporaste. Si hubiera visto un oso al resplandor de la hoguera no lo habría confundido con Fitz Hugh, ¿verdad? Es posible, pero no es probable, si bien reconozco lo extraño que resulta que viniese solo al campamento. Nos incumbe vigilar más que nunca hasta el amanecer.

—Solo no habría venido —expuso Aldous—. Apartémonos de la fogata. Si estás en lo cierto, no debe andar lejos la cuadrilla entera.

—Es lo más raro —contestó MacDonald—. Le oí correr lo menos cien yardas. ¿Por qué no cayeron sobre nosotros, teniendo ocasión propicia?

—Confiemos en que haya sido un sueño —replicó Aldous—. Si Joanne realmente soñaba con Fitz Hugh y medio despierta vio algo inesperado, no sería difícil que imaginase el resto. Así y todo... estaremos alerta. ¿Vuelvo a mi apostadero?

Donald asintió con la cabeza y ambos hombres se separaron y patrullaron durante dos horas por la oscuridad, atentos al menor ruido sospechoso. Cuando amaneció, Aldous volvió al campamento a despertar a Joanne y

preparar el desayuno. Estaba ansioso por saber el efecto que le habría causado el incidente. Su apariencia le tranquilizó. Al referirse al sueño y a la forma en que se había presentado ante él durante la noche, un vivo carmín tiñó sus mejillas. Las besó hasta aumentar su rubor y obligarla a ocultar el rostro en su cuello.

Luego murmuró a su oído unas palabras que hicieron asomar la púrpura a su propio semblante.

—Eres mi esposo, John, y no creo tener que avergonzarme de que me hayas visto descalza. Mas... John... me «has hecho» avergonzar... y... ¡soy tu mujer!

La oprimió contra su pecho para que no pudiera ver su rostro.

—Quería demostrarte... hasta dónde llega mi amor —murmuró sin saber apenas lo que decía—. Joanne querida...

Una blanca mano selló sus labios.

—Lo sé, John —interrumpió con dulzura—, te amo doblemente por ello y estoy orgullosa de ti... ¡no sabes cuánto, John!

Acogió con alegría la inesperada llegada de Donald; Joanne escapó de entre sus brazos y entró en la tienda.

El semblante del campero apareció hosco y sombrío.

—¡Buena oportunidad perdiste, Johnny! —gruñó—. He hallado el atadero del caballo. Las huellas conducen a un gran desprendimiento de rocas que abre un paso en la cordillera oeste. Quienquiera que fuese, ha pasado ya al otro valle. ¡Dios me valga, Johnny, pero no lo entiendo! ¡No lo entiendo! ¿A qué y por qué ha venido Faz Hugh «solo» y «a caballo»? ¡No habría creído capaz de hacerlo ni al mismísimo demonio!

No dijo más, y alejóse para abreviar los apeados caballos, dejando al asombrado Aldous que terminase los preparativos del desayuno. Joanne reapareció poco después y le ayudó; a las seis estaban ya en disposición de comenzar la jornada. Mientras ajustaban la última ata dura de fardos, Donald dijo en voz baja a Aldous.

—Hoy puede acontecer... cualquier cosa. Calculo que llegaremos a nuestro destino al ponerse el sol. Y lo que no ocurra allí puede ocurrir por el camino. Sígueme con Joanne a un tiro de rifle de distancia. Si tenemos una inesperada refriega será conveniente disponer de una fuerza de reserva a retaguardia. Me creo capaz de advertir el peligro si hay alguno y... prefiero estar solo.

Aldous comprendió que en aquellas postreras horas de marcha debía supeditarse en todo al criterio de Donald, por lo que no puso objeción alguna

a un plan que parecía exponer al campero a mayores peligros que los que él correría. Adivinaba que el desenlace estaba próximo. Por vez primera había visto a MacDonald llenarse los bolsillos de municiones para su rifle y notó, también, el especial cuidado con que repasó el arma. Sin comentario imitó el ejemplo del veterano. En los bolsillos tenía cincuenta cartuchos de repuesto. Su 303 estaba recién engrasado y limpio. El mecanismo de su automática funcionaba perfectamente. MacDonald había atisbado sus preparativos, cuya significación comprendieron ambos al comenzar aquella su última jornada norteña. Joanne sabía que confiaban llegar antes del anochecer y, mientras cabalgaban, conservando la distancia prescrita entre Mac y ellos, Aldous se preguntaba cuánto «sabía» y cuánto debía de figurarse la joven. Le había dado a entender que su propósito era aventajar a la expedición rival, pero estaba convencido de que, no obstante sus esfuerzos, en el espíritu de Joanne había una comprensión que cuidaba de no revelar ni con sus palabras ni con sus actos. Aunque su aspecto era el de siempre, excepto por el color de sus mejillas, tal vez menos acentuado, sus ojos tenían una desasosegada interrogación. Aldous creía que adivinaba la proximidad de la tragedia, consciente de lo que trataban de ocultarle, y que si no hablaba era por comprender que ni MacDonald ni él «querían que supiera». Su corazón palpitaba de orgullo. Su valor le inspiraba. Y notó que durante todo el día cabalgó junto a él... siempre a su lado. A primera hora de la tarde, MacDonald se detuvo en la cima de una loma y los esperó. Cuando llegaron estaba dando frente al Norte, sin mirarlos. Guardó unos minutos de silencio, con el sombrero muy echado a la cara. Su lengua barba temblaba sobre el pecho.

A sus pies el valle se ensanchaba hasta alcanzar más de una milla de amplitud. A quinientas yardas una manada de renos se dirigía hacia el resguardo de un grupo de arbolado. MacDonald pareció no darse cuenta de ellos. Continuaba con los ojos fijos en una montaña, una montaña de terrible aspecto, distante unas tres millas. Aldous no había visto nunca nada semejante. Sus dos inmensos lados eran de una negrura de ébano que brillaba al sol como si estuviese chorreando aceite. Entre ambos se alzaba una especie de espira rojiza, tan alta que la nieve de su cumbre parecía un jirón arrancado a las nubes circundantes.

MacDonald no se volvió para hablar. Su voz era vibrante y profunda de emoción, mas no estaba excitado.

—¡He estado buscando esa montaña cuarenta años, Johnny!

—¡Mac!

Aldous se inclinó y apoyó la mano en el hombro del campero. MacDonald siguió sin mirarle.

—¡Cuarenta años! —repitió como hablando consigo mismo—. Ahora comprendo por qué no la encontré, tal como dijo DeBar. Yo buscaba por el Oeste y en ese lado la montaña no es negra. Debimos atravesar este valle al entrar por el Este hace cuarenta años, Johnny...

Por fin los miró, y en su semblante Joanne y Aldous no vieron ni el dolor ni el sentimiento de quién se acerca al lugar de reposo de un muerto amado, sino un contentamiento que le transfiguraba. En las pupilas de Donald MacDonald ardía de nuevo el fuego de la juventud con que había mirado, con Jane apoyada en su pecho, aquel mismo valle. Después de cuarenta años, entraba en posesión de sus dominios. Por allí cerca hallaría la caverna de piso arenoso y albo, y por un instante Aldous creyó oír los latidos del corazón de Mac-Donald, mientras a los labios de Joanne subía de lo más hondo de su alma un profundo sollozo de dolor, de alegría, de reconocimiento.

Y Donald, frente a la montaña otra vez, extendió un largo brazo robusto, diciendo:

—Ya casi hemos llegado, Johnny. ¡Dios les valga si nos han precedido!

## Capítulo XXV

---

### Los silenciosos guardianes

---

Entraron en el Valle del Oro. MacDonald se puso de huevo a la cabeza y se dirigió a la negra montaña. Aldous renunció al intento de mantener a Joanne ignorante de lo que pudiera acaecer. Introdujo un sexto cartucho en la recámara de su rifle, atravesó el arma sobre el arzón delantero de su silla, y le explicó el motivo de cabalgar rezagados... Si sus adversarios, emboscándose para sorprenderlos, atacasen, MacDonald, yendo solo, podría batirse más rápidamente en retirada. Joanne no hizo pregunta alguna. Escuchó apretando los labios, pálida la tez.

Al cabo de tres cuartos de hora les pareció que Donald enfilaba directamente la ladería de un miro rocoso. Torció abruptamente hacia la izquierda y desapareció. Cuando llegaron al lugar, vieron que había entrado en una oculta quebrada de la montaña, una sima cuyas paredes se elevaban casi perpendicularmente a unos mil pies sobre sus cabezas. Una solemne y tétrica lóbreguez invadía el abismo y Aldous se acercó a MacDonald, rifle en mano, con las bridas de su caballo anudadas al fuste de su silla. La quebrada era breve. Súbitamente se vieron bañados por el sol y minutos después Donald los esperaba de nuevo.

Al reunirse a él con Joanne, no pudieron reprimir una exclamación de sorpresa: a sus plantas tenían el otro valle de considerable amplitud, que se extendía entre dos abruptas cordilleras que corrían en dirección sudoeste. Hasta ellos llegaba un continuo y sordo rumor... que llenaba el ambiente; el

suelo parecía temblar... y, sin embargo, no era estruendoso. Se oía apagado, como procedente de larga distancia.

Observaron que Donald no escudriñaba la parte arribeña del valle, sino su sección inferior. A media milla de ellos veíase una depresión, un valle en el valle, a lo largo del cual corría la cinta plateada de un arroyo. Mac-Donald no desplegó los labios. Echó pie a tierra y enfocó su catalejo hacia aquel segundo valle. Aldous ayudó a desmontar a Joanne y ambos esperaron. El veterano campero exhaló un profundo suspiro. Lentamente se volvió. No pasó el catalejo a Aldous, sino a Joanne. La joven miró. Durante más de un minuto apenas fue perceptible su respiración. Sus manos temblaban al devolver el antejo a Donald.

—Veo... cabañas de troncos —dijo.

MacDonald le puso una mano en el brazo.

—Vuelva a mirar... Joanne —murmuró en voz baja—. ¿No ve usted... una pequeña cabaña... junto al río? —preguntó.

—Sí, la veo.

—Era la nuestra... la de Jane y mía... hace cuarenta años.

Joanne no pudo contener un sollozo al entregar el antejo a Aldous. Contemplando el lugar de la tragedia en que Donald y Jane habían desempeñado su fatal papel, una mano invisible parecía estrujarle la garganta. Vio las cabañas, que soportaron impávidas el paso de los años. Eran cuatro. Tres de ellas muy reducidas y mayor la cuarta. Aparentemente no presentaban señal alguna de deterioro. Las puertas y las ventanas de la mayor y de dos de las pequeñas estaban cerradas. Sus techumbres veíanse intactas; las paredes, sólidas. Por dos veces miró a la cuarta cabaña con su puerta y su ventana abiertas de par en par, y por dos veces a la más próxima al arroyo; en la que Jane y Donald habían vivido.

Éste se movió, y Joanne le observaba tensamente cuando bajó por fin el catalejo. El campero tendió la mano en silencio y lo tomó. Agazapándose tras una roca escudriñó lentamente el valle. Durante media hora prosiguió la operación, cambiándose entre ellos escasas palabras. Aldous y Joanne comprendían que miraba principalmente a la cabaña vecina al río, y fuertemente asidos de las manos esperaban en silencio.

Por fin, Donald se incorporó y en su semblante y en su voz se reflejaba una maravillosa calma.

—No ha cambiado nada —dijo—. Puedo ver ante la puerta el tronco del que se solía sacar astillas para el fuego. Y la tina de abeto que hice para Jane.

Está apoyada junto a la pared donde la puse el día antes de nuestra marcha. ¡Cuarenta años no son gran cosa, Johnny! ¡No son gran cosa!

Joanne se había vuelto de espaldas a ellos y Aldous adivinó que lloraba.

—Y... ¡hemos llegado antes que ellos, Johnny! —exultó MacDonald—. En el valle no hay señal alguna de vida, y desde aquí no podríamos dejar de percibirla si la hubiera.

Montó a caballo y emprendió el descenso del declive. Aldous se acercó a Joanne, que seguía sollozando, con los ojos arrasados de lágrimas.

—¡Es terrible! ¡Terrible! —murmuró entrecortadamente—. Y... ¡hermosísimo, John! Me siento capaz de ofrecer mi propia vida si con ella pudiera devolverle a Jane.

—No debes demostrar sentimiento a Donald —dijo Aldous estrechándola un instante en sus brazos—. Joanne, amor mío... ¡lo que está pasando en su corazón es portentoso! ¡Temía la llegada de este momento! ¡La temía desde que supe...! Pensaba que sería horrible ser testigo del dolor de un hombre del temple de Donald. Mas... no sufre, Joanne... no sufre. Es para él una felicidad, un contento que tal vez ni tú ni yo sabemos entender... ¿No comprendes? La ha encontrado. Ha hallado su antiguo hogar... Hoy es para él la culminación de cuarenta años de esperanza, de fe, de plegarias, que al fin fueron oídas. Y no le trae dolor, sino alegría. Debemos regocijarnos con él, ser felices con él. Te amo, Joanne, te amo sobre todas las cosas de este mundo... Sin ti, no quisiera un minuto de vida, y, sin embargo, no creo ser más dichoso hoy de lo que es Donald Mac-Donald.

Con un grito espontáneo, Joanne le echó los brazos al cuello.

—¡John! ¡Es verdad! —gritó asomando la alegría a sus empañados ojos—. ¡Es verdad! ¡Ahora comprendo...! ¡Es... la vida que vuelve a llenar su corazón, vacío hasta ahora...! ¡Comprendo...! ¡Oh, comprendo...!

Al encontrar la caverna... y Jane, debemos sentir un placer, no un dolor.

—Como cuando vayamos a la cabaña que fue su hogar.

—Sí..., sí...

Siguieron a MacDonald. Por un momento, un espolón de la montaña ocultó a la vista el pequeño valle y cuando lo hubieron circuido se hallaron muy cerca de las cabañas. Cabalgaron por un bellissimo declive que descendía a la hoya, y al llegar junto a las vetustas erecciones, MacDonald se detuvo y echó pie a tierra. Aldous ayudó de nuevo a Joanne a apearse. Mac fue hacia la cabaña más próxima al río y se detuvo ante su puerta para esperarlos.

—¡Cuarenta años! —dijo encarándose con ellos—. ¡Y... por lo que veo, parece que fue ayer mismo!

En aquellos últimos momentos parecía haberse rejuvenecido de modo tan sorprendente, que Aldous no pudo eliminar por completo de su rostro el asombro. Donald puso la mano sobre la aldaba con extremo cuidado, como si temiese despertar a alguien en el interior de la cabaña, y suavemente la levantó, haciendo, a la vez, presión contra la puerta, que se inclinó, y pasó por ella la cabeza y los hombros, y miró... miró largamente sin moverse ni respirar apenas.

Cuando se volvió hacia ellos, sus ojos refulgían con un brillo desconocido.

—Abriré la ventana —dijo—. Está oscuro... muy oscuro dentro...

Fue hacia ella; al tocarla, las enmohecidas bisagras cedieron y cayó todo el marco al suelo. Y por la nueva abertura entró el sol a raudales. Donald penetró en la cabaña seguido de Joanne y Aldous.

Su moblaje era escaso; mas, para MacDonald, su contenido era el cielo y la tierra. De su pecho salió un extraño y alegre grito al mirar a su alrededor, y Joanne comprendió entonces lo que Aldous le había dicho, por qué al cabo de cuarenta años Donald volvía a su hogar.

—¡Dios mío, Johnny! ¡No tocaron nada! ¡No tocaron nada! —dijo extasiado—. Creí que, cuando nos escapamos los dos, «ellos» entrarían y...

Se interrumpió y dejó escapar de entre las manos su sombrero, sin cansarse de mirar. Y, por maravillosa coincidencia, el sol cayó de lleno sobre el punto donde sus pupilas se posaban, iluminándolo como una gran aureola de oro. Joanne se agarró fuertemente la mano de John. Contra la pared, colgando como desde hacía cuarenta años colgaban, veíanse indumentos de mujer: una capucha, un chal, un vestido y un delantal lleno de jirones; y en el suelo, debajo de las prendas, un par de zapatos. Y viendo a MacDonald abalanzarse hacia ellos murmurando palabras inconexas, dando al olvido cuanto le rodeaba, no pensando sino en que aquél era su hogar y Jane le acompañaba, Joanne llevó de puntillas a Aldous hacia la puerta y dejaron a Mac solo con sus recuerdos.

Ni la joven habló ni John la incitó a que hablase. La agitación de su seno revelaba lo profundo de su emoción, y sus ojos oscuros y aterciopelados parecían los de un cervatillo asustado. John sentía un nudo en su propia garganta y notó que le era difícil distinguir claramente los árboles del valle. Esperaron junto a los caballos. A cincuenta yardas de ellos el arroyuelo cristalino y límpido corría en dirección al lugar de que parecía proceder el sordo rumor semejante al trueno. Aldous pensó que aquél era el arroyo aurífero. En sus riberas veíanse ruinas de antiguas explotaciones; una pala

hincada hasta el mango estaba aún en el mismo lugar en que la debieron dejar abandonada.

MacDonald permaneció en la cabaña más de diez minutos. Luego salió y cerró cuidadosamente la puerta. Llevaba la cabeza muy erguida, abombado el pecho. Parecía el monarca de cuanto le rodeaba. Y su voz era tranquila.

—Todo está en su sitio, Johnny, todo... menos el oro —dijo—. El oro se lo llevaron.

Y dirigiéndose a Joanne, añadió:

—Es preferible que no nos acompañe a las otras cabañas —dijo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque... en todas ellas habita la muerte.

—Iré dijo con decisión.

MacDonald tiró del postigo de la mayor de las restantes y, como en el primer caso, cayó a sus pies. Abrieron luego la puerta y entraron. La luz del sol reveló la espantosa tragedia. Lo primero que apareció ante sus ojos, y lo más terrible, fue una tosca mesa sobre la que yacía, medio tendido, el macabro despojo de lo que antaño fue un hombre. Conservaba parte de sus ropas, mas la cabeza se había separado del tronco y las vacías cuencas del blanco cráneo parecían mirarlos. Por las andrajosas mangas colgaban los descarnados huesos de brazos y manos. En el suelo, en confuso y horrible montón, había otro esqueleto, del que sólo se distinguía parte del cráneo. Eso fue lo que vieron primero, y después otras cosas... Sobre la mesa, una pila de sacos ennegrecidos y polvorientos, custodiada por aquella innominable masa de huesos que se desmoronaban y de entre cuyos andrajos emergía la empuñadura de asta de un enorme cuchillo de monte.

—Debieron morir luchando —dijo MacDonald—. ¡Y... ahí tienes el oro, Johnny!

Lívica como la Muerte, Joanne contemplaba el espeluznante cuadro desde el umbral. MacDonald y Aldous se acercaron a los sacos. Eran de piel de ante. Los años no los habían deteriorado. Cuando el joven levantó uno de ellos, vio que pesaba más que el plomo. Con su cuchillo, Donald rajó uno de ellos y el sol que entraba por la ventana hizo refulgir el aurífero torrente que escapó por la abertura.

—Nos los llevaremos y los pondremos en una de las enjalmas —dijo Mac—. Los otros no deben estar muy lejos de aquí, Johnny.

Entre los dos acarrearón los siete sacos de oro. Era carga sobrada para sus robustos brazos. Los colocaron en una de las enjalmas del hatero, y luego Donald señaló con un ademán de cabeza la cabina contigua a la que fue suya.

—Yo de usted no entraría, Joanne —dijo.

—Yo sí repitió ella.

—Era la «suya», la del hombre y su esposa —persistió el anciano—. Y los hombres eran... bestias, Joanne. No sé lo que ocurrió dentro, mas... me lo figuro.

—Entraré —insistió Joanne.

MacDonald arrancó la ventana como en las anteriores —una ventana dando al Sudoeste—, y además hubo de forzar la puerta con el hombro. Entraron, y de los labios de Joanne salió un grito involuntario, un grito que llevaba en su acento horror, incredulidad, ira inclusive. Contra la pared distinguíase un montón de «algo», batido por la primera luz que lo tocaba desde hacía casi media centuria. El montón era un hombre, desplomado sobre sí mismo, y a través de él, como protegiéndole aún con los esqueléticos brazos, una mujer. Aldous no se movió. MacDonald quedó solo y el joven sacó a Joanne de la cabina, sosteniéndola al ver que se tambaleaba. El campero salió un momento después y en su semblante había una curiosa mezcla de exultación y triunfo.

—Se suicidó —dijo—. Ése era su marido. Le conozco. Le di unos espigones para la suela de los zapatos... y aún los lleva puestos.

Dejando a Aldous con Joanne visitó las restantes cabañas y permaneció escaso tiempo en ellas. De la cuarta sacó dos brazados de saquillos de ante.

—En esa cabaña hay tres más —explicó—. Dos hombres y una mujer. Debe de ser la esposa del que mataron. Fueron los sobrevivientes de la refriega y... murieron de hambre. Ahora, Johnny...

Se interrumpió exhalando un profundo suspiro. Miraba hacia el Oeste, adonde el sol comenzaba a ocultarse tras de las montañas.

—Ahora, Johnny, si Joanne y tú estáis dispuestos... seguiremos adelante —dijo.

## Capítulo XXVI

---

### Donald encuentra la caverna

---

Al salir de la hoya a las praderas del más amplio valle, MacDonald se colocó entre Aldous y Joanne, y los hateros, precedidos por Pinto, siguieron tras ellos.

Al alcanzar el valle, Donald repitió:

—Los hemos aventajado, Johnny. Quade y Rann deben de estar al otro lado de la cordillera, a un día de marcha de nosotros si no me equivoco; tal vez a una hora. ¡Quién sabe! En las cabañas queda más oro. Hemos cogido quince sacos y había más del doble. Debe de estar escondido en alguna parte. Calkins solía guardar los suyos bajo el piso de su cabaña. Watts también. Ya lo recobramos. Y el río y los *galachos* de ambos lados del valle están rebosantes de mineral. ¡Oro, Johnny, oro por doquier!

Señaló hacia un punto en que el valle ascendía, formando un verdeante declive entre dos montañas, a media milla de ellos.

—Ésa es la quebrada —dijo—. Parece estar cerca, ¿verdad, Joanne? —Su taciturnidad le había abandonado—. Pues aquella noche... la distancia se nos hizo interminable. Hará cuarenta y un años en noviembre próximo. Y... el frío era intensísimo y la nieve muy profunda. El aire glacial dañó los pulmones de mi Jane y eso fue lo que luego le acarrió la muerte. Esa ladera no parece empinada ahora, mas... cuando la cubrían dos pies de nieve y nos arrastramos por ella... era abrupta, Johnny, muy abrupta. La caverna debe estar a unas cinco o seis millas de aquí, acaso menos, e invertimos veinte horas en alcanzarla. Nevaba con tanta abundancia y el viento era tan violento,

que nuestras huellas quedaban borradas en el acto. A no ser por eso nos habrían seguido.

Repetidas veces había estado Aldous a punto de hacer una pregunta a Donald. Por vez primera se decidió a formularla, al otear lenta y detenidamente el valle en busca de indicios de Quade o de Fitz Hugh.

—¿Por qué huiste con Jane, Mac? —preguntó—. Sé lo que la amenazaba... algo peor que la muerte. Mas ¿por qué escapasteis? ¿Por qué no opusiste resistencia?

De entre las barbas de Donald salió un sordo gruñido.

—¡Johnny, Johnny! ¡Si hubiese sido posible! —exclamó—. Cuando me atrincheré con Jane en la cabaña quedaban aún cinco. Pasé el cañón de mi rifle por la ventana y ni se atrevieron a tomarla por asalto. ¡Tenían miedo, Johnny!... Los contuve toda la tarde... ¡y no me quedaba ni un solo cartucho que disparar! Por eso huimos en cuanto se hizo de noche. Comprendí que la oscuridad los envalentonaría. Manó a mano, tal vez habría podido dar cuenta de uno o dos, porque en aquellos tiempos era joven y fuerte, Johnny...; mas no hubiera logrado acabar con todos. Por eso huimos.

—Al fin y al cabo, la muerte no es tan horrible —murmuró Joanne dulcemente. Cabalgaban tan juntos, que pudo poner una de sus manos sobre las de MacDonald.

—No, a veces es... maravillosa... y bella —replicó éste entrecortadamente, y luego se adelantó a la comitiva. Joanne y Aldous dejaron pasar los hateros y cerraron la marcha.

—Va a cerciorarse de que no hay novedad en la cúspide —explicó Aldous.

Parecían encaminarse directamente hacia aquel misterioso fragor de la montaña. Al ganar, después de una hora de marcha, la cima de la quebrada, MacDonald torció abruptamente a la derecha y llegó a un peñasco álveo que en otros tiempos debió de ser el cauce de un impetuoso torrente. Al ir progresando por el camino, el rumor y el estruendo se fueron haciendo más perceptibles, hasta dar la impresión de que lo tenían bajo sus plantas, cuando MacDonald alteró de nuevo el rumbo y los condujo al linde de una ladería. A su alrededor todo eran montañas altísimas que interceptaban los rayos del sol, y a cien yardas a su derecha velase una sombría cisura en la superficie de la planicie, de la cual salía un ruido semejante al rugir de fieras enjauladas en las profundidades de la tierra.

MacDonald se apeó y Aldous y Joanne se le acercaron. En el semblante del anciano se retrataba el triunfo y la alegría.

—¡No está tan lejos como yo calculaba! —gritó—. ¡Debió de ser una noche terrible, Johnny, aquélla en que Jane y yo vinimos por aquí! ¡Tardamos veinte horas! ¡Veinte horas!

—¿Estamos cerca de la caverna? —preguntó Joanne.

—A media milla. Mas acamparemos aquí. Estamos bien disimulados. No pueden hallarnos. Y desde esa cúspide podremos nosotros vigilar ambos valles.

Haciéndose cargo de los pensamientos de MacDonald y del vehemente anhelo de su corazón, Aldous se acercó a él cuando hubieron desmontado.

—SI aún hay tiempo esta noche, ve tú solo, Mac —dijo, seguro de que el otro lo entendería Yo montaré el campamento.

—En el valle no hay nadie —musitó el campero titubeando—. No habría peligro alguno, Johnny... no habría peligro...

—Naturalmente.

—Y mientras John esté ocupado, montaré yo la guardia —dijo Joanne, que se había aproximado—. No podrá sorprendernos nadie sin ser descubierto.

MacDonald vacilaba, mas terminó diciendo:

—¿Veis esa escotadura allende la planicie? Es la entrada de una garganta... Johnny... parece imposible... parece que debo haberlo soñado... ¡cuándo digo que tardamos veinte horas en llegar a ella...! Mas la nieve me llegaba a la cintura en esta meseta... y fue terrible el avance... terrible... Si no me engaño... la caverna está a pocos pasos de esta garganta.

—¡Vaya, Mac! ¡Se lo suplico...! —apremió Joanne.

—Podría oírles gritar... o un disparo de alarma... y estar de vuelta en cinco minutos... No tardaré una hora en ir y volver.

—No hay peligro —insistió Aldous.

Del pecho de Donald salió un profundo suspiro.

—Entonces... voy, Johnny... si Joanne y tú no halláis inconveniente.

Miró a su alrededor y señaló luego la plana superficie de una roca.

—Alzad la tienda cerca de eso —dijo—. Apilad las sillas y las mantas y las enjalmas alrededor, para darle apariencia de verdadero campamento, Johnny. Mas no lo será. Será una trampa. ¿Ves esos cedros y abetos más allá? Erige un resguardo de ramaje para Joanne, y llévate provisiones, mantas y el oro. ¿Entiendes? Si llegase a ocurrir algo...

—¡Atacarían al falso campamento! —gritó Aldous—. ¡Es una idea estupenda!

Procedió en seguida a descargar los hateros, ayudado por Joanne, mientras Donald se alejaba al trote en dirección a la escotadura de la montaña.

El sol había desaparecido, mas su reflejo iluminaba aún las cimas, y Aldous, después de apeaar los caballos, aprovechó sus últimos fulgores para escudriñar detenidamente la meseta y las laderas con el catalejo. Luego recogió largueros suficientes para montar la tienda y alrededor de ésta diseminó las sillas y enjalmas, tal como había sugerido MacDonald. Terminada la tarea, desbrozó un trecho bajo los abetos y llevó a él lo que se requería para su disimulado campamento.

Era casi de noche cuando terminó el cobertizo para Joanne. Aquella noche les estaba vedado encender fuego, ni aun para el té, y cuando hubieron dispuesto los ingredientes de su cena fría, judías, lengua y carne en conserva, mermelada de melocotón, galleta, encurtidos y queso, fueron en busca de agua a un pequeño manantial que habían cruzado a cien yardas del campamento. Llevaba el rifle cogido con ambas manos, pronto a disparar. Joanne, chispeantes las pupilas, portaba el cubo y seguía muy cerca de Aldous.

—John —dijo—, no se me oculta lo cautos que MacDonald y tú habéis sido durante esta nuestra jornada al Norte y... sé lo que temíais. Culver Rann y Quade van tras el oro y nos vienen muy a la zaga. Mas, ¿por qué habla Donald como si fuese indudable que «hemos de ser atacados» o «hemos de atacarlos»? No lo entiendo, John. Si, como me dijiste un día, no tenéis especial interés por el oro y hallamos a Jane esta noche o mañana, ¿por qué esperar posibles encuentros con Culver Rann y Quade? Explícamelo, John.

La oscuridad le impedía distinguir claramente su rostro, y daba gracias al cielo porque a ella le ocurriese lo mismo respecto al suyo.

—Si es factible eludir un encuentro, lo eludiremos, Joanne —mintió, sabiendo que, a no ser por la noche, hubiera leído la mentira en su semblante.

—¿No lucharéis... por la posesión del oro? —insistió oprimiendo su brazo—. ¿Me lo prometes, John?

—Sí, te lo prometo. Lo juro —gritó con tal vehemencia que le arrancó una risa de satisfacción.

—Entonces, si no nos encuentran mañana, ¿volveremos hacia casa? —Temblaba y su corazón rebosaba de súbito contento—. No creo que den con nosotros. No pasarán de aquel terrible lugar... donde está el oro. ¿Verdad, John? ¿Por qué han de seguirnos si se lo abandonamos todo? ¡Oh...! —se estremeció—. ¡Ojalá no hubiéramos traído ese oro! ¡Ojalá lo hubiésemos dejado allí!

—Lo que tenemos vale treinta o cuarenta mil dólares —dijo él para confortarla; llenó el cubo de agua y emprendieron el regreso—. Con semejante suma podemos hacer mucho bien. Dotaciones, por ejemplo —añadió riendo.

Al terminar la frase, ambos se detuvieron para escuchar. Hasta sus oídos llegaba claramente ruido de herraduras. MacDonald llevaba más de dos horas ausente y, suponiendo que fuera él, Aldous lanzó su convenida llamada. La respuesta se dejó oír en seguida. Cinco minutos más tarde, Donald echaba pie a tierra en la meseta. Hasta después de haber desensillado y apeado su caballo, no abrió la boca. Ni Joanne ni Aldous formularon la pregunta que asomaba a sus labios, mas, no obstante la oscuridad, presentían algo. Era como si no tan sólo el torrente abismándose impetuoso en la sima, sino el propio corazón de MacDonald poblasen el ambiente de extraña y reprimida excitación, y cuando por fin habló, en su acento hallaron lo que habían sentido.

—¿No has visto ni oído nada, Johnny?

—Nada. ¿Y tú, Donald?

En la negrura, Joanne se acercó al veterano campero y apoderándose de una de sus manos la estrechó fuertemente; notó que la de Donald temblaba de un modo insólito y que todo su cuerpo se estremecía.

—¿Encontró usted a Jane? —preguntó.

—Sí, la encontré, Joanne.

No desasó su mano hasta llegar al raso que Aldous había desbrozado bajo los abetos. Entonces recordó lo que éste le dijera anteriormente, y con animación un tanto forzada encendió las dos velas que habían dispuesto; obligó a sentarse en el suelo a los dos hambres y sirvióles el condumio. Su corazón estaba anhelando saber de la cueva... y de Jane. El resplandor de las velas permitíale notar la indecible paz y la calma que reflejaban las facciones de MacDonald, no obstante su previo temblor. Su femenil intuición le sugería que el alma del campero estaba aún bajo el influjo de la inevitable emoción sufrida, para permitirle hablar de ella aquella noche, y por eso no le apremió, aunque apenas probó bocado; retuvo igualmente a Aldous cuando, poniéndose en pie, el veterano se apartó en silencio y se perdió en las sombras. Al retirarse algo después a su refugio para pasar la noche, murmuró al oído del joven:

—Sé que halló a Jane como soñaba hallarla y que es feliz. Estoy segura de que se ha separado de nosotros... para llorarla a solas...

Y, por su parte, sentado en la oscuridad, Aldous tuvo la certidumbre de que Joanne también lloraba como una niña en el cobertizo de abetos y cedros que había erigido para ella.

## Capítulo XXVII

---

### El ataque

---

Si MacDonald durmió aquella noche, Aldous no tuvo ocasión de notarlo. El viejo montó la guardia hasta algo después de las doce, en su apostadero, a la sombra de una roca, y entre los dos campamentos.

—No puedo dormir —protestó cuando Aldous insistía en que descansase—. Daré un paseo por la meseta, Johnny, pero... no puedo dormir.

La pequeña llanura estaba brillantemente iluminada por las estrellas; podían distinguir el albear de los nevados picachos... la luz era casi tan intensa como la de la luna.

—Pasado mañana dormiremos tanto como queramos —añadió MacDonald, y en su acento había una finalidad que aceleró el corazón del otro.

—¿Crees que se presentarán mañana?

—Sí. Las cabañas están en este mismo valle, Johnny. Esa montaña lo divide, curvándose como una herradura. Desde ella podemos atisbarlos, vengan por donde vengan. Irán derechos como balas a las cabañas. Faldeando el monte hay una especie de pasadizo. Tú no lo viste cuando entramos, pero llevará a menos de cien yardas de ellos. Y a cien yardas...

Se encogió de hombros intencionadamente y en sus labios se dibujó una sonrisa.

—Parece casi un asesinato contestó Aldous, estremecido. —Pero no lo es replicó vivamente el otro—. Es legítima defensa. Si no procedemos así,

Johnny... si no les tomamos la delantera, lo que ocurrió hace cuarenta años se repetirá... con Joanne.

—¡Cien yardas! —murmuró Aldous apretando los dientes—: ¡Y son cinco!

—Entrarán en las cabañas. Habrá algún momento en que no queden fuera más de dos o tres. Los tumbaremos los primeros. Al oír los disparos, los restantes echarán a correr y... será fácil... No crees posible errar la puntería a cien yardas, ¿verdad, Johnny?

—No; no erraré la puntería.

MacDonald se puso en pie.

—Voy a dar un paseo, Johnny.

Durante las dos horas siguientes, Aldous quedó solo. Comprendía la razón de que Donald no pudiese conciliar el sueño y se lo imaginaba sentado ante la pequeña cabaña, en íntima y perfecta comunión con el espíritu de Jane. En el decurso de esas dos horas se fortaleció por última vez contra lo que tenía que ocurrir al llegar el nuevo día.

Eran casi las tres cuando volvió MacDonald. A las cuatro despertaron a Joanne, y una hora después, consumido el desayuno, Donald se dispuso a marchar a la montaña con su catalejo. Aldous había observado que Joanne mantuvo una conversación a solas con el campero y que sus ojos chispeaban escuchando con singular interés lo que el anciano le decía. La significación que el incidente pudiera tener no vino a su memoria al apremiarle Joanne para que acompañase a MacDonald.

—Cuatro ojos ven más que dos, John —dijo— y es imposible que yo corra peligro alguno aquí. Os tendré continuamente a la vista y vosotros a mí también, salvo que me escape o me esconda —se echó a reír con risa un tanto forzada—. No hay peligro, ¿verdad, Donald?

El cazador denegó con la cabeza. —Peligro no..., mas... tal vez se encuentre muy sola— dijo.

Joanne acercó sus adorables labios al oído de Aldous.

—Quiero estarlo un rato, querido —murmuró, y su acento tenía tal misterio que refrenó su curiosidad; decidióse a marchar con Donald.

En tres cuartos de hora ganaron el espolón desde el cual MacDonald afirmaba que podrían dominar el valle, así como la quebrada por la que entraron el día antes. Las brumas matutinas no se habían disipado aún a su llegada, mas no tardaron en hacerlo y les descubrieron un panorama de inconcebible belleza. Al irse acrecentando la visibilidad, la evidente decepción de Donald fue también en aumento. Media hora después de haberse

disuelto el último jirón de bruma, seguía con el catalejo a la cara, en completo silencio. A una milla de distancia, Aldous vio tres renos cruzando el valle, y un poco más tarde, en una verde ladera, un semoviente bulto que juzgó debía ser un oso. Hasta que Donald no bajó el antejo, no desplegó los labios.

—Domino más de ocho millas del valle y no hay absolutamente un alma a la vista —dijo Mac en respuesta a su interrogación—. Yo calculaba que hoy asomarían la nariz por aquí, Johnny.

Aldous había mirado al campamento una buena docena de veces, consiguiendo dos de ellas ver a Joanne. Valiéndose ahora del catalejo, atisbó nuevamente. La joven no estaba visible. Con algo de nerviosidad pasó el antejo a Donald.

MacDonald miró. Durante cinco minutos mantuvo el instrumento enfocado a la meseta. Luego alteró hacia el Oeste su postura y escapó de sus labios una sorda exclamación al mirar a Aldous.

—¡Johnny! ¡Va hacia la garganta...! ¡Desaparecía en el momento en que pude divisarla...!

—¡Va... a... la garganta...! —tartajó Aldous poniéndose en pie de un brinco—. ¡Mac...!

MacDonald se incorporó también. De su pecho salió una retumbante carcajada, que Aldous halló sumamente tranquilizadora.

—¡Nos ha podido! —rezongó—. ¡Nos ha podido! ¡Bendita sea! No acertaba a explicarme por qué me hizo todas aquellas preguntas... Y... se lo dije, Johnny... Le dije dónde estaba la caverna en la garganta... y lo difícil que era no dar con ella... Me preguntó cuánto invertiría en ir allá andando... y le dije que media hora. Y... ¡va a la caverna, Johnny!

Al hablar iba cerrando su catalejo, y mientras Aldous seguía mirando hacia la garganta con una expresión de asombro, no exenta de temor, añadió:

—Valdrá más que la sigamos. Quade y Rana no pueden llegar hasta dentro de dos o tres horas y estaremos de regreso antes. —De nuevo se oyó su cavernosa risa—. ¡Nos ha podido, Johnny, nos ha ganado la mano! ¡Y tiene nervio, un nervio portentoso... para atreverse a ir allá... sola!

Aldous anhelaba echar a correr, mas se contuvo y amoldó su paso al de Donald. Al descender rápidamente el declive y atravesar la meseta notaba el corazón sobrecogido. Le era imposible compartir la confianza de MacDonald respecto a Quade y Fitz Hugh. El campero tenía la certidumbre de que sus adversarios estaban «a la zaga». Aldous comenzaba a pensar en la posibilidad de que estuviesen «al frente», esperando y acechando la ocasión propicia. Había apuntado la teoría de que se hubiesen dirigido hacia el Oeste, para bajar

al valle por el Norte: MacDonald desechó la sugestión por improbable. No obstante, Aldous, apresurando el paso en seguimiento de Joanne, no estaba del todo tranquilo. La joven les llevaba media hora de delantera cuando alcanzaron la entrada de la garganta, y hasta que MacDonald, luego de haber caminado otros treinta minutos por el pedregoso álveo del galacho, señaló diciendo: «¡Ésa es la caverna!», no respiró con desahogo.

Desde donde estaban, a unas doscientas yardas de ella, podían divisar la boca de la cueva. Era un amplio boquete en la parte norte de la pared de la hendidura, y frente a él, extendiéndose como el remanso de un río, velase un gran hocino de blanca arena, a manera de alfombra tendida sobre el raso que se hubiese formado al limpiar el álveo de su caótica confusión de peñascos y pizarra desintegrada. A primera vista juzgó Aldous que la caverna había sido en un tiempo la huida de algún curso de agua subterráneo. La arena amortiguaba el ruido de sus pasos al acercarse. Ante la boca de la cueva se detuvieron. Su profundidad era de unos cuarenta a cincuenta pies y su alzada la de un aposento.

En su parte media, de rodillas y de espaldas a ellos, estaba Joanne.

Cuando se dio cuenta de su presencia, los tenía muy cerca. Con un grito de sorpresa se puso en pie, y Aldous y MacDonald vieron lo que estaba haciendo. Sobre un Largo túmulo de blanca arena se alzaba aún la tosca cruz que Donald, pusiera cuarenta años antes, y a su alrededor y esparcidos sobre la tumba veíanse cantidad de amelos silvestres y jacintos purpúreos que Joanne había traído de la meseta. Aldous no desplegó los labios, mas cogiéndola de la mano se quedó con ella ante la sepultura. Entre las flores, un objeto atrajo su atención y Joanne le hizo aproximarse un paso más con los ojos refulgentes como estrellas, mientras su propio corazón aceleraba sus latidos al ver lo que el objeto era: un libro, abierto por su mitad, de cara al túmulo. Su aspecto era vetusto, como si con un simple contacto se fuese a convertir en polvo. El acento de Joanne revelaba verdadera veneración.

— ¡Era su Biblia, John!

Volvió la cabeza y observó que MacDonald estaba en el umbral de la caverna, mirando hacia la montaña.

— ¡Era su Biblia! — oyó repetir a Joanne, a la par que MacDonald se volvía hacia ellos. Su semblante reflejaba una expresión que juzgó incongruente en aquel lugar. Se acercó a él, seguido de Joanne.

MacDonald miraba otra vez afuera, escuchando, reteniendo el aliento. Sin apartar la vista, dijo.

—Acaso me equivoque, Johnny, mas... ¡juraría que he oído un disparo de rifle!

Durante un minuto escucharon todos.

—Procedía de allí —dijo señalando hacia el Sur—. En mi opinión, deberíamos volver al campamento.

Echó a andar seguido por Aldous tan aprisa como Joanne les permitía. La joven jadeaba de excitación, mas se abstuvo de comentario alguno. MacDonald fue apretando el paso, saltando de peñasco en peñasco y corriendo en los trechos llanos. Alcanzó el linde de la meseta con unas cuatrocientas o quinientas yardas de delantera sobre ellos, y cuando se le reunieron oteaba ya el valle con su catalejo.

—No están en ese lado —dijo—. Deben acercarse por la otra rama, Johnny. Tendremos que subir al espolón para poder verlos.

Cerró el instrumento con un golpe seco y se lo echó al hombro. Luego señaló hacia el campamento.

—Llévate a Joanne allí —ordenó—. Vigila la quebrada por donde entramos y espérame. Voy al espolón a echar una ojeada.

Dijo las últimas palabras por encima del hombro y salió al trote, declive abajo. Aldous había visto a Mac-Donald en una sola ocasión proceder apresuradamente: la noche del secuestro de Joanne. Estaba convencido de que en la mente de Donald no cabía duda alguna acerca del disparo y que éste sólo podía tener un significado: la proximidad de Quade y Fitz Hugh. No se preguntó, al proceder rápidamente con Joanne por la meseta, qué motivos podían tener para revelar así su presencia. Cuando llegaron al campamento, el veterano había cubierto dos tercios de la distancia que le separaba del espolón. Aldous miró su reloj, y un estremecimiento peculiar le sacudió. Desde que abandonaron su atalaya para ir en busca de Joanne había transcurrido poco más de una hora; en tan breve espacio de tiempo hubiera sido materialmente imposible a sus enemigos el salvar más de un tercio de las ocho millas del valle, que un detenido escrutinio había revelado en absoluto desiertas. ¡Tenía, pues, razón él... MacDonald estaba equivocado! El ruido del disparo, si disparo era, procedía necesariamente de otra dirección. Ansiaba dar una voz de alarma a MacDonald, pero los separaba ya excesiva distancia. Y además, si estaba en lo cierto, Mac no corría peligro alguno en aquel sentido. La amenaza les venía del Norte... allende la sima de la cual se alzaba el sordo estruendo de la corriente de agua. Cuando el campero hubo desaparecido tras la cresta del declive, Aldous examinó con mayor detención las anfractuosas paredes roqueñas que los cercaban por aquella parte. En ellas

no pudo distinguir cisura alguna. Su mirada siguió la oscura estría en el fondo de la planicie que era la lima. Estaba doscientas yardas por debajo de donde se hallaban, y a cien yardas allende la tienda divisó el lugar por donde emergía de una enorme hendidura en la montaña. Miró a Joanne. La joven le estaba observando y su acelerada respiración la traicionaba.

—Mientras Donald echa una ojeada desde la montaña, voy a investigar la sima —dijo.

Le siguió a pocos pasos de distancia. Al avanzar, el estruendo se hacía más perceptible. Pasado un trecho, la sólida roca substituyó a la tierra bajo sus plantas y a veinte pasos del precipicio Aldous cogió a Joanne de la mano. Se acercaron al cantil y miraron hacia abajo. A cincuenta pies de profundidad, el hocino o angostura formado por las paredes de la sima aprisionaba la corriente y, dominando su ensordecedor bramido, Aldous oyó el sobresaltado grito de Joanne. Se asió convulsivamente a su mano. Fascinada, miró al abismo. El agua, fluyendo con la velocidad de una presada, era toda espuma blanquecina, a través de la cual asomaban las crestas de enormes peñascos como monstruos prehistóricos que jugasen en el cauce, azotando el torrente a mayor furia y lanzando espeluznantes rugidos. Río abajo observó Aldous que el tumulto menguaba; de la hendidura en la montaña procedía el más profundo y distante trueno que habían oído al otro lado del valle. Mientras miraba, un grito más penetrante salió de labios de la joven, quien, apartándole del cantil, señalaba con la mano hacia el campamento.

Por entre las rocas aparecía una figura humana. Una figura de mujer. Su cabello ondeaba al viento, negro como el ala del cuervo bajo los rayos del sol. Precipitándose a la tienda levantó el faldón y miró a su interior. Luego, volviéndose, dejó oír un grito que era más bien un alarido. Un momento después divisó a Joanne y a Aldous y echó a correr en su dirección. Salieron a su encuentro. Súbitamente el joven se detuvo y con un ademán de cautela a Joanne se echó el rifle al hombro, haciendo frente a las rocas por entre las cuales la figura había aparecido. En el mismo instante la reconocieron ambos. Era María, la mujer que vieron cabalgando el oso en Tête-Jaune; la que sirvió de cebo a Fitz Hugh para que DeBar se vendiera. Tambaleándose, fue a ellos jadeante, exhausta, y respiraba con dificultad. No le fue posible articular palabra. Sus ropas estaban desgarradas; exponía su garganta y sus hombros, y su rostro aparecía cubierto de sangre. Los negros ojos tenían un brillo de vesania. Abrazada a Joanne, mirando a Aldous, pugnaba por recobrar su aliento. Señalaba hacia las rocas... hacia el caótico amontonamiento existente

entre la tienda y la sima; hasta que al fin consiguió dar forma coherente a sus ideas.

—¡Vienen...! ¡Se acercan...! —gritó—. Han matado a Joe... le han asesinado... y se acercan... para matarlos... —Se llevó una mano al pecho y señaló luego el espolón donde MacDonald estaba—. Le vieron ir... han enviado dos hombres a matarle... y los demás... se acercan... por entre las rocas. —Sollozando se volvió hacia Joanne—. ¡Mataron a Joe! Mataron a Joe y se acercan... ¡en su busca!

El énfasis con que pronunció las últimas palabras fue como un golpe en los oídos de Aldous.

—¡Corre... a los abetos! —ordenó—. ¡Joanne! ¡Corre...!

María se había desplomado en informe montón a los pies de Joanne, con el rostro oculto entre las manos.

—¡Mataron a mi Joe! ¡Asesinos! —sollozaba—. ¡Por mi culpa...! ¡Mi culpa...! ¡Yo le engañé...! ¡Le vendí...! ¡Y le amaba, Dios mío, le amaba!

—¡Corre, Joanne! —repitió Aldous ¡Corre a los abetos!

En lugar de obedecerle, la joven se arrodilló junto a María.

Iba a repetir su mandato, cuando hubo una interrupción..., algo que fue como el frío contacto del plomo en su propio corazón. De la montaña a la cual el veterano campero había ido acechándole la muerte, se dejó oír el seco y agudo estampido de un rifle, seguido casi al punto por otro... y un tercero... rápidos, punzantes, restallantes como latigazos... ¡y Aldous estaba cierto..., cierto de que ninguno de ellos procedía del arma de MacDonald!

Y entonces... vio que las rocas que rodeaban la tienda de campaña se poblaban súbitamente de hombres.

## Capítulo XXVIII

---

### El duelo

---

Indeciblemente asombrado, Aldous se abstuvo de disparar en aquel primer momento. María acababa de decir que dos individuos estaban acechando a Donald. Había oído «tres» detonaciones cerca de una milla de donde se hallaban, y ella seguía sollozando que DeBar había muerto. Eran, por lo tanto, «tres» a descontar de los invasores, lo que hizo suponer que sólo asomarían tras de la tienda Quade, Fitz Hugh y otro más, desconocido. ¡Y asomaban seis! Los fue contando a medida que abandonaban la protección de las rocas para tomar posiciones en la meseta, Estaba a punto de hacer fuego cuando pensó en Joanne y en María. Seguían detrás de él, agazapadas contra el suelo. El disparar desde donde estaba atraería una lluvia de balas en su dirección, por lo que con un grito de aviso a Joanne, se apartó unos veinte pasos para ponerlas fuera de alcance. Sólo entonces le descubrieron los de la partida.

A ciento cincuenta yardas no podía perder tiempo en seleccionar como blanco a Quade o a Fitz Hugh. Disparó sobre un grupo de tres y uno de ellos cayó. Un rifle contestó al suyo y silbó la bala muy próxima a su cabeza. Antes de volver a disparar se arrodilló y otro proyectil hendió el espacio que un segundo antes ocupaba. Las detonaciones no le preocupaban. Sabía que no disponía más que de seis cartuchos y apuntaba deliberadamente. Su segundo disparo hizo también blanco, y el herido, después de dar dos o tres pasos, cayó de bruces al suelo. Por un segundo creyó que era Fitz Hugh, mas simultáneamente le vio mientras apuntaba... y erró el tiro.

Dos de los atacantes habíanse arrodillado y apuntaban con absoluta calma. Enfiló hacia uno de ellos su rifle y le atravesó el pecho de un balazo. Un instante después pareció caer sobre él un peso abrumador, una oleada roja pasó ante sus ojos y le sumergió; su atronador bramido retumbaba en sus oídos y al notar la terrible sofocación quiso gritar, defenderse... hasta que sus ojos recobraron la vista y su mente una relativa ecuanimidad. Se halló de pie; sus manos ya no empuñaban el rifle. Varios hombres se abalanzaban hacia él, a menos de veinte pasos de distancia. Su cerebro reaccionó con la rapidez del rayo. Una bala le había privado casi de sentido, mas sin herirle gravemente. Sacó su automática, pero antes de que pudiera utilizarla, antes de que la pudiese sacar de la pistolera, el primero de los asaltantes caía sobre él con tal violencia que el arma se escapó de su mano. Cayeron juntos y, mientras se debatían sobre la roca viva, Aldous presenció en una fracción de segundo una escena que produjo la impresión de un hierro candente en su cerebro. Vio a Mortimer Fitz Hugh, con un revólver en la mano. Se acababa de detener, con los ojos desmesuradamente abiertos, como quien ve ante sí un espectro del pasado; y dominando el estruendoso rugido de la sima oyó un grito, salvaje, terrible, desgarrador, de Joanne.

Aldous no pudo ver más. No luchaba por su vida, sino por la de ella, y luchaba con la frenética ferocidad de un tigre. Descargando puñadas, agarrándose con toda su fuerza a su contrincante, golpeándole contra el duro suelo de la meseta, seguía oyendo los gritos de Joanne, y cuando por un instante la volvió a ver... ¡se debatía en brazos de Quade!

Intentó incorporarse, poniéndose de rodillas, y el hombre con quién luchaba hizo lo propio; luego se pusieron ambos en pie, estrechamente abrazados al borde del abismo. Vio a Joanne, en poder de Quade, mirar con ojos extraviados primero a Fitz Hugh y en su dirección después, forcejeando por libertarse, sin dejar de gritar. Durante más de treinta segundos de aquel terrible drama, Fitz Hugh permaneció inmóvil, como tallado en la roca sobre la que estaba. Luego se abalanzó sobre los que luchaban. La desesperación prestaba a los brazos de Aldous la fuerza de diez hombres; cogió en vilo a su contrincante y, afianzándose para no perder el equilibrio, le habría precipitado en el rebalaje que hervía ante ellos; mas, cuando sus músculos se tendían para el postrer esfuerzo, comprendió que todo estaba perdido. Las siniestras facciones de Mortimer Fitz Hugh se contraían en una mueca de burla; su endemoniada intención era patente en sus ojos antes de llevarla a efecto. Con un alarido de odio y de triunfo dio un brutal empujón a ambos contrincantes, haciéndoles perder pie en el cantil, y cuándo Aldous desaparecía en las

profundidades de la sima, aferrado aún a su enemigo, un último grito de Joanne llegó a sus oídos.

Al sentirse caer en el vacío, su primer pensamiento fue que había llegado el final, porque no era posible a criatura humana sobrevivir en aquel espantoso rebalaje, que las rocas hacían aún más terrible. Pero con mayor velocidad que la de su cuerpo hendiendo el espacio, trabajaba su cerebro. Instintivamente, sin tiempo para razonar, comprendió que su única posibilidad de salvación estribaba en el estrecho abrazo con su adversario. Se aferró a él. Le pareció que daban cien vueltas en el aire en cincuenta pies; luego, una masa de azotada espuma surgió bajo ellos y de entre las aguas emergió la cresta de uno de los monstruos pétreos que Joanne y él habían contemplado horas antes. El choque fue terrorífico, mas Aldous quedó encima y notó el formidable impacto del cuerpo del otro. Los envolvió la espuma y resbalaron en la corriente. Aldous continuaba agarrado a su enemigo, al cual el baque había dejado inerte. Ya no sentía la fuerza de las manos que quisieron estrangularle, ni la feroz opresión de los brazos que habían forcejeado con él. Pensó que su antagonista debió morir al chocar contra la roca, por la caída desde cincuenta pies de altura. Por un momento el joven siguió aferrado a él, dejándose llevar por los remolinos y torbellinos de la corriente. Le parecía que no cesarían jamás de hundirse, que su inmersión los llevaba a considerable distancia.

Como embotado percibía los baques contra las peñas. De pronto, su mente le sugirió que el peso del muerto iba llevándolo hacia el fondo, como si estuviera cargado de plomo. Se libertó y ludió denodadamente por salir a la superficie, pareciéndole una eternidad el tiempo invertido en conseguirlo. Abrió la boca e inhaló una inmensa bocanada de aire a los pulmones. Un instante después, una aguja de roca se irguió ante él como si tuviera vida; la fuerza de la corriente le arrojó contra ella, y de nuevo se sintió hundir... arrastrado por el feroz impulso de la corriente y de la resaca. Bregó de nuevo y de nuevo tornó a la superficie. Vio pasar por su lado una pared roqueña, negra y resbaladiza, con la rapidez de un expreso. Experimentaba la misma sensación que si centenares de mazas le golpeasen de una vez. Y rocas... siempre rocas... nada más que rocas al frente.

Fue sorteándolas como un trozo de madera a la deriva. El estruendo se aminoró en sus oídos y sus plantas tocaron algo firme. Un rayo de sol cayó sobre él. Se asió a una peña. Su visión se aclaró. Hallábase a diez pies de un ribazo cubierto de arena y grava. La corriente se deslizaba plácida y tranquila con musical murmullo. Vadeó hasta la orilla y cayó de hinojos con la cara

entre las manos. Había estado diez minutos luchando con la muerte en el abismo; pasaron otros diez antes de que pudiera alzarse y mirar a su alrededor.

Tenía el rostro cubierto de heridas, cuya sangre casi le cegaba. Su camisa, desgarrada por los hombros, dejaba al descubierto su carne ensangrentada. Dio algunos pasos. Levantó un brazo... luego el otro... Cojeaba. Uno de los brazos le dolía al moverlo, mas los huesos estaban intactos. Sentíase terriblemente magullado, pero comprendía que por un milagro casi inexplicable había salido ileso de la aventura, durante la cual su espíritu sufrió más que su cuerpo. Ni por un instante, cuando pugnaba por evadir la muerte entre las paredes de la sima o cuando yacía semiinconsciente en las rocas, se había olvidado de Joanne. Y ahora su primero y único pensamiento era para ella. Carecía de armas, pero al ir tambaleándose en dirección al campamento de la meseta, se armó con un palo que halló en su camino.

Estaba seguro de la muerte de MacDonald. Serían cuatro contra él: Quade, Fitz Hugh y los dos hombres que los acompañaban y que destacaron al espolón. Al ir recuperando parte de sus fuerzas se aclaró su cerebro; pensó que si no perdía tiempo, tal vez pudiese dar con Joanne y sus captores antes de que los otros dos regresaran al campamento. Intentó echar a correr y entonces comprendió la situación en que se hallaba. Por dos veces en las primeras cien yardas se le doblaron las piernas y cayó al suelo entre los peñascos. Su vigor se fue, sin embargo, acrecentando, aunque cada vez que intentaba correr, por breve que fuese la distancia, le ocurría lo mismo. Tardó veinte minutos, en ganar el borde de la meseta y cuando, por fin, lo consiguió, la halló vacía. No se veía rastro alguno de Quade, de Fitz Hugh, de Joanne o de María, ni se acercaba nadie del espolón de la montaña.

Hizo un nuevo esfuerzo por correr y notó que en el piso llano de la meseta podía ganar más terreno que entre las rocas. Se dirigió hacia donde dejara caer el rifle. ¡Había desaparecido! Buscó su automática, con igual resultado. No le quedaba más arma que el curvo cuchillo de monte guardado en una de las enjalmas, cerca de la tienda. Yendo a buscarlo, pasó junto a los dos hombres que había matado. Quade y Fitz Hugh debieron llevarse su armamento luego de reconocerlos por ver si aún vivían. Se apoderó del cuchillo y detrás de la tienda vio el tercer cadáver, lívido como los demás. Se estremeció al reconocerle. Era Slim Baker. Su rifle también había desaparecido.

Con la mayor premura se encaminó hacia la quebrada por la cual los asaltantes invadieron la meseta. Se le ocurrió, de nuevo, que había tenido

razón, y que Mac-Donald, no obstante sus años de práctica montaraz, se había equivocado fatalmente. Sus enemigos procedían del Norte y la quebrada conducía a su guarida. Por ella debieron llevarse a Joanne sus raptos. Al ir avanzando con mayor celeridad y menos tropiezos, su mente intentaba reproducir la situación que se había creado entre Quade y Mortimer Fitz Hugh. ¿Cómo aceptaría el primero, loco de amor por ella, la pretensión conyugal del segundo? ¿Creería sus aseveraciones? ¿Creería a Joanne misma si ésta, en su anhelo de librarse de él, ratificaba los asertos de Fitz Hugh reconociéndole por esposo? Y aun suponiendo que así fuera, que los creyese, ¿renunciaría a ella? ¿Toleraría Quade que Fitz Hugh se interpusiera entre él y aquello por lo que estaba resuelto a jugárselo todo, hasta la vida?

Al formularse estas preguntas, Aldous sentía la sangre helarse en sus venas. Y la respuesta que su sentido común le dictaba arrancábale respingos de angustia y de temor al intentar correr por entre los peñascos. La respuesta sólo podía ser una: Quade combatiría como un loco, y si acaso el combate había tenido ya lugar y había salido él ganancioso, entonces... Joanne estaba irremediabilmente en su poder... No creía ni por un momento que Fitz Hugh hubiese revelado a Quade su parentesco con Joanne mientras estaba en la meseta, y le asaltaba la idea, aún más terrible, de que el canalla llegase a no revelarlo, que repudiase a Joanne cuando ésta, de hinojos, impetrase su ayuda contra Quade. ¿Qué venganza más de su gusto que el verla desvalida a la merced de su miserable socio? ¡Y luego, siendo ambos la hez de la sociedad...!

No se atrevía a pensar. Un sudor frío penaba su frente y se apresuraba cuanto se lo permitían las desigualdades del terreno. El bramido del agua entre las paredes de la sima llegaba a sus oídos como el fragor del trueno. Le habría sido imposible oír un disparo o un grito a cien yardas. El sendero que seguía se iba angostando y parecía terminar un poco más allá de donde estaba; le invadía el temor de haber errado el camino. Se halló frente a la pared montañosa y a su izquierda distinguió una cisura no más amplia que el cuerpo de un hombre. ¡Su piso era de arena y estaba cubierto de holladuras! La franqueó como pudo y un momento después se encontró al borde del abismo. A cincuenta pies sobre él veíase una especie de puente natural que salvaba la profunda sima por la cual el torrente fluía tumultuoso. Lo cruzó exponiéndose a un disparo en caso de estar defendido. Mas no lo estaba. El hecho afirmó su convencimiento de la muerte de MacDonald y de que sus enemigos le daban también por muerto. Si Mac hubiese escapado con vida y si hubieran temido una persecución posible, habrían destacado a alguien para vigilar el puente.

La pista era fácil de seguir. La arena y la hierba sustituían a las rocas y a la pizarra desintegrada; podían distinguirse las huellas de varios pies, todas en dirección a una arboleda que al parecer bordeaba un valle de Este a Oeste. El estruendo del torrente se hacía más distante. Unas doscientas yardas más allá, el sendero torcía hacia la izquierda y rodeaba un enorme peñasco. Al darle la vuelta, con el cuchillo fuertemente empuñado, se dejó caer de bruces y el corazón le asomó a los labios.

¡A cincuenta yardas escasas estaba el campamento de sus enemigos! Había dos tiendas de campaña... con las pilas de sillas, enjalmas y mantas alrededor, mas no se divisaba ser humano alguno. De pronto, se alzó una voz vibrante de rabia, que reconoció como de Quade. Procedía de allende la tienda. Incorporándose vivamente, echó a correr y puso ésta entre él y sus contrincantes. Ya cerca de la lona se arrodilló y se arrastró detrás de una pila de sillas y de *enjálmas*<sup>[21]</sup>... desde donde podía atisbar sin ser visto.

Tan cerca de él que hubiera podido tocarlas, estaban Joanne y María, sentadas en el suelo, de espaldas, atadas de pies y manos con sogas de las enjalmas. Y a doce pasos de ellas, Quade y Mortimer Fitz Hugh.

Los dos hombres se hacían frente a una yarda de distancia. Fitz Hugh estaba blanco, de un blanco de cera. Su mano derecha descansaba en el bolsillo de su americana. En sus labios se dibujaba una sonrisa de insolente desafío y en sus ojos percibíase una expresión que Aldous interpretó como significando instantánea muerte para Quade si hacía el menor movimiento. Quade, por su parte, parecía un enorme animal rojizo a punto de saltar. Los ojos le salían de las órbitas; tenía las tremendas manazas crispadas y el rostro congestionado y violáceo por la pasión que le embargaba. Aldous miró a su alrededor en aquel momento de trágica tensión. Los dos individuos de la montaña no debían de haber vuelto. Estaba solo con Quade y Fitz Hugh.

Éste habló, quietamente, casi en son de burla, mas su voz temblaba y Aldous adivinó el designio de la oculta mano en el bolsillo.

—Estás excitado, Billy —decía—. No soy un embustero como tan descortésmente has dicho. Y no te he hecho jugarreta alguna, ni me he enamorado de la dama como te obstinas en creer. Mas... me pertenece en cuerpo y alma. Si no das crédito a mis palabras... ¡pregúntaselo a ella misma!

Al hablar volvió los sardónicos ojos hacia Joanne por un segundo. El movimiento fue fatal. Quade cayó sobre él. Quiso valerse de la mano que tenía en el bolsillo, elevándola sin sacarla, y se oyó un apagado estampido, pero la bala se perdió sin hacer blanco. Jamás había oído Aldous un sonido semejante al que salió de la garganta de Quade en aquel momento. Vio

aparecer la mano de Fitz Hugh con la pistola y un segundo después estaba desarmado. No pudo ver adónde había ido el arma. Afianzó su mano en el cuchillo y esperó; latíale el corazón con extraordinaria violencia, al atisbo de la oportunidad que seguramente no tardaría en producirse. Esperaba ver a Fitz Hugh caer bajo el peso de la inmensa mole de Quade; pero, en cambio, fue éste quien perdió pie al recibir en la mandíbula un terrible golpe que le echó hacia atrás la cabeza como si se le hubiese roto la nuca.

Fitz Hugh retrocedió un paso y el tacón se le enganchó en el reborde de una albarde; tambaleóse, a punto de caer. Antes de que lograra recobrar el equilibrio, Quade se había precipitado de nuevo sobre él. En esta ocasión el salvaje individuo llevaba algo en la mano, algo que hendió el espacio relampagueante... Mortimer Fitz Hugh vaciló y se inclinó hacia atrás con un sordo gemido, bamboleándose por unos segundos antes de caer pesadamente a tierra. Quade se volvió. Su mano empuñaba un cuchillo ensangrentado. En la mirada que clavó en su desvalida víctima había locura, pasión, la triunfante alegría de un ser infernal. Aldous quiso agazaparse aún más y su hombro tocó la pila de sillas y las desmoronó. Quade entonces se dio cuenta de su presencia. Todo intento de ocultación era ya inútil. Aprovechando el instante de sorpresa de su antagonista, Aldous se plantó de un salto en el espacio que había entre éste y Joanne. Oyó el grito que escapó de labios de la joven, mas no volvió la cabeza; avanzó hacia Quade, recogido sobre sí mismo, con el Largo cuchillo de monte en la mano.

En aquellos postreros minutos entre Quade y él, Aldous comprendía que las palabras serían inútiles. El primero se había abalanzado ya, cuchillo en ristre, con el codo descansando en la cintura, terrible de aspecto. Su enorme tamaño, su congestionado rostro y bovino cuello, sus ojos saltones y estriados de sangre la disforme manaza empuñando el trágico acero..., todo le daba más apariencia de monstruo fantástico que de ser humano. Aldous no presentaba menos extraordinario aspecto; su vista arrancó un grito a Joanne. Las contusiones recibidas en su lucha contra las rocas se marcaban lívidas en el rostro, cubierto de sangre coagulada; sus ojos estaban medio cerrados y lo que quedaba de su camisa aparecía empapada en la sangre que aún manaba de las heridas de sus brazos y de sus hombros. Mas fue él quien inició el avance y Quade quien le esperó a pie firme.

Los conocimientos de Aldous eran escasos, por no decir nulos, en la esgrima a cuchillo. Y su contienda con los torbellinos del torrente habíanle producido una extraña debilidad, especialmente en los brazos. Pero había tenido numerosos encuentros con los indios del Norte, que luchaban como sus

perros lobos, y en la ocasión actual se aprovechó de sus enseñanzas. Lenta y deliberadamente empezó a dar vueltas alrededor de Quade, en forma que éste vino a ser el eje de un círculo que se iba reduciendo, sin llegar nunca a convertirse en un ataque de frente. Estrechaba el cerco, con el brazo derecho hacia fuera. Su terrible deliberación y serena mirada acabaron por desconcertar a Quade, quien súbitamente dio un paso atrás.

Al efectuar el indio ese movimiento, era siempre cuando su contrincante se abalanzaba. Y Aldous, teniéndolo presente, se lanzó al ataque. Sus cuchillos entrecuchocaron en el aire. Al juntarse mango con mango, Aldous echó todo su peso contra Quade, y desviándose después, descargó rápidamente la hoja de su arma con irresistible impulso entre los hombros de su contrincante. Un cuchillo de hoja recta le habría atravesado de parte a parte; pero el que Aldous blandía, apenas penetró sus ropas.

¡Hasta aquel momento no comprendió la terrible desventaja en que se hallaba! ¡La hoja curvada de su cuchillo de monte no podía penetrar! Su única esperanza estribaba en su filo. Antes de que Quade se rehiciese por completo, Aldous alargó el brazo y la suerte, más que el acierto, hizo que su cuchillo hendiese la flácida mejilla de su enemigo. La sangre corrió a borbotones y, con un terrible alarido, Quade dio un salto atrás hacia la pila de sillas y de enjalmas. Sin dar tiempo a que Aldous aprovecharse más su ventaja, el otro, soltando el cuchillo, se armó de un mástil de los empleados en las tiendas de campaña, de unos cuatro pies de largo. Titubeó un instante, tal vez sobrecogido por la catarata de sangre que caía sobre su cuello. Luego, con un aullido de rabia, se arrojó sobre Aldous.

Ya no era cuestión de lucha a cuchillo. Al verse venir encima aquel alud de fuerza bruta, Aldous se preparó a recibir su choque. Tenía ya la medida de su propia debilidad. Los diez minutos pasados entre las rocas de la sima le habían baqueteado hasta agotar sus fuerzas. La primera acometida de Quade le había dejado jadeante. Mas su cerebro estaba despejado y claro. Se daba cuenta de que Quade no era ya un ser racional, que ya no pensaba. Era... una bestia que la pasión cegaba y que no tenía más anhelo que el de aniquilar a su enemigo, aplastarle bajo el peso del garrote que sus manazas blandían. Aldous esperó. Oyó el aterrorizado grito de Joanne al ver a Quade precipitarse sobre él... separándole cinco pies escasos de distancia. El terrible mástil bajaba ya sobre su cabeza cuando el joven se tiró al suelo, en derechura a los pies de su agresor. El golpe descargó en balde y Aldous, apelando a todas sus energías, se abrazó a las rodillas de Quade. Con un tremendo baque, éste se vino al suelo. El garrote escapó de sus manos, quedó momentáneamente atontado y,

en el mismo brevísimo intervalo, Aldous, cambiando de posición, se asió a su cuello.

Habría dado lo mejor de su vida por tener entonces el cuchillo de monte. Mas lo había perdido al aferrarse a Quade. Con cuanta fuerza era capaz, oprimió... oprimió, estrujando el rojo pescuezo de su enemigo. Las manos de éste buscaron, en un supremo ademán defensivo, su propio cuello, y lo hallaron. Y ambos, medio asfixiados, jadeantes, cegados por la sangre y por la ira se debatían, mientras Joanne pugnaba en vano por romper sus ligaduras y salía de sus labios grito tras grito. John vio que, por fin, llegaba el desenlace de la tragedia. En sus brazos ya no había fuerza, en sus dedos un extraño entumecimiento se iba acentuando y la implacable presa que las manos de Quade hacían en su garganta iba nublandole los ojos. Su asidero se relajó. Sus brazos cayeron inertes. Su último pensamiento lúcido fue que Quade estaba sobre él y que se acercaba la muerte.

Entonces, cuando yacía a un segundo o dos de la eternidad, inconsciente ya de todo dolor físico o de los gritos terribles de Joanne, ocurrió algo imprevisto y extraño. Allende la tienda, un hombre pareció salir de las entrañas de la tierra. Tambaleándose fue hacia ellos, y de labios de María salió un grito más terrible, más desgarrador, de cuantos se habían lanzado. ¡Porque el hombre era DeBar! En la mano llevaba un cuchillo. Bamboleándose, dando traspiés, se acercó a los contendientes... por su espalda; Quade no le vio y sobre su postrada figura se detuvo. El cuchillo se alzó, temblando en el aire por una fracción de segundo. Y descendiendo luego, ocho pulgadas de acero partieron el corazón de Quade.

Al volverse DeBar hacia Joanne y María, John Aldous se sumía más y más profundamente en una noche negra y abismal.

## Capítulo XXIX

---

### Conclusión

---

En la caótica noche que le envolvía, John Aldous, sintiéndose ligero como una pluma, flotando al viento, no experimentaba dolor ni apenas noción de su existencia. Mas, no obstante, sin ver y sin sentir, «sabía» que estaba vivo. Había muerto en él toda sensación, salvo esa última, que es como espiritual. Hubiera podido ser un sueño, un sueño durante el cual transcurriesen minutos, horas o días. La impresión de sumergirse en la oscuridad continuó durante algún tiempo, pasado el cual, sin sacudida ni choque, algo le detuvo y le hizo volver, por decirlo así, a la superficie. No oía nada. A su alrededor reinaba profundo silencio, tan profundo y tan ininterrumpido, como el abismal pozo en el que parecía flotar suavemente.

Después Aldous se sintió bambolear y mecer como si fuese juguete de las olas; ésa fue la primera idea coherente que tomó forma en su entumecido cerebro: estaba en el mar, en un barco, navegando en medio de una noche negra, y solo, Intentaba pedir auxilio... mas parecía no tener lengua. Pasó mucho tiempo hasta que apuntase el nuevo día, un día extraño... anormal. Aceradísimas agujas de luz atravesaban sus pupilas... cintas de plata se desenrollaban como relámpagos difusos por la oscuridad y luego vio un insólito resplandor; un resplandor como si fuese la explosión de un montón de pólvora, súbito, deslumbrante... y otra vez la noche. Aquellos días y aquellas noches parecían sucederse con extremada rapidez, mas... las segundas se iban acortando y la luminosidad de los primeros acrecentándose. Tuvo la noción de ruidos... y golpazos... Y de mucho calor.

Este calor se aliviaba merced a una brisa fresca y agradable, que acariciaba continuamente su rostro, sus ojos y su cabeza. Era como el contacto de una mano incorpórea. Luego se fue haciendo más y más real para él. Le fue acariciando hasta un total y completo estupor beatífico. Le despertó un día más claro y más brillante que los anteriores. Su cerebro le pareció lúcido. Abrió los ojos. Una nubecilla blanca temblaba sobre ellos... luego cayó... lenta... dulcemente... Al volverse a alzar, ya no era una nube, sino una mano. La mano se apartó. Sus ojos se hallaron frente a otros ojos, desmesurada-mente abiertos... asustados... suplicantes... y hasta él llegó un grito... una voz:

— ¡John...! ¡John...!

¡Otra vez a la deriva...! ¡Mas ahora ya sabía que estaba vivo...! ¡Oyó movimientos! Voces... cada vez más claras y distintas. Quiso pronunciar el nombre de Joanne, pero de sus labios no salió sino un suspiro... Ella le oyó y oyó como le llamaba a él; sintió sobre sí sus manos, oyó su voz, que imploraba que abriese los ojos... que le hablase... Antes de poder conseguirlo pasaron muchos minutos... pero, al fin, triunfó. Y su visión ya no fue tan confusa... Podía ver claro. Joanne estaba allí..., inclinada sobre él y un poco más lejos el rostro barbudo y atezado de Donald MacDonald. Y entonces, antes de que sus labios pronunciasen palabra alguna, hizo una cosa portentosa. Sonrió.

— ¡Oh Dios mío! ¡Gracias! —oyó gritar a Joanne, que se arrodilló junto a él, sollozando con el rostro mojado por las lágrimas junto al suyo.

Comprendió que era MacDonald quien la apartaba.

La poderosa figura se inclinó hacia él.

—Toma esto... Johnny... muchacho.

Aldous le miró, extrañado.

—¡Mac...! ¡Estás vivo...!

—¡Mas vivo que nunca, Johnny...! Toma esto.

Acercaron algo a sus labios. Joanne continuó sus ministraciones y Aldous, alzando las manos, acarició el amado rostro, en cuyos refulgentes ojos desbordaba el amor; le besaba y procuraba reprimir los sollozos que subían a su garganta. Enterró los dedos en el portentoso cabello, con la cabeza contra su pecho, sin pronunciar palabra, en tanto que MacDonald los contemplaba. En aquellos minutos recobró el conocimiento de lo pasado. La feroz contienda había finido, con la oportuna intervención de MacDonald para salvarle de las manos de Quade. Mas —a través del cabello de Joanne recorrió con la vista su alrededor— ¡estaba en una cabaña! ¡La reconocía!

¡Era la antigua vivienda de MacDonald! Cuando Joanne se incorporó, siguió mirando sin pronunciar palabra... Se hallaba en una amplia litera encajada en la pared. El sol se filtraba por la blanca cortina de la ventana y en el umbral de la puerta vio el ansioso rostro de María.

Quiso levantarse y le sorprendió su extrema debilidad. Con dulzura, Joanne le obligó a reclinar la cabeza en las almohadas, Sus facciones eran una revelación de contento y de vida. La obedeció como hubiera obedecido a su madre. Y ella adivinó su perplejidad.

—Estáte quieto, John —dijo, y no recordaba voz más llena de apasionada dulzura—. Te lo contaremos todo, Donald y yo... mas tienes que estarte quieto. Las rocas del torrente te dieron una verdadera paliza. Te trajimos aquí a mediodía, está anocheciendo y... hasta ahora no has abierto los ojos. Todo va bien. Estáte quieto y descansa, querido.

Era delicioso yacer bajo las caricias de su mano. Acercó a él su rostro.

—Joanne, amor mío, ¿comprendes ahora por qué quería venir solo al Norte?

Sus labios se posaron cálidos y tiernos en los suyos.

—Lo sé y lo comprendo —murmuró, y pudo notar el estremecimiento que sacudió su cuerpo y su respiración más acelerada—. Voy a hacerte un poco de caldo —dijo luego.

La siguió con la mirada en sus idas y venidas por la cabaña. El veterano MacDonald se sentó al borde de la litera. Mirando a Aldous gruñó entre sus barbas y éste, con el rostro desfigurado, cubierto de arañazos y contusiones, intentó una sonrisa.

—¡Fue una pelea estupenda, Johnny! —dijo el campero.

—Estupenda, Mac. Y llegaste oportuno, como siempre.

—¿Qué quieres decir?

—A tiempo de sacarme de entre las manos de Quade. Donald lanzó un gruñido.

— ¡No fui yo, Johnny! ¡No fui yo! ¡Quién le mató fue DeBar! ¡Cuándo yo llegué todo había terminado! Pero... Johnny... tuve unas... palabras con Culver Rann antes de su muerte...

La impaciencia hizo que Aldous volviese a intentar incorporarse en el momento en que Joanne aparecía en el umbral.

Lanzando una exclamación de reproche se precipitó hacia él, obligóle a acostarse de nuevo y desalojó a Mac de su improvisado asiento.

—Vaya a vigilar el caldo, Mac —le ordenó firmemente. Y pasando la mano por el cabello de Aldous, añadió—: Te recomendé que no hablaras,

John. ¿No querrás obedecer?

—¿Me hirió Quade con el cuchillo? —preguntó.

—No, no.

—¿He recibido algún balazo?

—No, querido.

—¿Tengo algún hueso roto?

—Donald asegura que no.

—Entonces... por lo que más quieras, Joanne... dame mi pipa y déjame levantar. ¿Qué hago yo aquí tendido si estoy tan campante?

Joanne se echó a reír de puro contento.

—Vas estando mejor por minutos asintió alborozada —mas... tu lucha con el torrente debió de ser horrible, John. Si esperas a que traiga el caldo te dejaré sentar en la litera.

Minutos después, cuando hubo apurado el caldo, Joanne cumplió su promesa. Aldous pudo comprobar entonces que no había hueso ni músculo alguno en su cuerpo que no tuviese su particular motivo de hacerse sentir dolorosamente. Cuando Joanne y MacDonald le rodearon de mantas para su mayor comodidad, no pudo reprimir una mueca. Pero... era feliz.

El crepúsculo caía rápidamente y, mientras Joanne daba los últimos toques a mantas y almohadas, Mac encendió media docena de velas que había en el aposento.

—¿Habrás que montar guardia esta noche, Donald? —preguntó Aldous.

—No, Johnny. Ya no hay caso —replicó el veterano campero.

Acercándose, tomó asiento en un banquillo, junto a Joanne. Durante más de media hora permaneció Aldous absorto, escuchando el relato de los extraños sucesos del día... Enteróse de cómo Donald escapó con vida de su atalaya gracias a la mala puntería de sus adversarios y cómo el duelo terminó con la muerte de quienes buscaban la suya. Al mencionar al mestizo, Joanne se acercó más a Aldous.

—El poder del amor es maravilloso —dijo dulcemente—. En estas últimas horas, María me ha abierto su corazón, John. No ha intentado ocultar lo, que ha sido su vida pasada, ni a mí ni al hombre al que ama. Era... uno de los instrumentos de que se valía Culver... Mortimer Fitz Hugh. DeBar la vio y se enamoró de ella y la infeliz se vendió a cambio del secreto del oro. Cuando llegaron al Norte acaeció el portento; amaba a DeBar, no con el amor de las desventuradas de su clase, sino con el de la mujer en quien renacen un nuevo corazón y un alma nueva. Desafió a Fitz Hugh y reveló a DeBar la verdad de cómo se habían valido de él para conseguir sus malvados fines.

»Esta mañana, Fitz Hugh quiso reanudar su antigua familiaridad con ella y DeBar le derribó de un puñetazo. El acto sirvió de pretexto al infame para llevar a la práctica lo que ya habían planeado. María creyó ver morir asesinado ante sus ojos al hombre a quien amaba. Según dice, se echó sobre él, sin conseguir oír los latidos de su corazón y empapándose las manos y el rostro en la sangre que manaba de su herida. Tanto ella como DeBar habían proyectado aprovechar la primera ocasión propicia para prevenimos. Minutos antes de ser apuñalado el mestizo, disparó su rifle y se excusó como si hubiera sido un accidente. John, fue el disparo que Donald oyó cuando estábamos en la cueva. ¡Nos salvó la vida! Y María, atisbando una oportunidad, corrió en busca nuestra a la meseta. DeBar no estaba muerto. Mis gritos le hicieron volver en sí. Salió de la tienda y... hundió su cuchillo entre los hombros de Quade; cayó luego sin sentido a nuestras plantas. Momentos después se presentó Donald. El mestizo está en otra cabaña. Su herida no es mortal y María... empieza a ser feliz.

Al terminar su relato, Joanne acariciaba la mano de Aldous. El curioso gruñido típico de MacDonald se volvió a oír, a la par que sus pupilas chispeaban con malicioso buen humor.

—Estuve a punto de hacerle otro agujero al pobre DeBar cuando llegué — rezongó—. Mas te aseguro que luego le cerré el que ya tenía, a fuerza de abrazos, al saber cómo se portó contigo, Johnny. Según explica, su campamento, la noche de la visita de Fitz Hugh, que Joanne supuso era un sueño, estaba al otro lado de la sierra. Rann fue solo... con intención de acabar con todos nosotros asesinandonos mientras dormíamos, cuando Joanne empezó a chillar. Joe dice que fue un capricho diabólico el que le llevó aquella noche a la cresta de la montaña, Vio nuestra fogata y bajó a investigar.

Afuera se oyó alguien que llamaba en voz baja. Era María. Al ir Joanne hacia ella, un rápido fulgor iluminó las pupilas de MacDonald. Miró a su alrededor para cerciorarse de que estaban solos e, inclinándose sobre Aldous, murmuró roncamente.

—¡Johnny! ¡Antes de que muriese tuve una conversación muy interesante con Fitz Hugh... o Rann! Cuando llegué, aún vivía, aunque no se le ocultaba que su fin estaba próximo. Y... ¡sonreía, John, sonreía! ¡Fue entero hasta el último instante! Yo hubiera querido hacerle, una pregunta. No te puedes figurar la curiosidad que sentía por saber por qué estaba vacía la fosa. Pero... quiso ver a Joanne y no me atreví a hacerle desperdiciar sus últimos instantes. Traje a... su mujer. Lo primero que le preguntó fue: ¡qué hizo su familia al

enterarse de que había envenenado a su padre! Cuando Joanne le dijo que a nadie se le ocurrió atribuirle a él la muerte del viejo, Fitz Hugh se recostó en la pila de sillas, tan pálido y tan quieto que, por un instante, creí que había muerto con los ojos abiertos. Luego... salió todo a relucir, Johnny. Nos lo contó... ¡sonriendo! Envenenó a su padre para heredarle. Después vino a América. No tuvo tiempo para decirnos cómo llegó a creer que se había descubierto su crimen. Estaba agonizando al hablar... Fue un relato inconexo... mas el caso es que lo creyó. Cambiando de nombre, hizo circular el rumor de que Mortimer Fitz Hugh había muerto en las montañas. Pero... ¡qué lástima, Johnny! ¡Murió antes de que pudiera preguntarle lo de la fosa...!

En la voz de Donald había un acento de decepción casi patético.

—¡Una fosa tan particular! —dijo—. Y aquellas ropas... ¡tan cuidadosamente plegadas...!

Aldous puso una mano sobre la de Donald.

—No es ningún misterio, Mac —dijo reprimiendo a duras penas la risa al ver la expresión de contrariedad que aún perduraba en el semblante del campero—. ¿No lo entiendes? Fitz Hugh no contaba con que nadie «removiese» su tumba. Y metió las ropas y las joyas dentro, simplemente, para deshacerse de ellas por el temor de que, al ser reconocidas, le delataran. No puede ser otra cosa. ¿No comprendes?

Joanne entraba de nuevo en la cabaña y, poniendo una mano sobre la frente de Aldous, amenazó con la otra a MacDonald.

—¡Chiss...! —dijo—. Estás muy ardoroso, querido, y... basta de conversación... Procura dormir un rato. ¡Donald...! ¡Dé usted las buenas noches a John!

Donald obedeció como un colegial y desapareció por la puerta de la cabaña.

Joanne arregló las almohadas.

—¡No puedo dormir, Joanne! —protestó el paciente.

—Me sentaré a tu lado y te acariciaré el cabello —insistió.

—Y ¿me hablarás?

—No; hablar, no. Mas, John...

—¿Qué?

—Si me prometes estarte muy quieto, pero muy quieta y dejarme a mi también muy quieta...

—Sí.

—Te haré una almohada con mi cabello.

—Me estaré... muy quiero —murmuró.

Se soltó la poderosa cabellera y se inclinó de tal forma que cayó como sedosa catarata sobre él. Con un suspiro de bienestar, hundió el rostro en la abundante y olorosa mata que le envolvía. Suavemente, como la brisa que refrescó su ardor en las horas de inconsciencia, su mano le acarició la frente. Cerró los ojos, aspiró el penetrante perfume de sus trenzas y, a poco, el sueño le venció.

Joanne no abandonó su puesto; durmió a ratos y rebosaba contento.

Al despertar Aldous, amanecía y Joanne no estaba junto a él. Durante algunos minutos permaneció inmóvil en la litera, de cara a la ventana. Se daba cuenta de haber dormido mucho y de que apuntaba un nuevo día. Lentamente se incorporó. El terrible magullamiento de todo su cuerpo había mejorado; sentíase aún maltrecho, mas no inválido. Con suma cautela se sentó en el borde de la yacija y experimentó consigo mismo antes de lanzarse a la ventura. El resultado le alborozó. Se puso en pie y, descolgando sus ropas de la pared, se vistió; luego abrió lentamente la puerta.

Salió, cojeando ligeramente al andar. MacDonald ya se había levantado. La tienda de Joanne estaba contigua a la cabina. Los dos hombres se saludaron, hablando en voz baja para no despertarla, mas ella los oyó y momentos después salía con el cabello suelto, en derechura a los brazos de Aldous.

Aquél fue el principio de los tres portentosos días que Joanne y John pasaron en el Valle del Oro de MacDonald. Días de extrañío embeleso, llenos de una gran paz y mayor felicidad, durante los cuales se realizaban prodigiosas transformaciones. En el segundo, Joanne y María fueron solas a la caverna y regresaron, al caer el dorado sol crepuscular, cogidas de la mano, con los caballos siguiendo mansamente de la brida. Y al llegar adonde estaban DeBar, Aldous y Donald MacDonald haciendo un ensayo de la riqueza aurífera de las arenas de la corriente, en las miradas de María y en el rostro de Joanne percibíase un inefable reposo que tácitamente recordaba la eterna historia de María Magdalena y el amanecer de un Nuevo Día. María, pensó Aldous, se estaba embelleciendo, y Joanne, con una sonrisa dulcísima en los labios, contó mil cosas a su oído aquella noche, mientras DeBar y su amada hablaban a la luz de las estrellas; regresaron luego al campamento cogidos de la mano como dos niños. Antes de retirarse, María murmuró algo de particular al oído de Joanne, quien no tardó en hacer partícipe de la confidencia a su esposo.

—Quieren saber si podrán casarse el mismo día que nosotros, John —dijo—. Es decir, si tú no estás ya cansado de tanto intentar casarte conmigo —terminó con una risa de puro contento—. ¿Quieres decirme lo que piensas de su idea?

Su respuesta la satisfizo. Y cuando hubo transmitido parte de ella a la anhelante mujer, las facciones de la feliz María se iluminaron con gozo que no tardó en compartir su Joe.

El tercero y último día fue el más bello de todos. La herida de Joe, aunque aparatosa, no fue grave. Lo que más la había complicado era el golpe recibido en la cabeza. Tanto él como Aldous se hallaban en disposición de emprender la marcha, y, en consecuencia, se decidió el regreso para la mañana del cuarto día. MacDonald desenterró una docena más de saquillos de oro y explicó a Aldous los trámites que tendrían que seguir para obtener la posesión legal del Valle. Su forma de hacerlo fue contranatural y forzada. Las palabras salían premiosamente de sus labios. En su mirada se reflejaba el disgusto que su acento no trataba de ocultar y sus hombros se abatían con desaliento.

Finalmente, aprovechando un instante en que estaban solos, dijo a Aldous, con entrecortada voz:

—¡Johnny!, ¡Johnny...! ¡Ojalá no estuviese aquí el oro!

Volvió la vista hacia la montaña, y Aldous, conmovido, puso entre las suyas una de las sarmentosas manos del campero.

—¡Dilo, Mac! —insinuó suavemente—. Por más que creo adivinarlo...

—No sería equitativo ni justo para ti, Johnny —replicó el otro sin desviar la vista No lo sería. Mas... en el momento en que hagáis esas denuncias y estanquéis las pertenencias..., caerá sobre estos lugares un alud de gente y... ya sabes lo que eso significa, Johnny... más de un millar de hombres aquí... y la caverna... y Jane... y nuestra casita... ¡parece una profanación...!

Su voz se ahogó en la garganta, y Aldous oprimió entre sus manos la del otro.

—Lo sería, Mac, lo sería —contestó—. Mientras hacíamos planes te he estado observando. Esas cabañas y ese oro llevan cuarenta años aquí sin que nadie haya dado con ellos..., Donald. Mientras Joe DeBar y John Aldous y Donald MacDonald puedan evitarlo... nadie perturbará el Valle. Todo ha de continuar como estaba y como tú lo quieres. No haremos declaración alguna, Mac. El valle no es nuestro; es de Jane y tuyo.

Joanne se acercaba, preguntándose de qué podrían estar hablando los dos hombres para estrecharse las manos con tal fuerza. Aldous se lo dijo, y entonces Donald confesó lo que había pensado, sin atreverse a revelarlo.

Aquello era su hogar y se proponía no salir más de él. Se quedaría con Jane. Trasladaría sus restos de la caverna, los enterraría cerca de la cabaña, en un lugar cubierto de amelos y jacintos, adonde ella solía ir a sentarse mientras él trabajaba, y anualmente podrían sus amigos venir a visitarle y excavar en busca de oro, que él, por su parte, iría también acumulando durante el tiempo de su solitaria permanencia; les cedería gustoso cuánto hallase. Personalmente, le bastaban algunas provisiones y Jane y el Valle para vivir.

Sus palabras hicieron asomar las lágrimas a los ojos de Joanne y sentir a Aldous, que tampoco sabía apartar la vista de la montaña, una extraña constricción en la garganta.

Así fue como, en la mañana del cuarto día, al emprender la marcha hacia el Sur, se detuvieron en el último otero, que separaba el pequeño valle del mayor, y miraron atrás.

Y Donald MacDonald, solo en el umbral de su cabaña agitó el pañuelo en señal de despedida.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón<sup>[8]</sup> y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de Abraham* (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

# Notas

[1] *a látere*: persona que acompaña a otra de modo constante o frecuente. (*N. del Ed.*) <<

[2] Bect-houses, casas de dormir, en las que pueden alquilarse camas. Chuck-tents, tiendas de campada en que se alquila espacio. Bunsck-shacks, toscas edificaciones de troncos o de lona, en las que, a más de literas, se sirven comidas y sobre todo bebidas. N. del T. <<

[3] *shack*: cabaña, chabola, choza. (*N. del Ed.*) <<

[4] Aldous idea este nombre porque su compañera va vestida de gris, «grey», y sin duda es una dama, «*Lady*». La sorpresa de ella es debida a que por ser hija de un noble, Joanne Gray es «*Lady Gray*» aunque Aldous lo ignore en aquel momento. (N. del T.). <<

[5] *mäelstrom*: gran remolino de agua. (*N. del Ed.*) <<

[6] conductores de animales de silla y carga. N. del T. <<

[7] *nefario*: Sumamente malvado, impío e indigno del trato humano. <<

[8] fúlgida: brillante, resplandeciente, fulgurante, reluciente, . <<

[9] *Salted-mine*. Se designa así una mina agotada o estéril en la que se esparce o espolvorea mineral para que el presunto comprador, al analizar las muestras, crea mayor su valía. Esto como las restantes operaciones a que alude Aldous, se denominan *wild-cat schenies*. (N. del T.). <<

[10] Bajo la palabra equipo, *outfit*, se comprende el conjunto de animales de silla y carga, «hateros»; sus conductores, apartadores o *packers*, y las provisiones de boca, municiones, armas, utensilios, etc., que se llevan y constituyen la «batería a fardaría». En ciertos casos, una persona facilita a otra el equipo conveniente, «fardaría», para un viaje de exploración o descubrimiento; si se va a medias en los resultados se llama *grouwtake*. El camino seguido es el trail, o pista. (N. del T.). <<

[11] *Noblemen*: Por el contexto creo se referirá a una marca de tabaco. <<

[12] *galachos*: surcos creados por la erosión de las aguas a los meandros abandonados por un río. (N. del Ed.). <<

[13] *leggings*: pantalón largo de tejido elástico, más o menos grueso, que se ajusta a las piernas; es una prenda básicamente femenina. (N. del Ed.) <<

[14] *gollizo*: garganta; estrechura de montes, ríos, etc. (*N. del Ed.*) <<

[15] Navegante inglés que en 1610 descubrió el estrecho y la bahía su nombre.  
(N. del T.). <<

[16] La explosión de los barrenos, sobre todo para volar una montaña, se provoca por medio de una chispa eléctrica que inflama las «gulas» o mechas de los cartuchos de dinamita. (N. del T.). <<

[17] Aquí se alude a un anuncio popularísimo en Inglaterra, del jabón Pear, cuyo texto comenzaba así: *Good morning. Have you used...* (N. del T.). <<

[18] *grizzlys*: una de las subespecies del oso pardo más grandes del planeta, que suele vivir en las tierras altas del territorio norteamericano. Es un animal solitario, excepto durante la temporada del desove del salmón, cuando se junta un enorme número de osos en arroyos y zonas costeras para alimentarse. (N. del Ed.) <<

[19] *bicerra*: variedad de cabra montés de color rojo oscuro y cuernos levantados y ganchudos. (*N. del Ed.*) <<

[20] Así se designan en América cierta clase de marmotas, unas ratas campestres y las tortugas de tierra. (N. del T.). <<

[21] *enjálma*: Albarda ligera: pieza principal del aparejo de los caballos, compuesta de almohadas rellenas. Se fabrica de lona o cuero y se rellena con fique, paja o lana. (N. del Ed.). <<